

HISTORIA GENERAL

DE LA

REPUBLICA DEL ECUADOR

ESCRITA POR

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

PRESBITERO

TOMO SEGUNDO

QUITO

IMPRENTA DEL CLERO

Carrera de Chile, número 14

1891

EL DESCUBRIMIENTO Y LA CONQUISTA

(1513-1564)

HISTORIA GENERAL

DE LA

REPUBLICA DEL ECUADOR

LIBRO SEGUNDO

EL DESCUBRIMIENTO Y LA CONQUISTA.

Desde el descubrimiento del Mar del Sur ú Océano Pacífico en 1513 hasta la fundación de la Real Audiencia de Quito en 1564

CAPITULO PRIMERO

Descubrimiento del Perú.

Vasco Núñez de Balboa. — Descubrimiento del Mar del Sur. — Muerte desgraciada de Balboa. — Francisco Pizarro. — Diego de Almagro. Hernando de Luque. — Primeras noticias acerca del Perú. — Convenio de los tres socios. — Primer viaje de Pizarro. — El puerto del hambre. — Segundo viaje de Pizarro. — El Piloto Bartolomé Ruiz. — Descubrimiento de las costas del Ecuador. — Llegada de Pizarro á la Bahía de San Mateo.—Disputa entre Pizarro y Almagro. — Pizarro en la isla del Gallo.

I

La historia del descubrimiento y la conquista del Ecuador ha sido referida por los historiadores, que han escrito acerca del descubrimiento y conquista del Perú; pues nuestra historia hace parte de la historia de la vecina nación en los tiempos que precedieron inmedia-

tamente á la conquista y en los que siguieron al establecimiento del virreinato. Así es que, para narrar la historia del descubrimiento de lo que hoy llamamos República del Ecuador, es necesario referir cómo se verificó el descubrimiento de lo que en aquellos tiempos se conocía con el nombre de imperio del Perú.

Colón, buscando un camino por Occidente á la remota India oriental, tropezó con el continente americano, extendido de un polo á otro del globo en el hemisferio occidental y bañado por las aguas de dos mares. El intrépido descubridor del Nuevo Mundo, en sus repetidos viajes, mientras vagaba por el mar de las Antillas, iba buscando ese estrecho, que, según sus cálculos, debía servir de comunicación á los dos océanos; pero las costas del continente americano, en vez de romperse en alguna parte para formar el imaginado estrecho, prolongándose indefinidamente al Setentrión, parecían burlar las previsiones de Colón. Años después, Balboa debió á un acontecimiento inesperado el saber la existencia de un inmenso océano hacia el Mediodía, y, estimulado por su ambiciosa curiosidad, fué el primero que desde la altura de una montaña en el Istmo de Panamá contempló, con asombro, la azulada llanura del Pacífico, que se perdía en lontananza. ¿Qué había en esas playas misteriosas, bañadas por las aguas de un mar hasta entonces ignorado? Tal debió ser y tal fué, en efecto, la primera reflexión que se ocurrió á los aventureros españoles que acompañaban á Balboa. Poco tiempo después, las excursiones practicadas por el mismo Balboa y por Andagoya en las cos-

tas de Colombia, anunciaron la existencia de un imperio poderoso allá en tierras muy distantes, y á donde, para llegar, era necesario atravesar largos caminos y sierras fragosas (1).

Balboa trabajó con grande afán por acometer la empresa de descubrir y conquistar esas comarcas, donde al decir de los salvajes del Darién, se hallaban grandes señores, en cuyas casas el oro era tan abundante, que lo empleaban en fabricar hasta los objetos necesarios para los usos más viles de la vida. Ocupado en estos preparativos estaba, cuando llegó á la colonia un nuevo Gobernador, encargado de residenciarla y tomarle cuenta por las quejas que contra él había recibido la Corte, á causa de la muerte del desgraciado Nicuesa. Balboa, el descubridor del Océano del Sur, vió, pues, eclipsarse la estrella de su fortuna en el momento mismo, en que principiaba á brillar para él con más halagüeñas esperanzas. Envuelto en un juicio inicuo, fué sentenciado á

(1) La historia del descubrimiento y de la conquista de lo que ahora es República del Ecuador, es la misma historia del descubrimiento y de la conquista del Perú; pues la tierra ecuatoriana fué descubierta por los españoles, que en busca del Perú vinieron con Pizarro á estas partes del continente americano, y la conquista del Reino de Quito se llevó á cabo por Benalcazar, á nombre y por comisión de Pizarro, dentro de los términos de cuya gobernación estaban incluidas las provincias, que actualmente componen nuestra República. Por esto, las fuentes de la Historia general del Ecuador en este período son las mismas que las de la Historia del Perú.

Sobre Balboa y el descubrimiento del Océano Pacífico pueden consultarse los escritores siguientes, en cuya autoridad se apoya nuestra narración en este punto:

muerte por su mismo suegro, sin que ni ruegos, ni promesas bastaran á salvarle la vida; y el desgraciado extendió su cuello, entregando su cabeza al cuchillo del verdugo. El cruel Pedrarias se la mandaba cortar como á traidor; pues tal fué el premio que la envidia reservaba al que en gloria y fama no tenía entonces rival en el Nuevo Mundo!....

La existencia de un rico imperio en las tierras del Mediodía era asunto de ordinaria conversación entre los vecinos de la nueva ciudad de Panamá, trasladada recientemente á este lado del Istmo, sin que nadie pudiese, no obstante, indicar con certidumbre ni el punto donde se hallaba, ni la distancia que separaba de la costa al anunciado imperio. Los salvajes de las costas, donde habían aportado Balboa y Andagoya, hablaban del misterioso imperio y de sus riquezas; se tenía un grosero dibujo del llama, ó carnero

---

HERRERA.—Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra-firme del Mar Océano. Década primera, y década segunda.—(Libro nono, capítulos 1.°, 2.°, 3°, 6.°, 7.°, y 13.°—Libro décimo, capítulos 1.°, (en éste refiere Herrera el descubrimiento del Pacífico), 2.°, 3.°, 4.°, 5.°, 6.°, 7.°. 9.°, 11.° y 14.°)

OVIEDO.—Historia general y natural de las Indias.—Libro XXIX, (capítulos 1.°, 2.°, 3.°, 4.°, 5.°, 6.°, y 12.°)

ANGLERIA (Pedro Mártir)—De rebus oceanicis et Orbe Novo.—(En la década segunda, Libros 2.°, 3.° y 4.°)

QUINTANA. — Vidas de españoles célebres. — Vida de Balboa.

IRVING.—Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón.—(Vasco Núñez de Balboa).

MARCH Y LABORES.—Historia de la Marina real española.—(Libro segundo, capítulos 5.°, 6.°, 7.° y 8.°)

del Perú, y hasta se repetía, aunque estropeado y confuso, el nombre del monarca y de la capital. Los salvajes de las costas del golfo de San-Miguel y de la isla de las perlas señalaban su situación, diciendo que estaba muchos soles hacia el Sur.

Residía entonces en Panamá un soldado de los que habían servido á las órdenes de Ojeda en las desgraciadas expediciones de aquel capitán á las costas de Cartagena y Santa Marta. Retirado á la vida doméstica, vivía mal avenido con la estrechez de una no holgada fortuna. Compañero de Balboa en el descubrimiento del Pacífico, ocupado después por el Gobernador de Panamá en lijeras expediciones militares, Pizarro, el futuro conquistador del Perú, iba llegando ya casi á la vejez, sin que hasta entonces se le hubiese presentado ocasión oportuna, ni teatro á propósito para desplegar las extraordinarias dotes de constancia, energía de voluntad y fortaleza de ánimo, con que lo dotara naturaleza. Los subalternos lo amaban por su buena índole, y varias veces lo habían pedido por jefe en las lijeras excursiones, que había habido necesidad de emprender en la naciente colonia para proveerse de víveres y de esclavos: mas, una vez terminadas sus correrías, volvía nuestro hidalgo á sus poco agradables ocupaciones del cultivo de la tierra. Entre tanto, cada día aumentaban las noticias del opulento imperio situado en las tierras del Sur, al cual por aquella época se designaba ya generalmente con el nombre de Perú. Pedro Arias de Avila, ó Pedrarias como lo suelen llamar los antiguos cronistas, Gobernador de Tie-

rra-firme, deseoso de hacer descubrimientos en aquellas costas que caían al levante de Panamá, había preparado, al intento, una pequeña flota confiada al capitán Basurto; mas la muerte de éste, cuando se disponía para emprender la proyectada expedición, frustró los planes del Gobernador é impidió por entonces que se continuasen los descubrimientos, en demanda del Perú (2).

Consumir la vida en las oscuras ocupaciones del cultivo de los campos, con escaso provecho y ninguna fama, era dura cosa para el ánimo de Pizarro, así ganoso de riquezas, como ambicioso de honra. El Perú, ese imperio del cual se contaban tantas noticias, estaba ahí tentando con su ponderada opulencia la insaciable codicia de los aventureros, que habían abandonado patria y hogar, por venir al Nuevo Mundo, donde, en vez de las riquezas que buscaban, habían encontrado

(2) Respecto del descubrimiento y de la conquista del Perú, nuestra narración se funda, principalmente, en los escritores antiguos de las cosas de América, como son:

HERRERA.—En la obra citada.—(Década cuarta y década quinta).

OVIEDO. — En la obra antes citada. — (Parte tercera, libros 5.°, 6.°, 7.° y 8.°)—El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo fué coetáneo de los sucesos que refiere.

GOMARA. — Historia general de las Indias. — (En la Primera Parte).

JEREZ.—Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco.

ZARATE.—Historia del descubrimiento y de la conquista del Perú.—(El libro primero).

ANDAGOYA.—Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila en las provincias de Tierra-firme, y de la ocurrido en el descubrimiento de la mar del Sur y costas del Perú y Nicaragua. — (Se halla en la Colección de los viajes y descubri-

pobreza, fatigas y sufrimientos. Entre esos muchos que habían venido á las colonias de América en busca de riquezas y de holganza se encontraba en Tierra-firme en aquella época, casi en las mismas condiciones que Pizarro, un vecino de la Antigua del Darién, llamado Diego de Almagro, con quien, tanto como con Pizarro, hasta entonces se había manifestado demasiado ingrata la fortuna. Un corto número de indios esclavos y una pequeña extensión de tierras mal sanas era todo el caudal de entrambos. Morir

---

mientos que hicieron por mar los españoles, publicada por Navarrete: Tomo 3.º)

PIZARRO (Pedro).—Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú. — (Colección de documentos inéditos para la Historia de España: Tomo 5.º)

RUIZ NAHARRO.—Relación de los hechos de los españoles en el Perú.—(En la misma colección: Tomo 26.º)

RELACION de los primeros descubrimientos de Francisco Pizarro, y Diego de Almagro.—(En la misma colección: Tomo 5.º)

INFORMACIONES hechas en Panamá, la primera en 1526 y la segunda en 1531, sobre los servicios de Pizarro y de Almagro: se recibieron á petición de los mismos conquistadores.—(En el Tomo 26.º de la colección ya citada).

En la expresada Colección de documentos inéditos para la historia de España se imprimió solamente el interrogatorio y un corto resumen de estas curiosas é interesantes informaciones; pero nuestro muy querido é inteligente amigo, el Señor Don José Toribio Medina, las ha publicado íntegras en el *Tomo cuarto* de su COLECCION DE DOCUMENTOS INEDITOS PARA LA HISTORIA DE CHILE, (Santiago de Chile, Imprenta Ercilla, 1889), en el cual también han salido á luz otras piezas notables relativas á la época de la historia del Perú, en cuya narración nos ocupamos en el presente capítulo.

QUINTANA.—Vida de Francisco Pizarro.

PRESCOTT.—Historia de la conquista del Perú. Libro

sin haber hecho nada digno de memoria, vivir en la miseria, cosas eran á que no podía resignarse un castellano de aquella época, en la cual las ideas caballerescas habían contribuido poderosamente á realzar el carácter del pueblo español. Sin embargo, Almagro y su amigo Pizarro estaban viendo declinar su edad hacia la vejez, sin que hasta entonces hubiesen logrado realizar los mágicos ensueños de ventura, que les trajeran al Nuevo-Mundo. En el descubrimiento y conquista de aquel imperio misterioso, oculto en las inexploradas costas del Mediodía, veían el medio de engrandecerse, cambiando de fortuna: acaso, muchas veces en sus conversaciones amigables se habían comunicado este pensamiento; tal vez, en sus íntimas confidencias, los aventureros habían discurrido sobre el modo de ponerlo por obra. Valor les sobraba, constancia la tenían, la pobreza estimulaba su hasta entonces no satisfecha ambición: mas, ¿cómo llevar á cabo sus proyectos, con tanta falta de recursos?....

Mientras Pizarro y Almagro discurrían sobre la manera de poner por obra el proyecto del descubrimiento y conquista del imperio del Pe-

---

primero.—(La traducción castellana).

LORENTE.—Historia del Perú.—(El descubrimiento y la conquista. Libros 1.° y 2.°)

GARCILASO DE LA VEGA (El Inca).—Comentarios reales del Perú.—(El libro primero de la Segunda Parte)

Las obras de Gómara, Jerez y Zárate han sido nuevamente publicadas en la Biblioteca de Autores españoles de Ribadeneyra, en los dos volúmenes consagrados á los *Historiadores primitivos de Indias:* citaremos esta edición, por ser la más común, aunque también tenemos á la vista la de Barcia.

rú, otro de los más famosos vecinos de Panamá buscaba también, por su parte, cómo emplear, de un modo oculto y secreto, en aquella empresa, su caudal, que era crecido. Mas como hubiese cooperado á la muerte de Balboa y tenido mucha parte en ella, temía trabajar á las claras para que continuaran los descubrimientos que en las costas todavía inexploradas del Océano del Sur había principiado con tan infeliz suceso el desgraciado yerno de Pedrarias. El licenciado Espinosa había servido de fiscal en el juicio contra Balboa, y por eso temía con razón que se le creyera cómplice en la muerte de aquel capitán, cuando quería aprovecharse de sus descubrimientos. Así, pues, buscó manera cómo pudiese emplear su dinero en la empresa, conservando á cubierto su honra, lo cual consiguió fácilmente por medio de Luque, quien, como se ha llegado á averiguar después, representaba la persona del licenciado y éste daba, por manos de Luque, el dinero que necesitaban los socios.

Hernando de Luque, canónigo de la catedral de la Antigua del Darién y entonces Vicario de Panamá, se presentó, pues, públicamente como socio en la empresa del descubrimiento, aunque en secreto hacía las veces del licenciado Espinosa. Pusiéronse de acuerdo Hernando de Luque, Diego de Almagro y Francisco Pizarro, comprometiéndose los dos últimos á emplear su pequeño caudal y consagrar su persona y diligencía á la empresa, y el primero á contribuír á ella con el dinero necesario, dando para los primeros gastos veinte mil castellanos de oro y conviniendo en distribuirse proporcionalmente las ganan-

cias. Habida, pues, licencia del Gobernador, aprestaron una miserable flotilla, comprando al efecto un buque que Balboa había preparado para los mismos descubrimientos, y que desde la muerte de este capitán había quedado abandonado en el puerto. Lo adobaron lo mejor que pudieron y con ochenta hombres de tripulación se hizo Pizarro á la vela, en Noviembre de 1524, con rumba al Sur, mientras Almagro se quedaba en Panamá, ocupado en aparejar gente y vitualla en otro buque, que dentro de pocos días debía seguir al de su compañero.

Pizarro lanzó su pequeño buque á las aguas del Océano, dirigiendo, á tientas, por rumbo desconocido la proa hacia el Sur, aprovechándose de los consejos y noticias que le había dado Andagoya, al salir de Panamá. La estación, en que Pizarro emprendió este primer viaje, era la menos oportuna para navegar en las aguas del Pacífico. Vientos contrarios entorpecían la marcha, tempestades constantes maltrataban la nave, y el cielo, siempre nebuloso, hacía penosa y difícil la navegación. Los aventureros españoles sabían que en las playas de ese mar desconocido, por donde ellos estaban entonces navegando por primera vez, existía un imperio opulento; pero, ¿dónde estaba? ¿se hallaba, tal vez, muy cerca? ¿acaso se ocultaba á mucha distancia?....Nada sabían con certidumbre, y así era necesario no alejarse de la tierra é ir conociendo palmo á palmo las orillas. Al cabo de muchos días de lenta navegación, llegaron al puerto de Piñas, último término de la navegación de Andagoya: de allí para adelante todo era inexplorado. Al fin arri-

baron á un puerto, que al parecer ofrecía para los ya cansados navegantes abrigo un poco cómodo; y era necesario saltar en tierra, porque el agua se iba acabando y los víveres escaseaban. Cuando saltaron en tierra, las playas anegadas con las lluvias, no les presentaban suelo seguro: pantanos profundos, ciénegas extensas, donde se hundían al pisar, aguaceros incesantes, tal era la posada que el continente americano ofrecía en las costas del Mediodía á los cansados compañeros de Pizarro, que, en busca del codiciado oro, se atrevían á hollarlo por primera vez.

Desde este punto determinó Pizarro que se volviera Montenegro á la isla de las Perlas, en busca de vitualla. Entre tanto, permaneció él con sus compañeros, alimentándose con raíces amargas, bayas desabridas y algunos mariscos que cojían en las playas, y que el hambre les hacía devorar con ansia. Pasadas seis semanas, volvió Montenegro y quedó pasmado viendo el aspecto demacrado y abatido de sus compañeros: algunos habían muerto víctimas de la necesidad. Reforzados con los alimentos traídos por Montenegro, continuó Pizarro hacia el Sur el reconocimiento de la costa, después de haber apellidado *Puerto del hambre*, á aquel de donde se alejaba, para eterno recuerdo de las penalidades que allí habían padecido.

Continuando su marcha, siempre hacia el Sur, desembarcó en un punto, al cual puso por nombre *Pueblo quemado.* Estrechas veredas, que se descubrían por entre los bosques cercanos á la playa, indicaban que allí debía haber alguna población. Encontróse ésta, en efecto, á no mucha

distancia; mas Pizarro se vió obligado á retirarse por la tenaz resistencia que le opusieron los salvajes, acometiéndole con inesperado denuedo y fortaleza. Los compañeros le pidieron entonces que resolviera regresar á Panamá: así es que, condescendiendo con ellos, hízose á la vela, y fué á tomar puerto en Chicama, pequeña población á corta distancia de aquella ciudad.

Almagro había salido de Panamá pocos días después que Pizarro. Por algunas señales, hechas en los árboles, como habían convenido de antemano, fué siguiendo la misma derrota de su compañero y avanzó hasta Pueblo quemado, reconociendo al paso los puntos donde antes había tocado Pizarro. Con la esperanza de encontrarse con él más adelante, continuó descubriendo la costa hasta el río que llamaron de San Juan; mas, como no hallase ya señal ninguna, determinó volverse á Panamá. Cuando llegó á la isla de las Perlas le dieron noticia de Pizarro y del punto donde se hallaba, y, deseoso de verlo cuanto antes, se dirigió en busca suya á la provincia de Chicama. Allí encontró á su compañero, con veinte hombres, muy destrozado, porque Pedrarias, Gobernador de Panamá, le había prohibido entrar en esta ciudad, por la falta de comida que había en ella, y mandádole que se detuviese en Chicama, pacificando ciertos caciques alzados, hasta que se cojieran los maizales.

Grandes obstáculos se oponían en Panamá á los tres socios para la realización de su empresa. Pedrarias les negaba recursos; el caudal propio estaba agotado y la empresa había caído en tal descrédito, que con grande dificultad pudieron en-

contrar quien se lo prestase. Con todo, en esa ocasión fué cuando los tres asociados, firmes más que nunca en dar cima á la obra comenzada, celebraron aquel famoso contrato, por el cual juraron dividirse, por partes iguales, del imperio cuya conquista tenían resuelta (3).

La diligencia de Almagro logró, al fin, disponer una embarcación algo cómoda con ciento diez hombres, unos pocos caballos, algunos pertrechos de guerra y abundantes provisiones de boca. Juntóse con Pizarro que lo estaba ya aguardando en Chicama, y continuando ambos su navegación llegaron en breves días al Río de San Juan, último punto de la costa reconocido por Almagro, en su primer viaje. Determinaron hacer alto allí, para repararse de los quebrantos sufridos en la navegación, y, subiendo dos leguas arriba de la embocadura del río, encontraron á sus orillas un pueblo, cuyos habitantes, asustados con la repentina aparición de los extranjeros, habían huído, abandonando sus casas, á ocultarse en los bosques. Los expedicionarios, entrando á saco el pueblo, recogieron en varias piezas hasta quince mil pesos en oro, y alegres con el rico despojo, habido tan fácilmente, acordaron estimular con él á los colonos de Panamá, para que acudiesen á tomar parte en la empresa. Con este fin resol-

(3) Este contrato tiene la fecha del diez de Marzo de 1526: puede verse este documento entre los apéndices con que Prescott ilustró su Historia de la conquista del Perú, y también en el citado Tomo 4º. de la Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile, que ha publicado el Señor Medina.

vieron que en la una nave volviera Almagro á Panamá en demanda de nuevos recursos; que Pizarro aguardara en el mismo punto con dos canoas y la mayor parte de la gente, y que, entre tanto, el piloto Bartolomé Ruiz siguiera adelante en el otro buque, explorando la costa hacia el Sur.

Cuando Almagro llegó en Panamá, halló ya nuevo Gobernador, pues en vez de Pedrarias había sido nombrado D. Pedro de los Ríos, quien recibió á Almagro muy sagazmente y le prometió favorecer en cuanto pudiese su empresa. Empero, dejando á Almagro ocupado en preparar su nueva partida y mientras que Pizarro está aguardando la vuelta de su compañero, sigamos nosotros al piloto Bartolomé Ruiz y contemplemos el descubrimiento de la tierra ecuatoriana.

II

Con viento próspero y brisas favorables la nave del marino castellano fué avanzando en su camino, y el primer punto donde arribó fué la pequeña isla del Gallo. Como se había propuesto solamente reconocer las costas que iba descubriendo, no desembarcó en ninguna parte, antes siguió adelante su derrota y á poco se halló en una hermosa bahía. Ruiz acababa de ponerse delante de la tierra ecuatoriana: era el primer europeo que visitaba las costas de nuestra patria. La parte del litoral ecuatoriano, de lo que hoy llamamos provincia de Esmeraldas, eso era lo que el piloto castellano tenía delante de sus ojos. Mientras el buque pasaba, deslizándose suavemente por las aguas del Pacífico, hasta entonces

no cortadas por quillas europeas, los sencillos indígenas acudían en tropel á la playa, y asombrados se estaban mirando la nave, sin saber darse cuenta de lo que veían.

La hermosa tierra ecuatoriana se presentaba á las curiosas miradas de los marinos españoles ataviada con las galas de su siempre verde y fresca vegetación: campos cultivados, bosques frondosos, colinas pintorescas se divisaban hasta donde alcanzaba á descubrir la vista: por entre las sementeras y plantíos asomaban las cabañas de los indios, derramadas aquí y allá con gracioso desorden, y las columnas de humo, que, levantándose del fondo de los bosques, escarmenaba el viento á lo lejos en el horizonte indicios eran seguros de numerosa población.

Viendo Ruiz á los indios con aspecto de paz, echó anclas en el caudaloso Esmeraldas y cuando saltó en tierra fué recibido por ellos amistosamente. Halló á las orillas del río tres pueblos grandes, cuyos habitantes estaban engalanados con joyas de oro, y tres indios, que le salieron á recibir, llevaban sendas diademas del mismo metal en sus cabezas. Entre varios obsequios que le ofrecieron, diéronle también algún oro por fundir. Después de permanecer dos días entre los indios, volvió Ruiz á su navío y continuó navegando á lo largo de la costa de Esmeraldas y Manabí hasta doblar el cabo Pasado, teniendo la gloria de haber sido el primero que navegara bajo la línea equinoccial. Bartolomé Ruiz, el primer europeo que pisó la tierra ecuatoriana, era un piloto muy hábil, natural de Moguer en Andalucía.

Hallábase en alta mar, cuando alcanzó á divisar que asomaba en el horizonte algo que parecía una como vela latina; cuanto más iba acercándose, más crecía la inquietud, sin poder darse cuenta de lo mismo que estaba viendo, pues era aquello una balsa peruana, en la cual algunos indios de Túmbez iban á comerciar con los de las costas de Esmeraldas y Manabí. Sorprendido quedó Bartolomé Ruiz, cuando, atracando la balsa de los indios del Perú encontró en ella tejidos de lana y de algodón con hermosos tintes de variados colores, vasos y otros objetos de oro y de plata muy bien trabajados y hasta una balanza para pesar oro; indicios evidentes de la existencia de pueblos ricos y bastante civilizados respecto de las tribus salvajes que poblaban las feraces costas del Chocó. Ruiz, dejando en libertad á los demás, llevó consigo solamente dos indios, y con ellos dió la vuelta hacia el río de San Juan, para comunicar á Pizarro las halagüeñas noticias acerca de las tierras que había descubierto.

Y, en efecto, las costas, que el piloto Ruiz acababa de descubrir, son las más hermosas de este lado occidental que bañan las aguas del Pacífico. La gran Cordillera de los Andes, que recorre de Norte á Sur todo el continente americano, conforme se aproxima al Ecuador, se va dividiendo en dos grupos ó ramales, que corren uno en frente de otro hasta más allá del punto, donde nuestra República parte límites con la del Perú. Varios otros ramales de la gran Cordillera, tendidos de Oriente á Occidente entre los dos principales, forman con éstos unos como pelda-

ños de aquel gigantesco encadenamiento de montañas, contribuyendo á dar á todo el conjunto el aspecto de una inmensa escalera, sobre la cual descuellan cerros elevados, que esconden en la región de las nubes sus frentes, siempre cubiertas de nieve. Esa distribución, casi simétrica de las cordilleras, forma mesetas variadas, valles profundos, cañadas pintorescas en el centro de la República, al paso que al Oriente y al Occidente, arrimadas á los lados de la gran Cordillera, en declives prolongados, aparecen tupidas selvas seculares, que por el Oriente se extienden hasta las aguas del Amazonas, y por el Occidente llegan, en algunas partes, hasta las playas del Océano.

Montes gigantescos, envueltos en mantos de hielo, se alzan en hilera prolongada á entrambos lados de la Cordillera: unas veces parecen pirámides colosales de bruñida plata, á la plácida claridad de la Luna en las hermosas noches de verano: otras, cuando se inflama el fuego inagotable, que guardan en sus entrañas, ofrecen á la vista un espectáculo terriblemente hermoso, presentándose, á inciertas distancias, en la oscuridad, como hogueras inmensas, atizadas por el soplo de los huracanes: truenos sordos y prolongados se dejan oír de cuando en cuando, y en la noche sucede muchas veces que el viajero no acierta á discernir entre los estallidos de la tempestad, que se condensa en el horizonte, y los bramidos del volcán que, tal vez, se prepara á una próxima y desoladora reventazón.

A la madrugada los valles aparecen arropados en una neblina sutil, y entonces es curioso observar cómo los ríos anuncian su corriente por

un murmullo, que casi no se acierta á indicar de donde sale: por la tarde acontece á menudo que, mientras en los valles se descuelgan copiosos aguaceros, en las cumbres elevadas de los montes está brillando al mismo tiempo el sol con toda serenidad.

Varios ríos de diverso caudal tejen en los valles, selvas y cordilleras del Ecuador una como red de plata, que aparece tendida en todas direcciones: unos, al descender de las cumbres nevadas de la Cordillera, ruedan al valle en sonorosos torrentes, se arrastran luego por cauces profundos y recorriendo, como el Guaillabamba, tres provincias enteras van á derramar sus aguas en el Pacífico: otros nacen, como el Jubones, en los lagos sombríos de la Cordillera, bajan azotando su corriente entre rocas y, después de formar en el valle cortos remansos, vuelven á esconderse entre grietas profundas: ya descienden de los páramos, y, dando giros y rodeos, se derraman en los valles interandinos, dejando á la margen vegas deliciosas, como el Paute; ya, en fin, recogiendo el tributo de otros innumerables, engruesan prodigiosamente su caudal y corren al encuentro del Marañón, émulo de los mares. Campos, siempre cubiertos de verdor, merced á la influencia benéfica de un clima suave, que no conoce ni el rigor del invierno, ni los calores del estío, dan á la tierra ecuatoriana un aspecto agradable y risueño. Si en sus bosques crecen el árbol medicinal de la Quina y el aromático Canelo; si allá las arenas de los ríos son ricas en oro, acá dehesas y prados inmensos se extienden en los repechos de las Cordilleras, convidando á las úti-

les faenas de la ganadería. Las selvas dan abrigo á innumerable variedad de animales, desde la enorme danta, que forma su cueva al pie de árboles seculares, hasta el tímido armadillo que se guarece entre guijarros; y en la región interandina aves diversas inundan los aires en gratísima armonía ó deleitan la vista con su variado y rico plumaje, contándose no pocas especies de ellas, desde el gigantesco cóndor, que hace su nido en las breñas heladas del Chimborazo, hasta el diminuto *quinde*, que lo cuelgan de las ramas del naranjo y limonero entre las flores de nuestros jardines.

Al mismo tiempo que el piloto Ruiz volvía de su exploración á las costas del Sur, con tan halagüeñas noticias de la tierra que había descubierto, llegaba también Almagro, bien provisto de vitualla, y trayendo consigo algunos auxiliares más para continuar la empresa. Así es que, cobrando bríos, los abatidos compañeros de Pizarro clamaban por darse pronto á la vela, para ir á reconocer esas tierras, que con tan magníficos colores les pintaba Ruiz. Aprovechándose el discreto capitán del entusiasmo de sus aventureros, se echó al mar y navegando, aunque con tiempo borrascoso, llegó, guiado por Ruiz, á la Bahía, que llamaron de San Mateo, por haber anclado en ella el 21 de Setiembre de 1526, día en que la Iglesia católica celebra la fiesta de aquel santo Apóstol. Saltaron, pues, todos en tierra y pareciéndoles conveniente descansar allí algún tanto, salieron á recorrerla; como divisasen un indio, que andaba por ahí, Pizarro mandó tomarlo para que les diese algunas noticias del imperio

que buscaban y de la comarca á que habían arribado. El indio, así que se vió perseguido por dos jinetes que venían en su seguimiento, echó á correr y huyó con carrera tan acelerada y por tan largo trecho que, al fin, cayó muerto, falto de respiración; á lo cual contribuiría también mucho, sin duda alguna, el horror que debieron inspirarle los caballos, haciéndole sentir su fogoso aliento á las espaldas. Parte por tierra y parte por mar continuaron su marcha los conquistadores hasta el pueblo de Atacámez, cuyas calles tiradas á cordel y numerosa población no pudieron menos de contemplar llenos de sorpresa. Resueltos á reposar ahí de las fatigas de la penosa marcha por tierra, se acuartelaron en una de las mejores casas del pueblo, que sus moradores habían dejado abandonadas á la llegada de los extranjeros. Y bien necesitados de descanso debían hallarse después de haber llegado allí andando á pie, atravesando esteros y pantanos con el agua hasta la mitad del cuerpo, rendidos de fatiga con el peso de la ferrada armadura, sofocados con sus justillos de algodón y tan atormentados por los mosquitos que, según refiere el cronista Herrera, tenían que enterrarse hasta los ojos en la arena para librarse, siquiera por algunos breves instantes, de sus molestas picaduras. Algunos murieron á consecuencia de esto y los más enfermaron.

Los españoles miraban con sus propios ojos, y no sin asombro, las grandes porciones de terreno cultivado, las vistosas sementeras de maíz y las plantaciones de cacao, que encontraban al paso y junto á los pueblos. En Atacámez hallaron

maíz en tanta abundancia, que hicieron de él pan, vino, miel, vinagre, guisándolo de muchas maneras. Entre tanto, los indios se mantenían emboscados, concertándose para dar de sobresalto en los extranjeros y acabar con ellos. ¿Qué andan buscando éstos, se decían? ¿qué quieren estos hombres barbudos, que cautivan nuestras mujeres?... Justas reflexiones del sentido común, inútiles para la avaricia. Viendo que los indios se presentaban con demostraciones de hostilidad, Pizarro les mandó mensajeros, para llamarlos de paz, asegurándoles que no tenía ánimo de causarles daño. Los indios prometieron venir al día siguiente, pero no se presentaron; llamados é invitados por segunda vez, tampoco acudieron, ni ellos, ni los mensajeros. Así es que los españoles les acometieron y alancearon algunos; mas, cuando los indios venían á la carga y se preparaban con denuedo á dar el ataque, los desconcertó y puso en fuga un incidente ridículo, aunque para ellos maravilloso. Uno de los jinetes, que tenían los españoles, cayó al suelo al tiempo mismo en que corría, espoleando á su caballo para acometer á los indios; viendo éstos caer al jinete, se imaginaron que el terrible monstruo se había partido en dos, multiplicándose para hacerles daño, con lo cual, atónitos, sólo pensaron en huír.

Como el número de indios era considerable y se manifestaban resueltos á combatir, los dos capitanes celebraron un consejo de guerra, para tomar determinación acertada en aquellas circunstancias. Diversos y encontrados eran los pareceres de los soldados, aunque la mayor parte de ellos opinaba por la vuelta á Panamá, ale-

gando que no era prudente atreverse á acometer la conquista de la tierra, siendo ellos en tan corto número, y faltos, además, de los recursos necesarios para tamaña empresa. Almagro contradecía este dictamen, diciendo que en todo caso convenía no perder tiempo en la conquista; pues, añadía, mejor es estar aquí, aunque sea rodeados de peligros, que ir á morir de miseria en las cárceles de Panamá, presos por deudas. Pizarro, tal vez, agriado el ánimo con los sufrimientos, respondió á su compañero en tono descomedido: ese consejo bien lo podéis dar vos, que yendo y viniendo de Panamá, no habéis experimentado los trabajos de los que nos quedamos en esta tierra, faltos de todo lo necesario para la vida, padeciendo la miseria del hambre que nos reduce á extrema congoja. Exasperado Almagro con esta respuesta, se trabó de palabras con Pizarro y aun echaron mano á las espadas para herirse ambos capitanes, cuando el tesorero Rivera y el piloto Ruiz se pusieron de por medio y lograron traerlos á un amistoso avenimiento. Dándose, pues, un abrazo fraternal en prenda de reconciliación, determinaron que Pizarro quedara con la mayor parte de la gente, aguardando, mientras Almagro iba á Panamá para buscar recursos y traer de allá auxilios y la gente de tropa necesaria, para acometer con seguridad la conquista del Perú, acerca del cual acababan de adquirir más exactas noticias. Reembarcándose, pues, volvieron á hacerse á la vela con dirección á la vecina isla del Gallo, lugar escogido para la permanencia de Pizarro. Mientras iban navegando, tuvieron ocasión de convencerse del arrojo y valor de

los habitantes de aquellas costas, pues los buques de los conquistadores se vieron acometidos por catorce canoas de indios que, en aparato de guerra y con miradas provocativas, dieron varias veces la vuelta al rededor de ellos, y fácilmente se acercaron á la playa resueltos, al parecer, á resistir allí, cuando los españoles intentaron agarrarlos.

Pizarro desembarcó con su gente en la isla, distante pocas leguas del continente, y allí, á las puertas del imperio que andaba buscando, determinó aguardar la vuelta de su compañero. Pronto los tristes aventureros vieron ocultarse en el remoto horizonte, que formaba la azulada superficie de las aguas del Pacífico, el buque en que se regresaba Almagro; y desde ese instante principiaron á contar no los días sino los momentos que tardaba en volver á presentarse en el punto donde lo habían visto desaparecer; mas pasaban días y días y el deseado buque no volvía. ¿Qué le había sucedido? ¿Por qué tardaba en volver Almagro?

CAPITULO SEGUNDO

Preparativos para la conquista.

Residencia de Pizarro en la isla Gorgona.-Descubrimiento de las costas del Perú.— Viaje de Pizarro á España.—Capitulaciones celebradas con Carlos V.— Los primeros religiosos que vinieron al Perú.--Pizarro reconoce segunda vez las costas de Esmeraldas.-Viaje penoso al través de la costa.—Llegada á la isla de la Puná.-Combates con los indios.— Pizarro y sus compañeros pasan á Túmbez.— Disposiciones hostiles de los indios.— Fundación de la primera ciudad española en el Perú.— Pizarro se pone en marcha para la sierra.

I

POR desgracia, los soldados no tenían la misma constancia de alma que sus capitanes, para sobrellevar con fortaleza la penosa vida del aventurero, tan pronto halagado por esperanzas lisonjeras, como burlado luego por amargos desengaños: así, descontentos y casi desesperados, se dieron maña para hacer llegar á manos de Pedro de los Ríos, Gobernador de Panamá, una representación, en la cual le pedían, con grande encarecimiento, que se dignara sacarlos de tan miserable situación y hacerlos volver á Tierra-firme (1). Cuantas medidas tomaron los

(1) Se cuenta que oculta dentro de un ovillo de hilo hicieron llegar á Panamá una representación dirigida al Gobernador, firmada por muchos, al fin de la cual se leía esta redondilla:

sagaces capitanes, para impedir que representaciones semejantes llegasen á Panamá, todas fueron inútiles. Ya fuese verdadera conmiseración, ya fuese egoísmo lo que estimulaba el ánimo del Gobernador, lo cierto es que se negó tercamente á conceder licencia para que se llevasen nuevos refuerzos á Pizarro; antes bien dispuso que un oficial de su servidumbre, llamado Tafúr, fuera con un navío á traer á Panamá á Pizarro y sus compañeros.

Un día se dejó ver en el horizonte el buque tan deseado; pero no era Almagro, el compañero á quien tanto habían aguardado todos los días, el que llegaba, sino Tafúr que traía orden expresa del Gobernador para que, abandonando para siempre la empresa del descubrimiento proyectado, se volviesen todos á Panamá. Apenas podían haberse presentado circunstancias más críticas para Pizarro á la llegada de Tafúr: en un momento veía desvanecerse sus proyectos, cuando estaba ya á punto de realizarlos. Entonces fué cuando hizo aquella hazaña verdaderamente heroica de quedarse solo contra todas las prevenciones del Gobernador, firme en llevar á cabo su propósito, á pesar de toda clase de obstáculos. Cuando llegó el día de la vuelta de Tafúr á Panamá, Pizarro reiteró sus ruegos é instancias, para que le dejase algún bastimento, ya que no quería, de ninguna manera, consentir en que queda-

---

Pues, Señor Gobernador,
Mírelo bien por entero:
Que allá va el recogedor
Y acá queda el carnicero.

sen los compañeros; empero Tafúr se mantuvo inflexible. El momento de la partida llega; la orden de embarcarse se ha dado ya; pronto, recogiendo anclas, zarpará la nave y con ella se disiparán las esperanzas de conquistar un imperio, cuya opulencia no pueden poner en duda.... ¿Qué hace entonces Pizarro?....Toma su espada, traza con ella en el suelo una línea de Oriente á Occidente y, señalando al Norte, dice: para allá pobreza, deshonra; para acá, añade, señalando el Mediodía, riquezas, gloria! !El que quiera participar de mi fortuna, que me siga....y, diciendo esto, salta el primero la línea con dirección al Perú. Sólo trece tuvieron suficiente valor para seguirle, y uno tras otro la saltaron después de su capitán; los demás, todos, se volvieron contentos á Panamá. Como se veían tan pocos en número juzgaron conveniente pasar de la isla del Gallo á la Gorgona más distante de las costas, con lo cual evitaban las acometidas de los salvajes.

¡Cuántos trabajos pasaron allí en aquella isla desierta! La ropa, pudriéndose con las lluvias incesates, se les fué cayendo á pedazos y quedaron casi completamente desnudos: se les acabaron muy pronto los alimentos y, para no morirse de hambre, se vieron obligados á comer hasta culebras y otros reptiles venenosos en que abundaba la isla: el calor enervaba las fuerzas de sus mal alimentados cuerpos; la humedad les causaba dolencias y enfermedades.....El buque en que debía venir de Panamá algún auxilio no asomaba, y los cuitados aventureros gastaban los días en prácticas religiosas y en la monótona y deses-

perada ocupación de estarse mirando el horizonte para descubrir el buque anhelado, aunque pasaban meses tras meses y el buque no venía. Su permanencia en la desierta isla Gorgona es uno de los episodios más admirables de la historia de la conquista de América, tan abundante en hechos que asombran.

Las instancias y empeños de Luque y de Almagro y las quejas de los vecinos de Panamá contra Pedro de los Ríos, porque dejaba perecer, abandonados en una roca desierta del Océano, catorce españoles, dignos de consideración por sus heroicas empresas en servicio de la corona de Castilla, movieron, al fin, el ánimo del inflexible Gobernador y consintió en que se les mandara un buque, pero sólo con los aprestos necesarios para la navegación, y con orden terminante de que Pizarro se presentara en Panamá dentro de seis meses cumplidos. Inexplicable fué la alegría de los tristes moradores de la Gorgona cuando vieron, al cabo de ocho meses, arribar á ella el anhelado buque. En él volvióse á dar á la vela Pizarro y, gobernando hacia el Sur, dirigido por el diestro marino Ruiz, reconoció las costas ecuatorianas, dobló el cabo Pasado, traspuso la línea equinoccial, surcó las mansas aguas del golfo de Jambelí, notó la isla de Puná y, poniéndose en frente de Túmbez, observó con admiración las sorprendentes señales de riqueza y adelantamiento que presentaba el imperio que intentaba conquistar. En este viaje de exploración Pizarro, visitando las costas del Perú, llegó hasta más allá de Santa, desde donde sus compañeros le obligaron á dar la vuelta para Panamá.

La existencia de un imperio no sólo rico, sino opulento, era indudable; los aventureros españoles estaban viendo sus esperanzas llenadas más allá de lo que ellos mismos en su ambiciosa fantasía se habían imaginado; restaba sólo no perder tiempo en conquistarlo. Partió, pues, Pizarro para España, se presentó en Toledo ante el emperador Carlos V, le mostró los objetos que traía para atestiguar la grandeza de los reinos que acababa de descubrir, y obtuvo despachos favorables á su empresa (2). Provisto de títulos y de empleos, rico de esperanzas y fantaseando á sus anchas con proyectos de grandeza, el conquistador del Perú y futuro demoledor del trono de los Incas, zarpó, no obstante, del puerto de San Lúcar, como á hurtadillas, en una mal aparejada nave. Venía á conquistar un imperio y apenas tenía como sustentarse en su patria. Después de casi un año de ausencia estuvo de vuelta en Panamá, acompañado de sus hermanos, para dar cima á la conquista del Perú.

Sin embargo, graves é inesperados obstáculos se presentaron, entonces, para continuarla. Disgustos profundos, vengativos resentimientos del amor propio ofendido casi la hacen abortar, cuando estaba á punto de llevarse á cabo. Disgustos y resentimientos, que, si por entonces no ahogaron la empresa, se conservaron con todo vivos en el pecho de los agraviados hasta manifestarse después en venganzas ruines y sangrientas, que han

(2) Las capitulaciones de Pizarro con el gobierno español para la conquista del Perú, pueden verse en HERRERA. (Década cuarta, Libro sexto capítulo quinto).

impreso un estigma de infamia eterna en la frente de los conquistadores. Empero, todo lo allanó y compuso el sagaz Vicario de Panamá; aunque él mismo pudo ver realizada la funesta profecía, que su previsora prudencia hiciera á sus dos socios, cuando Pizarro partía para España. Cuando Pizarro se resistía á partir á la Corte, para negociar con el Emperador la conquista del Perú, y Almagro insistía en que debía ir su compañero antes que otro alguno, Hernando de Luque les dijo estas palabras: «Plegue á Dios, hijos, que no os hurtéis uno al otro la bendición, como Jacob á Esaú. Yo holgara todavía que á lo menos fuérades entrambos.» La historia ha recogido estas palabras del avisado sacerdote, para mostrar el triste cumplimiento del anuncio en ellas contenido.

Una de las primeras condiciones impuestas por Carlos V á Pizarro, en la capitulación que celebró con él en Toledo para la conquista del Perú, fué la de que llevara sacerdotes y religiosos que se encargasen de la predicación del Evangelio y conversión de los indios á la fe católica. Y en una cédula del año de 1529 se designó al dominicano Fr. Reginaldo de Pedraza para que, acompañado de seis religiosos más de su misma Orden, pasase al Perú (3). Por otras cédulas reales del mismo año se mandó dar á estos Padres lo necesario para vestuario, transporte hasta Pana-

---

(3) Estos religiosos fueron Fr. Alonso Burgalés, Fr. Pablo de la Cruz, Fr. Juan de Yépez, Fr. Vicente Valverde, Fr. Tomás de Toro y Fr. Reginaldo de Pedraza, á quien se le dió el nombramiento de Vicario de la provincia de *Túmbez*. RELACIONES GEOGRAFICAS DE INDIAS. — (Apéndices, Número primero, en el Tomo primero).

má, ornamentos y vasos sagrados, que debían traer desde España, todo del tesoro de las cajas reales, señalándose á los empleados de la Corona hasta el ramo de donde habían de hacer estos gastos.

El P. Fr. Reginaldo de Pedraza era el fundador del convento de Dominicos de Panamá, á donde había sido enviado por el P. Fr. Pedro de Córdova, uno de los dominicanos más ejemplares que habían venido á la Española. Según afirma Meléndez, cronista del Orden de Predicadores en el Perú, el P. Pedraza hizo con Pizarro el viaje á España y le acompañó á la audiencia que concedió en Toledo Carlos V al conquistador del Perú. Sea de esto lo que fuere, una cosa hay muy digna de atención en las providencias tomadas por el gobierno español para la conquista del Perú, y es cierta disposición, por la cual se le mandaba á Pizarro tener á los religiosos dominicos, que traía consigo, por consejeros, con quienes debía consultar todos los asuntos importantes que se fuesen ocurriendo, no pudiendo hacer la conquista de la tierra sino con el parecer y dictamen de ellos. Parece que de esa manera intentaba el monarca español templar algún tanto la fiereza del soldado con la mansedumbre del sacerdote: pluguiese á Dios que los deseos del monarca español se hubiesen cumplido siempre!....

Renovado otra vez en Panamá el primer contrato por el cual se obligaban los socios á dividirse, por tres partes iguales, todo cuanto lograsen en la conquista, resolvieron que Pizarro se adelantara con tres naves, ciento ochenta hombres, veintisiete caballos y las provisiones de bo-

ca y guerra que se habían conseguido hasta entonces; mientras Almagro se disponía á seguirle, llevando nuevos refuerzos. Arreglada así la partida, Pizarro salió de Panamá á principios de Enero de 1531, y, aunque se dirigió inmediatamente para Túmbez, tomó puerto en la Bahía de San Mateo á los trece días de navegación. Desembarcados allí, platicóse lo que se había de hacer, para no errar en el principio de la empresa; y después de diversos pareceres se resolvió que se sacasen á tierra los caballos, para que fuesen por la orilla de la mar y los navíos costeando, á fin de poder prestarse mutuamente auxilio en cualquier evento. Entonces fué cuando por segunda vez hollaron los conquistadores la tierra ecuatoriana.

II

Dispuesta la marcha, como se acaba de referir, los conquistadores siguieron por tierra su camino, padeciendo grande incomodidad por los esteros, que, aumentados con las lluvias de invierno, casi no se podían vadear, y era necesario pasarlos muchas veces á nado. Mas, pronto el valioso despojo que pillaron en el pueblo de Coaque les hizo olvidar los trabajos pasados. Parece que los indios ó se hallaban desprevenidos ó no temieron nada de parte de los españoles, porque, dando éstos de súbito en el pueblo, se apoderaron de cuánto tenían sus habitantes, los cuales, asustados, huyeron á esconderse en los bosques cercanos. Entradas á saco las casas del pueblo recogieron mantas, tejidos y en piezas la-

bradas de oro y de plata como veinte mil castellanos y, sobre todo, un número muy considerable de esmeraldas. Había entre ellas una muy valiosa del tamaño de un huevo de paloma, la cual fué adjudicada á Pizarro. Para poner orden en la división del botín, se mandó que todos entregaran cuanto habían cogido, sin reservar nada para sí, bajo pena de la vida al que ocultara alguna cosa, por pequeña que fuese. Hecho un montón de todo cuanto se había recogido, se dedujo el quinto para el Rey; lo demás se distribuyó proporcionalmente entre los soldados, estableciéndose esta práctica como ley inviolable para lo futuro en todo el tiempo que durara la conquista.

Además de estas joyas de tanto valor, la mal parada hueste de Pizarro halló en el pueblo de Coaque mantenimientos en grande abundancia, para reponerse de las molestias del camino.

El Curaca del pueblo se había escondido en su propia casa. Saqueada ésta por los soldados de Pizarro, el indio fué descubierto y llevado á la presencia del capitán, quien le reconvino por haberse ocultado. No he estado oculto, contestó el Curaca, porque me he estado en mi propia casa, y no os salí á ver, porque entrasteis en mi pueblo contra mi voluntad y la de los míos; y temí que me mataseis. No tenéis por qué temer, le repuso Pizarro, pues venimos de paz y, si nos hubierais salido á recibir, no os habríamos tomado cosa alguna. Mandad ahora, añadió, que vuelvan los indios á sus hogares, que no les haremos daño. El Curaca hizo, en efecto, volver á los indios para que se ocuparan en el servicio de los españoles; pero co-

mo los tratasen muy duramente, dentro de poco, cuasi todos volvieron á huirse á los montes.

Con la presa del oro y esmeraldas acordó Pizarro de enviar dos navíos, uno á Panamá y otro á Nicaragua, para estimular la codicia de los moradores de esas dos colonias y obtener quienes viniesen en su auxilio, pues conocía que entonces no contaba con fuerzas suficientes para acometer la conquista. Así se hizo en efecto; mas, mientras aguardaba la vuelta de los navíos pasaron siete meses.

Aquí en Coaque sucedió, cuando se hallaron las esmeraldas, aquel chasco de echar á perder una gran parte de ellas, majándolas en yunques con martillos, porque los rudos soldados pensaban que las verdaderas esmeraldas no se podían quebrar de ningún modo (4).

---

(4) La anécdota relativa á las esmeraldas encontradas en Coaque, y echadas á perder por el astuto consejo de Fr. Reginaldo de Pedraza, se funda en el testimonio del conquistador *Pedro Pizarro*, quien se expresa de la manera siguiente: "En las esmeraldas hubo gran yerro y torpedad en "algunas personas, por no conocellas; aunque quieren decir "que algunos que las conocieron las guardaron; pero final- "mente muchos hubieron esmeraldas de mucho valor; unos "las probaban en yunques dándoles con martillos, diciendo "que, si era esmeralda, no se quebraría: otros las despreciaban, diciendo que era vidrio; el que las conocía se las guar- "daba y callaba, como dicen que hizo un Fr. Reginaldo, que "se las hallaron en Panamá yendo que se iba á España, do- "minico, que murió".—*Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú.*—(Página 211, en el Tomo quinto de los documentos inéditos para la Historia de España).

HERRERA refiere la historia del hallazgo de las esmeraldas en Coaque, de este modo: "Tomaron más de veinte "mil castellanos en plata, oro y muchas esmeraldas finas

Pronto las influencias del clima vinieron á quebrantar el ánimo, ya bastante perturbado de los hombres de la conquista. Muchos se acostaban sanos y amanecían baldados de miembros, con los brazos y las piernas encogidos: á otros muchos les nacían pústulas ó berrugas en todo el cuerpo, sin que ningún remedio fuera eficaz para sanarlas, pues los que se las picaban con lanceta morían desangrados, y los que se las cortaban, las veían á pocos días reproducirse en todo el cuerpo con mayor abundancia.

Desconcertados andaban los españoles sin atinar con la causa de tan molesta y asquerosa enfermedad. Unos la atribuían á cierto pescado que mañosamente les habían dado á comer los indios, ó á que éstos habían atosigado el agua de beber; otros á que habían dormido en colcho-

---

"que en todas partes valieran gran tesoro en aquel tiempo; "y así se perdieron muchas, porque Fr. Reginaldo de Pedra-"za, de la orden de Santo Domingo, afirmaba que la esme-"ralda era más dura que el acero, y que no se podría romper, "y probándolo algunos, las rompían con martillos: aunque "no faltó quién dijese que el fraile las guardaba, y otros hu-"bo que lo hicieron también."—(Década cuarta, Libro séptimo, capítulo noveno).—En el testimonio de Herrera podemos reconocer la autoridad de Cieza de León, cuya *Crónica del Perú* suele copiar literalmente Herrera en sus Décadas.

ZARATE habla de la prueba hecha con las esmeraldas, pero ni siquiera mienta al P. Pedraza: el mismo silencio guarda Lopez de Gómara. Quintana no ha dado entero crédito á la noticia relativa al consejo de Fr. Reginaldo calificándola de murmuración soldadesca.—(En una nota á la Vida de Pizarro).

Dos son los puntos, que debemos examinar respecto de la conducta de este religioso, cuando el hallazgo de las esmeraldas en Coaque. Si él fué quien aconsejó á los solda-

nes fabricados de la corteza de los ceibos; pero la verdadera causa no les era posible averiguar, para ponerle acertado remedio, y así se iban muriendo muchos, y los que safaban quedaban muy mal trechos.

En tal extremo de necesidad, acongojados, no sabían con qué remedio sanar, y la tropa iba reduciéndose cada día con los que morían. Siete meses eran transcurridos en tan penosa situación; y, cuando ya la mayor parte de los aventureros maldecía de su destino y renegaba de la empresa, abordaron dos buques, en uno de los cuales venía Benalcázar, que tan célebre se hizo después en la conquista de Quito y pacificación de Popayán. Alentados con este refuerzo, siguieron su marcha á lo largo de la costa, y, caminando siempre por tierra, atravesaron el litoral por las

---

dos que las sometieran á la prueba del yunque y del martillo: si él se guardó las suyas, sin querer someterlas á experimento. De la relación de Herrera se deducen ambas cosas; pero no así de la de Pizarro; y aún el mismo Herrera no lo afirma como cierto, escribiendo: *aunque no faltó quien dijese que el fraile las guardaba.*

Bien examinado, pues, el asunto creemos que no se puede manchar el nombre de este Padre, poniéndole la tacha de codicioso.—Los muertos tienen un derecho sagrado á la honra; y así, no sólo rectificamos nuestro modo de pensar, sino que corregimos lo que acerca de Fr. Reginaldo de Pedraza escribimos en nuestra "Historia Eclesiástica del Ecuador".

MENDIBURU. — Diccionario histórico-biográfico del Perú. — (Tomo sexto). — Las noticias que da acerca del P. Pedraza, están algún tanto equivocadas: Mendiburu sigue al P. MELENDEZ, quien se equivocó también al asegurar que el P. Pedraza hizo en compañía de Pizarro el primer viaje de exploración en las aguas del Pacífico. Asimismo

provincias de Esmeraldas y Manabí. Cuando estuvieron cerca del punto, donde después se fundó la ciudad de Porto-viejo, cansados ya de una marcha tan penosa, por el calor, la arena y otras incomodidades, muchos quisieron quedarse allí y fundar una población; pero Pizarro, más advertido, se opuso, señalando como lugar á propósito para sentar sus reales la isla de la Puná, que está en frente de Túmbez.

En su marcha á lo largo de las costas ecuatorianas los españoles iban sometiendo cuantos pueblos encontraban al paso. El Curaca de la bahía de Caraquez les obsequió amistosamente y casi en ningún pueblo encontraron resistencia. En el de Pasao el Cacique les salió al encuentro, los recibió de paz é hizo á Pizarro el presente de una esmeralda muy preciosa por su tamaño, pidiéndole que dejase en libertad diez y siete indias que habían cogido los españoles en otro pueblo. Los historiadores refieren que Pizarro aceptó el obsequio; pero no dicen si concedió lo que se le pedía. Despedidos de Pasao, se dirigieron hacia

---

cierto lo que escribe el autor de los *Verdaderos Tesoros de Indias* acerca de la permanencia del P. Pedraza en la isla del Gallo y en la Gorgona, junto con Pizarro. Finalmente ha incurrido también en estas mismas inexactitudes ó errores históricos un escritor francés contemporáneo, el P. Roze, dominico, por haber copiado, sin el debido discernimiento crítico, las noticias equivocadas del antiguo cronista peruano de la Orden. — ROZE.— Los Dominicanos en América.—París, 1878.—(En francés).

El P. Pedraza murió en Panamá en febrero del año de 1532.—Es indudable que en el primer viaje de exploración de Pizarro no le acompañó sacerdote ni religioso alguno: los conquistadores estuvieron solos.

Caraquez. La Cacica de uno de los pueblos comarcanos había enviudado en aquellos días, así es que los extranjeros fueron, en apariencia, bien recibidos, pero en secreto, concertaban los indios el modo de acabar con ellos, aunque sin atreverse á atacarlos, porque los caballos, á los que tenían por seres inmortales, les infundían terror. Con todo, cierto día lograron sorprender sólo á un español, que se había alejado del real, y lo mataron; y en otra ocasión se presentaron armados más de doscientos, con lo cual ya no les quedó duda á los españoles de las prevenciones hostiles de los indios. Destacó, pues, Pizarro una partida de á caballo en persecución de ellos y fueron alanceados algunos y tomado prisionero uno de los magnates, al cual conservó Pizarro como en rehenes, porque por su medio quería contener á los demás. Púsole luego en libertad, por haberle prometido el indio que castigaría á los que molestasen á los españoles, y así lo cumplió, pues, aprehendido uno de los delincuentes, lo mandó ahorcar al momento, y el cuitado sufrió la muerte, según la expresión de Herrera, dando señales de tener en muy poco la vida. Establecida la paz con los de Caraquez, determinaron continuar adelante, y, después de muchos días de una marcha fatigosa por la costa, llegó Pizarro con su tropa al hermoso golfo de Guayaquil. Hallábase tomando algún descanso y disponiendo lo conveniente para trasladarse á la isla de la Puná, cuando se le presentó Tumbalá, Cacique principal de ella, acompañado de otros jefes, y le convidó con su amistad, ofreciéndole posada en su isla y estimulándole á pasar allá, donde se holgaría de recibirlo. Muy

de grado aceptó Pizarro la invitación de los isleños y les prometió que pasaría, sin demora, á la Puná. Recibida la respuesta del jefe de los blancos, comenzaron los isleños á aparejar con grande solicitud las balsas, en que debía verificarse el transporte; y ya lo tenían todo á punto bien dispuesto para la marcha, cuando los intérpretes de Pizarro le advirtieron que se pusiese en guardia contra la traición de los isleños, porque sabían que éstos estaban resueltos á cortar las cuerdas, para deshacer las balsas en medio del agua y ahogar á los españoles. Con este aviso Pizarro reconvino por la traición á Tumbalá; pero éste la negó, con tal aire de honradez y de verdad, que Pizarro se dió por satisfecho. No obstante, para mayor seguridad, dispuso que junto á cada uno de los indios remeros fuera un español con espada desenvainada. Así es que en dos navíos pasó la gente y en las balsas los caballos, yendo los soldados apercibidos, sin perder de vista á ningún indio. Cuando Pizarro abordó á la isla, el Cacique Tumbalá le salió á recibir con música de atabales, con danzas y otros aparatos de fiesta, acaso para desvanecer la sospecha de traición que en el ánimo del Capitán extranjero pudo haber infundido el denuncio de los intérpretes tumbecinos.

La isla de la Puná estaba en aquella época habitada por una raza esforzada y belicosa; tenía varios pueblos y se hallaba gobernada por seis caciques, cuyo jefe era el referido Tumbalá, y su población ascendía como á veinte mil indios. Aunque falta de aguas, pues no tiene sino llovedizas, la cubrían en la época de la conquista bos-

ques frondosos en diversos puntos, y la restante parte de ella estaba cultivada con grandes sementeras de maíz, huertas de cacao y otras plantaciones; pero su principal comercio consistía en sal, que los isleños llevaban á traficar á los demás puntos de la costa y aún hasta á lo interior de la sierra.

Sujetos, mal de su grado, á los Incas, sufrían con disgusto la dominación de los monarcas peruanos, y conservaban una guerra obstinada con sus vecinos de Túmbez: por esta circunstancia prefirió Pizarro la isla, para acampar en ella, pues comprendió cuanta ventaja podría sacar para el buen éxito de su empresa de la rivalidad de los dos pueblos. Había formado el conquistador el proyecto de apoderarse de Túmbez, ciudad á la cual consideraba como la llave del imperio peruano, y nada le pareció tan oportuno como congraciarse con sus habitantes, abatiendo y subyugando á los belicosos isleños; ó servirse de la cooperación de éstos para sujetar á aquellos, en caso de que le fuese necesario entrar en Túmbez por la fuerza. Empero este plan, aunque sagaz, no le fué muy ventajoso, porque los tumbecinos se le opusieron tanto como los de la Puná, y emplearon las mismas estratajemas que éstos para destruir á los extranjeros.

Tan luego como hubieron sentado sus reales en la isla, los conquistadores principiaron á hostilizar á los indios, arrebatándoles su ropa, su comida y hasta sus mujeres. Pizarro, además, para agazajar á los tumbecinos, é inclinarlos á su devoción, puso en libertad y mandó transportar á Túmbez seiscientos prisioneros de guerra que

encontró cautivos en la isla, unos ocupados como esclavos, y otros destinados á los sacrificios sangrientos de víctimas humanas, que los de la Puná solían ofrecer á su dios Túmbal. Con esta demostración de parcialidad en su favor por parte de Pizarro, los tumbecinos cobraron bríos y, pretextando agradecer á los extranjeros la libertad concedida á sus paisanos, pasaron á la isla, donde, al amparo de los conquistadores, comenzaron á talar los sembrados de sus enemigos, como en represalia de pasados agravios. Bramaban de coraje los orgullosos isleños, viendo así hollado su territorio tan impunemente por sus rivales; acudían en tropel á implorar con gemidos la protección de sus dioses y los sacerdotes fatigaban en vano á sus oráculos, pidiéndoles respuestas sobre el modo de acabar con los extranjeros. Concertáronse, al fin, en secreto para matar á los españoles, tomándoles separados unos de otros, para impedirles que se auxiliasen mutuamente: con este objeto les convidaron á una gran cacería, que en obsequio de ellos tenían aparejada; pero también entonces la diligencia de los intérpretes llegó á calar el plan, y se lo advirtieron oportunamente á Pizarro. Para no manifestar cobardía, dispuso éste, obrando sagazmente, aceptar la invitación sin darse por entendidos de que sabían la traición de los indios; pero ordenó también que todos saliesen al campo, armados como para pelear. El aspecto taciturno y cauteloso de los españoles y el verlos armados dió á entender á los indios que, áun por esa vez, su plan estaba descubierto; así fué que, después de montear, concluída la cacería, presentaron todas las pre-

sas á los españoles, sin reservar nada para sí mismos. Las violencias de los extranjeros contra los patricios continuaban y los intérpretes volvieron á dar nuevo aviso á Pizarro para que no se descuidara, diciéndole que los isleños se disponían en secreto á exterminar á los conquistadores, y que, con el fin de concertar el plan, se habían reunido los caciques á conferenciar en la casa de uno de ellos. Pizarro se hallaba en ese momento con Jerónimo de Aliaga y Blas de Atienza oficiales del Rey, ocupado en repartir el oro que hasta entonces habían recogido, y, dejándolo todo, acudió al punto indicado, donde encontró, en efecto, reunidos á diez y siete caciques con Tumbalá, jefe ó régulo de la isla. Apoderóse al instante de todos ellos, y, dando por probada la traición, entregó á los desgraciados indios en manos de sus implacables enemigos, los tumbecinos, quienes los mataron sin piedad, cortándoles las cabezas por detrás. Sólo reservó con vida á Tumbalá, pero encerrándole en una prisión bajo muy estrecha custodia.

Este hecho tan bárbaro consumó la medida de la indignación de los indios contra los españoles; y no ya á ocultas, sino descubiertamente, se presentaron á guerrear con ellos. Mas aquella era una guerra enteramente desigual. Desde el anochecer se vieron partidas de indios, que andaban vagando por los contornos del real de los españoles: tocóse alarma en el campo de éstos y permanecieron en vela toda la noche, oyendo el lejano murmullo del mal disciplinado ejército de los indios, los cuales, al amanecer, cayeron sobre el campamento de los conquistadores y lo cerca-

ron por todos lados, dando espantosos gritos y haciendo horrible algazara con el ruido de sus pífanos y atabales, el choque de sus largas picas y los aullidos de furor, con que unos á otros se estimulaban á combatir. En el campo de los españoles reinaba profundo silencio; y con la ventaja de la bien ordenada maniobra, sin recibir grave daño, lo causaban tremendo en el ejército de los indios, que, con sus cuerpos medio desnudos, presentaban un blanco indefenso á las cortantes espadas de los contrarios; mientras que éstos, cubiertos de pies á cabeza con armaduras de hierro, eran invulnerables á las lanzas y dardos de los indios: en los compactos grupos de los isleños las balas de los arcabuces causaban estragos certeros á cada descarga, sin que hubiese tiro perdido. Había salido ya el sol y la mañana avanzaba; el campo estaba sembrado de cadáveres; entre los españoles había muchos heridos y cinco muertos; pero los indios no se desalentaban, antes, tomando vigor en su misma desesperación, no dejaban ni un instante de reposo á los españoles. Cansados éstos de la refriega y sorprendidos de la constancia de los indios, no acertaban á dispersar los pelotones de combatientes, que acudían á llenar inmediatamente el puesto de los que morían, cuando Pizarro mandó á su hermano Hernando que los atacara con la caballería, que hasta entonces había estado de reserva. La repentina aparición de los caballos, que en la carrera atropellaban á los indios, y la lanza de los castellanos, que se cebaba en ellos sin piedad, los pusieron al fin en derrota, dando tiempo á los españoles para que se recogieran á su real,

pasado ya el medio día. Hernando Pizarro recibió una herida grave en una pierna por la lanza arrojadiza de un indio: murió también un caballo, al que se mandó enterrar al momento, para que los indios no perdieran la creencia que tenían de que aquellos monstruos eran inmortales.

Tan reñido debió ser y encarnizado este combate, que los españoles creyeron deber su triunfo á un milagro, pues aseguraban haber visto en los aires al santo Arcángel Miguel peleando con Satanas, que acaudillaba un ejército de demonios, los cuales ayudaban á los indios. Pero muy lejos estaba el Cielo de favorecer con portentos, guerras como las de la conquista, en las cuales, invocando el santo nombre de Dios, se violaban las leyes divinas.

Al día siguiente, los indios, derrotados pero no abatidos, se presentaron de nuevo á combatir con los españoles; y durante veinte días consecutivos tuvieron éstos necesidad de no soltar las armas de la mano, porque los indios, sin desalentarse por las pérdidas, los atacaban sin tregua ni reposo. Navegando en sus balsas acometieron repetidas veces á los buques, surtos en el puerto, con intento de echarlos á pique, cosa que á los españoles ponía en grande aprieto, obligándoles á dividir su tropa, unos en defensa de los navíos, y otros en la del campamento.

Cada día los indios con sus familias iban abandonando la isla y refugiándose en el continente; así es que la despoblación era rápida: incendiadas las sementeras, saqueadas las habitaciones, la escasez y el hambre sobrevinieron muy pronto; y los soldados, que no hallaban esos mon-

tones de oro que se habían imaginado, caían de ánimo y hablaban mal de sus jefes, con lo cual la subordinación y disciplina padecían de día en día notable detrimento. La fecunda sagacidad de Pizarro hechó mano en esas circunstancias de un ardid, que le fué inútil. Fingió que se había encontrado casualmente entre las de la Puná una india, que había servido á Bocanegra, aquel español que se quedó en las costas del Perú en el primer viaje, al tiempo del descubrimiento. La india había entregado al capitán una cédula escrita por Bocanegra, en la cual se leían estas palabras: «Cualesquiera que vengáis algún día á estas tierras, sabed que aquí hay más oro que hierro en Vizcaya.» Aseguraba Pizarro que la india le había entregado este papel, envuelto en una camisa del español muerto; pero ninguno en la mal avenida tropa creyó en la realidad del supuesto hallazgo, antes cada día crecía más el desaliento.

Un incidente inesperado vino á aumentar los cuidados é inquietud de Pizarro. Su hermano Hernando, hombre recio de carácter y soberbio, insultó á Riquelme, tesorero del Rey: airado el tesorero, se embarcó secretamente en un navichuelo, y por la noche se fugó de la isla, con dirección á Panamá. Así que lo supo Pizarro, mandó en seguimiento de Riquelme, á Juan Alonso de Badajoz, quien le dió alcance en la Punta de Santa Elena, desde donde consiguió que se volviera: de vuelta en la Puná, dándole satisfacciones, obtuvo Pizarro que se reconciliara con su hermano.

III

Llegadas á este extremo las cosas, permanecer más tiempo en la isla era ya casi imposible; los mantenimientos faltaban, las hostilidades no cesaban, la isla cada día se iba despoblando más y más y, aunque se había ocurrido al arbitrio de poner en libertad al cacique Tumbalá, para que calmase los ánimos irritados de sus súbditos y les persuadiera que, dejadas las armas, volviesen en paz á sus hogares, nada se había conseguido. Por fortuna, la llegada de Hernando de Soto con nuevos refuerzos mejoró la situación de los aventureros. Hernando de Soto, el célebre descubridor del Misisipi y conquistador de la Florida, venía desde Nicaragua, atraído por las noticias que de la maravillosa riqueza del Perú habían llegado hasta allá. Era además amigo de Pizarro y de Almagro y venía á ayudarles en su empresa. Auxiliado, pues, con estos nuevos refuerzos Pizarro, ya no pensó más que en salir de la Puná, para ocupar Túmbez y principiar la conquista definitiva del imperio de los Incas. Durante los seis meses que había permanecido en la isla se había informado prolijamente de la riqueza, condiciones y recursos de los dos soberanos, que se estaban disputando la corona del imperio, y ninguna circunstancia le pareció tan propicia para llevar á feliz término la proyectada conquista, como la de la guerra civil que entonces tenía divididas las fuerzas del Estado.

La resistencia porfiada que presentaban los indios, las enfermedades molestas que habían

cundido en la gente de tropa y, sobre todo, el escaso botín que hasta entonces se había recogido, eran causas poderosas para infundir desaliento en el ánimo de los aventureros castellanos; y, en efecto, muchos de ellos maldecían públicamente la hora en que habían abandonado las comodidades y el regalo de que gozaban en Nicaragua, para venir al Perú, donde las riquezas no se encontraban, y los trabajos y sufrimientos eran incalculables. Pizarro no se desalentaba, pero temía que su gente se desesperara y quisiera abandonar la empresa comenzada; por esto, resolvió pazar á Túmbez, donde tan halagüeña acogida se le había hecho en su primer viaje, y dió orden para que se aprestasen las balsas de los indios y los navíos que tenían en el puerto.

Seis meses se habían detenido los conquistadores en la isla de la Puná, y, al salir de ella, la dejaban asolada, habiéndola encontrado floreciente.

En el territorio de lo que hoy es República del Ecuador y entonces se llamaba Reino de Quito, hacía ya muchos meses que los europeos estaban viviendo: sin duda, en esos días los Religiosos dominicos, que venían en la expedición con Pizarro, celebrarían los santos misterios; pero, como no habían determinado todavía los conquistadores fundar ninguna colonia estable, no se edificó tampoco ningún templo al verdadero Dios, y los divinos oficios se celebrarían bajo alguna tienda de campaña, en las marchas del ejército de los conquistadores.

Entre la isla de la Puná y la antigua población indígena de Túmbez no había más que unas

doce leguas de distancia, y en las balsas de los indios la travesía se hacía en dos días, aprovechando de la creciente de las mareas. En las balsas acomodaron, pues, todo el fardaje y pusieron á los enfermos; los caballos y la demás gente debía trasladarse en los navíos.

Pasaban los españoles no sólo confiados, sino muy tranquilos, con la seguridad de tener en los tumbecinos unos aliados fieles y unos amigos decididos en su favor y hasta reconocidos, por los servicios que les habían hecho, poniendo en libertad á los seiscientos prisioneros que encontraron en la isla; pero los indios de Túmbez estaban ya desengañados de la bondad de sus favorecedores, y habían llegado á comprender que las intenciones de éstos eran de apoderarse de la tierra y de señorear en ella; así que se concertaron para matarlos á traición.

En la primera balsa que llegó al puerto iban tres españoles: los indios los recibieron con demostraciones de amistad, les ayudaron á saltar en tierra y, conduciéndolos á la población como si les fuesen á dar alojamiento, les sacaron los ojos, les cortaron los brazos y las piernas, y todavía vivos, los echaron á cocer en unas grandes ollas de agua hirviendo, que tenían puestas al fuego. Hacían esto en homenaje sangriento con que pretendían aplacar á sus ídolos y tenerlos propicios, para que les dieran amparo contra los extranjeros advenedizos.

Con los que luego llegaron en otra balsa intentaron hacer lo mismo; pero, viéndose los infelices castellanos en tan grande apuro, dieron gritos pidiendo auxilio á sus compañeros. Para

fortuna de los tristes, había desembarcado ya Hernando Pizarro con unos cuantos soldados de caballería, y, oyendo los clamores desesperados que daban sus paisanos, comprendió el trance en que se encontraban, y acudió al instante, lanzándose á caballo á un estero de agua lodosa y vadeándolo con el fango hasta las cinchas. La presencia de Pizarro desconcertó á los indios y los puso en fuga, dejando libres á los españoles, que intentaban sacrificar. Como este plan se les desbaratara, pusieron por obra otro, que tampoco tuvo mejor éxito.

Dejaban las balsas abandonadas al ímpetu de la corriente, para que los pasajeros se ahogaran, no pudiendo atracarlas á la playa: el equipaje de Pizarro se perdió y los castellanos pudieron salvarse bregando con las olas desesperadamente: otras balsas fueron conducidas de propósito por los indios á ciertos islotes, donde intentaban matar á los españoles, tomándolos de sorpresa por la noche, cuando estaban dormidos; pero los salvó una circunstancia imprevista, pues uno de los viajeros se hallaba enfermo de berrugas, y, como por los dolores no podía conciliar el sueño, advirtió á los compañeros del peligro que les amenazaba, y así pudieron echar mano de sus espadas oportunamente y contener á los indios.

Grande fué el desaliento que se apoderó de los compañeros de Pizarro cuando llegaron á Túmbez: de la ciudad hermosa, cuya vista les había sorprendido en el viaje anterior, no encontraron más que escombros; los principales edificios estaban reducidos á cenizas, las casas de la población abandonadas, sus habitantes habían huído

á esconderse lejos en lugares retirados y en la extensión de dos leguas á la redonda los campos aparecían desiertos, sin que se encontrara ni un solo indígena. Con motivo de las guerras de Huáscar con Atahuallpa, las enemistades entre los tumbecinos y los de la Puná se habían encendido espantosamente, y, una vez triunfantes los isleños, habían pegado fuego á la ciudad y asolado sus edificios completamente. Los españoles tenían delante no la ciudad encantadora, cuyo aspecto floreciente habían admirado poco tiempo antes, cuando el descubrimiento de esas provincias, sino un pueblo arruinado y desierto, donde no se descubrían ni huellas de grandeza. Los que habían visto la ciudad en el viaje anterior se espantaban de su ruina, los que venían halagados con las pomposas descripciones de los descubridores, caían de ánimo palpando una realidad tan contraria á sus esperanzas: el oro, el oro codiciado, el oro tentador, no se encontraba y los estratajemas de Pizarro, para infundir aliento en el pecho abatido de sus soldados, no tenían efecto.

Los dos españoles Medina y Bocanegra, que se habían quedado en Túmbez cuando el viaje de descubrimiento, no vivían, habían perecido, y nadie podía decir cómo ni dónde.

Pizarro hizo explorar el campo y mandó á un capitán con algunos soldados de caballería que fuese en persecución de los indios á un punto, donde se aseguraba que estaban reunidos. El capitán cumplió su comisión, anduvo toda la noche sin parar, y á la madrugada dió de improviso sobre los indios, logró prender entre ellos al curaca de Túmbez y lo condujo amarrado á pre-

sencia de Pizarro, quien lo puso en libertad, bajo la condición de que había de hacer que la gente del pueblo, que andaba dispersa, regresara tranquilamente á sus hogares. Así lo cumplió, aunque no con la prontitud y diligencia que deseaban los conquistadores.

Pacificada la población, recorrió Pizarro la comarca y la inspeccionó toda, buscando un lugar cómodo para fundar una ciudad, con el fin de preparar alojamiento á los que esperaba que habían de acudir de otros puntos á tomar parte en la conquista, y también para tener un lugar seguro próximo al mar, donde acogerse en caso de que, siéndoles adversa la fortuna en la peligrosa hazaña que iban á acometer, les fuese necesario hacer una retirada.

Examinados, pues, varios puntos de la costa, se eligió el valle de Tangarara para fundar allí una población: señalóse el sitio, que entonces pareció más conveniente, á la derecha del río Chira, que baja de los cerros que dividen actualmente nuestra provincia de Loja de las tierras del Perú, repartiéronse solares, se trazaron calles y se puso por obra la fundación de una colonia española con el nombre de la Ciudad de San Miguel. Eligiéronse alcaldes, regidores, y los demás empleados de quienes debía componerse el ayuntamiento de la nueva población, la primera que se fundaba en el vasto territorio del Perú sujeto al cetro de los Incas. Hasta entonces los conquistadores no habían hecho fundación ninguna, andando en campamento ambulante, desde las costas de Esmeraldas en el Ecuador hasta Túmbez en el Perú: San Miguel fué la primera población

española que se fundó en el continente Sud-americano, á este lado del istmo de Panamá.

Allí en San Miguel fué también donde se levantó el primer templo católico, para dar culto al verdadero Dios en la tierra de los Incas. Más tarde se conoció por experiencia que el lugar elegido para la población era malsano, y se la trasladó al sitio donde existe hasta ahora, á orillas del río Piura, de donde le viene el nombre, con que al presente es designada (5).

La nueva población tenía la ventaja de estar cerca del hermoso puerto de Paita, que ofrecía á los buques europeos un fondeadero mejor que la rada de Túmbez.

Dispuestas, pues, así todas las cosas que parecían más convenientes para la conservación de la naciente colonia, Pizarro resolvió emprender su marcha al interior del país. Algo se había levantado ya el ánimo desconfiado y abatido de los aventureros, con las noticias que acerca del Cuzco y de las inmensas riquezas acumuladas por los Incas en el templo del Sol y en los palacios de aquella famosa ciudad, les habían dado algunos indios principales, que aseguraban haber estado en la regia capital y visto con sus propios ojos los tesoros de ella. Con esto la ilusión de un porvenir halagüeño y opulento volvió á re-

(5) PAZ SOLDAN (Mateo).— Geografía del Perú.—La primera población que los españoles fundaron en el Perú, recibió el nombre de San Miguel, porque la pusieron bajo la advocación del Santo Arcángel, á cuya protección atribuían el triunfo obtenido sobre los indios de la Puná.— Tuvo cuando su fundación cincuenta y cinco vecinos.

crear la fantasía de los descorazonados conquistadores.

Los enfermos que habían quedado en Túmbez y los recién llegados de Panamá subieron al puerto en los navíos, y, hechas las prevenciones oportunas, se fijó definitivamente el día de la partida para el interior. Era esto en el mes de Septiembre del año de 1532, más de año y medio después de haber desembarcado en la bahía de San Mateo.

CAPITULO TERCERO

Captura y prisión del Inca Atahuallpa

Estado del imperio de los Incas después de la muerte de Huayna-Cápac. Testamento del Inca. — División del imperio. — Guerra civil entre Huáscar y Atahuallpa.—Motivos de esta guerra.—Batalla de Ambato. — Triste suerte de los Cañaris. — Triunfos de Atahuallpa. — Se retira éste á Cajamarca. — Marcha de los conquistadores al través de la sierra del Perú. — Su llegada á Cajamarca. — Entrevista con el Inca.—Atahuallpa es capturado. — Destrozo de su ejército. Reflexiones.

I

MIENTRAS Pizarro con su hueste de conquistadores se detiene en Piura, ocupado en la fundación de la primera ciudad española edificada en el territorio del vasto imperio del Perú, y mientras toma sus medidas para acometer decididamente la conquista, poniéndose en camino en busca del Inca Atahuallpa; veamos lo que había acontecido en estas regiones, después del fallecimiento de Huayna-Cápac.

Ya en otro lugar de esta Historia referimos que Huayna-Cápac se había regresado enfermo desde el palacio de Tomebamba á esta ciudad, donde poco tiempo después acabó sus días, an-

gustiado, previendo en el repentino aparecimiento de los extranjeros desconocidos en las costas del Pacífico, la inminente ruina de su imperio. Al morir hizo su testamento, dividiendo el inmenso imperio, que había señoreado por casi medio siglo, en dos grandes secciones, de las cuales constituyó por herederos á sus dos hijos principales, Huáscar y Atahuallpa: al primero le señaló todas las provincias del Sur, que habían formado el imperio de los Incas antes de la conquista é incorporación del Reino de Quito; y á Atahuallpa le adjudicó toda la región del Norte con los límites que había tenido el reino de los Scyris, sus abuelos maternos, antes que lo conquistasen los señores del Cuzco.

Difícil es comprender la razón política que haya movido á Huayna-Cápac á hacer esta división de su imperio, en circunstancias en que más bien convenía fortalecerlo que no debilitarlo. Acaso, el anciano monarca, conociendo el carácter de los dos príncipes sus hijos, quiso oponer algún obstáculo á la futura ruina de su imperio, en el valor guerrero y ánimo esforzado de Atahuallpa; pues, como aquellos extranjeros misteriosos habían desembarcado primero en las costas de Esmeraldas, fácil era preveer que, á su regreso, acometerían primero el Reino de Quito antes que el imperio del Cuzco, y Atahuallpa podría hacerles frente, oponerse á su entrada y rechazarlos ventajosamente. Pero, si éstos fueron los cálculos de la previsiva política de Huayna-Cápac, la ambición y la mal aconsejada discordia de los dos príncipes herederos vino á frustrar los planes meditados por su difunto padre. Las ar-

mas que debieran haber defendido el suelo patrio contra la invasión extranjera, se emplearon en guerras fratricidas; y, cuando el invasor se avanzó al centro del imperio, no hubo una sola mano que se alzara para contenerlo.

Celebrados en el Cuzco con grande magnificencia los funerales de Huayna-Cápac, y terminada la ceremonia del duelo, Atahuallpa regresó á Quito, y durante los cuatro ó cinco primeros años que siguieron á la muerte de su padre, se mantuvo tranquilo en esta ciudad, sin que se alterara la armonía y concordia que guardaba con su hermano. No obstante, las causas de desacuerdo abundaban así en la corte del Cuzco como en la de Quito. Huáscar era en edad mayor que Atahuallpa, había nacido en el Cuzco y era hijo de la Coya ó esposa legítima de Huayna-Cápac; pues, según las leyes del imperio, este soberano había tomado por esposa á su propia hermana, á fin de conservar pura en su descendencia la sangre de los hijos del Sol. Pero de estos matrimonios, reprobados por la moral y sancionados por la superstición, no podía menos de salir al fin una prole enfermisa y enervada: Huáscar era débil, de escaso ingenio y de ánimo un tanto apocado; sin bríos marciales, había manifestado desde muy temprano que amaba la paz y no gustaba del estrépito de las conquistas. Su madre, la Coya viuda de Huayna-Cápac, era, por el contrario, mujer ambiciosa y de espíritu varonil, sentía humillado su orgullo y le pesaba del testamento del Inca su esposo, viendo exaltado al trono de Quito y reinando en el dividido imperio al hijo bastardo de Huayna-Cápac, y continuamente esta-

ba estimulando á Huáscar á romper con su hermano y á enmendar el yerro y reparar la injusticia que Huayna-Cápac había cometido, al dividir el imperio, en que debía haber reinado sólo el legítimo descendiente de los hijos del Sol.

La Coya había gobernado el imperio durante las largas ausencias que Huayna-Cápac, ocupado en guerras y conquistas, se había visto á hacer de la capital; y de los sentimientos y manera de ver de la Coya participaban todos los incas y magnates de la corte del Cuzco.

Atahuallpa conservaba en Quito á los principales jefes del ejército de su padre y la flor y lo más granado de los orejones, de quienes era amado y obedecido ciegamente, porque veían renovadas en él, no sin ventaja, las prendas militares, que tanto les había cautivado, en Huayna-Cápac. Los pueblos de Quito, y principalmente las belicosas tribus de los Caras, odiaban la dominación de los soberanos del Cuzco y estaban siempre con las armas en la mano, prontas á guerrear por la independencia. Atahuallpa guardaba la herencia de sus mayores, resuelto á conservarla íntegra, sin menoscabo ni quebranto alguno. Los motivos de discordia abundaban pues, entre los dos príncipes indios, y sólo faltaba la ocasión para que estallara entre ellos la guerra civil.

Cuál haya sido la verdadera ocasión ó pretexto para esta guerra, no puede referirse con toda seguridad; pues unos historiadores señalan una, y otros otra: no obstante, lo más probable es que, estando ya prevenidos los ánimos, ocurrieron á un tiempo varios motivos para el rom-

pimiento definitivo, ya desde muy atrás preparado (1).

La provincia de Cuenca, donde vivían los célebres Cañaris y donde estaba la famosa población de Tomebamba, pertenecía al Reino de Quito, por haberla incorporado en él, mediante pactos y alianzas, el postrero de los Scyris; pero los Cañaris, siempre astutos y disimulados, querían pertenecer más bien al imperio del Cuzco que al Reino de Quito, para disfrutar así de mayor libertad é independencia, teniendo lejos al soberano. Murió Chamba, el último de los régulos de la nación, y su hijo Chapera, en vez de acudir á Quito, acudió al Cuzco para solicitar de Huáscar la confirnación en el gobierno

(1) Conviene que indiquemos aquí cual es el criterio histórico que nos ha guiado en esta parte de la Historia General del Ecuador. — Uno de los puntos más inciertos y más oscuros de la historia del Perú, y por consiguiente de la Historia del Ecuador en este período, es el relativo á la guerra civil entre los dos príncipes indígenas Huáscar y Atahuallpa; pues en las narraciones de los antiguos cronistas castellanos reina la más completa contradicción, pudiéndose decir con toda verdad que no hay ni siquiera dos que estén enteramente de acuerdo. Lo único que consta, y que puede asegurarse con toda certidumbre, es que hubo guerra civil, y que en ella quedó triunfante Atahuallpa, logrando sus Generales tomar preso al mismo Inca Huáscar. Pero ¿cuál fué el verdadero motivo de la guerra? ¿De parte de quién estuvo la justicia? ¿Cuántas fueron las batallas que se dieron durante la guerra? ¿Quién la declaró primero? Nada cierto se puede asegurar acerca de estos puntos.—Lo mismo decimos en cuanto al número preciso de soldados de que se componía cada ejército: ¿cómo pudo constar ese número redondo de millares que dicen algunos historiadores que tenía ya el uno ya el otro ejército?

de la provincia que le pertenecía por derecho de nacimiento, según las leyes y costumbres de su pueblo. Atahuallpa llevó muy á mal el paso dado por el régulo de los Cañaris, sosteniendo que el territorio de éstos había en lo antiguo formado parte del Reino de Quito. Ya antes, con este mismo convencimiento, ó si se quiere pretensión ambiciosa, había el monarca de Quito principiado á hacer construír en la provincia del Azuay un palacio suntuoso, como en territorio propio y legítimamente sujeto á su dominio. Los Cañaris habían visto con malos ojos esa construcción de un nuevo palacio para el príncipe quiteño en la tierra de ellos, y secretamente habían enviado emisarios al Cuzco para inspirar á Huáscar celos más fundados contra su hermano.

Esta incertidumbre, estas contradicciones son tanto más sorprendentes, cuanto la guerra civil entre los dos Incas tuvo lugar inmediatamente antes de la conquista, y duraba todavía cuando los conquistadores se hallaban en el territorio del imperio, siendo por lo mismo más fácil averiguar los hechos y descubrir la verdad.—Nosotros nos hemos apoyado en el testimonio de OVIEDO, de HERRERA y principalmente de CIEZA DE LEON, de CABELLO BALBOA y de VELASCO, y con la autoridad de todos ellos, el conocimiento de los lugares y el ejemplo de escritores discretos, como PRESCOTT, LORENTE y MARGALL, hemos creído que no nos apartábamos de la verdad, tejiendo la narración histórica como la hemos tejido en el texto.

En los antiguos escritores de las cosas del Perú relativas á aquellos tiempos, hay no sólo divergencia sino hasta contradicción, respecto del testamento de Huayna-Cápac: unos dicen que dividió el imperio; otros aseguran que lo dejó íntegro á su hijo Huáscar. Las pasiones de los historiadores han contribuído á hacer más densas las tinieblas de la historia en aquella época.

Y no eran solamente los Cañaris los que rehusaron pertenecer al Reino de Quito, también el régulo de la Puná se había alzado y casi declarado independiente en su isla. La guerra tenía, pues, pretextos especiosos para ambos príncipes. Atahuallpa quería someter á su obediencia las provincias que se le habían separado para agregarse al imperio del Cuzco, y Huáscar se ponía en armas para proteger á esos mismos pueblos, que su hermano y émulo consideraba como rebeldes.

Los dos monarcas juntaron, pues, sus ejércitos y se pusieron en campaña. Atahuallpa se dirigió contra los Cañaris para sujetarlos, y Huáscar envió á Atoco con gran copia de tropas para defenderlos: trabóse la primera batalla de tan infausta guerra civil, que no había de acabar sino con la ruina completa y definitiva del imperio: la suerte de las armas se mostró favorable á los peruanos; los quiteños fueron derrotados, y desde los campos de Tomebamba, donde se dió el combate, se pusieron aceleradamente en fuga, regresando á esta ciudad: aquí se rehicieron, y salieron al encuentro á Atoco, que venía triunfante. En las llanuras de Mocha se libró el segundo combate, y los quiteños fueron nuevamente arrollados por las fuerzas peruanas: la defensa del puente del río de Ambato fué reñida por ambas partes, y el éxito de la pelea quedó dudoso. En estas dos últimas acciones de guerra no se había encontrado en persona Atahuallpa; pero, colectando tropas de refuerzo, marchó con precipitación al teatro del combate, caminando á pie, como uno de sus soldados: la presencia del príncipe enardece el valor de

sus huestes, cobra bríos la gente y se precipita contra los enemigos: los peruanos estaban orgullosos con sus triunfos repetidos, y entraron en combate no sólo con denuedo sino con furor: en el ejército de Quito estaban el viejo Calicuchima y el intrépido Quizquiz, jefes veteranos de los famosos cuerpos que habían militado á órdenes de Huayna-Cápac: Atoco dirigía su ejército, reforzado con las reservas de los Cañaris, á quienes el éxito de la batalla había de dar independencia ó condenar al exterminio, y así pelearon con arrojo y desesperación: porfiado fué el combate, tenaz la resistencia por ambas partes, y, al fin, la victoria se decidió en favor de Atahuallpa, aunque el estrago fué igualmente sangriento para entrambos ejércitos....Años más tarde, todavía alcanzaron á contemplar los conquistadores los campos de batalla blanqueando con la muchedumbre de huesos insepultos....Entre los prisioneros cayeron Atoco y Chapera, á quienes los sacrificaron sin piedad, asaetándolos amarrados á un palo.

Cuando en el Cuzco se recibió la noticia de la derrota padecida por Atoco en las llanuras de Ambato, se nombró por jefe del ejército á Huanca-Auqui, el cual con una gran copia de tropas colecticias se puso inmediatamente en camino viniéndose hacia el Norte. Entretanto, los restos de la gente que mandaba Atoco habían regresado á la provincia del Azuay, y allí resolvieron hacer frente á Atahuallpa. Estacionáronse, pues, con los cuerpos de los Cañaris en el mismo valle donde estaba fundada la populosa ciudad de Tomebamba, y á sus puertas se empeñó un nuevo y sangriento combate entre la vanguar-

dia de Atahuallpa y los peruanos y Cañaris: tres veces, en tres días consecutivos, volvieron á la refriega los ejércitos, y al tercero los de Quito pusieron en fuga á los Cañaris y peruanos: centenares de muertos quedaron en el campo tanto de la una como de la otra parte, y la extensa ciudad cayó en poder de los vencedores (2).

Atahuallpa, triunfante, se puso en marcha para la provincia del Azuay; llegó al palacio de Tomebamba, levantado por su padre, y allí recibió la embajada de los tristes Cañaris, que habían salido á su encuentro para implorar su clemencia....Mujeres, ancianos y niños se le presentaron en tropel, con palmas en las manos, y llorando se esforzaban por enternecerlo moviéndolo á compasión; pero el vengativo Inca se mantuvo terco é inexorable, no dió oídos á las suplicas ni se condolió de los miserables; antes, ciego en su cólera é implacable en su venganza, allí

(2) Respecto de este punto, debemos distinguir dos cosas: primera, el combate que tuvo lugar entre las tropas de Huáscar y las de Atahuallpa cerca de la población de Tomebamba; y segunda, la prisión y la fuga de este último.

El combate es cierto, pues consta por el testimonio unánime de varios historiadores; pero la prisión y la fuga del Inca nos parecen hechos inverosímiles. Si el combate de Tomebamba fué el primero de la guerra, Atahuallpa salió entonces derrotado y se retiró á Quito, donde, reorganizado su ejército, volvió á presentar batalla á Atoco y lo venció en la provincia de Ambato. También se volvió á dar, como dice Balboa, una nueva batalla á las puertas de Tomebamba, y triunfó Atahuallpa. Lo de la prisión del Inca, lo de su fuga, horadando la pared con una barra de oro, carece de verosimilitud, atendidas las costumbres de los indios, y la manera de tratar á sus soberanos. — Cabello Balboa niega terminantemente la prisión de Atahuallpa.

mismo ordenó que muchos de ellos fuesen sacrificados, mató á cuantos jefes pudo haber á las manos, y, llegando á Tomebamba, arrasó la ciudad, demoliendo sus edificios y pasando á cuchillo á sus moradores. Se cuenta, que áun hizo arrancar los corazones á unos cuantos magnates, y que mandándolos enterrar en los campos de cultivo, decía: sembremos los corazones de éstos, para ver qué fruto dan corazones de traidores!!!....

La suerte de los desventurados Cañaris aterró á los demás pueblos y deseando conjurar la calamidad que les amenazaba, se apresuraron á mandarles emisarios á Atahuallpa, para prometerle obediencia y hacerle protestas de sumisión y fidelidad (3).

---

(3) Se le han hecho al desgraciado Atahuallpa graves acusaciones, pintándolo como excesivamente cruel, sanguinario y feroz en la guerra contra su hermano. Garcilaso ha sido el primero en referir matanzas que espantan, y asesinatos á sangre fría que horripilan. Las venganzas y castigos de que fueron víctimas los célebres Cañaris tienen explicación, aunque no excusa, en el inhumano derecho de la guerra que estaba vigente entre los Incas. Ese derecho condenaba sin piedad al exterminio á los pueblos, á quienes la voluntad del soberano declaraba rebeldes.

Las matanzas y el degüello de la familia imperial, tan menudamente referido á Garcilaso por el viejo inca, tío materno del historiador, no tienen fundamento ninguno digno de crédito. Las reflexiones que hace Prescott, por más que las atenúe Mendiburu, no pueden menos de convencer á todo el que juzgue de los hechos históricos con la debida imparcialidad.

PRESCOTT.—Historia de la conquista del Perú.—(Capítulo 2.° del Libro 3.°).

MENDIBURU. — Diccionario histórico-biográfico del

Viéndose Atahuallpa trinfante, y observando el terror que sus victorias habían inspirado á los pueblos, soltó las riendas á su ambición y se proclamó señor del imperio y único soberano de la Tahuantinsuyo. Allí mismo, en Tomebamba, adornó su frente con la borla carmesí, señal y distintivo regio de los monarcas del Cuzco.

Huanca-Auqui se vino hacia el Norte, á marchas forzadas, y se avistó con el ejército de Atahuallpa, acampado ya de antemano en las llanuras denominadas *Cusibamba*, cerca del punto donde está edificada la ciudad de Loja. Los dos ejércitos no tardaron en venir á las manos; pero también esta vez la fortuna se manifestó favorable á los quiteños, y Atahuallpa, desde una colina donde se había situado, presenció el triunfo de los suyos y la derrota de los contrarios. Huanca, recogiendo los restos de su desbaratado ejército contramarchó hacia el Sur, y áun volvió á tentar fortuna en otro nuevo encuentro con las tropas quiteñas, que iban en su seguimiento.

Entretanto irritado Huáscar con la noticia del desastre padecido por Huanca y atribuyéndolo á cobardía, se cuenta que, para manifestarle su indignación, le envió de obsequio unas vestiduras y árreos mujeriles, cosa que afrentó al General indio y le contristó hondamente, y más

---

Perú.—(Palabra *Atahuallpa*).

QUINTANA.—Vida de Francisco Pizarro.

OVIEDO trae la relación que de sus guerras civiles con Huáscar le hizo el mismo Atahuallpa á Pizarro, mientras el Inca estuvo preso en Cajamarca.—(En el capítulo nono del Libro cuadragésimo sexto).

viéndose como se vió destituído luego del mando del ejército, y reemplazado por Mayta-Cápac, otro jefe, en cuyo valor y lealtad confiaba mucho el desafortunado Huáscar.

Muy difícil, y hasta casi moralmente imposible, nos sería referir por menudo todos los incidentes de esta guerra civil; pues, si en otros puntos se halla divergencia entre los historiadores antiguos del Perú, respecto de éste hay notable contradicción. No obstante, lo cierto, ó á lo menos lo más probable, parece que fué el nuevo encuentro de las tropas del imperio con el ejército acaudillado por Quizquiz, en las llanuras de Jauja, donde la victoria se declaró también en favor de los quiteños. Este fracaso no desalentó á Huáscar; antes salió él mismo en persona al frente de sus tropas y volvió á presentar batalla á los generales quiteños, en un punto denominado Quipaypan, á poca distancia del Cuzco; pero parte de sus ejércitos fué destrozada completamente, la guardia noble que le rodeaba se sacrificó para defenderle, la derrota fué completa y el mismo Huáscar cayó prisionero en poder de los generales quiteños.

La guerra estaba terminada: Atahuallpa, vencedor de su hermano, había quedado por único soberano y dueño del imperio: Cuzco, la ciudad sagrada, la corte de los hijos del Sol, fué ocupada por las tropas victoriosas de Quizquiz y Calicuchima, y en todas partes el poder del monarca quiteño fué acatado: la fortuna se le mostraba risueña en el momento mismo, en que iba cruelmente á volverle las espaldas....

Desde Cusi-bamba en la provincia de Loja,

Atahuallpa bajó á la costa, para castigar al régulo de la Puná, que se le había rebelado, declarándose favorable á la causa de Huáscar: los isleños hicieron rostro á Atahuallpa, se defendieron esforzadamente y en uno de los combates el mismo Inca salió herido de un flechazo en un muslo; por lo cual, dejando á los tumbecinos el encargo de continuar la guerra contra los de la Puná, sus eternos enemigos, volvió á tomar el camino de las cordilleras, y con todo su ejército se retiró al valle de Cajamarca, eligiendo aquel punto como el más á propósito para su residencia temporal, así por su situación ventajosa, pues está colocado al centro del imperio, como por las favorables condiciones de su clima, benigno y templado.

Los momentos eran solemnes: el hijo de Huayna-Cápac iba á reposar de las fatigas de una guerra fratricida y sangrienta; pero los providenciales destinos relativos á su nación y á su raza estaban á punto de cumplirse, y á donde caminaba aceleradamente Atahuallpa era al suplicio....

Apenas llegado á la ciudad, recibió simultáneamente la noticia de la victoria de su ejército en Quipaypan, de la prisión de su hermano y del viaje que Pizarro había emprendido á la sierra, poniéndose resueltamente en camino hacia Cajamarca. Atahuallpa dió orden para que á su hermano Huáscar lo pusiesen á buen recaudo en la fortaleza de Jauja, tratándolo con todos los miramientos debidos á la dignidad de su persona, lo cual se obedeció al momento. Huáscar fué encerrado en la fortaleza de Jauja, y allí pasó los postreros días no sólo de su propia vida, sino también de la duración de su imperio; pues las

malhadadas guerras entre los dos hermanos habían allanado el camino al conquistador, que avanzaba más intrépido que nunca.

Atahuallpa, presa de incertidumbres é irresoluciones, alucinado con sus victorias, vió llegar al conquistador, apoderarse uno tras otro de sus pueblos, caminar derecho en busca suya y acercarse á su campamento, sin tomar medida alguna de defensa ni siquiera de cautela. ¿Qué ha bía pasado con el Inca? ¿Cómo explicar semejante conducta? El sol esplendoroso de los Incas corría fatalmente á su ocaso, y pronto había de ponerse para siempre, hundiéndose en un mar de sangre!....

Mientras Atahuallpa estaba en los baños medicinales de Cajamarca, convaleciendo de la herida que en la Puná recibió en el muslo, sus generales Quizquiz y Calicuchima, enseñoreados del Cuzco, hacían pesar sobre la familia de Huáscar los horrores de su desventurada situación, y el conquistador Francisco Pizarro, formando la invariable resolución de apoderarse á todo trance de la persona del monarca indio, se ponía en marcha directamente para la anhelada Cajamarca.

II

Es indudable que Francisco Pizarro había formado ya de antemano este plan en su ánimo, como el mejor y más certero para dar cima prontamente, con éxito feliz, á la difícil cuanto arriesgada empresa de la conquista. Dudaba del modo cómo había de poner por obra su plan, y atendía hasta á las más insignificantes circuns-

tancias, á fin de que nada pudiera tomarle de sorpresa ni encontrarle desprevenido; y las circunstancias mismas, conforme se fuesen presentando, esperaba que le indicarían el camino por donde le sería dado llegar, sin tropiezo alguno, al término que se había propuesto.

Sometió, pues, á su obediencia á los curacas de los valles circunvecinos, para dejar la colonia de San Miguel rodeada de pueblos amigos: á unos los atrajo con halagos, á otros les infundió temor ejerciendo más que castigos, venganzas terribles: repartió á cada vecino un número competente de indios de servicio, y, encargándoles que los trataran bien y cuidaran de mantener la tranquilidad en la colonia, se puso en camino con dirección á la sierra, el veintitrés de Septiembre de 1532 (4).

---

(4) RAIMONDI.— El Perú.— (Historia de la Geografía del Perú.— Capítulo 2.°). Contiene una descripción prolija del viaje de Pizarro desde Túmbez á Cajamarca, con la indicación precisa del itinerario seguido por los conquistadores, y de los puntos correspondientes á cada jornada.

JEREZ.— Conquista del Perú.— Este autor nos merece mucho crédito en este punto, porque estuvo en la expedición, desempeñando el cargo de cronista de ella, como secretario de Pizarro.

PIZARRO (Pedro).— Relación del descubrimiento y de la conquista de los reinos del Perú. — (Tambien testigo de vista de todo lo que refiere, pues fué uno de los soldados que formaban el cuerpo de tropa de los conquistadores).

OVIEDO.— Historia general y natural de las Indias.— (Libro cuadragésimo sexto. En los capítulos 3.°, 4.°, 5.° y 6.° hace una relación circunstanciada de la marcha de Pizarro desde San Miguel hasta Cajamarca. La autoridad de Oviedo es de mucho peso, así por ser escritor contemporáneo, como por la comodidad que tuvo para descubrir la verdad,

Seguían los conquistadores su marcha lentamente, haciendo el viaje poco á poco, en jornadas cortas, con grande precaución: los primeros días atravesaron por terreno llano, recreándose con el hermoso aspecto que presentaban los pueblos de los valles, con sus frondosas arboledas y sus campos diligentemente cultivados: por todas partes los españoles encontraban señales de adelanto, de prosperidad y de hábitos de trabajo. Los sistemas de regadío, con que en los valles se sabía utilizar el agua de los ríos, manifestaban que la agricultura era muy conocida y practicada por los indios.

En las primeras jornadas fueron los conquistadores recibidos en todos los pueblos por donde pasaban, con señales de amistad y de comedimiento. En un punto denominado Zarán, se le advirtió á Pizarro que en el pueblo de Cajas estaba apostado un destacamento de tropas del Inca, para impedirle violentamente el paso; pero un capitán, despachado con el objeto de examinar lo que había de cierto, no encontró ni en el pueblo de Cajas ni en el de Guancabamba señal alguna de aprestos de guerra: los indios estaban tranquilos y los extranjeros en entrambos pueblos fueron agazajados y servidos. Estando en el mismo pueblo de Zarán, recibió Pizarro una primera embajada de parte de Atahuallpa: presentósele un indio y ofreciéndole algunos obsequios

tratando con los conquistadores, cuyas noticias sometía con sagacidad á la prueba del más diligente examen).

Estos son los escritores, de cuyo testimonio hemos creído indispensable valernos para nuestra narración.

en nombre de su soberano, le saludó amistosamente, asegurándole que Atahuallpa le estaba esperando de paz en Cajamarca, deseoso de que llegara pronto allá. Pizarro hizo al mensajero del Inca el mejor acogimiento que pudo en esas circunstancias, y le encargó que dijera á su señor, que iba á saludarle no sólo en su propio nombre, sino en el del Emperador, otro monarca muy poderoso, cuyos vasallos eran el mismo Pizarro y todos los demás conquistadores: añadió que había venido también para sacar al Inca y á todos sus súbditos del engaño funesto en que vivían, creyendo en dioses falsos y adorando al demonio.

Los presentes enviados por Atahuallpa á Pizarro no revelaban, por cierto, mucha opulencia en el que los obsequiaba. Eran dos vasos de piedra, fabricados en forma de fortaleza; unas cuantas prendas de vestir, tejidas de la finísima lana de vicuña y recamadas con labores de oro hilado en hebras sutiles, y dos cargas de patos desollados secos, para que se sahumara con ellos, como era usanza de los grandes en su tierra, según le dijo el enviado de Atahuallpa á Pizarro, al presentarle tan extraño obsequio, Pizarro aceptó los regalos del Incá, y, á su vez, correspondió con otros tan pobres, que bien manifestaban así la condición de quien los enviaba, como el concepto que había formado de la grandeza del monarca, cuya gracia intentaba ganarse con ellos. El General del ejército conquistador envió al Inca una camisa de lino, y obsequió al mensajero un gorro colorado y algunas otras bujerías de Castilla!

El mensajero de Atahuallpa andaba muy di-

ligente, examinándolo todo despacio; pasaba de español en español, pidiéndoles que desenvainaran las espadas, tocándoles el cuerpo y hasta manoseándoles la barba: todo lo veía con cuidado, y acerca de cuanto veía hacía repetidas y minuciosas preguntas. Pizarro mandó que dieran de comer al indio y á todos los demás que habían llegado en su compañía, le invitó á permanecer algunos días en el campamento español y advirtió á los soldados que le trataran con atención y miramientos.

Un día descansó el enviado de Atahuallpa, y al siguiente muy por la mañana se despidió, manifestando que quería llevar sin tardanza la respuesta á su soberano.

El ejército, si ejército puede llamarse un puñado de soldados mal armados, continuó su viaje por los llanos hasta llegar á la base de las cordilleras. Cuando los conquistadores descubrieron la ancha vía real, que por los llanos seguía hasta Chincha, muchos fueron de parecer que, dejando el camino de la sierra, lleno de peligros, se tomara ese otro, por donde podrían continuar con mayor comodidad, hasta dar en la misma ciudad del Cuzco; pero Pizarro los disuadió, haciéndoles comprender que eso sería dar señales de miedo á los indios y huír disimuladamente de Atahuallpa, con lo cual se desvanecería en un instante la idea que de su valor invencible habían hasta ese momento logrado inspirar á los indígenas, en todas las provincias por donde habían pasado. Hemos ofrecido ir á vernos con Atahuallpa, les dijo; y, si desviamos ahora el camino, los indios se ensoberbecerán y seremos perdidos; si-

gamos adelante, porque mientras los indios nos crean invencibles, el éxito de nuestra empresa está seguro. Ya antes había despedido sagazmente de su pequeño ejército á los que se manifestaban indecisos y algo amedrentados. Pizarro era calmado; reflexionaba maduramente antes de tomar una resolución cualquiera; pero, una vez adoptado un partido, ponía por obra sus planes, con un valor inquebrantable y una audacia llena de serenidad.—Había formado la resolución de ir derecho al campamento del Inca; tenía confianza en su valor y le alentaba su fe en la Providencia, pues Pizarro estaba persuadido de que Dios lo había de sacar triunfante, conduciéndolo como por la mano, porque había venido á anunciar á los indígenas idólatras la única verdadera Religión. La causa es de Dios, repetía....¿por qué temer?....El Cielo peleará por nosotros!....El valor del caudillo inspiraba confianza á los soldados, y todos continuaban su marcha resueltos y animosos.

El punto, por donde comenzaron á subir la cordillera occidental, era escabroso y pendiente, los caballos no podían pisar con firmeza, y fué necesario caminar lentamente, tirándolos del diestro: conforme iban ascendiendo sobre el nivel del mar, principiaban á sentir la influencia del cambio de temperatura; el ambiente tibio de los llanos era cada vez más delgado, y los vientos sutiles que soplan en las quiebras de los Andes, hacían difícil la respiración y fatigosa la marcha. Los conquistadores subían divididos en dos grupos: la avanzada, á cuya cabeza iba el mismo Pizarro, procuró ganar terreno, y sorprender á las

guarniciones del Inca, las cuales se decía que estaban aguardando á los extranjeros en una fortaleza, que coronaba lo más enhiesto y pendiente de la cordillera; pero, así que tocaron los de la vanguardia en aquel punto, lo encontraron desierto, y en ninguna parte se les opuso á los invasores ni la más leve resistencia. En lo más encumbrado de los páramos de la cordillera soplaban vientos helados, el frío entorpecía á los caballos, acostumbrados al abrigo de los valles de la costa, y fué indispensable hacer alto, para descansar. Los conquistadores armaron sus toldos de campaña, se recogieron al abrigo de sus tiendas portátiles y pasaron aquella noche recordando, con motivo del frío de los Andes, las escenas de invierno en sus abandonados hogares de Castilla.

Aquí, en la cumbre de la cordillera, en la altiplanicie interandina, encontró á Pizarro la segunda embajada de Atahuallpa. Después que recibió la primera, quedó inquieto porque las noticias que se le daban acerca del monarca peruano, de sus ejércitos y de las prevenciones hostiles que hacía contra los extranjeros eran muy contradictorias: el hablar la verdad no es virtud muy común en los indios, y así cada cual respondía á las preguntas de los españoles, no sinceramente lo que sabía, sino lo que pretendía ó se imaginaba. Ocurrió, pues, Pizarro á un arbitrio, que le pareció adecuado para descubrir la verdad, y propuso á un indio noble de los llanos, que venía en compañía de los conquistadores, que fuera como espía á explorar el campamento del Inca. — Rehusó el indio la comisión, y dijo: iré más bien como enviado tuyo, á saludar al Inca, y no como espía; pues yen-

do como espía, me tomarían preso y me matarían. Convino Pizarro y despachó al indio con una embajada para Atahuallpa, mas sin darle señal alguna ni prenda, con que fuese reconocido por el príncipe americano como emisario del caudillo extranjero.

Debía este indio dar aviso inmediatamente de todo cuanto observara en el camino; y al día siguiente de haber partido envió un recado á Pizarro, advirtiéndole que pronto recibiría una segunda embajada del Inca. En efecto, todavía estaban los conquistadores aposentados bajo sus toldos de campaña, cuando llegó el comisionado imperial: era este un indio noble, que traía, á nombre de su soberano para obsequiar á los españoles, diez llamas ú ovejas de la tierra. Aseguró que el Inca recibiría con benevolencia á los extranjeros; y, con cierta sagacidad muy oportuna, refirió las victorias de Atahuallpa, y ponderó su valor y lo selecto de su ejército. Si el indio estuvo largo en ensalzar á su rey, todavía Pizarro lo estuvo más en describir la majestad, el poder y los triunfos del Emperador, y concluyó afirmando que había venido para visitar á Atahuallpa, sabiendo sus hazañas, y que no se detendría, sino que continuaría adelante su marcha hasta dar con el otro Océano.— El indio, oyendo semejante discurso, calló sin responder palabra, y luego se despidió tomando el camino de Cajamarca.

Los conquistadores anduvieron algunas jornadas, y recibieron una tercera embajada de parte del Inca.— Se la traía el mismo indio que había visitado á los españoles en Zarán; pero aho-

ra venía con grande boato y mucho acompañamiento, hablaba con grande desenfado y brindaba de su chicha en vasos de oro. Todavía estaba este indio con los españoles, cuando regresó el otro que había ido al campamento del Inca, como emisario de Pizarro: llegar al real de los conquistadores, ver al embajador del Inca y arremeter contra él asiéndole con entrambas manos de las orejas y tirándoselas reciamente, todo fué uno.—Sorprendido Pizarro, reprendió á su indio, y mandó á los soldados que los separaran.—Me irrito, dijo entonces el indio de los llanos, viendo como tratas tú á éste, y cómo he sido tratado yo por los criados del Inca. Ese no es embajador, sino espía de Atahuallpa....A mí, nadie me recibió, ni me quisieron dar de comer: pedí que me dejaran ver al Inca y no lo consintieron, y por poco no me matan; pues, si yo no les hubiera amenazado que tú harías otro tanto con estos indios que están aquí, me habrían quitado la vida. La ciudad está desierta, y Atahuallpa os espera con malas intenciones.—El embajador del Inca estuvo oyendo todo, sin inmutarse; y, con grande serenidad, respondió, dando plausible explicación á cada una de las quejas del enviado de Pizarro.—No te recibieron bien, le dijo, porque no sabían que ibas como mensajero del capitán de los extranjeros: Atahuallpa está ayunando, y en los días en que el Inca está retraído practicando sus devociones, nadie habla con él; pero, si hubiera sabido que tú estabas ahí de parte de los extranjeros, te habría recibido.—Está desocupada la ciudad, para que en ella los extranjeros se hospeden con mayor comodidad; y el In-

ca acostumbra siempre en tiempo de guerra acampar con su ejército fuera de poblado. — Pizarro se manifestó satisfecho de las explicaciones dadas por el embajador de Atahuallpa, y riñó á su enviado por haberse descomedido en su presencia; pero en su interior reflexionaba despacio sobre todas las noticias, que acerca del Inca iba recibiendo.

La marcha de los conquistadores desde ese punto hasta Cajamarca continuó sin obstáculo alguno por entre poblaciones tranquilas, donde fueron hospedados y servidos con grandes muestras de amistoso comedimiento: no se les oponía resistencia ninguna para que continuaran adelante su camino. Hubiérase dicho que eran verdaderamente una pacífica comitiva de embajadores de príncipes aliados y amigos, y no una hueste aguerrida, que con propósitos hostiles caminaba disimuladamente á apoderarse de la persona del incauto y confiado Atahuallpa.

La embajada que de parte de éste recibió Pizarro pocos días antes, le perturbó por un momento el ánimo con dudas é incertidumbres: el emisario del Inca le aseguraba á nombre de su soberano, que sería recibido con sincera amistad; y el indio, que el conquistador había enviado con un mensaje á Atahuallpa, le traía noticias, que podían interpretarse desfavorablemente, como preparativos hostiles del Inca contra los españoles. ¿Cuáles eran, en realidad, las disposiciones de ánimo del Inca? ¿Recibirá de paz á los extranjeros? ¿Se precipitará sobre ellos con todo el grueso de sus tropas victoriosas y aguerridas?....
El corazón de Pizarro se conturbaba por instan-

tes, pero pronto su fe religiosa le serenaba y volvía á su natural tranquilidad. Los indios que seguían al ejército conquistador, daban noticias alarmantes acerca del poder formidable de Atahuallpa, y ponderaban su crueldad y rigor sanguinario: los curacas de los pueblos por dondo pasaban, ya les confirmaban las nuevas de paz, ya les inspiraban serios temores de una traición; y conforme se iban internando en el imperio, así iban advirtiendo que no eran tribus desnudas y salvajes, sino tropas disciplinadas las que con ellos tenían de combatir.

III

La marcha lenta y cautelosa de los conquistadores al través de la cordillera estaba ya á punto de tocar á su término: casi dos meses habían transcurrido en el viaje, y, según las noticias que les daban los indios, no tardarían en llegar á Cajamarca. En efecto, un día, de repente, al doblar uno de esos ángulos agudos que forman las sinuosidades de la cordillera, quedaron sorprendidos, viendo el extenso y pintoresco valle de Cajamarca, que se presentaba como en el fondo de colinas encumbradas y de cerros desnudos de vegetación. En el centro del valle se dejaba ver la ciudad india, cuyas casas, cubiertas de paja, contrastaban con el matiz verde de los campos del contorno: dos ríos atravesaban el valle, y hacia el extremo oriental, como á una legua de distancia de la ciudad, se divisaba el vistoso campamento de Atahuallpa (5). Admirados miraban

(5) HUMBOLDT.—Cuadros de la naturaleza.—(Libro

los españoles el inesperado espectáculo que se presentaba ante sus ojos: los innumerables toldos de algodón del campamento del Inca se destacaban á lo lejos, prologándose en líneas blancas hasta confundirse con el horizonte. — La reducida hueste de Pirarro contempló, con cierta curiosidad llena de sobresalto, la populosa estación militar del Inca: serían las doce del día, y en el diáfano cielo de los Andes, la luz, que inundaba el valle, hacía aparecer más visibles y determinados los objetos: mientras los conquistadores iban descendiendo de la cordillera al valle, no cesaban de observar el real de Atahuallpa; y, sin duda, también los indios estarían mirando con solícita atención el grupo de extranjeros misteriosos, de cuyo repentino aparecimiento en las tierras del imperio todavía no acertaban á darse cuenta.

Pizarro, antes de principiar á descender á Cajamarca, puso en orden su excasa gente, repartiéndola en tres cuerpos: la infantería ocupaba el centro, protegida por los dos escuadrones de caballería, que marchaban respectivamente á la vanguardia y retaguardia, comandados por Pizarro y por su hermano Hernando; y así, con el mayor orden y las banderas desplegadas, fueron bajando de la sierra al valle.

Entrando los conquistadores en Cajamarca, encontraron la ciudad enteramente desierta; el Inca había dado orden para que la desocuparan sus moradores, antes de la llegada de los extran-

---

séptimo.—Descripción de la meseta y del valle de Cajamarca). Citamos la traducción francesa de Ch. Galuski.

jeros. Pizarro reconoció los principales edificios de la ciudad y ocupó la plaza, disponiendo su alojamiento en unos edificios vastos y capaces que se levantaban en los tres ángulos de ella: el conquistador había militado en su juventud en las guerras de Italia bajo las órdenes del Gran Capitán y sabía elegir con acierto los mejores puntos estratégicos: conocía el carácter de los indios americanos, y se estacionó en un punto, donde la defensa le era fácil y la acometida al enemigo, ventajosa. Eran pasadas las dos de la tarde, de un viernes, 15 de Noviembre de 1532, cuando Pizarro tomaba sus posiciones militares en la desamparada Cajamarca.

Una vez reconocido el sitio y elegido el punto mejor para su alojamiento, lo primero en que se ocupó Pizarro fué en negociar su entrevista con el Inca, deseando atraerlo sin pérdida de tiempo al lazo insidioso, que le estaba preparando. Despachó, pues, á Hernando de Soto al campamento de Atahuallpa, para que le presentara sus respetos, le saludara en su nombre, y le invitara á hacer una visita al jefe de los extranjeros, que venía para ofrecerle su amistad y celebrar alianza con él, á nombre de un monarca muy poderoso, cuyos vasallos eran los conquistadores. Apenas hubo partido Soto; cuando Pizarro, temiendo que le sucediera alguna desgracia por ir con solo quince de á caballo, despachó á su hermano Hernando, acompañado de una escolta compuesta de mayor número de soldados.

Soto llegó al campamento de Atahuallpa, atravesó por en medio de él y se dirigió derechamente á la habitación del Inca: los indios salían

á la puerta de sus tiendas y miraban con curiosidad al extranjero, mientras éste, haciendo galopar ligeramente á su caballo, seguía adelante y pasaba, con el intérprete á la grupa, viendo é inspeccionando todo cuanto encontraba en su tránsito: las enormes picas de los lanzeros del ejército quiteño, clavadas delante de las tiendas de campaña, formaban uno como callejón ancho y espacioso, al extremo del cual estaba la habitación en que residía el monarca. — La escolta quedó aguardando á la orilla del río que pasaba por cerca del real de los indios.

Así que Soto llegó, pidió audiencia al Inca, y fué conducido al lugar donde éste lo estaba ya esperando. Atahuallpa, sentado en un asiento bajo, rodeado de sus capitanes, que en pie le hacían la corte, recibió al caballero español con aire de fría indiferencia y majestuosa compostura, sin dignarse siquiera levantar los ojos para mirarlo, y teniéndolos fijos en el suelo mientras Soto decía su arenga de salutación, y el intérprete se la iba traduciendo. Cuando Soto hubo acabado de hablar, Atahuallpa hizo seña á uno de los magnates que le rodeaban, para que contestara.

Limitóse el indio á contestar lacónica y secamente: *Arí*, Está bien! Soto volvió á tomar la palabra y á insistir á nombre de su capitán en las salutaciones de atención y comedimiento, y en las súplicas para que el Inca tuviera á bien aceptar la invitación de pasar aquella misma tarde á la ciudad, donde sería atendido y obsequiado por los españoles, con toda la consideración que á un tan gran príncipe se debía.

Aunque acabamos de llegar aquí, dijo Soto;

con todo, mi jefe os recibirá como vuestra majestad se lo merece.

Bien sé que no venís tan de paz, respondió el indio, hablando en nombre de su soberano: el Curaca de Túmbez me ha informado de cuanto habéis cometido en mis pueblos, y de lo que habéis tomado de los tambos, y de las muertes que habéis hecho en los indios.

El Curaca de Túmbez os ha mentido, contestó Soto: nosotros no hacemos daño, sino á los que no quieren recibirnos de paz.

En este momento llegó Hernando Pizarro y saludó al Inca, haciéndole un muy cumplido acatamiento. Atahuallpa, sabiendo que el que acababa de llegar á su presencia era hermano del jefe de los extranjeros, levantó la cabeza para mirarle de frente, y, depuesto el seño adusto que hasta entonces había manifestado, principió á contestar por sí mismo. Pareció que quedada satisfecho con la explicación de Hernando Pizarro; y en cuanto á los ofrecimientos que éste le hacía de ayudarle en la guerra que sabía que tenía con su hermano, dijo que, hacia el Oriente existían ciertas tribus feroces, á quienes ni él ni Huayna-Cápac, su padre, habían podido sujetar, y contra esas podrían ensayar su valor los extranjeros. — Diez de nosotros que vayamos allá bastarán para domar á esas gentes, repuso Hernando, y Atahuallpa sonrióse, oyendo la jactancia del español.

Hizo luego señal, y al instante se presentaron algunas indias jóvenes, trayendo la chicha ó vino de los Incas, en vasos de oro: Atahuallpa vió los vasos, y, con un ligero gesto, indicó

que presentasen la bebida á los extranjeros en otros vasos mayores, como se ejecutó al instante. Las indias sirvieron la chicha con grave cortesanía, llevando colgadas al brazo derecho toallas limpísimas de blanco lienzo.

El brebaje no era agradable para los españoles; y así, después de probar un sorbo, devolvieron los vasos, excusándose cortesmente de no acabar de beber; y como insistieran en rogar al Inca que pasara á verse con el capitán extranjero, que había quedado esperándole en Cajamarca, Atahuallpa contestó ofreciendo que iría al día siguiente á hacerle una visita, y recibir la embajada que le anuciaban del monarca poderoso, cuyo imperio, según le decían, estaba al otro lado de los mares.

Los españoles no cesaban de repetir á Atahuallpa, que eran súbditos de un monarca muy poderoso, el cual los había mandado para celebrar alianza con el Inca, y anunciarle también la fe cristiana, Esto de la religión, si el principe indio llegó á sospechar, no alcanzó, sin duda, á comprender.

No obstante, no se manifestó inquieto ni temeroso por la venida de los extranjeros, y despidió la embajada, reiterando la promesa de hacer al día siguiente su visita al jefe español, y señalando los departamentos en que disponía que se hospedaran aquella noche.

Como Soto durante su entrevista con el Inca, había observado la atención con que éste miraba de cuando en cuando al caballo, creyó que haría placer á Atahuallpa, si desplegaba toda su habilidad en manejar al animal, en correr y en

equitar, haciendo en presencia del Inca alarde de su agilidad y destreza: principió, pues, á espolear á su caballo, yendo y viniendo varias veces por el campo, ya apretándole la brida y haciéndole corvetear, ya soltándole la rienda y lanzándolo á la carrera, hasta que, en una de las vueltas que daba, se acercó tanto al Inca, que el resoplido del caballo, que tascaba agitado el freno, hizo temblar y sacudir los hilos de la borla encarnada que Atahuallpa tenía colgada sobre la frente, como insignia de su dignidad. El indio se dejó estar impasible, sin manifestar ni la más leve señal de desagrado, de sorpresa ni de admiración. Y aun se cuenta que mandó ahorcar á dos indios, que asustados corrieron, al acercarse á ellos el caballo, en una de las carreras que le hizo dar el capitán español. Atahuallpa quería, con semejante castigo, fortificar el valor de sus soldados.

Vino la noche; y, aunque no se había visto ni la menor señal de movimiento de parte de los indios, Pizarro, como jefe prudente, puso centinelas avanzadas, arregló el campo y dió órdenes severas para que todos permaneciesen vigilantes y con las armas á punto, para que, en caso de una repentina acometida, no pudiesen hallarse desprevenidos. Los caballos se estuvieron ensillados y los jinetes pernoctaron al lado de ellos, asidos de la brida. Con las tinieblas y la oscuridad de la noche, con el silencio y la calma, que principiaron á reinar luego en todas partes, la fantasía de los conquistadores, enardecida por las impresiones que el ánimo había recibido, y excitada por las solemnes circunstancias que les rodeaban, los mantuvo vigilantes y llenos de sobresalto....

Vigilia terrible de una noche, cuyas horas se prolongaban al parecer sin término.

Pizarro recorría con frecuencia el campo, viendo si cada uno se mantenía despierto en el puesto que se le había señalado. El campamento de los indios se conservaba en la más completa tranquilidad; y conforme avanzaban las horas de la noche, se iban poco á poco apagando las numerosas candeladas, que al oscurecerse el día habían encendido. — En el real de los conquistadores no se oía sino, de cuando en cuando, la salmodía, con que los religiosos, que habían venido en la expedición, alternaban su descanso, pidiendo al Cielo que les fuera propicio en tan angustiosas circunstancias; luego volvía á reinar el más profundo silencio y apenas se percibía el ruído repetido, que hacían los caballos, golpeando con sus cansados cascos el suelo.

Atahuallpa había prometido que al día siguiente iría á Cajamarca, para visitar al jefe extranjero: por la mañana se renovaron las promesas del Inca, y á eso del medio día, se notó grande animación en su campo, como si se preparasen para algún movimiento solemne; pero las horas iban pasando, y los indios no se ponían en camino, con lo cual Pizarro y sus españoles estaban inquietos. — Al fin, como á las dos de la tarde, se alzó el campo del Inca, y la regia comitiva con grande aparato principió á moverse con dirección á la ciudad; pero caminaban tan lentamente, que eran ya las cuatro y todavía los cuerpos de vanguardia no habían llegado ni siquiera á los arrabales, con ser apenas de una legua la distancia, que separaba á Cajamarca de los ba-

ños termales donde tenía su residencia el Inca. El centinela, desde lo alto de una fortaleza situada á un extremo de la plaza, estaba atalayando el campo, y dando sin cesar la voz hasta de los más insignificantes movimientos que observaba; y los soldados, en su puesto respectivo, contaban los instantes, aguardando el éxito de una empresa tan aventurada y tan peligrosa. Y, en verdad, la situación de los españoles no podía ser más arriesgada.

El número de soldados de que se componía la hueste de los conquistadores no llegaba ni á doscientos: de éstos los ciento eran de infantería, y estaban provistos de armas blancas; sesenta eran de caballería y manejaban la lanza; arcabuces tenían muy pocos y las piezas de artillería se reducían á dos falconetes, cuyo manejo estaba á cargo de Pedro de Candía, griego de nación. La lucha habría sido, pues, muy desigual, aunque los indios por su parte sólo llevaban la ventaja del número, pudiendo ser fácilmente destrozados. Pizarro distribuyó su gente en cuatro cuerpos: tres de caballería, al mando respectivamente de los capitanes Hernando de Soto, Hernando Pizarro y Sebastián de Benalcázar: el cuerpo de infantería lo confió á su hermano Juan: la artillería con unos pocos soldados y los cornetas del ejército tomaron puesto en la fortaleza: la caballería ocupó dos extensos salones de los edificios que formaban dos lados de la plaza, y la infantería se parapetó en el salón de otro edificio, que hacía el tercer lado: Pizarro escogió para sí veinte ballesteros, de los más diestros y mejor armados, los cuales debían estar á su lado, sin apartarse un

momento....Caballería é infantería y aun hasta la misma artillería todo estaba oculto, puestos en asecho para salir de súbito y embestir á los indios, cogiéndolos de sorpresa, así que sonara el estallido de la pieza de artillería, que era la señal convenida para el ataque: Pizarro, alzando una bandera, debía indicar á Pedro de Candía que disparara el tiro fatal. — Todo se había, pues, dispuesto y preparado con cálculo, y, á decir verdad, con grande arte y concierto; pero lo menos en que pensaban Pizarro y sus compañeros era en la justicia de la obra, que iban á llevar á cabo en aquel día. Antes, por el contrario, lejos de dudar siquiera de la moralidad de la empresa en que estaban empeñados, confiaban que Dios haría milagros en su favor, peleando por ellos, para darles el triunfo sobre los indios. Tan fácilmente se engaña el hombre con las aparencias del bien!

Por la mañana había recibido Pizarro un recado del Inca, en que le anunciaba que iría á verlo, llevando su gente armada: más tarde, llegó otro mensajero, el cual venía á advertir al capitán español, que las tropas del Inca no traerían armas. Pizarro contestaba á los mensajeros, que el Inca viniera como le pareciese; y á cada uno le encargaba que dijera á su soberano, que apresurara su venida, porque estaba deseoso de verlo y de rendirle sus homenajes. Pero la comitiva del Inca no continuaba la marcha; el sol, ya muy avanzado en su carrera, estaba próximo al ocaso, y pronto las sombras de la noche se derramarían por el valle, haciendo así con la oscuridad, más difíciles y arriesgadas las maniobras del ejércita conquistador.

Un nuevo enviado del Inca anunciaba, que su señor había resuelto hacer alto, deteniéndose aquella noche como á una milla de distancia de la ciudad, para entrar en ella al día siguiente. La ansiedad de los españoles crecía, y Pizarro volvió á instar al Inca y á rogarle que viniera, porque deseando cenar con él aquella misma noche, todo estaba preparado. Volvió, pues, Atahuallpa á levantar sus reales, y pronto principió á entrar por las puertas de la anchurosa plaza el primer cuerpo que caminaba á la vanguardia de la numerosa comitiva; y así sucesivamente, con el mayor orden y concierto, fueron llegando y ocupando su lugar otros muchos cuerpos de tropa, que formaban el magnífico cortejo del Inca. La fuerza compuesta de las tropas de línea, dirémoslo así, permaneció en el campo....En breve la plaza quedó llena, y entonces era de ver el variado y curioso espectáculo que presentaban los uniformes de colores diversos, y los penachos y moriones de oro adornados de hermosas plumas: al fin llegó el Inca. Venía en andas de oro, llevado en hombros de indios; le precedía un grupo de cantores, que iban danzando al compás de cierta tonada monótona que repetían en coro, con entonación triste y melancólica: abrían la marcha numerosas compañías, que se ocupaban en limpiar el suelo, recogiendo hasta las piedrecillas y las pajas menudas. Cuando el Inca entró á la plaza, dirigió la vista hacia todos lados, buscando con los ojos á los extranjeros, pero no vió á ninguno, porque todos permanecían ocultos en el mas profundo silencio....La litera imperial había llegado ya á

la mitad de la plaza, los extranjeros no se presentaban y Atahuallpa preguntaba por ellos con muestras de disgusto, cuando de una de las casas salió Fr. Vicente Valverde, y, precedido del intérprete, se presentó ante las andas del Inca: hízole una reverencia profunda, le santiguó con una pequeña cruz de madera que llevaba en la mano, y luego le dirigió un discurso, en el que le habló de los misterios cristianos, de la fundación é institución de la Iglesia Católica, de la obediencia debida al Papa y, finalmente, de la donación que éste había hecho de las Indias occidentales á los reyes de España, á quienes el Inca debía de someterse y obedecer. Tan extraño razonamiento, hecho en castellano por el religioso, y traducido, pedazo por pedazo, por el intérprete Felipillo, causó en el ánimo de Atahuallpa una impresión profundamente desagradable. — El intérprete no conocía bien la lengua quichua, porque su idioma nativo era el de los llanos; entendía apenas el castellano y en religión era muy ignorante.... Lo sublime de nuestros misterios cristianos no podía moralmente ser comprendido ni siquiera vislumbrado por el Inca; ¿qué preparación había recibido de antemano para entender cosas tan recónditas y elevadas, como las que la Religión cristiana enseña acerca de la Trinidad de las personas en Dios, y de la pasión y muerte de Jesucristo?....Lo que Atahuallpa alcanzó á comprender claramente fué, lo que se le anunciaba respecto de la donación hecha por el Papa de las tierras del Perú al rey de España, y así respondió indignado: la Tahuantinsuyo es mía, es la herencia de mis mayores: ése, de quien decis que

ha hecho donación de estas tierras á vuestro rey, ha regalado lo que no es suyo!....¿Quién os ha dicho esas cosas, añadió Atahuallpa, dirigiéndose al Padre Valverde? ¿Como las sabéis?....Esas cosas están contenidas aquí, repusó el religioso, mostrando al Inca una Biblia, que llevaba en la mano.

Pidió Atahuallpa el libro, lo observó por un breve instante, con cierta curiosidad desdeñosa, y luego lo arrojó con despreció al suelo, diciendo, con voz airada: Ahora me daréis cuenta de los desmanes que habéis cometido en mis pueblos!!!

El fraile recogió su Biblia, se regresó apresuradamente al aposento, donde estaba escondido Pizarro, y, asustado, le dijo: ¿Qué aguardáis?.... ¿No veis que los indios se nos vienen encima?.... Atahuallpa se había puesto ya en pie sobre las andas y arengaba á su gente....El sol se hundía en el ocaso trasponiendo los montes que ciñen el horizonte de Cajamarca, la atmósfera estaba oscurecida, y una nube negra que se levantaba de hacia el Oriente, anunciaba una pronta tempestad....Pizarro, oyó lo que le decía el P. Valverde, y, al punto, hizo la señal convenida. Sonó el estallido de la pieza de artillería en lo alto de la fortaleza, retumbando dentro del recinto de la amurallada plaza, los arcabuceros dispararon sus tiros, los ballesteros se lanzaron sobre los grupos compactos de indios, hiriendo en ellos con las espadas, sin piedad; los jinetes, saliendo con ímpetu, de su escondite, se precipitaron á la plaza y discurrían, lanza en mano, matando á los aterrados indígenas, que, corriendo anhelantes, caían

unos sobre otros y eran pisoteados por los caballos....El sonido penetrante de las cornetas, que no cesaban de tocar, estimulando á la pelea, el galope de los sesenta caballos, el estallar de la artillería, el humo de los disparos y el tropel de las atolondradas muchedumbres de indios, que corrían hacia las puertas, buscando salida, había transformado la plaza de Cajamarca en un teatro de horror, de carnicería y de espantosa confusión. Los indios, amontonándose apretadamente, se habían refugiado en uno de los ángulos de la plaza; y tantos se agolparon allí, y tan apiñados llegaron á estar, que el muro cedió, y, derrumbándose con estrépito, les ofreció de improviso un inesperado atajo de salvación, por donde salieron al campo, huyendo á carrera desesperada, pero también por allí se arrojaron los soldados de caballería, y, pisando sobre los cadáveres que yacían hacinados en el suelo, continuaron persiguiendo sin tregua á los que corrían despavoridos. Adrede les habían colgado cascabeles en los pretales de los caballos, para aumentar con el ruido el espanto de los indios.

Estos no resistían ni trataban de defenderse, y lo único que procuraban eran correr desesperados: las dos puertas, que daban entrada á la plaza, se habían cegado con los cuerpos de los mismos indios, que en su afán de huír se habían atropellado unos á otros: la persecución de los soldados continuaba, sin que hubiese para los conquistadores ni un solo golpe perdido por el blanco seguro que á sus armas tajantes presentaban los indios, indefensos y medio desnudos!....

El Inca estaba atónito: sus vasallos, fieles

hasta el heroísmo, viendo el peligro que le amenazaba, habían acudido á protegerlo, apiñándose en torno de su litera: los conquistadores arremetían contra ellos y los alanceaban, pugnando por apoderarse de la persona de Atahuallpa; pero los indios lo defendían, avalanzándose unos á los caballos, y colgándose de los cuellos de los animales para contenerlos; asiéndose otros de los soldados y dejándose matar inermemente, en tanto que el mísero Inca, rodeado de enemigos y acometido por todas partes, presenciaba el destrozo de su gente: cuando los que sostenían la litera caían asesinados, otros, con valor admirable, acudían inmediatamente á reemplazarlos, y ocupaban el puesto de los que sucumbían; así el trono portátil bamboleaba, sostenido á porfía por los indios, que ya retrocediendo, ya cambiándose heridos con sanos, ya sustituyendo vivos á muertos, trabajaban por salvar á su Inca....La refriega continuaba cada vez más sangrienta de parte de los españoles; no obstante, el éxito por ellos intentado no se alcanzaba....Pizarro daba gritos, intimando á sus compañeros que no mataran al Inca; pero, entre la espantosa gritería y el incesante vocear de indios y soldados, entre los estallidos de la artillería y los tristísimos ayes de heridos y agonizantes, los gritos de Pizarro se perdían, no eran atendidos y la vida de Atahuallpa estaba en eminente peligro. Abrese, pues, paso con furor Pizarro, por entre los indios y, bregando con ellos y dando tajos mortales, logra acercarse á las andas del Inca, lo agarra por un extremo del vestido y lo derriba al suelo, recibiendo una herida en el brazo derecho por la cu-

chillada, que en aquel mismo instante un español asestaba contra Atahuallpa.....Caído éste, otro soldado español le arranchó al punto de la frente la borla carmesí, que era como la diadema de los hijos del Sol....Con los esfuerzos desesperados que hacía Atahuallpa por levantarse del suelo y sacudirse de las manos de los que lo tenían cogido, los vestidos se le rasgaron, y así, con la túnica despedazada en girones y maltratado, fué conducido por Pizarro á la prisión, donde lo introdujeron á tiempo que, principiando á caer una lluvia copiosa, las aguas del cielo obligaron á los soldados á poner término no al combate, porque no lo hubo, sino á la matanza que hacían en los desbandados indios (6).

(6) Entre los historiadores de América hay mucha diversidad respecto á las circunstancias ocurridas con Atahuallpa, cuando su entrevista con el P. Valverde en Cajamarca, y es muy difícil sacar de entre relaciones tan contradictorias la verdad.—Garcilaso refiere esta entrevista de una manera enteramente inverosímil. La arenga del P. Valverde al Inca parece fingida después y compuesta de propósito para ejercicio retórico; esto se confirma con la aseveración del P. Valera, citado por Garcilaso, pues refiere que siendo estudiante vió la arenga manuscrita, de puño y letra del mismo P. Valverde. Lo impertinente, lo intempestivo y hasta lo absurdo de semejante embajada es muy evidente.

Los conquistadores, y principalmente Pizarro consta que tuvieron la precaución de impedir que nadie escribiera una relación verídica y circunstanciada de lo sucedido en Cajamarca, á fin de que ni en las otras Colonias ni en España se conociera su crimen. El mismo Pizarro dirigió á la Corte comunicaciones, en que relataba los hechos de una manera que le era muy favorable. La suerte de Atahuallpa, como lo hace observar muy bien Quintana, habría sido la misma, aunque, en vez del P. Valverde hubiera venido el

Como arreciara la lluvia, y ya la persecución no tuviera objeto, por haberse capturado al Inca, que era lo que los conquistadores se habían propuesto, Pizarro mandó tocar retirada, para que toda su gente se redujera al real; y poco rato después todos los españoles, sin que ni uno solo hubiera perecido, se hallaron congregados en el palacio de los Incas, donde habían establecido su alojamiento: todos estaban sanos, pues, excepto Pizarro, ninguno había recibido la más leve herida: la de Pizarro se la causó, (como ya lo indicamos), uno de sus mismos soldados, en el momento de tomar preso al Inca.

Era ya un poco avanzada la noche, y los conquistadores, fatigados de la matanza, en cuya ocu-

---

mismo Fr. Bartolomé de las Casas. Nosotros no pretendemos atenuar en lo más mínimo; pero tampoco es justo exagerar la culpa que el P. Valverde haya tenido en la matanza de Cajamarca. — He aquí nuestras fuentes.

OVIEDO.—Historia natural y general de las Indias.—(Tercera parte. — Libro cuadragésimo sexto, capítulo septimo).

PIZARRO (Hernando).—Carta dirigida á la Audiencia de la Española. — (La inserta el cronista Gonzalo de Oviedo, en el capítulo décimo quinto de su Tercera Parte, en la obra y libro que hemos citado antes).

JEREZ. — Conquista del Perú. — (La relación de Jerez fue no sólo reproducida é incorporada por Oviedo en su historia, sino corregida de los errores en que incurrió el secretario del conquistador, sin duda por la mala interpretación que de los términos de la lengua quichua hacían los faraútes de la expedición. — Jerez no supo el verdadero nombre de Huayna-Cápac, á quien siempre le llama el *Cuzco viejo*, así como á Huáscar el *Cuzco joven*, confundiendo el nombre propio de los últimos Incas, con el nombre de la ciudad capital de su imperio).

pación habían gastado más de media hora, discurriendo de una á otra parte, se recogieron á tomar alimento. Sentáronse á la mesa, y sirvióse la cena. Pizarro hizo preparar á su lado un asiento para el Inca, y le invitó á aceptar la comida. Atahuallpa se manifestaba sereno, si bien en su semblante se conocía la agitación de su ánimo; guardaba obstinado silencio y parecía absorbido en la consideración del espantoso fracaso de que había sido víctima. Como los comensales, sus vencedores le hicieran muchas preguntas, contestó, que aquello de vencer y ser vencido, acaecimientos eran ordinarios de la guerra. El Inca estaba vestido con los vestidos pobres de la gente común, pues para sentarlo á la mesa, Pizarro

GARCILASO. — Historia general del Perú. — (Segunda Parte, Libro primero, Capítulos 7.°, 8.°, 9.°, 10.°, 11.°, 12.°, 13.°, 14.°, 15.°, 16.° y 17.°). — Como acabamos de indicarlo antes, la relación de Garcilaso difiere casi absolutamente de la de todos los demás escritores contemporáneos, y, según nuestro juicio, es en ciertos puntos hasta inverosímil.

PIZARRO (Pedro).—Relación del descubrimiento y de la conquista del Perú.

NAHARRO.—Relación de los hechos de los españoles en el Perú. — (El escrito del P. Luis de Naharro es en partes no una historia verídica. sino más bien una leyenda supersticiosa de la conquista del Perú. ¡Cómo calificar la aparición de la Santísima Virgen en Cajamarca en el momento mismo, en que los indios eran alevosamente alanceados por los conquistadores! Errado concepto de la Religión católica manifestaría tener el que creyera en semejantes maravillas).

ZARATE.—Historia del descubrimiento y conquista del Perú. — (Libro segundo, capítulo quinto).

LOPEZ DE GOMARA. — Historia general de las Indias.

CABELLO BALBOA. — Historia del Perú.—(Capítulos

le había hecho traer prendas de vestir de los depósitos, donde se hallaba almacenada la ropa para el ejército; y de una de las orejas le goteaba sangre, porque se la habían lastimado con el ansia de arrancarle un rico collar de esmeraldas engastadas en oro, que traía pendiente á la garganta.

Procuraba también disculparse Pizarro de la felonía con que lo había atacado y de la traición cometida, echando la culpa al mismo Atahuallpa, por haber ido con tanto golpe de gente armada. Si los triunfos alcanzados en la guerra fuesen siempre triunfos de la justicia y del derecho, razón habría tenido el conquistador del Perú para estar contento, con la victoria tan fá-

21°. y 22.°)

VELASCO. — Historia del Reino de Quito. — Historia antigua. — (Libro tercero, párrafos 6°. y 7°.)

PRESCOTT.—Historia de la conquista del Perú.—(Libro tercero, capítulos 3°., 4°. y 5°.)

QUINTANA.—Españoles célebres.—(Vida de Francisco Pizarro).

MENDIBURU. — Diccionario histórico-biográfico del Perú. — (En los nombres de *Atahuallpa, Francisco Pizarro* y *Fr. Vicente Valverde*).

LORENTE. — Historia del Perú.—(Historia de la conquista. — Libros segundo y tercero).

CEVALLOS.—Resumen de la Historia del Ecuador.—(Tomo primero, Capítulos 2°., 3°. y 4°.)

HERRERA.—Historia general de los hechos de los castellanos, &. — (Décadas cuarta y quinta).

MONTESINOS.—Anales del Perú.—(Esta obra se conserva manuscrita, y de ella poseemos una copia, tomada del códice que se guarda en la Biblioteca nacional de Madrid. Este códice tiene anotaciones marginales, relativas todas á asuntos propios del Ecuador, ó antigua presidencia de Qui-

cilmente alcanzada aquella tarde, por siempre memorable, en Cajamarca.

Los conquistadores españoles del siglo décimo sexto eran casi todos soldados ignorantes, imbuídos en máximas de conducta enseñadas entonces como verdades indudables generalmente por todos los hombres doctos en la ciencia de la moral y del derecho. La fe ciega é inquebrantable en las doctrinas católicas, la aversión profunda y hasta el desprecio profesado claramente á todos los que estaban fuera de la Iglesia romana y tenían creencias contrarias á los dogmas católicos, ponían á los conquistadores de América en condiciones excepcionales respecto de los míseros indios: el soldado español veía en cada indio un adorador del demonio, un condenado, por esto, hasta los mismos historiadores de la conquista designan siempre á los españoles con el calificativo religioso de *los cristianos*. Venían á las Indias ávidos de riquezas y, sin escrúpulo ninguno, se apoderaban de cuanto oro y de cuanta pla-

---

to, y está dedicado así como la obra misma al señor Oviedo, Obispo de esta ciudad).

Es digno de notarse lo que dice Montesinos acerca del discurso que le dirigió Fr. Vicente Valverde al Inca Atahuallpa. Según Montesinos, lo que el P. Valverde hizo con Atahuallpa no fué otra cosa, sino intimarle lo que se llamaba el *requerimiento*, repitiéndole la fórmula establecida para esos casos por el Consejo de Indias, y de la cual el Padre llevaba una copia manuscrita, en dos hojas de papel metidas dentro del Breviario. Nosotros aceptamos la relación de Montesinos, como la única cierta, atendidas las costumbres y prácticas de los conquistadores. El requerimiento no era sino la manera de cohonestar la conquista.

ta tenían los indígenas: orgullosos con su superioridad intelectual, intrépidos por naturaleza, convencidos de la incomparable diferencia de las armas y de los medios de que disponían, se arrojaban á empresas atrevidas, seguros del éxito, y toda resistencia que opusieran los indios les parecía un atrevimiento, y todo esfuerzo para conservar su independencia una rebelión, que debía ser castigada. Las violencias de la conquista se cohonestaban con los requerimientos que se les hacían á los indios, anunciándoles que los europeos habían venido para someterlos á la obediencia de los monarcas de Castilla, y agregarlos al gremio de la Iglesia católica; pero ¿cómo se hacían estos requerimientos? ¿Cómo se los notificaron al desgraciado Atahuallpa? En un idioma, que él no había oído pronunciar siquiera jamás; traduciéndoselo por intérpretes, que ignoraban el asunto que se les mandaba expresar, luego al punto con palabras de una lengua que apenas conocían en las comunicaciones ordinarias de su vida rústica y sencilla. ¿No es cierto que en semejante manera de proceder habría mucho de ridículo, si no fuese por demás absurda y criminal? Para los tristes indios, sentados en sombras de muerte, según la expresiva frase de la Escritura Santa, el historiador tiene un criterio recto y seguro, y los juzga ateniéndose á las leyes de la moral racional, grabadas por la naturaleza en la conciencia humana; pero á los conquistadores españoles, amamantados á los pechos de la Iglesia católica, los absuelve ó condena inexorablemente, según las máximas del Evangelio.—Esta es la severa moral de la Historia.

Pero, ¿tal vez las medidas tomadas por el conquistador del Perú no eran más que represalias justas y arbitrios legítimos, empleados para la propia defensa?

Difícil parece y hasta moralmente imposible, asegurar con certidumbre cuáles fueron las verdaderas intenciones de Atahuallpa, respecto de los conquistadores. — No obstante, hay graves fundamentos para conjeturar que no procedió con traición, sino con sinceridad: no conocía el esfuerzo personal de los conquistadores, y, aunque le constaba que disponían de armas mucho mejores que las de los indios, y de caballos, en los cuales cabalgaban y corrían con celeridad asombrosa; con todo, el corto número de ellos y la escasez de sus armas de fuego le inspiraban confianza de arrollarlos y vencerlos con la muchedumbre de sus tropas, aguerridas y victoriosas. Sus mensajes amistosos, sus declaraciones de buena voluntad no pudieron menos de ser sinceros, aunque, como príncipe cauteloso, no dejase de prevenirse para el caso, en que los extranjeros se presentaran con proyectos hostiles; pero nunca pudo ni imaginarse siquiera el Inca, que Pizarro, con protestas de amistad y con invitaciones tan reiteradas, pretendiera apoderarse á traición de su persona, y adueñarse de su imperio, quitándole la vida. La conducta de Atahuallpa en Cajamarca fué calificada de desatino, de locura por los mismos conquistadores: la conducta de Pizarro ¿cómo se calificará? Quien absolviera á los conquistadores ó siquiera disculpara ó tratara de cohonestar su conducta, manifestaría que era indiferente respecto de la moral, que los crímenes

no le inspiraban horror y que abrigaba en su corazón simpatías secretas para con los perversos.

Pizarro muy bien merecería ser llamado héroe, si en su valor extraordinario y en su pecho sereno y magnánimo encontráramos siempre justicia y moralidad. Aquello no era solamente el triunfo de un puñado de intrépidos castellanos sobre millaradas de indios; sino el vencimiento de una raza por otra, el choque de dos civilizaciones, que se habían puesto de repente en contacto, para quedar la una vencida por la otra; pues en el continente sub-americano, desde ese momento, ya no sería la raza indígena bárbara la que dominara, sino la raza ibérica civilizada.

Los restos del ejército de Atahuallpa se dispersaron poniéndose en fuga, con acelerada precipitación: sus cuerpos de tropa huyeron, volviendo cada uno á su provincia; y así, la noticia de la espantosa catástrofe de Cajamarca se comunicó en un momento á todos los puntos del imperio, llegando sin tardanza hasta á los más remotos y distantes. Los conquistadores se felicitaban unos á otros, por la completa victoria que en tan breve tiempo habían alcanzado: Pizarro no podía disimular el gozo que henchía su alma, viendo realizados sus planes, y excitaba á todos sus compañeros á dar gracias al Cielo, por los beneficios de que en aquel día los había colmado; pero, como soldado experto en cosas de guerra, y como jefe prudente, disponía y daba órdenes severas para que también esa noche no durmiesen descuidados sino con las armas á punto, haciendo las rondas acostumbradas y mantenien-

do las centinelas vigilantes, como en tiempo de campaña (7).

La ancha plaza de Cajamarca se había convertido en campo de batalla, cuyos horrores estaban ocultos por las sombras de la noche; y, cuando en el real de los conquistadores, todos se entregaron al descanso, todavía se percibían los quejidos débiles y casi apagados, con que los indios agonizantes perturbaban tristemente el silencio que reinaba en todas partes. Jamás ha habido triunfo más completo alcanzado, tan pronto y con tanta facilidad.

---

(7) En cuanto al número de indios que los conquistadores mataron aquella tarde en Cajamarca, hay discordancia entre los historiadores. — Jerez, testigo presencial y uno de los que tomaron parte en la acción, asegura que fueron *dos mil;* otros autores dicen que fueron *diez mil.* Nos atenemos al primer número, sin incluír en él los que pudieron morir después á consecuencia de las lanzadas y heridas que recibieron, y también por el magullamiento, estropeados y pisados por los caballos. — Pizarro no cesaba de decir, que había venido para anunciar el Evangelio á los indios, á fin de que las almas de éstos no se fuesen al infierno: quisiéramos haberle preguntado al conquistador ¿si esos dos mil y más indios, sacrificados en una sola tarde, no tenían alma inmortal? ¿Qué pensaba de la suerte futura de ellos ese hombre sin entrañas?.... Este hecho será un baldón eterno para los conquistadores.... La plaza de Cajamarca, dice una antigua relación, quedó encharcada en sangre, porque la sangre corría como agua.

CAPITULO CUARTO

Proceso y muerte de Atahuallpa.

Pizarro manda recoger el botín.—Considerable número de prisioneros. Atahuallpa promete un cuantioso rescate. — Dos españoles son enviados al Cuzco. — Viaje de Hernando Pizarro á Pachacámac. — Muerte de Huáscar. — Costumbres de Atahuallpa en la prisión. — Llegada de Almagro á Cajamarca.—Reparto del tesoro acumulado para el rescate del Inca. — Proceso de Atahuallpa. — Es condenado á muerte. — Sus funerales. — Pizarro se dirige al Cuzco. — Ejecución de Calicuchima. — Se inicia la conquista de Quito.

I

Al día siguiente después de la captura del Inca, dispuso Pizarro que uno de los jefes de su confianza, acompañado de un piquete de caballería, fuera á los baños y recorriera todo el campamento, haciéndose cargo de cuanto se encontrara en aquellos lugares. El capitán español halló en los baños á las princesas, esposas del Inca, á los criados y sirvientes de la casa real, que estaban como aturdidos de dolor y no podían darse cuenta de lo que con su soberano había acontecido. Recogióse la rica vajilla de Atahuallpa, compuesta de vasos, de fuentes, de platos y de otros utensilios domésticos de oro y de plata: se examinó el campamento y allí se en-

contraron también muchas joyas preciosas y un número tan considerable de prisioneros que, según algunos autores, pasaban de tres mil; y la cantidad de llamas ú ovejas de la tierra fué tan grande, que no sabiendo qué hacer con ellas los conquistadores echaron al campo muchísimas, y todavía sobraron tantas que cada día mataban ciento cincuenta para el consumo del ejército, y, con todo eso, en un mes parecía que no se había gastado ni una: tan numerosos eran los rebaños de ellas.

Los indios estaban tan aterrados y de tal manera se había apoderado de ellos el pánico, que se dejaron tomar presos por los soldados y conducir á Cajamarca, tan mansamente como esas greyes de llamas, que se llevaban arriando á la ciudad. Cada español eligió para su servicio cuántos indios se le antojó, sin distinción de edad ni de sexo; y hubo algunos tan cobardes y feroces, que pretendieron que, antes de poner en libertad á los restantes, se les cortaran primero las manos, para impedir así hasta los intentos de hacer la guerra á los conquistadores; pero Pizarro, aunque se lo aconsejaron y pidieron, no condescendió; antes les afeó sus fieros instintos de crueldad, y lo único que mandó fué recoger las armas de los indios y quebrarlas, para que quedasen inutilizadas. Luego, gran parte de aquel día domingo se gastó en hacer recoger los dos mil y más cadáveres que yacían en la plaza y en el campo, para darles sepultura. Concluída tan triste faena, se despidió á los indios que no se habían reservado para el servicio de los españoles, y en la ciudad, ya desahogada de la muchedum-

bre que se había acumulado en ella, principió á reinar de nuevo el orden y la calma (1).

Como Atahuallpa observaba con curiosidad á los españoles y reflexionaba sobre las preguntas que le hacían, pronto cayó en la cuenta de la codicia que los dominaba: concibió, pues, alguna esperanza de salvar la vida y recobrar su libertad, ofreciendo dar una cantidad considerable de oro y de plata por su rescate; y así hablaba de esto á menudo con los que entraban á visitarle, y les hacía propuestas, que á primera vista les parecía irrealizables y nacidas únicamente del deseo de mejorar la angustiosa situación en que se encontraba. No obstante, como el Inca insistía en sus ofrecimientos, al fin Pizarro le dió crédito; y, deseando que un tan cuantioso tesoro no se les fuese de las manos, exigió que el prisionero formalizara solemnemente su compromiso: llamóse, pues, un escribano,

(1) Las autoridades de nuestra narración en el presente capítulo son los historiadores, cuyas obras hemos citado fielmente en las notas anteriores, á saber: GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO, LOPEZ DE GOMARA, JEREZ, HERRERA, PIZARRO, GARCILASO, CABELLO BALBOA, MONTESINOS, CIEZA DE LEON, VELASCO, RUIZ NAHARRO y ZARATE, entre los antiguos; y entre los modernos QUINTANA, PRESCOTT, LORENTE, MENDIBURU, PAZ SOLDAN y el P. CAPPA, (con cuyas opiniones no es posible estar absolutamente de acuerdo). — A éstas autoridades podemos añadir también la del PALENTINO y las de los cronistas *Melendez, Calancha y Córdova y Salinas.* — Inútil parece advertir con cuanto tino y discernimiento es indispensable proceder en la apreciación de la verdad histórica, buscándola y entresacándola de la relación de tantos y tan diversos testigos, los cuales, por desgracia, no siempre están de acuerdo entre ellos.

y, en presencia de testigos, Atahuallpa prometió que henchiría de oro el aposento en que se encontraba preso hasta una altura determinada, la cual se fijó por medio de una raya ancha, que, con yeso, se trazó en las paredes de la cárcel. Pizarro se comprometió á poner al Inca en libertad, tan pronto como él cumpliera por su parte lo que había ofrecido: una cosa exigió Atahuallpa y fué que ninguna de las piezas se fundiera antes de estar completo el rescate. Cuando los españoles dudaban de que Atahuallpa pudiera cumplir lo que ofrecía, éste, poniéndose en pie y alzando su brazo, señaló hasta donde podría henchir de oro el aposento en que estaba, y añadió que no sólo llenaría esa enorme cantidad de oro, sino que daría además otra medida mayor de plata. De estas promesas del Inca se sentó acta solemne, como precio aceptado por Pizarro para otorgar la libertad á su regio prisionero; pero ¿tendría Pizarro intención de cumplir lo que entonces prometía con juramento?....

Con el ansia de conseguir pronto la anhelada libertad, Atahuallpa dió inmediatamente órdenes al Cuzco y á Quito y á otros puntos, para que, sin pérdida de tiempo, se llevara á Cajamarca el oro en que había pactado su rescate. Este oro debía sacarse de preferencia de los palacios de los Incas y de los templos del Sol: un hermano menor de Atahuallpa, llamado Quilliscacha, fué el que se encargó de recoger el tesoro para el rescate, y con ese objeto partió de Cajamarca directamente al Cuzco. Esta ciudad estaba entonces ocupada por Quizquiz, uno de los dos más celebres Generales de Atahuallpa. Con el herma-

no del Inca salieron también de Cajamarca para el Cuzco dos españoles, que llevaban la comisión de ver, con sus propios ojos, la riqueza acumulada en la ciudad imperial, y tomar posesión de ella, á nombre de los reyes de España con todas las solemnidades acostumbradas entonces. Atahuallpa había instado á Pizarro, que enviara esa comisión al Cuzco, asegurándole que á los españoles que fueran mandados no les sucedería nada y volvieran seguros á Cajamarca: el Inca se proponía disipar las dudas de los conquistadores y su desconfianza respecto de la posibilidad que tenía para cumplir el ofrecimiento del fabuloso tesoro, que había prometido por su rescate. Quería también hacer palpar á los extranjeros cuán infundados eran los recelos que abrigaban de la reunión de ejércitos, que se formaban en las provincias para libertar á su soberano.

En efecto, los comisionados viajaron con la mayor seguridad, llevados en hamacas á hombros de indios, y en todas partes fueron servidos y obsequiados con grandes muestras no sólo de mucha consideración, sino hasta de supersticiosa reverencia.

En el Cuzco fueron agasajados por los partidarios de Atahuallpa y por toda la población como á porfía: recorrieron la ciudad y quedaron admirados de la fábrica de sus edificios, de la limpieza de sus calles, y de la riqueza de sus templos y adoratorios. De regreso á Cajamarca, no acababan de describir y de ponderar á sus compañeros lo que habían visto en la corte de los Incas: los conquistadores iban así advirtiendo la grandeza del imperio, cuya opulencia excedía á lo que

ellos, en los ambiciosos ensueños de su fantasía meridional, apenas habían imaginado. Su regocijo y su admiración se desbordaron, viendo llegar á Cajamarca tropas de indios, abrumados con cargas de plata y de oro (2).

Entre tanto, los dos príncipes indios continuaban presos: Atahuallpa en Cajamarca en poder de los españoles; y Huáscar, en la fortaleza de Jauja, donde su hermano lo había mandado retener, bajo la más estricta custodia. ¡Cosas de la fortuna! había dicho Atahuallpa, sonriéndose, al verse reducido á una prisión: sé la noticia de la victoria de mis tropas y que mi hermano ha caído prisionero, cuando yo también me hallo preso. — Pero Atahuallpa estaba inquieto, sin saber cómo desembarazarse de su hermano; su situación era penosa: Huáscar podía prometer á los extranjeros un rescate mucho mayor, y entonces su muerte era segura. Sus inquietudes crecieron más, cuando se le comunicó la entrevista que Huáscar había tenido con los españoles enviados al Cuzco.

El desgraciado Huáscar, sabiendo que los extranjeros pasaban por Jauja, manifestó vivísimos deseos de verse con ellos; y, como por su parte también los españoles quisieron verlo, el Inca les habló en señas, dándoles á entender su situación y ofreciendo un rescate mucho más cuantioso, que el que había pactado su hermano. Los es-

(2) Garcilaso dice que uno de los españoles enviados al Cuzco fué Hernando de Soto; pero el cronista Herrera, sin duda, mejor informado, no cuenta á Soto entre los que desde Cajamarca fueron enviados al Cuzco por Pizarro.

pañoles poco pudieron comprender de lo que les quería decir el Inca, y se despidieron, manifestando que se lastimaban de verlo preso. Esta entrevista decidió de la suerte del desventurado Huáscar; pues, así que lo supo Atahuallpa, resolvió deshacerse de su hermano, sacrificándolo sin piedad, con el intento de conservar su vida: solamente le acobardaba el temor de Pizarro, porque el conquistador le preguntaba á menudo por Huáscar, y, por esto, quiso sondear primero el ánimo del capitán de los extranjeros, antes de dar orden para que su hermano fuera muerto.

Un día se fingió triste, lloroso y meditabundo; aunque le hablaban, no quería responder, y, cuando llegó la hora de almorzar, se sentó á la mesa sollozando y rehusó tomar alimento; al fin, instado é importunado por Pizarro, respondió: Mis capitanes, sin saberlo yo, han matado á mi hermano Huáscar; y me aflijo, porque vos me habéis de hacer matar á mí, culpándome la muerte de mi hermano, Pizarro le tranquilizó, asegurándole que no tenía porqué temer, y prometiéndole averiguar quiénes lo habían matado á Huáscar, para castigarlos severamente.

Pizarro se alegró en su interior de la muerte del príncipe indio, felicitándose por ella, pues le quedaba ya más expedito el camino para adueñarse, sin obstáculo alguno, del imperio, y establecer su dominación: los reyes del país que había venido á conquistar, estaban cooperando á los intentos del conquistador.

Como Atahuallpa vió la indiferencia con que el Gobernador había recibido la noticia de la muerte de Huáscar, cobró ánimo, y, al punto, dió ór-

denes terminantes para que su hermano fuera muerto. Y tan puntualmente fué obedecido, que no se pudo averiguar después, si la ficción de sentimiento y pesar había sido hecha por el astuto Inca antes de la muerte de su hermano, ó al momento en que, por las candeladas encendidas en los cerros, supo que sus órdenes habían sido ejecutadas. Crimen estéril para Atahuallpa, pues con él su causa no mejoró, y los únicos á quienes aprovechó fueron los conquistadores. Los dos príncipes embarazaban á Pizarro y le servían de obstáculo, para la pronta realización de sus planes: Atahuallpa, con su fratricidio, le allanó el camino y le facilitó la empresa, dejándolo en un momento de único dueño del imperio del Perú.

Se dice que Huáscar fué ahogado, y su cadáver echado á la corriente de un río: muerte cruel, pues, según las creencias supersticiosas de los peruanos, privando á sus restos mortales de sepultura, condenaba al espíritu del triste Inca á vagar perpetuamente desolado, sin gozar de reposo jamás. Sin duda, aterrado con esta idea, clamaba pidiendo justicia al numen vengador contra su hermano, que lo mandaba sacrificar tan bárbaramente.

II

Como Pizarro y los demás conquistadores habían oído hablar mucho á los indios de las riquezas del templo de Pachacámac en las costas del Perú, le preguntaron á Atahuallpa la ver-

dad acerca de aquel ídolo y sus tesoros. El Inca hizo venir al Curaca de aquella provincia y al sacerdote principal del ídolo, y cuando llegaron á Cajamarca, pidió una cadena y se la mandó echar al cuello al sacerdote, diciendo que lo castigaba como á engañador. El dios Pachacámac de éste, dijo el Inca á los españoles, no es dios, porque es mentiroso: habéis de saber, que, cuando mi padre Huayna-Cápac estuvo enfermo en Quito, le mandó preguntar qué debería hacer para sanarse, y respondió que lo sacaran al sol; lo sacamos y murió. Huáscar, mi hermano, le preguntó si triunfaría en la guerra que traíamos los dos; dijo que sí y triunfé yo. Cuando llegasteis vosotros, le consulté, y me aseguró que os vencería yo, y me vencisteis vosotros.... dios que miente no es dios!!!....

Estos razonamientos de Atahuallpa eran no solamente apoyados, sino sugeridos ya de antemano por el Gobernador, quien, desde que el Inca cayó prisionero se había aprovechado de cuantas ocasiones se le presentaban, para darle nociones claras acerca de la Religión, procurando desengañarle de sus errores é idolatrías; y bien se echaba de ver que el claro ingenio del monarca quiteño se había convencido de la verdad, cuando discurría tan sagazmente acerca del famoso oráculo de Pachacámac.

Con las disposiciones que dió el Inca se puso, pues, en camino Hernando Pizarro, acompañado de una partida de soldados de á caballo, y se dirigió á la ciudad de Pachacámac, el más célebre de los santuarios religiosos no sólo del imperio de los Incas, sino de toda la América Meri-

dional, del lado del Pacífico (3).

La ciudad de Pachacámac era una de las más antiguas del Perú, y su templo muy reverenciado no sólo de las tribus comarcanas, sino de todas las naciones indígenas, que desde los puntos más remotos del imperio acudían en romería para consultar al oráculo. El templo estaba edificado sobre un altozano artificial y dominaba la población. Llegó, pues, allí Hernando Pizarro y se dirigió al templo: muchedumbres inmensas de indios habían acudido á la noticia de la llegada de los famosos extranjeros, y estaban agolpados en torno de su tan venerado santuario, llenos de ansiedad y de sobresalto, temiendo alguna espantosa demostración de la ira de su divinidad, si el santuario era profanado por aquellas gentes, tan audaces y atrevidas....Hernando subió al templo, penetró hasta lo interior, con paso firme; se introdujo en el retrete secreto, donde tenían los sacerdotes oculto al ídolo, y desde donde pronunciaban sus oráculos; agarró el grosero simulacro de madera, lo sacó fuera del templo, y allí, á vista de los circunstantes que no cabían en sí mismos de asombro por

(3) Del viaje de Hernando Pizarro desde Cajamarca á Pachacámac, existe un diario ó relación histórica, escrita por MIGUEL ESTETE, uno de los soldados que fueron acompañando á Pizarro. Se halla inserta esta relación en la obra de Jerez.

RAIMONDI.—Historia de la Geografía del Perú. (Tomo primero, capítulos tercero y cuarto). Hernando Pizarro salió de Cajamarca el 5 de Enero de 1533, un mes y veinte días después de la captura de Atahuallpa, y estuvo de regreso á principios de Abril.

lo que estaban viendo, lo arrojó al suelo, lo quebrantó y lo hizo mil pedazos. Hablóles luego, procurando desengañarlos de su superstición, y mandó colocar una cruz, en el punto donde había estado el ídolo.

Recogió después unas cuantas cargas de oro y de plata, despojando al templo de las riquezas que los sacordotes no habían alcanzado á esconder, y se regresó para Cajamarca. En el camino supo que Calicuchima estaba estacionado en Jauja, con un grueso ejército, y se dirigió inmediatamente para allá, con una intrepidez, que á muchos de sus mismos soldados les pareció temeridad. Así que llegó á Jauja, procuró atraerse sagazmente al General indio, le llamó en nombre de su Inca y logró persuadirle que se presentara por sí mismo, como lo hizo, en efecto, el indio, poniéndose luego en camino para Cajamarca en su compañía, para ver á Atahuallpa y tener una entrevista con el Gobernador de los extranjeros.

Después de casi tres meses de ausencia tornó, pues, á Cajamarca Hernando Pizarro, trayendo algunas cargas de oro y, lo que era de más trascendental consecüencia para la realización de los planes de los conquistadores, al anciano Calicuchima, sin duda ninguna, el más valiente y experto de los Generales de Atahuallpa. Con la venida de Calicuchima á Cajamarca, el ejército que mandaba el capitán quiteño se desbarató, y, por lo mismo, desapareció uno de los apoyos más poderosos, con que contaba la conservación de la monarquía peruana.

Calicuchima antes de entrar á ver á su rey, se descalzó primero y tomó sobre sus hombros

una carga pequeña, que se la dió uno de los indios que habían llegado en su compañía; así que vió á Atahuallpa, se echó á sus pies, se los abrazó llorando; luego le besó en la mejilla y lo estrechó contra su pecho. Atahuallpa permaneció sereno, con los ojos bajos y sin dar ni la más leve señal de emoción. Calicuchima era tío materno del Inca y veía en su soberano al sobrino querido, al monarca respetado y al guerrero hasta el día de ayer no más victorioso, y su pena no conocía término. Si hubiera estado yo aquí, decía el anciano General indio, no habría acontecido esto!!....

La situación del Inca, entre tanto en vez de mejorar, había empeorado. El número de extranjeros se había aumentado notablemente con la llegada de Almagro y sus compañeros, y ya, sin reboso ni disimulo, se pedía que el prisionero fuera condenado á muerte, por exigirlo así la seguridad de los conquistadores y los intereses de la corona.

Diego de Almagro se había quedado en Panamá, ocupado en preparar la segunda expedición que debía salir para el Perú, mientras Pizarro, con próspera fortuna, desembarcaba en la Puná, hacía la guerra á los isleños y los vencía, pasaba á Túmbez, fundaba la ciudad de San Miguel, y atravesando la Cordillera de los Andes, se apoderaba en Cajamarca de la persona del Inca. La bahía de San Mateo fué también el primer puerto donde arribó Almagro; allí tomó tierra y con grandes molestias siguió por la playa á pie, mientras los navíos hacían el mismo camino, sin alejarse mucho de la costa. Almagro traía consigo

ciento cincuenta y tres hombres, cincuenta caballos y algunas armas; venía también en esta expedición el famoso piloto Bartolomé Ruiz. Poco tiempo después aportó á la misma bahía de San Mateo el capitán Francisco Godoy, que con algunos castellanos venía desde Nicaragua en demanda del Perú. Dióle el Mariscal Almagro la enhorabuena por su llegada y, poniéndose de acuerdo con él, aunque con alguna dificultad, continuaron ambos la marcha. En el camino murieron de extenuación y enfermedades hasta treinta castellanos; y, como los intérpretes que llevaban no eran muy entendidos en la lengua de los pueblos de la costa, se vieron con grande inquietud, sin tener noticia ninguna cierta acerca de Pizarro hasta que llegaron á Túmbez. Allí se alegraron grandemente, y más cuando supieron en San Miguel la noticia de la captura de Atahuallpa y del rico botín habido en Cajamarca.

Inquieto andaba Pizarro entretanto, revolviendo en su interior los desagradables avisos que acerca de los planes de su antiguo compañero y amigo se le había comunicado. Le habían hecho saber que Almagro llevaba el propósito de descubrir y conquistar por su cuenta, separándose de la compañía de Pizarro, de quien estaba desabrido por los desaires y mala voluntad de su hermano Hernando para con el Mariscal. En efecto, la arrogancia y carácter altanero de Hernando Pizarro fueron en gran parte la causa de las desavenencias entre los dos caudillos, desavenencias que tuvieron término sangriento.

A su vez también á Almagro desasosegaba el no poder conocer cuál era, en verdad, la disposi-

ción de Pizarro para con él: inquietudes atizadas por algunos hombres ruines, que pensaban medrar agazajando con chismes á los dos capitanes. Por fortuna, en San Miguel llegó á descubrir Almagro que su mismo secretario llamado Rodrigo Pérez, le hacía traición escribiendo á Pizarro cartas inicuas sobre los planes de Almagro. El ánimo noble del Mariscal no pudo menos de llenarse de indignación por una conducta tan infame y, después de someter á juicio á su secretario y comprobar el delito, hizo justicia en él, ahorcándolo como á traidor. Pena merecida y justa para quien, como el secretario de Almagro, hace traición á la confianza de sus superiores.

De San Miguel pasó Almagro á Cajamarca, donde llegó antes de que fuese sentenciado á muerte Atahuallpa, pero cuando estaba ya á punto de distribuirse el tesoro que el Inca había dado por su rescate.

Pizarro le salió al encuentro, y ambos capitanes se abrazaron, con muestras, al parecer, muy sinceras de mutua estimación y cariño. No obstante, la presencia de los recién venidos agrió los ánimos y principiaron á fermentar las discordias: los de Almagro pretendían tener participación en el tesoro que el Inca había ofrecido por su rescate; á los de Pizarro les pesaba de la llegada de sus paisanos, porque temían que el Gobernador cediera á sus exigencias y los declarara también á ellos con derecho á participar el tesoro, que se estaba acumulando, con lo cual mermaría mucho la parte que á cada uno debía tocarle.

En efecto, los de la división de Almagro pretendían tener igual derecho que los otros al res-

cate del Inca; los compañeros de Pizarro no querían ceder, sosteniendo que solamente entre ellos debían distribuirse los tesoros que el Inca había prometido, y la discordia cada día se enardecía más, con peligro de venir á parar en un escándaloso rompimiento. Entretanto, casi todos los días llegaban á Cajamarca tropas de indios más ó menos numerosas trayendo objetos de oro y de plata, para juntar el estipulado rescate. Todo se iba amontonando en un aposento y se guardaba con sumo cuidado.

III

Al Inca se le trataba no sólo con benignidad, sino hasta con las consideraciones y miramientos, que eran compatibles con la triste situación de su perdida majestad: constantemente estaban haciéndole compañía algunos de los jefes principales del ejército, y dándole conversación, aunque Atahuallpa manifestaba más simpatías por Hernando Pizarro y por Hernando de Soto, y se mostraba complacido cuando tertuliaba con ellos: hacía preguntas ingeniosas y observaciones agudas, y algunos días, dando más expansión á su carácter naturalmente reservado, y depuesto aquel seño severo con que de ordinario estaba su semblante, se permitía conversaciones alegres y dichos graciosos. Había aprendido, con sorprendente facilidad, á jugar á los dados y al ajedrez, y entretenido en eso pasaba largas horas en su prisión. Con las respuestas que daba á las preguntas que le hacían, tenía admirados á los conquistadores.

Allí en la prisión fué, sin duda, y no en el momento de ser capturado, donde contestó tan

discretamente á las proposiciones que le hacían acerca del cambio de religión y renuncia de sus estados, poniéndose bajo la autoridad del Emperador Carlos V. Mi dios es el Sol, dijo: y á mi dios los hombres no le pueden hacer mal alguno, como decís que han hecho con el vuestro, matándolo violentamente.—El Papa estará ya chocheando, cuando regala á otro lo que no es suyo: estas tierras son mías, las conquistaron mis mayores.—Gran príncipe tiene de ser el Emperador, pues manda tan lejos á soldados valientes como vosotros; pero yo no quiero ser su súbdito; seré su amigo.—Estas respuestas causaban sorpresa á los españoles, porque no esperaban oírlas de boca de un indio americano.

¿Cómo había de aceptar sencillamente los dogmas cristianos el destronado Inca, si no se los explicaban despacio?....La sublimidad de nuestros misterios no es contraria á la razón natural, ciertamente; pero sí es muy superior á ella....Por otra parte, ¿no era muy justo que las intrincadas teorías de Derecho público, profesadas por los conquistadores, chocaran al recto sentido común de los indios?....

Atahuallpa miraba con curiosidad las cosas nuevas que veía en manos de los conquistadores: llamáronle mucho la atención al principio los objetos de vidrio, pero después los despreció, sabiendo que no eran cosa rara ni preciosa, sino muy común y quebradiza. Creí que de esto allá en vuestra tierra se servirían solamente los reyes, dijo y arrojó al suelo, con desdén, un vaso de vidrio que le había presentado un soldado, con la esperanza de que el Inca le correspondería con un

regalo valioso. En efecto, Atahuallpa le mandó dar tres grandes vasos de oro, de los mejores de su vajilla; pero hizo pedazos el vaso de vidrio, así que supo que era cosa baladí é indigna de ser presentada á un rey.

Pizarro le había permitido á su regio prisionero tener para su servicio cuantas mujeres, criados y domésticos quisiera; así es que Atahuallpa guardaba en su prisión cierto boato y aun cierta majestad, á pesar de la humillación en que se veía caído. No entraban á hablar con él sino las personas que eran llamadas, y éstas se presentaban siempre con grande sumisión y reverencia: cada una de sus esposas tenía servidumbre aparte, y entre todas ellas se turnaban en el servicio del Inca, relevándose después de ocho días. — La comida se le servía en una especie de tapetes, tejidos de juncos muy delgados; estos tapetes hacían las veces de manteles, y sobre ellos se ponían los platos con las viandas y comidas que se habían aparejado; el Inca señalaba la que quería, y una princesa se la presentaba y tenía el plato en sus manos, puesta de rodillas delante de su soberano, hasta que éste acabara de comer. Todos los días se cambiaba de vestido, y era esmeradísimo en el aseo de su persona; si, por acaso, estando comiendo le caía alguna gotita de comida en la túnica, al punto se levantaba, entraba en su recámara y se mudaba de vestido: cuando escupía, una de las princesas de su familia extendía la mano para que en ella y no en el suelo echara su saliva el monarca (4).

(4) A las autoridades citadas tanto en este capítulo,

Todo cuanto había servido para el Inca, lo que sus manos habían tocado, lo que de un modo ú de otro había estado en contacto con su persona, se guardaba escrupulosamente en arquillas muy aseadas y se quemaba después. Pedro Pizarro vió en esas arquillas guardados hasta los huesos de las aves, que se habían guisado para el Inca.

Aunque Atahuallpa se había sobrepuesto á sí mismo, soportando su desventurada situación con entereza de ánimo; no obstante, esa misma violencia que se había hecho interiormente, para ahogar en lo secreto de su pecho la pena que lo devoraba, sin dar á lo exterior muestra alguna ni de tristeza ni de perturbación, le quebrantó las fuerzas del cuerpo, y principió á sentirse gravemente enfermo. Pizarro, temiendo que su prisionero se le muriera, aflojó algún tanto la estrecha vigilancia á que lo tenía sujeto; y, cuando el Inca, abrasado con los ardores de la fiebre que lo consumía, estaba postrado en cama y sin fuerzas, hizo venir herbolarios indios, que la misma fami-

---

como en el anterior, debemos añadir ahora la del escritor cuya relación, traducida al italiano, se encuentra en la *Colección de viajes de* RAMUSIO. —Volumen tercero. —Edición de Venecia, año de 1606.—Esta relación es de PEDRO SANCHO, uno de los conquistadores, que estuvo en la captura del Inca y fué testigo presencial de lo que refiere. — Después sirvió á Pizarro, como secretario, reemplazando á Jerez, cuando éste regresó á España.

En el mismo volumen se halla también otra *Relación* escrita por un soldado español de los que componían el ejército de los conquistadores en Cajamarca. — Ambas son de testigos de vista de los hechos que cuentan.

lia del regio enfermo indicó, para que lo medicinaran. Los médicos entraron, observaron al paciente, le tomaron el pulso, apretando con los dedos las venas de la nariz, en el nacimiento de ésta á raíz de la frente, y le propinaron un sudorífico, el cual, haciéndole transpirar copiosamente, en breves días le devolvió la salud.

El Inca convaleció, pero fué para ir al patíbulo! — Los compañeros de Almagro se hallaban inquietos y disgustados, viendo acumularse con envidia los tesoros, de que ellos no habían de participar; exageraban el peligro que corría la vida de todos los españoles, conservando preso al Inca; y, ponderando las molestias y embarazos que les ocasionaba la custodia de un preso tan distinguido, pedían que pronto se lo condenara á muerte, para establecer definitivamente el gobierno de la metrópoli, en las provincias que habían conquistado. También los socios de Pizarro se desesperaban, considerando cómo pasaban días, semanas y aun meses sin que se llenara de oro y plata el aposento, donde se estaba amontonando el rescate del Inca: todos los días miraban en la raya trazada en la pared; y, aunque veían la enorme cantidad de oro que estaba ya recogida, con todo, todavía desconfiaban de que el preso pudiera cumplir su palabra, y, a úna con los de Almagro, se quejaban diciendo que Atahuallpa los había engañado, y que el ofrecimiento de aquel tesoro no había sido sino una estratagema, para hacerlos descuidar y acometerlos desprevenidos, con los ejércitos que en diversos puntos del reino se estaban congregando por órdenes secretas, que, desde su prisión, había expedido el mismo

Inca. Temían, por otra parte, los españoles que estaban en Cajamarca que llegaran algunos expedicionarios más, y que entonces, repartido el botín entre un número mayor de participantes, disminuyera la porción de cada cual, y querían que, sin tardanza alguna, se distribuyera lo que se había juntado ya. El que con más empeño porfiaba porque se hiciera inmediatamente el reparto de las riquezas que se habían allegado, era Riquelme, tesorero de la expedición y cobrador de los quintos que tocaban á la corona.

El Inca observaba con inquietud las reyertas que los conquistadores tenían entre ellos; y, aunque no entendía el castellano, alcanzaba á comprender las siniestras prevenciones que habia contra él, y se acongojaba, barruntando el inminente peligro en que se encontraba su vida. Enturbióse más su serenidad, cuando Pizarro le reconvino, echándolo en cara la traición con que estaba procediendo, pues juntaba ejércitos para hacer de improviso la guerra á los españoles. Vos, capitán, le contestó el Inca: siempre me decís cosas de burla, ¿pensáis que yo he perdido el juicio, para que mande levantar tropas, teniéndome vosotros á mí en vuestro poder? Estad seguros, añadió; pues en mi imperio ni las aves volarían, si yo se lo prohibiese!!! En el lenguaje del Inca había demasiada sinceridad, y Pizarro se retiró, fingiendo quedar convencido.

En contra del desventurado Inca se había formado una verdadera conjuración de todos los que deseaban que se lo condenara á muerte. Pizarro, tan sereno en el momento del peligro, tan valeroso y resuelto siempre que se trata-

ba de esgrimir la espada, era irresoluto y voluble cuando debía adoptar medidas enérgicas, para hacer triunfar la justicia en circunstancias difíciles, y así, halagando la codicia de los soldados, creyó poder amainar la tempestad que cada día arreciaba más contra su cautivo; pues, aunque el Gobernador no había pensado nunca ponerlo en libertad, con todo no había formado el propósito de quitarle la vida, y anunció que luego se haría la distribución del oro y de la plata que se tenía reunido para el rescate. La medida de la cantidad prometida por el Inca no se había completado todavía; pero, á pesar de eso, se ordenó la fundición de los metales preciosos, y se hicieron venir indios conocedores de ese arte, para que redujesen á barras todos los objetos que se habían recogido. El tesoro había sido custodiado con suma vigilancia, y todas las piezas que se habían traído, estaban intactas.

Los plateros peruanos gastaron varias semanas en fundir las piezas y reducirlas á barras, aunque se ocupaban en ese trabajo desde por la mañana hasta bien avanzada la noche. Al fin, llegó el tan apetecido día de la repartición del oro y de la plata, que yacían amontonados en barras y trozos brillantes, provocando la codicia, que parecía, que, por esta vez, iba á quedar satisfecha. Pizarro persuadió á sus hermanos y á sus compañeros que cedieran una suma para obsequiar con ella á Almagro y á los que con él habían venido: separóse también la quinta parte, para el Emperador; se tomó además otra cantidad para los vecinos de San Miguel, y luego de lo que restó se distribuyeron á los capitanes, á los solda-

dos de caballería y á los de infantería sumas tan considerables de oro y de plata, que se tendrían por fabulosas, si documentos auténticos no comprobaran hasta la evidencia la realidad de ellas (5).

Antes de hacer la fundición se apartaron algunas piezas de las más primorosas y mejor trabajadas, para enviarlas al Emperador, como un presente gracioso además de sus quintos. Pizarro eligió también para sí una joya, y se le adjudicó la silla del Inca, avaluada en veinticinco mil pesos de oro. Tenía por asiento un tablón macízo de oro y un cogín de lana fina, enriquecido con piedras preciosas. Según los estatutos hechos para la distribución del rescate, al Goberna-

(5) No es posible determinar, de una manera exacta, la cantidad de oro á que ascendió el rescate de Atahuallpa.—El aposento tenía como unas siete varas castellanas de largo y cinco de ancho, y la raya de la medida se trazó á unas tres de alto.—Según el cálculo más aproximado, el rescate equivalía á unos diez y seis millones de sucres ó fuertes de nuestra moneda actual, sin hacer entrar en esta suma la plata.—De esta cantidad se sacó la quinta parte para el Emperador, además unos veinte mil pesos en oro para Almagro y sus compañeros, y el resto se distribuyó entre los doscientos individuos que estuvieron presentes y tomaron parte en la captura del Inca, señalándosele á cada uno una cantidad proporcionada á su categoría en el ejército y al trabajo personal en la empresa. Por esto, á cada soldado de caballería se le dió una suma mayor que á los de infantería. — Entre las piezas de oro había no poca diferencia en cuanto á los quilates del metal, por eso se determinó hacer el cálculo de todas las barras de oro, valuando todo el oro solamente como de á veintidos quilates.—La plata, hacen notar los historiadores, que era toda fina y cendrada.

En esta cantidad enorme de oro y de plata, no se cuenta

dor debía adjudicársele además de la suma proporcional que le tocara en el reparto, una joya, la que él escogiera.

El repartimiento del tesoro se hizo con grande aparato, á voz de pregonero, y con todas las formalidades judiciales de estilo. Principió Francisco Pizarro, implorando el auxilio divino, como si se tratara de un acto de virtud, con el cual se hubiese de dar gloria á Dios. Concluída la distribución del rescate, publicó un bando declarando al Inca libre de su compromiso, pues, por su parte, había cumplido cuanto con los conquistadores había pactado solemnemente. No obstante, alegando que así convenía al servicio de Dios y á los intereses del gobierno español, se determinó conservar todavía preso al monarca indio; y, si antes se le había permitido que se paseara libremente por los patios de la cárcel donde estaba encerrado, desde ese momento se le pusieron grillos y estrecharon más sus prisiones. Desconsolado vió, pues, Atahuallpa repartirse entre los conquistadores el tesoro que había acu-

---

la que recogieron los conquistadores en Cajamarca, al otro día de la captura del Inca.

Teniendo presente el número de castellanos de oro y el número de marcos de plata que dió el rescate, podría hacerse un cálculo aproximado de la cantitad total que representaría en el comercio.—Para hacer este cálculo, es necesario saber la equivalencia del oro y de la plata y su valor comercial: entre otras obras que tratan de eso puede consultarse la de BELVEDER.—Libro general de las reducciones de plata y oro. — (Impreso en Lima, el año de 1597). — El autor era aragonés, natural de la villa de Tahuste y compuso su libro en el Perú, donde residió muchos años.

mulado para su rescate, y acabarse para él hasta la última esperanza de recobrar su libertad.

Los españoles estaban llenos de oro y de plata, pero faltos de las cosas necesarias para la vida; ¿de qué les servía tanta riqueza? Como la abundancia de oro y de plata era tan grande, y mayor la escasez de todo cuanto los conquistadores habían menester, hasta las cosas más comunes llegaron á tener en Cajamarca un precio enorme: un pliego de papel para escribir se vendía en diez ducados, y un caballo se valuaba en miles. No había moneda suficiente para las transacciones, y éstas se hacían calculando, á la vista, en poco más ó menos, las barras de oro, porque había mucha mayor cantidad de oro que de plata, y todas las cosas se apreciaban al precio del oro: no se compraba ni vendía sino en oro.

Como el juego era la ordinaria ocupación de los soldados españoles, cuando no estaban entretenidos en la guerra, el cuerpo de conquistadores divertía sus ocios en Cajamarca jugando, y había entre ellos gananciosos y desafortunados. Estos, después del reparto del rescate del Inca, andaban pagando sus deudas, seguidos de indios que llevaban en sacos las barras de oro, y las entregaban amontonándolas en el suelo, para calcular á bulto la suma que pretendían satisfacer. Entonces se palpó que la verdadera riqueza no está en la abundancia de oro y de plata, sino en la distribución proporcionada entre la cantidad de esos metales preciosos y las cosas necesarias para la vida. ¿Qué ganaban con haces de barras de oro los conquistadores, si les faltaba todo lo demás?

Hecha la distribución del tesoro, Pizarro resol-

vió enviar á España á su hermano Hernando, para informar al Emperador acerca de cuanto se había obrado hasta entonces en la conquista, y pedirle mercedes para los conquistadores. Quería también, alejando á su hermano Hernando, remediar de algún modo los rencores que con su nada disimulado orgullo había causado en el ánimo de Almagro. Llegó, pues, el día de la partida, y Hernando fué á despedirse del Inca: era Hernando bien apersonado, franco y de un valor á toda prueba: hablaba con energía, y sus maneras desembarazadas le daban cierto aire de señorío, que venía muy bien á su estatura elevada y á su configuración robusta. Desde un principio Hernando Pizarro se había manifestado en favor del Inca, estaba constantemente en su compañía y hasta le había inspirado simpatía y confianza: más que conmovido, enternecido, le dijo Atahuallpa al despedirse: Capitán, duéleme de tu partida, porque estando tú ausente, ese tuerto y ese gordo me han de hacer quitar á mí la vida. Aludía el Inca á Almagro, á quien le faltaba un ojo, y á Riquelme, cuya obecidad le había llamado la atención. Y, en efecto, estos dos eran los que más tenaces instancias hacían para que se sentenciara á muerte al desgraciado preso.

Hernando Pizarro partió de regreso para España, y dos días después volvieron del Cuzco los españoles que habían sido enviados para reconocer esa ciudad y tomar posesión de ella: las noticias que daban no podían ser más halagüeñas: las riquezas de la ciudad imperial eran increíbles, y la tierra estaba tranquila, y los indios en todas partes los habían recibido de paz y servido con

sinceridad. Pero, á pesar de noticias tan lisonjeras, la hora fatal se iba acercando por momentos para el infeliz Atahuallpa, y hasta la superstición vino á conturbarle más en aquellas circunstancias. Una noche oyó que los soldados hacían alboroto y hablaban con calor, como si trataran de alguna cosa que les hubiese sorprendido y llamado mucho la atención. Preguntó el Inca qué era lo que había sucedido; y, como le dijeran que estaban admirados, viendo una señal que se había presentado en el cielo, pidió, con instancia, que le permitieran salir á verla él también. Pizarro condescendió con la curiosidad del Inca: salió Atahuallpa y púsose á mirar el cielo....En la bóveda celeste aparecía una como lanza de color verdoso, extendida de Oriente á Occidente: vióla el Inca y suspiró....Como los españoles notaran la impresión de tristeza, que la vista de aquel meteoro había causado en Atahuallpa, le preguntaron por qué se afligía, y cuál era el motivo de su sorpresa. Yo tengo de morir, y pronto, dijo el Inca: esta señal apareció en el cielo, poco tiempo antes que muriera Huayna-Cápac, mi padre; y, aunque los españoles se esforzaron en hacerle reflexiones para que desechara aquel temor, como nacido de una vana superstición, Atahuallpa, desde aquel día, estuvo taciturno y sumergido en profundo abatimiento (6).

(6) ¿Qué clase de meteoro sería éste? ¿No sería, tal vez, algún cometa?—El Barón de HUMBOLDT piensa que fué el cometa observado por Apiano en 1533: se dejó ver en los meses de Junio y Julio.—Según Mr. FAYE, este cometa debió pasar por el perihelio, del 15 al 17 de Junio, y su ór-

Entre los indios que servían á los españoles y entre los que de otras provincias habían acudido á Cajamarca, había muchos resentidos contra Atahuallpa, ya por ser adictos á la causa de Huáscar, ya por los castigos y rigores ejercidos por el Inca en los pueblos á que ellos pertenecían. Estos indios esparcían rumores y noticias alarmantes, que los españoles creían con facilidad: cundió, pues, la voz de que el Inca hacía colectar ejércitos en todo el imperio, y principalmente en Quito, para acabar con los extranjeros. Se decía que estos ejércitos eran numerosos y muy aguerridos, y se aseguraba que se habían puesto en camino y que pronto invadirían Cajamarca: con semejantes noticias la agitación entre los españoles y la inquietud eran grandes: todos dormían sobre las armas y se mudaban centinelas y se hacían las rondas, como en tiempo de campaña; pero los ejércitos de indios no parecían, y las avan-

---

bita es muy incierta: apareció muy cerca de la constelación de Perseo, y tenía la forma como de una lanza.

HUMBOLDT.—Cuadros de la naturaleza.—(Obra citada ya antes).

FAYE.—Curso de Astronomía de la Escuela Politécnica. — (Tomo segundo. — Catálogo general de los cometas) En francés.

Humboldt opina que este mismo cometa debió ser el que se presentó el año de la muerte de Huayna-Cápac; pero entonces, acaso, no sería visible, á lo menos á la simple vista, más que en este hemisferio. Humboldt, apoyado en los cálculos de HEVELIO, acepta la fecha de 1525, para fijar á fines de ese año la muerte de Huayna-Cápac. Garcilaso describe el cometa, diciendo que era *una gran cometa verdinegra, poco menos gruesa que el cuerpo de un hombre y más larga que una pica.*

zadas, enviadas en diversas direcciones, regresaban asegurando que la tierra estaba tranquila, y que no se descubría en ninguna parte señal alguna de guerra. No obstante, las alarmas continuaban, azuzadas por los del bando de Almagro, y ya se pedía terminantemente que el Inca fuese ajusticiado, para pacificar la tierra: Pizarro vacilaba, pero un incidente, al parecer insignificante, vino á precipitar el desenlace de este drama sangriento.

Una de las cosas que más le habían maravillado al Inca, entre las que observaba en sus vencedores, era la habilidad de leer y escribir, y pensaba que eso era natural y no aprendido, y que los extranjeros nacían con esa ciencia: cuando le dijeron que aquello se aprendía y que no era natural, no quiso creerlo, y resolvió convencerse de la verdad, por experiencia propia. Pidió, pues, á un soldado que le escribiera en la uña del dedo pulgar de la mano derecha el nombre del Dios de los cristianos: dióle gusto el soldado, y el Inca mostraba la mano y pedía que leyeran la escritura á todos los españoles que entraban á visitarle. Sucedió que acertaran á leerla todos: cuando entró Pizarro, pidióle Atahuallpa que leyera lo que decían esos signos que tenía escritos en la uña: embarazóse el Gobernador, porque no sabía leer ni escribir, y hubo de confesar su ignorancia al Inca, por lo cual éste, se dice, que le dió señales de tenerlo en menos. Advirtiólo Pirarro, y su amor propio humillado le ofuscó la razón, inspirándole un oculto resentimiento contra el Inca.

Cada día ocurría alguna cosa, que reagrababa la situación del preso. Felipillo, el intérprete de

los españoles, indio de muy humilde condición, requirió de amores á una de las princesas esposas de Atahuallpa: súpolo éste y sintió grandemente la ofensa, que se atrevía á irrogarle una persona tan ruín: siento más esto que mi misma prisión!....exclamó el Inca, teniéndose, con razón, por injuriado de que un indio de tan baja clase hubiese levantado audazmente á tanta altura sus pensamientos....El culpable temió la venganza del ofendido monarca, y así procuró negociar su perdición con los españoles, á fin de salvar su propia vida, sacrificando la de su soberano. Hizo, pues, denuncios de nuevas conspiraciones, y, exacerbados los ánimos de los conquistadores, volvieron á instar que se quitara la vida al preso. Pizarro condescendió y resolvió sentenciar á muerte al Inca; pero, para cohonestar semejante procedimiento, juzgó indispensable darle aspecto de legalidad y de justicia. —Nombró, pues, un escribano para que actuara en el proceso, eligió un fiscal, encargado de seguir los trámites del juicio, y diputó un juez ante quien se recibieran las declaraciones de los testigos: para que hubiese más aire de justicia en aquel asesinato ó regicidio que iban á llevar á cabo, nombróse de entre los mismos conquistadores úno, que desempeñara el cargo de abogado del Inca. Los testigos que se examinaron eran indios, llamados á declarar según un interrogatorio que se había formulado de antemano.

Las declaraciones las interpretaba Felipillo, haciendo decir á los testigos lo que conocía qué querían que apareciera comprobado los jueces de la causa; más hubo un testigo, tan discreto que

se limitó á responder sí ó no á todas las preguntas, acompañando cada respuesta con muy expresivos meneos de cabeza y señas de manos.

Los puntos del juicio criminal que se urdió contra Atahuallpa fueron los siguientes:

Si era hijo bastardo de Huayna-Cápac.

Si había hecho la guerra á su hermano Huáscar.

Si éste había sido muerto por orden de Atahuallpa.

Si Atahuallpa estaba casado con muchas mujeres.

Si tramaba conspiraciones contra los españoles.

Si era idólatra y hacía él mismo y mandaba hacer sacrificios á sus ídolos.

Si después que entraron los españoles en la tierra, había seguido cobrando tributos de sus vasallos.

Si había dado y regalado á sus parientes y á otros personajes del reino las cosas que estaban reservadas en los depósitos públicos, malgastando así los bienes del imperio.

Estos fueron los capítulos de acusación contra el Inca, los cuales no fué nada difícil probar á satisfacción de sus enemigos. — Algunos de estos capítulos de acusación, como se ve, no podían ser más absurdos ni más injustos: y, si Atahuallpa era criminal, ¿eran, por ventura, Pizarro y los otros aventureros españoles los jueces del Inca? ¡El crimen podrá dar fortuna, pero nunca dará autoridad al criminal!

El derecho de pronunciar la sentencia definitiva y de imponer la pena capital, si las prue-

bas del proceso daban mérito para ello, se reservó á un tribunal compuesto de Almagro y de Pizarro, los dos jefes que acaudillaban la expedición conquistadora.

El sumario se terminó en breve; y, como en todo asunto de gravedad debía el Gobernador consultar á los religiosos que le acompañaban, y no resolver nada sin su consejo, se le pasó el proceso al Padre Fr. Vicente Valverde, para que lo examinara y diera su parecer: este religioso, haciendo traición á los sagrados deberes que le imponía su augusto carácter, dicen que contestó, que había motivos suficientes para condenar á muerte al Inca, y que, si Pizarro no se atrevía á firmar la sentencia, él la firmaría. Si tan odiosa expresión es cierta, fuerza es confesar que el primer pastor espiritual del Perú fué el verdugo del último de los Incas!

Autorizados de un modo tan solemne los conquistadores, ya no trepidaron un momento en poner por obra su inicuo proyecto. Más, cuando se divulgó entre los soldados la sentencia, muchos se indignaron, y á gritos la calificaron de injusta, protestando contra ella, porque la creían una mancha, que afrentaba y deshonraba el nombre español. Defendían al Inca haciendo ver cuán falsas, cuán gratuitas, cuán sin fundamento eran las acusaciones que se le hacían, y clamaban que no se llevara á cabo la ejecución. Hernando de Soto era uno de los más indignados; y acompañado de algunos otros conquistadores, interpuso apelación á nombre del Inca para ante el Emperador Carlos V, prometiendo que él se encargaba, por su palabra de honor y bajo su responsa-

bilidad, de llevar al preso á España y entregarlo en la Corte.

Empero la protesta de estos nobles y honrados castellanos escandalizó á todos los demás: pusieron el grito en las estrellas, los calificaron de traidores y les impusieron silencio, amenazándoles acusarlos y perseguirlos, como criminales. Lo único que alcanzó de Pizarro el caballeroso Hernando de Soto fué que aplazara la ejecución de la sentencia, para cuando él volviera de inspeccionar, por sí mismo, el punto donde se decía que Atahuallpa tenía reunido ya un considerable ejército. Partió, en efecto, el honrado capitán; pero lo que el Gobernador pretendía no era averiguar la verdad, sino quitar de en medio á tan generoso caudillo, para que su presencia no sirviera de obstáculo á la muerte del Inca.

Formado el proceso, firmada la sentencia y resuelta la ejecución de ella, no quisieron perder tiempo los conquistadores, é inmediatamente se le notificó al desgraciado Inca, que se le había condenado á pena capital. El suplicio debía tener lugar en la tarde de ese mismo día.—Llenóse de turbación el Inca y púsose á llorar desesperadamente: agitado y tembloroso, echóse á los pies de Pizarro, reconviniéndole, con frases sentidas, por la crueldad con que lo trataba: púsole delante la manera cómo había recibido, obsequiado y agasajado á los españoles; el tesoro que les había entregado por su rescate, y recordóle la palabra de darle libertad, que tan solemnemente había empeñado el capitán....

¿Que he hecho yo; y, sobre todo, qué han hecho mis esposas y mis hijos, para que los tra-

téis así con tanta crueldad? preguntaba Atahuallpa, dando á su voz el acento de la más viva y profunda emoción.

Pizarro se conmovió y salió inmediatamente del aposento, dejando al Inca entregado á las congojas de su agonía....Alma débil la del conquistador, se había puesto en el camino del crimen, y le faltó energía para retroceder.

Atahuallpa, pasada la primera impresión, recobró su serenidad y áun se manifestó tranquilo en las postreras horas que precedieron á su ejecución; pero, cuando vió el aparato que le rodeaba, y se le mandó levantarse del lugar en que se había mantenido sentado; y conoció que era llegada su última hora, prorrumpió en llanto y se agitó, buscando consuelo é implorando la piedad de sus mismos enemigos: recordaba á sus hijos, y, en señas, decía, alzando la mano derecha y mostrando los dedos, que eran tres, que estaban lejos, en Quito, que todavía eran pequeñuelos, y que quedaban sin amparo! Llamó á Pizarro y, dándole á entender que sus hijos todavía eran tiernos, pequeñitos, le suplicó que mirara por ellos. Tales demostraciones de dolor y de angustia hacía el infortunado monarca, que hasta los mismos soldados, cuyo corazón es tan duro y tan cerrado á la compasión, no pudieron menos de enternecerse.

Púsose, por fin, el sol, y las tristes sombras del crepúsculo vespertino comenzaron á descender lentamente y á derramarse por el valle, aumentando la melancolía en la entonces aterrada Cajamarca: en el real de los conquistadores había agitación y los soldados andaban solícitos, requiriendo las armas: el toque de corneta sonó, las

compañías se formaron, y luego la guarnición entera, desfilando ordenadamente, se estacionó en la plaza, dividiéndose en cuatro alas y formando con ellas un cuadro cerrado, en medio del cual se veían amontonados unos cuantos haces de leña. El Inca salió de la cárcel en medio de una escolta, y acompañado de Fray Vicente Valverde, que se esforzaba por confortarle. Deseaba el religioso persuadir al Inca que se bautizara; y, como la sentencia lo condenaba á ser quemado vivo, el Padre le ofreció que se la conmutarían, si pedía el bautismo: el Inca condescendió, y allí mismo, junto al patíbulo en que iba á ser ajusticiado, se le administró este sacramento, sirviendo de padrino el mismo Pizarro. Impúsosele el nombre de Francisco: el pregonero anunció á gritos la sentencia, acercóse el verdugo, acomodó el dogal al cuello del Inca y lo extranguló....Los indios daban desgarradores alaridos, puesto el rostro en tierra, y los conquistadores oraban por su víctima murmurando el *Credo* á media voz.

La oscuridad era ya más densa, la noche había adelantado ya dos horas su carrera y los españoles se recogieron á su alojamiento....El cadáver de Atahuallpa quedó tendido en el suelo toda aquella noche, al pie del poste, donde había sido extrangulado: unos cuantos grupos de indios y de indias acurrucados en tierra, escondiendo la cabeza entre sus rodillas, se mantuvieron á lo lejos, llorando y sollozando inconsolables. Era esto un sábado de Agosto, casi diez meses después que el Inca había sido capturado.

Al día siguiente, el cadáver fué trasladado á

la capilla católica que los conquistadores habían edificado: concurrieron Pizarro y todos los demás capitanes vestidos de luto riguroso; y, con la mayor solemnidad y pompa que fueron posibles, principiaron á celebrar los funerales por el regio difunto, cuando de repente, mientras se ofrecía el santo Sacrificio, las esposas de Atahuallpa se lanzaron precipitadamente al templo, interrumpieron los divinos oficios y, llorando y lamentando, decían á gritos: No es así como se ha de honrar al Inca! y hacían esfuerzos por darse la muerte, ahorcándose con sus propios cabellos....Los conquistadores las contenían; pero no faltaron algunas que se sacrificaron colgándose de los árboles, para ir á acompañar y servir á su amado Inca en las regiones de ultratumba.

El cadáver de Atahuallpa fué sepultado en la misma iglesia, como en lugar sagrado, con todas las ceremonias del rito católico, porque el Inca murió bautizado. La inmensa bondad de Dios se apiadaría, sin duda, en la eternidad del desgraciado príncipe, con quien no tuvieron piedad ninguna sus duros conquistadores. — Sus pobres sirvientes, las desoladas princesas, sus esposas, guardaron por largos días el duelo, según los usos y costumbres de los Incas y de los Scyris, y dando gemidos y exhalando plañideros ayes recorrían los lugares donde había estando el Inca, entraban al aposento, que por tantos meses le había servido de cárcel y acercándose á las esquinas le llamaban, repitiendo su nombre pausadamente, en voz baja....En todo el reino de Quito y hasta en el mismo imperio peruano se hicieron grandes de-

mostraciones de duelo y sentimiento por la infausta muerte del último de los Incas.

Pocos días después los mismos indios desenterraron con grande sigilo el cadáver, lo sacaron cautelosamente de la iglesia y, poniéndose precipitadamente en camino lo trajeron á esta ciudad para depositarlo en el sepulcro de sus mayores. No se pudo descubrir después dónde fué sepultado, porque, de tal manera ocultaron el cadáver los indios y tanto secreto guardaron, que á los conquistadores les fué de todo punto imposible encontrarlo, á pesar de cuantos arbitrios emplearon para ello. La tumba de Atahuallpa se tuvo como sagrada por los quiteños, y guardaron el secreto respecto del lugar donde estaba, temiendo que por los conquistadores fuese violada.

Atahuallpa era todavía joven cuando murió, y se calcula que no pasaría de treinta y cinco años de edad: alto de cuerpo, miembros robustos y bien formados, aunque algo grueso en carnes; de rostro largo y ojos grandes y vivos, pero siempre inyectados de sangre, lo cual daba cierto aire de ferocidad á su mirada: de ingenio agudo y perspicaz, fácil para comprender todo cuanto se le enseñaba; de ánimo varonil, enérgico y vigoroso: extremado en castigar, severo con sus súbditos, cariñoso y lleno de ternura para con sus hijos: parco en palabras, taciturno y hasta reservado, sabía dar á su continente majestad y señorío: querido de los suyos, respetado y temido de los contrarios. Huayna-Cápac, su padre, lo amaba con predilección: no quiso separarlo de su lado ni confiar su enseñanza á otros maestros, sino que el mismo Inca en persona le dió lecciones

de todas cuantas cosas constituían la educación de un príncipe, según las leyes, prácticas y costumbres de los soberanos de Quito y del Cuzco: hacíale comer en su mismo plato, recreándose con las muestras de agudeza y de ingenio que daba desde niño.

En observar las prácticas supersticiosas de su idolatría era escrupuloso; y, cuando llegaron los españoles, se hallaba retraído, guardando un ayuno religioso durante el cual (como lo hemos referido en otro lugar), se abstenían los indios de todo comercio carnal con sus mujeres, de beber sus licores fermentados y de guisar ó sazonar su comida con el para ellos tan apetecido, condimento del ají ó pimiento de Indias.—En Atahuallpa se reunían para los quiteños la sangre de los hijos del Sol por Huayna-Cápac y la de los Scyris y Puruhaes por la madre, última heredera del Reino de Quito. Se tiene como cosa averiguada que nació en Caranqui, durante la residencia de su padre en aquella provincia, y que no había llegado todavía á los treinta años de edad, cuando fué instituído heredero de todas las provincias que por el lado del Norte formaban el imperio de los hijos del Sol.

Pocos días después de la muerte de Atahuallpa llegó á Cajamarca el capitán Hernando de Soto, y cuál no fué su sorpresa al encontrar que el Inca habia sido muerto....Soto no había descubierto señal alguna de tropa enemiga en los sitios, donde se había asegurado que estaban congregándose los parciales del Inca, para acometer á los españoles....Los reclamos eran inútiles, y las observaciones del capitán ya no tenían objeto.

Pizarro andaba mohino, vestido de luto y aparentando tristeza, oculta la frente con la falda de un sombrero de fieltro, que se lo había calado hasta las cejas. A las reconvenciones de Hernando de Soto contestó, echando toda la culpa de la muerte del Inca al P. Valverde y al tesorero Riquelme: éstos, á su vez, se disculpaban, imputando al Gobernador la responsabilidad de un crimen que los traía á todos avergonzados y cubiertos de infamia (7).

El aspecto de Cajamarca se mudó completamente con la ejecución del Inca: muchos de los españoles, que habían estado en la captura de Atahuallpa, sirviendo á ordenes de Pizarro, recogieron las cuantiosas sumas de oro y de plata que les cupieron del rescate, pidieron licencia al Gobernador y se regresaron á España.

Pizarro nombró otro Inca, eligiendo á un jo-

(7) Muy común es vituperar con acrimonia á la España, por los crímenes que los conquistadores cometieron en América; siendo los escritores extranjeros los que más celosos se manifiestan á este respecto. No obstante, conviene saber que nunca se debe condenar á la nación española en general, por los excesos de la conquista; pues, en cuanto á la muerte de Atahuallpa, los escritores españoles de aquel tiempo fueron los primeros que condenaron á Pirarro y sus cómplices. Gómara dice terminantemente que las muertes, tan horribles y desastradas con que acabaron sus días, Almagro, Pizarro, el P. Valverde y los demás fué un justo castigo, con que la Providencia les hizo expiar la muerte del Inca. — Las reflexiones que hace el caústico Oviedo son terribles y manifiestan la indignación, con que los mismos españoles miraron los sucesos desgraciados de Cajamarca: españoles fueron los que cometieron los crímenes; pero los españoles fueron los primeros que los condenaron.

ven hijo de Huayna-Cápac y hermano de Atahuallpa, llamado Túpac-Inca. Hízose, con grande aparato la ceremonia de la coronación, á la cual siguió luego la del pleito homenaje que el nuevo soberano del imperio tributaba al rey de España, alzando el estandarte real de Castilla, en la plaza de Cajamarca, en señal de obediencia, vasallaje y sumisión. Después de esta ceremonia, cuyo trascendental significado se procuró hacer comprender á los indios, Pizarro salió de Cajamarca, tomando el camino del Cuzco, para reconocer la opulenta capital del imperio, que acababa de derribar.

El Inca Túpac murió en breve, según se pretendía, envenenado por Calicuchima, con lo cual fue necesario elegir nuevo soberano, para poder dominar más fácilmente á los indios; y Pizarro coronó á Manco, hijo también de Huayna-Cápac, como el anterior.

Cuando los españoles llegaron al valle de Jauja, tuvieron denuncios y avisos de que el viejo General Calicuchima, á quien llevaban preso en su comitiva, tramaba conspiraciones contra ellos, y mantenía relaciones secretas con los curacas del tránsito, estimulándolos á no servir á los extranjeros. Estas acusaciones ofrecieron al Gobernador un buen pretexto para deshacerse de un prisionero, cuya influencia sobre los indios le inspiraba recelos; y lo condenó á morir quemado, porque el viejo soldado quiteño rehusó tercamente recibir las aguas del Bautismo.

Viéndose en la hoguera, sofocado ya por las llamas que lo circundaban, el indio daba gritos clamando *Pachacámac, Pachacámac*, en las an-

gustias de su dolorosa agonía. Tan tristemente acabó su vida el más célebre de los Generales de Atahuallpa! — Yo no entiendo la religión de los blancos, contestó secamente, cuando el P. Valverde le exhortaba á que se bautizara. ¿Cómo había de entenderla el anciano guerrero, si en los que se la predicaban no había visto ninguna de las virtudes que ella enseña? Era nativo de la provincia de Riobamba, y pertenecía á la familia real de los Puruhaes, entroncada con la de los Scyris de Quito, y había militado desde muy joven en los ejércitos de Huayna-Cápac. — Su suplicio tuvo lugar en el valle de Xaquixaguana.

En este punto nuestra Historia, dejando á Pizarro ocupado en organizar el establecimiento de su gobierno en la ciudad del Cuzco, dirige su atención á la conquista de estas provincias, llevada á cabo por Benalcázar, después de la ejecución del Inca Atahuallpa en Cajamarca. Tiempo es ya de que refiramos cómo se verificó.

CAPITULO QUINTO

Conquista del Reino de Quito.

Benalcázar es enviado por Pizarro á San Miguel.—Noticias biográficas acerca del capitán español Sebastián de Benalcázar. — Emprende la conquista del Reino de Quito. — Estado en que se encontraban estas provincias á consecuencia de la prisión y de la muerte del Inca Atahuallpa.—El General indio Rumiñahui.—Sus crueldades.—Benalcázar llega á la provincia del Azuay. — Auxilios que le prestan los Cañaris.—Primeras acciones de guerra contra los indios.—Combate en la llanura de Tiocajas. — Retirada á Riobamba. — Resistencia tenaz de los indios. — Nuevos combates. — Benalcázar se apodera de Quito.—Marcha á Caranqui.—El Mariscal Don Diego de Almagro es enviado por Pizarro á estas provincias. — Almagro y Benalcázar regresan á la provincia del Chimborazo.—Guerra con el curaca de Chambo. — Noticias que tienen de la salida del Adelantado Don Pedro de Alvarado á la planicie interandina.—Fundación de la ciudad de Santiago de Quito.

I

Poco después de la ejecución del Inca, deseando Pizarro tener en la colonia de San Miguel una persona de su entera confianza, que vigilara por sus intereses y estorbara la llegada de aventureros que quisieran internarse en el país y hacer descubrimientos por su propia cuenta, sin subordinación á la autoridad que le había conferido el Emperador, eligió á Sebastián de Benalcázar y lo nombró su teniente, para que, en su nombre y con su autoridad, gobernara la colonia, que era entonces llave y entrada á las provincias del Perú. Benalcázar partió de Cajamar-

ca; y, en el mes de Noviembre de 1533, estaba ya ejerciendo en San Miguel el cargo que Pizarro le había confiado. Cuán oportuno fué este nombramiento y cuán acertada la elección que de la persona de Benalcázar hizo el Gobernador, bien lo mostraron los acontecimientos posteriores (1).

Era Sebastián de Benalcázar hijo de unos labradores de Castilla, pobres y de llana condición. Dióle á luz su madre juntamente con otro hermano gemelo, también varón; y cuando los niños contaban apenas pocos años de edad, perdieron á sus padres y quedaron encomendados á la custodia de un hermano mayor, el cual solía tener á Sebastián ocupado en las faenas del campo. Cierto día, cuando estaba de vuelta á su casa condu-

(1) He aquí las fuentes, donde hemos tomado los datos relativos á la conquista de las provincias de Quito.

LOPEZ DE GOMARA. — Historia General de las Indias.—(Página 234ª en la edición de Rivadeneyra.—Biblioteca de Autores españoles.—Historiadores primitivos de Indias, Tomo primero).

OVIEDO. — Historia general y natural de las Indias.—(Tomo cuarto.—Libro cuadragésimo sexto, capitulo décimo nono).—Oviedo habla de la conquista de Quito y de la persona de Benalcázar en otros lugares de este Tomo cuarto de su Historia.

ZARATE.—Historia del descubrimiento y la conquista de la provincia del Perú.—(Libro segundo, capítulos 8° y 9°).

HERRERA.—Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano.—(Década quinta.—Libro cuarto, capítulos 11°. y 12°).

CASTELLANOS. — Elegías de varones ilustres de Indias. — (Elegía á la muerte de Sebastián de Benalcázar. — Canto primero).

VELASCO.—Historia del Reino de Quito.—(Tomo segundo.—Historia antigua.—Libro cuarto).

ciendo leña de un monte cercano en un jumentillo, sucedió que la bestia cayera en un atascadero: el muchacho quitó la carga, lazos y aperos y animó con gritos al animal, asiéndolo de la cola para ayudarlo á salir; mas como no lograba que el borrico se moviese del punto en que yacía atollado, tomó un palo y, lleno de cólera, le descargó en la cabeza tan recio garrotazo, que el asnillo quedó allí muerto de contado. Apenas notó que el animal estaba muerto, cuando, dejando sogas, leña y albarda, echó á huír, sin atreverse á volver á la casa de su hermano. Sucedía esto allá por los años de 1507. Anduvo luego prófugo por varias ciudades de España hasta que fué á dar á Sevilla, á tiempo en que se prepara-

---

CEVALLOS.—Resumen de la Historia del Ecuador.—(Tomo primero, capítulos 5°. y 6°).

HERRERA. — Apuntes para la Historia de Quito. — (Quito, 1874.—Artículo primero).

MEDINA.—Documentos para la historia de Chile.—(Tomo cuarto.—Contiene documentos de gran importancia relativos á Almagro y sus compañeros).

Pocos son, por desgracia, los documentos con que contamos para escribir la historia de la conquista de las provincias que formaban el Reino de Quito: á la pobreza de datos en los historiadores, se añade la oscuridad de la narración y la divergencia en la manera de referir los hechos hasta el punto que viene á ser casi imposible formarse idea clara de la serie de los acontecimientos.—El mismo Benalcázar hizo una información prolija de todos sus servicios prestados en la conquista y pacificación del Reino de Quito, y la mandó á España para pedir la gobernación de Popayán; pero no hemos logrado descubrirla, y, si acaso se conserva será en alguna biblioteca ó archivo de Bélgica ó de Austria, porque fué dirigida al Emperador Carlos V, para que fuera presentada en su mano cuando este monarca andaba lejos de la Península.

ba la expedición que Pedrarias, debía traer para el Darién. Presentóse, pues, á Pedrarias pidiéndole formar parte de su expedición; el aspecto del mozo agradó al jefe y como no tuviese apellido conocido, ó, acaso, porque el joven lo ocultase adrede porque así le convenía, le puso Pedrarias el del pueblo de donde era nativo, mandándole llamarse en adelante Sebastián de Benalcázar (2).

A esta información aluden los hijos de Benalcázar en la que presentaron después al gobierno español.—Esta información se hizo en Cali en el mes de Marzo del año de 1545: fué apoderado de Benalcázar un español llamado Francisco Rodas.

Del estudio que hicimos en el Real Archivo de Indias en Sevilla de varios documentos antiguos, como cartas de Benalcázar y de Almagro y varias informaciones de servicios de algunos soldados, que vinieron á estas provincias en el ejército conquistador, hemos podido formar un concepto más claro del itinerario que siguieron los conquistadores y de los reencuentros que tuvieron con los indios. Citaremos estos documentos con la indicación especial de inéditos del Archivo de Indias.—(i. ar. de I.)

En la segunda edición de la *Historia civil y eclesiástica de Nueva Granada* escrita por Groot, se ha publicado, entre los Apéndices al Tomo primero, una información de los servicios del conquistador Benalcázar, hecha á petición de sus hijos, y presentada en juicio por un descendiente del Adelantado.—Popayán, 25 de Junio de 1785.—Esta información está llena de inexactitudes históricas, y no puede admitirse como documento digno de fé, sino con grande reserva.

(2) Si nos atenemos al origen de este apellido, debemos escribirlo siempre Belalcázar y no Benalcázar, porque el nombre del pueblo, de donde fué nativo el conquistador de Quito, se escribe del primer modo y no del segundo; no obstante, ha prevalecido en la práctica la costumbre de sustituír la n á la primera l.—En el antiguo libro de actas de la Municipalidad de Quito, el conquistador firma indiferentemente,

Llegados al Darién, el joven Benalcázar empezó á señalarse entre los demás por su valor y constancia. Pedrarias, conociendo por experiencia la desventajosa situación de su colonia, determinó trasportarla á este lado de acá del istmo, al punto donde fué edificada la antigua ciudad de Panamá en las costas del mar del Sur descubierto por Balboa; y en esa ocasión fué cuando más se dió á conocer Benalcázar por su sagacidad y denuedo. Una noche, mientras velaba haciendo de centinela, descubrió á lo lejos, en lo más profundo de los bosques, una pequeña llamarada, señal evidente de una población de indios; y, al punto, se presentó á Pedrarias, ofreciéndose ir él mismo en persona á sorprender aquella ranchería; como lo hizo, en efecto, á la cabeza de veinte soldados, atravesando por aquellos bosques cerrados, donde no había rastro ni sendero, con tal tino y destreza, que fué á dar precisamente en un pueblo de indios. Cayendo de súbito sobre ellos, los dispersó, tomándoles como hasta tres mil pesos en joyas y varios adornos de oro y algunos víveres, con los cuales se repuso la gente de Pedrarias, que se hallaba muy quebrantada por falta de alimento.

Fundada la ciudad de Panamá, el Gobernador Pedrarias distribuyó los indios y repartió terrenos á los vecinos, y á Benalcázar le cupo su

poniendo unas veces Sebastián de Belalcázar, y otras Sebastián de Benalcázar, lo cual prueba que aquí en América, ya desde esos mismos tiempos, se había introducido la costumbre de pronunciar de entrambos modos este apellido.— OVIEDO dice siempre Benalcázar.—*Su origen é naturaleza es de la villa de Benalcázar en Castilla.*

parte, como á los mejores. Allí en Panamá trabó relaciones de la más estrecha amistad con Pizarro y Almagro; así es que, cuando á este último le nació su hijo natural Diego, los padrinos de bautismo fueron Pizarro y Benalcázar, como los más ricos vecinos de la recién fundada colonia. Generoso con los amigos, liberal con todos, modesto y apacible, de levantados pensamientos, valiente y esforzado en los combates, tan brioso á pie, como ligero á caballo, ajeno á la flaqueza y algunas veces taciturno y severo, Benalcázar era uno de los más notables colonos de Panamá. Los soldados gustaban de militar bajo sus órdenes, porque en su trato era afable y en repartir los despojos, nada codicioso. De estatura algo pequeña, grueso de carnes, con cierta gallardía varonil y continente marcial, en su persona había algo de la delicadeza del caballero y no poco de la aspereza del conquistador. Tal era por los años de 1520, Benalcázar, el futuro conquistador del Reino de Quito.

Cuando el Gobernador Pedrarias Dávila hizo su expedición para Nicaragua se lo llevó consigo, porque tenía muy conocida su discreción y bien experimentado su valor. Fundada la ciudad de León, fué elegido primer alcalde de ella, y estaba todavía desempeñando este cargo, cuando recibió repetidas invitaciones de sus antiguos amigos, Pizarro y Almagro, que le llamaban para que con ellos tomase parte en la conquista del Perú, que ya tenían principiada. Las solicitaciones de sus amigos, y más que eso, las noticias de la mucha riqueza de las nuevas tierras que se iban descubriendo, fueron parte para hacer que se resol-

viera á venir. Compró, pues, un navío y con treinta soldados y seis caballos se hizo á la vela y aportó á las costas de Esmeraldas, donde se reunió á Pizarro. Le acompañó en la jornada de la Puná y asistió á todas las escenas de Cajamarca, tomando parte en aquellos memorables acontecimientos.

Estaba en la nueva colonia de San Miguel ejerciendo el cargo de teniente de Gobernador, cuando tuvo noticia de la expedición, con que desde Guatemala se había hecho á la vela el Adelantado Don Pedro de Alvarado dirigiéndose á Quito, donde era fama que se encontraban acumuladas las riquezas de Atahuallpa y de su padre el Inca Huayna-Cápac. Reuniendo, pues, alguna gente de la que había llegado á San Miguel, salió de la ciudad, sin esperar las órdenes del Gobernador, ni menos su consentimiento para acometer la conquista del Reino de Quito; porque, resignado de mala gana con el puesto de subalterno, anhelaba adquirir nombre famoso en hazañas gloriosas y un gobierno independiente del de Pizarro. Las provincias de Quito caían dentro de los límites del gobierno señalado á éste; pero, una vez conquistadas, podrían abrir el campo para nuevas empresas de descubrimientos y conquistas. Estimulado con estas consideraciones, no vaciló, pues, Benalcázar en emprender la conquista de Quito.

Más antes de referir la manera como la llevó á cabo, veamos primero el estado en que se hallaba el antiguo Reino de los Scyris, á consecuencia de la prisión y de la muerte de Atahuallpa, su último soberano.

II

Rumiñahui, indio natural de Quito, había servido en el ejército de Huayna-Cápac, distinguiéndose así por su valor, como por su sagacidad y discreción, prendas de que estaba enriquecido en alto grado. Hallábase en Cajamarca cuando llegaron los españoles y presenció la embajada, que, á nombre de su hermano el Gobernador, llevó á Atahuallpa Hernando Pizarro; y al otro día, tan luego como llegó á sus oídos la nueva de la prisión de su rey, emprendió una marcha apresurada hacia Quito, la ciudad capital del Reino. Alzóse con el mando, previendo el funesto fin que aguardaba á su soberano, guardó para sí los tesoros de la recámara de Atahuallpa y con grande diligencia juntó tropas estimulando á los indios á defender su patria y hogar, y, por cierto, que consiguió levantar el ánimo abatido de los quiteños é inspirarles bríos para la guerra.

Cuando el Inca Atahuallpa salió de Quito, para dirigir personalmente la guerra que tenía empeñada contra su hermano Huáscar, dejó por Gobernador del reino á un tío suyo, llamado Cozopangui, hombre discreto y pacífico, bajo cuya tutela quedaron también algunos hijos pequeños de Atahuallpa. Rumiñahui destituyó á Cozopangui, declarándose él por Gobernador del reino á nombre de Atahuallpa; tomó bajo su tutela á los príncipes, recogiéndolos del poder de Quilliscacha, hermano menor de Atahuallpa, con el pretexto de que debía hacer aquel un viaje á Cajamarca, llevando una gran cantidad de objetos de oro y

de plata para el rescate del Inca, sacados la mayor parte de los tesoros y bajilla real. Quilliscacha llegó en efecto á Cajamarca; pero, sin tener valor para ver á su hermano en prisiones, se volvió inmediatamente para Quito. Poco tiempo después de llegado á esta ciudad, le alcanzó la noticia de la muerte de su hermano, y, sabiendo la voluntad que Atahuallpa había manifestado de que su cadáver fuese sepultado en el sepulcro común de los Scyris, sus antepasados, tomó las medidas necesarias para sustraerlo de Cajamarca y trasladarlo á Quito.

El cadáver de Atahuallpa llegó á Liribamba, capital de la provincia de los Puruhaes, raza famosa que habitaba en lo que es ahora provincia del Chimborazo. Hasta Liribamba salió á recibir el regio cadáver Rumiñahui con todo su ejército y la familia real. Celebráronse allá los funerales con la más grande pompa á la usanza de los Scyris. La nación de los Puruhaes miraba con predilección á Atahuallpa, porque en él se juntaba la sangre real de los Duchicelas, ó régulos de aquella nación, con la no menos noble de los Scyris, reyes de Quito.

Los días de duelo y las ceremonias fúnebres por la muerte de su rey fueron seguidos inmediatamente de los trabajos y preparativos para la guerra contra los conquistadores. Todos se ocupaban en forjar nuevas armas, en aderezar las antiguas y en preparar aprestos bélicos. Los sacerdotes consultaban los oráculos, y con grandes sacrificios conjuraban á sus vanos dioses, para que les fuesen propicios en la guerra. La fama de las depredaciones de los conquistadores ha-

bía recorrido la tierra ecuatoriana de lengua en lengua, y por todas partes los indios se estimulaban á la guerra contra los advenedizos barbudos, como los llamaban á los españoles, refiriéndose unos á otros las crueldades que habían cometido, la licencia con que abusaban de las mujeres y la insaciable codicia de oro y plata que los andaba á llevar vagabundos de una á otra parte.

Bien prevenidos se hallaban, pues, á la defensa, cuando Benalcázar asomó en los límites del reino.

Este capitán salió de San Miguel á fines del año de 1533 (3). No hay uniformidad en los historiadores en punto al número de soldados que componían su tropa, aunque parece que ésta no pasaba de doscientos hombres, la mayor parte de á pie y los restantes de á caballo. Traía por Alférez real á Miguel Muñoz, por Maese de campo

(3) El P. Velasco dice que Benalcázar salió de San Miguel á principios de Octubre de 1533; pero esta fecha está equivocada, pues en Noviembre de aquel año todavía estaba Benalcázar en San Miguel, según se deduce de una carta, que, con fecha del once de aquel mismo mes, escribió Benalcázar al rey desde San Miguel. (i. ar. de I).

Según el cronista Oviedo, después que fué muerto Atahuallpa, salió de Cajamarca el mismo Francisco Pizarro, con doscientos noventa hombres, con ánimo de venir para Quito; llegó á Tomebamba y de allí pasó á otro pueblo llamado Churnabalta, (talvez Zurampalta?), donde estaba una guarnición de gente de guerra de los quiteños, los cuales parecían resueltos á combatir; pero luego huyeron, sin oponer resistencia alguna. Parece que Oviedo confundió los hechos, pues consta que Francisco Pizarro, después de la muerte del Inca, se dirigió hacia el Cuzco; ningún historiador dice que haya venido antes para el Norte.

á Falcón de la Cerda, y por capitanes á Francisco Pacheco y Juan Gutiérrez. Venían también en la expedición algunos eclesiásticos, aunque no sabemos los nombres de ellos.

De San Miguel los conquistadores llegaron á Carrochabamba, donde fueron bien recibidos; y, continuando su marcha, trasmontaron la Cordillera, viniendo á dar con el camino real de los Incas en la provincia de Loja, habitada entonces por las pacíficas tribus de los Paltas. En ese punto se hallaba acampado el cacique Chaquitinta con un buen cuerpo de tropa, para embarazar el camino á los castellanos; pero huyó al aproximarse éstos, tomando la vuelta de la provincia del Chimborazo, en cuyos términos hacia el Mediodía, se hallaba Rumiñahui con todo el grueso del ejército. La fuga de la avanzada del ejército quiteño dejó á los castellanos expedito el camino para Tomebamba, donde fueron recibidos y agasajados por Chaparra, uno de los principales caciques de los Cañaris.

La nación de los Cañaris, compuesta de diversas tribus, que moraban en la hermosa provincia del Azuay, no sólo no se opuso á los castellanos, sino que les dió auxilio recibiéndolos de paz y sirviéndoles de guías en los caminos, que para los conquistadores eran enteramente desconocidos. El cacique Chaparra obsequió á Benalcázar un plano ó mapa de las provincias de Quito, para que le sirviese como de derrotero en la campaña que iba á emprender.

Como supiesen los Cañaris que Rumiñahui preparaba un poderoso ejército, para hacer frente á los conquistadores, temerosos de la suerte

que les cabría si los quiteños llegaban á triunfar, resolvieron hacer causa común con los extranjeros, entregándose á ellos de paz; mandaron, pues, emisarios á San Miguel, pidiendo á Benalcázar que acudiera en auxilio de ellos, y ofreciéndole ayudarle, por su parte, contra Rumiñahui y su ejército. Los enviados de los Cañaris llegaron precisamente á tiempo en que los españoles se estaban preparando para salir á la conquista de Quito. Holgóse mucho Benalcázar con la propuesta de los Cañaris; hízoles muchas promesas de protegerlos y celebró alianza con ellos. Con la gente, pues, que acababa de llegar de Panamá y Nicaragua y con el auxilio de los indios Cañaris, que se le venían de paz, aceleró su salida de San Miguel, para no perder tiempo en la conquista de Quito. Soldados y capitán se daban gran prisa á venir acá, por la fama de las inmensas riquezas que Huayna-Cápac y Atahuallpa tenían acumuladas en la ciudad, corte del reino. Los codiciosos deseos de los españoles se inflamaron todavía más, oyendo decir á los astutos Cañaris que en Quito había ollas y grandes cántaros de oro, y casas llenas de objetos preciosos, fabricados del mismo metal; lo cual, sin duda, les decían para estimularlos á venir cuanto antes, pues los indios tenían bien conocida ya la codicia de los españoles.

Los Cañaris se adhirieron á los extranjeros, movidos por el resentimiento y odio que tenían contra los quiteños, con quienes en tiempos antiguos habían sostenido guerras sangrientas, y más todavía por la terrible venganza que contra toda la nación había ejercido hacía poco tiempo el Inca Atahuallpa. Guiado, pues, por los Caña-

ris, caminó seguro Benalcázar hasta los términos de la provincia del Azuay; pasó el nudo de la Cordillera y vino á sentar sus reales en el valle de Alausí, frente á frente de las avanzadas del ejército de los indios, dividido de ellos solamente por una de aquellas encañadas profundas, que se forman de aquel agrupamiento de cerros junto á cerros en los ramales de la gran Cordillera occidental. Un río, que corría por aquel hondo cauce, separaba á los dos ejércitos; y tan próximos estaban unos de otros, que oían recíprocamente lo que hablaban en ambos campos.

Con grande destreza Rumiñahui había mandado abrir hoyos profundos en los desfiladeros de la Cordillera, por donde debía pasar el ejército español, y los tenía cubiertos con tierra y ramada, para que cayesen allí los caballos. Pero la celada fué descubierta por los indios Cañaris que iban con los conquistadores y les servían de espías, adelántandose á explorar el campo enemigo. Conociendo Benalcázar la posición en que se encontraba desventajosa para la caballería, determinó evitar el encuentro con los indios; y, guiado por los mismos Cañaris, de noche, cautelosamente levantó el campo, y, haciendo una larga travesía, salió con todo su ejército á las llanuras de Tiocajas. Para esta marcha le ayudó la niebla que por la tarde, bajando de las alturas de la Cordillera, suele derramarse por aquellos valles, en los cuales es tan densa que, á corta distancia impide ver los objetos (4).

(4) El camino de los conquistadores no pudo menos de ser penoso: declinando hacia el Occidente pasaron el río de

III

El páramo de Tiocajas, situado entre el nudo del Azuay y Riobamba, es una inmensa llanura de arena, cubierta de paja pequeña, y donde, á trechos, brotan grupos ó manojos de pencas espinosas: al Occidente se empina la negruzca mole de la Cordillera de los Andes, cuyas cimas están de continuo envueltas en un velo de nubes, y al Oriente se ven colinas bajas, que, sucediéndose unas tras otras, como gradas de un colosal anfiteatro, van á terminar en la cordillera oriental, La planicie de Tiocajas ofrecía, pues, un punto muy cómodo á la caballería de los españoles. El ejército de los indios asomaba acampado al Norte al pie de unas colinas: Benalcázar sentó sus reales al frente, ocupando el extremo opuesto de la llanura.

Los indios estaban armados de dardos, estóricas, lanzas, hondas y de todas las demás clases de armas que ellos usaban; algunos llevaban las cabezas cubiertas con celadas ó morriones de madera, guarnecidos de planchas de oro bruñido, en las cuales reflejaban los rayos del Sol con notable brillo y resplandor. Desde por la mañana estuvieron viéndose los dos ejércitos: mas, como los indios no diesen señal de acometer, Benalcá-

---

Chanchán subieron á las alturas de Sibambe y de ahí se dirigieron á la meseta de Tiocajas.—*Información de servicios de Hernando de la Parra.* (i. ar. de I). Hernando de la Parra vino con Benalcázar y fué uno de los primeros pobladores y vecinos de esta ciudad de Quito.

zar mandó á Ruiz Díaz, con diez de á caballo, á reconocer el campo. Así que los vieron venir, dividieron los indios su ejército en dos grupos, y, bajando de la colina, uno de ellos cercó á los diez españoles. Veíslos ahí! ¿Que aguardáis?....gritó entonces un indio, y, estrechando á los jinetes, les cargaron con tanta furia, que, abrumándolos con la muchedumbre, casi no les daban tiempo para usar de sus armas, poniéndolos en gran aprieto. Por fin, uno de los diez logró con su lanza abrirse camino, atropellando á los indios, y á carrera tendida fué á dar á Benalcázar cuenta de lo que pasaba. Acudió éste al momento con todo el resto del ejército y las turbas de indios Cañaris, que traía por auxiliares.

Eran pasadas las doce del día, y ya la sombra de los cerros principiaba á proyectarse en la inmensa llanura en dirección al Oriente. Como viese venir á los españoles, el ejército de los indios, dando alaridos y gritos furiosos, descendió todo precipitadamente al llano y embistió primero contra los conquistadores....La vocería y algazara de las tropas, los toques penetrantes de sus quipas y bocinas, el són ronco y monótono de innumerables tambores de guerra, el choque de unas armas con otras, el galopar de los caballos, que iban y venían discurriendo por toda parte y como nadando de un lado á otro en ese océano de indios, que entre nubes de polvo, moviéndose en todas direcciones, parecía como si hiciesen oscilar la llanura entre las dos cordilleras, todo contribuía á aumentar el horror de aquella escena. Los indios peleaban con la furia de la desesperación: los españoles combatían por la vida, en medio de

innumerables enemigos, cuya constancia no podían quebrantar; la llanura aparecía encharcada en sangre; y el sol se había puesto ya tras la cordillera, cuando las tinieblas de la noche vinieron á dividir á los combatientes dando algunas horas de tregua. Toda la noche pasaron en vela los españoles, temiendo á cada hora ser de nuevo acometidos por los indios. Puestos á buen recado los heridos, los demás se mantuvieron sobre las armas hasta el rayar del alba, y entonces echaron de ver que los indios se habían retirado á las alturas de la cordillera. Por lo cual determinaron permanecer allí mismo todo aquel día para dar descanso á los caballos, y para que la tropa se repusiese también de las fatigas del día anterior.

Fué esta batalla muy herida: por espacio de medio día entero pelearon indios y españoles, sin que se conociera ni declarara la victoria por ninguna de las partes: vino la noche á despartirlos. De los indios cañaris perecieron muchísimos, y entre los muertos se contó también un negro, esclavo de uno de los conquistadores.

Los indios lograron matar tres caballos y, llenos de gusto, les cortaron la cabeza y las patas, que mandaron, como trofeo, á todos los pueblos, para animarlos á la pelea viendo cómo habían sido muertos los monstruos, que les infundían tanto terror.

En las encrucijadas del camino encontraron después los españoles las cabezas de los caballos, coronadas de flores y puestas en grandes estacas, como para que sirviesen de señales del triunfo que habían obtenido los indios, dando muerte á los animales que hasta entonces tanto miedo les

habían causado. Los conquistadores se detenían á contemplar, ese para ellos tan inesperado espectáculo, reflexionando sobre el valor de las tribus, con quienes tenían que combatir, y haciendo cuenta consigo mismos de que ya no tenían que habérselas con gente de ralea desmedrada y cobarde, sino con enemigos astutos y valientes.

Se calcula en más de setecientos el número de los indios que perecieron en esta batalla: de los españoles no murió ninguno, pero sí quedaron heridos muchos. Todo el siguiente día se gastó en curar los heridos y conferenciar acerca del modo de seguir adelante el camino hacia Quito, sin verse en la necesidad de volver á combatir otra vez con los indios, cuya fiereza inquebrantable había hecho caer de ánimo á los soldados. Entonces un español, llamado Juan Camachó, ofreció á Benalcázar, para que sirviese de guía al ejército, un muchacho, el cual aseguraba que conocía muy bien aquellas comarcas y prometía llevar á Riobamba á los castellanos por caminos diversos de aquellos, en que estaban apostados los enemigos. Cuadróles mucho la propuesta; y, venida la noche, encienden en el llano muchas candeladas, atizándolas con esmero, para que engañados los enemigos creyesen que se ocupan en guisar la comida; y, en silencio, se ponen en camino y marchan toda la noche guiados por el indio, atravesando colinas y subiendo cuestas; pasan también un río, formando balsas, porque, como venía crecido, no podían vadearlo.

Al amanecer del día siguiente, notan los indios la fuga de los castellanos y, atribuyéndola á miedo, cobran nuevos bríos y les siguen

el rastro hasta descubrir por donde habían marchado. No tardan en encontrarlos, y se precipitan con gran furia sobre la retaguardia compuesta de treinta jinetes. «Aguardad, aguardad, les gritaban los indios, que os daremos los tesoros de Atahuallpa», y con estas y otras voces los denostaban. Los treinta jinetes de la retaguardia peleaban, haciendo extremos de valor; pero la muchedumbre de los enemigos los abrumaba con su número; violentas pedradas mellaban las armaduras y recios garrotazos dejaban mal parados los caballos. En tan apurada situación los cuitados caballeros daban voces á sus camaradas, pidiéndoles auxilio: casi desesperado, les contesta Benalcázar: Si treinta de á caballo no os bastáis para defenderos, enterraos vivos!!....Pero, tomando mejor acuerdo, les mandó en auxilio á un capitán Mosquera con cuatro más de á caballo, y, ayudados por éstos, los de la retaguardia se unieron al cuerpo del ejército, que había ocupado ya la cima de una loma, desde donde aparecía la laguna de Colta, que se extiende por largo trecho en la llanura; y allá bajó luego Benalcázar como á punto á propósito para que maniobrara con ventaja la caballería. La población de Riobamba asomaba á no mucha distancia; pero también era ya entrada la noche, y así fué necesario hacer parada á las orillas de la laguna: prontos y aparejados para cualquiera acometida, con los caballos ensillados y las armas en la mano, pasaron toda la noche los conquistadores en la más solícita vigilia.

Tan peligrosa y apurada debió ser la situación de los españoles aquella noche, que se vie-

ron obligados á dar sepultura en una fosa común, abierta precipitadamente, á cinco de ellos, que murieron á consecuencia de las heridas que habían recibido en la batalla de Tiocajas. Su inquietud y zozobra eran grandes, temiendo á cada instante ser acometidos por los indios; y en medio de sus preparativos militares para rechazar cualquiera embestida de los enemigos, clamaban á la Santa Madre de Dios, pidiéndole, á gritos, con repetidas plegarias, que les amparara en aquel trance. Y tanta era su fe que, la inesperada retirada de los indios que aconteció algunos días después, la atribuyeron á un evidente milagro de la misma Santa Virgen. Lástima es que fe tan fervorosa haya estado acompañada de poco cristianas obras.

Inquieto y dudoso se hallaba Benalcázar, sin saber en esas circunstancias qué partido tomar: la muchedumbre de los enemigos era innumerable, el valor de los indios infundía temor; recelaba de su astucia, ya bien notoria en los pasos anteriores, y una guerra, tan tenaz y peligrosa sin las ventajas de un rico botín, traía descorazonados á los castellanos; y, por cierto, que allí habría sucumbido el ejército de los conquistadores, si no se hubiera ofrecido, para salvarlo, una circunstancia inesperada.

En efecto, de repente presentóse al capitán español un indio, llamado Mayu, que venía escapándose del ejército de Rumiñahui, para comunicar á Benalcázar todas las medidas tomadas por sus enemigos para vencerlo. No se sabe por qué motivo Rumiñahui había afrentado á este indio, mandando hacerlo eunuco y destinándolo á la cus-

todia de su serrallo; el resentimiento, pues, y la venganza fueron parte para que el indio revelara á los españoles todas las medidas estratégicas de sus compatriotas. Por aviso de este indio supo Benalcázar como toda la llanura estaba tajada en hoyos profundos y cubierta de huecos, en los cuales se habían hincado estacas puntiagudas de madera y espinas gruesas, todo bien disimulado y encubierto, á fin de hacer caer á los caballos y matar á los jinetes. Al otro día de mañana Benalcázar, aprovechándose de los avisos dados por el indio, se desvió del camino y comenzó á trepar por unos collados arriba, con grande asombro de los indios que se maravillaban sin comprender como habían podido evitar los españoles la celada que les tenían tan bien dispuesta. Haciendo un gran rodeo el ejército de los conquistadores, vino á caer en Riobamba, que habían abandonado ya los indios, yendo á situarse en el puente del río de Ambato. Poco después retrocedieron á Riobamba, donde estaban acampados los conquistadores: mas no era ya en batalla formal, sino en combates parciales como les hacían la guerra; y habrían triunfado, talvez, los indios, si hubieran tenido mejor disposición en la manera de acometer y más unión para defender su patria contra los extranjeros. Pero mientras que unas tribus se armaban para combatir; otras venían á presentarse de paz á los españoles y, de este modo, la conquista de la tierra se iba haciendo con auxilio de los mismos pueblos conquistados. El verdadero amor de la patria no existía en gentes poco acostumbradas á disfrutar de las comodidades de la independencia, bajo el despotismo

de sus caciques. Por otra parte, como habían vivido casi siempre en guerras continuas, no podían ponerse de acuerdo para rechazar al enemigo común; y así unas tribus le hacían la guerra, al mismo tiempo que otras buscaban su alianza: consecuencias necesarias del estado de barbarie en que se hallaban los indios cuando la conquista por los españoles.

En Riobamba descansaron éstos diez y siete días: encontraron mucha abundancia de comida y algún oro, aunque no en cantidad suficiente para satisfacer la insaciable codicia de los conquistadores, que aspiraban, como dice con candor uno de los antiguos cronistas, á caudal infinito.

No hay uniformidad en los historiadores relativamente al número de veces que combatieron los españoles con los indios en esta jornada; con todo, es indudable que en los diez y siete días que permanecieron los conquistadores en Riobamba, no los dejaron tranquilos los indios, acometiéndolos con frecuencia y precisándolos á no dejar las armas de la mano. Varias veces los españoles convidaron con la paz á los indios, pero fué en vano, porque no se rendían; y un indio, enviado al campo de Rumiñahui á hacerle propuestas de paz á nombre de los conquistadores, fué maltratado, y despedazada la cruz que en señal de paz llevaba en las manos, como se acostumbraba entonces. Mas, según algunos historiadores, en esas circunstancias una ocurrencia temerosa contribuyó á desalentar el ánimo supersticioso de los indios, pues se dice que en una de aquellas noches, un terremoto causado por la erupción de un volcán, asustó grandemente á los indios, hacién-

doles temer como conjurados en ruina suya los hombres y la naturaleza. Grande fué también la admiración de los españoles, viendo á la mañana siguiente cubierto de ceniza todo el suelo, y mayor su sorpresa al observar que los indios habían levantado el campo y retirádose durante la noche (5).

III

Al cabo de diez y siete días salió, pues, de Riobamba Benalcázar con dirección á Quito, dejando treinta hombres al mando del capitán Ruiz Díaz Rojas para que custodiasen la ciudad; pero tuvo que volverse del camino, para acudir en auxilio de los que quedaron, porque los indios, vién-

(5) Vamos á rectificar aquí una noticia, que hasta ahora ha sido aceptada como históricamente cierta, bajo la autoridad de nuestro antiguo historiador el P. Juan de Velasco.—Refiere este autor, que Rumiñahui levantó, inopinadamente su campo y se retiró con precipitación, dejando sorprendidos de su retirada á los conquistadores; á causa de que el volcán de Cotopaxi hizo su segunda erupción la misma noche en que, en las llanuras de Tiocajas, estaban frente á frente los dos ejércitos, el de los conquistadores y el de los indios, acaudillado por Rumiñahui: todo el día había durado el combate, sin que la victoria se pronunciara ni por los españoles ni por los indios. Aterrados éstos por la reventazón del volcán, se dispersaron, porque una antigua tradición les tenía advertido, que, cuando hiciera su primera erupción el Cotopaxi, la monarquía de los indios se había de acabar, principiando á dominar en estas partes una gente extranjera: tal era la tradición, según dice el P. Velasco. Pero hay en esta relación muchos puntos inexactos. No fué el Cotopaxi el que hizo entonces su primera erupción, sino el Tungurahua: el Cotopaxi estaba, seguramente, en actividad muchos siglos antes

dolos tan pocos, cayeron sobre ellos deseosos de exterminarlos. La presencia repentina de Benalcázar los desconcertó y puso en huída. Con lo cual ya pudo el ejército conquistador continuar su marcha hacia la capital.

En el tránsito tuvo necesidad de combatir con algunas partidas de indios, que en el puente de Ambato, en el río de Pansaleo antes de Latacunga, y en Uyumbicho le salieron al encuentro, para impedirle el paso. Vencidos esos cuerpos de tropa y burlados los ardides y estratagemas, que habían preparado los enemigos en diversas partes, llegaron al fin los conquistadores á la ciudad de Quito. Pero su asombro fué grande y mayor su desaliento, encontrándola quemada y reducidos á cenizas varios de sus edificios.

---

del descubrimiento y de la conquista del Perú, como lo manifiesta la condición geológica de los terrenos de la llanura de Callo y de otros puntos de la provincia de León. El Tungurahua no había hecho erupción ninguna antes de la conquista, y se puso en actividad, haciendo su primera erupción cuando ya los conquistadores estaban en estas provincias combatiendo con Rumiñahui y los demás jefes indios. Esta coincidencia fué notable, y, á consecuencia de ella, los puruhaes empezaron desde entonces á mirar con supersticioso terror las erupciones del Tungurahua, considerándolas como presagio seguro de acaecimientos funestos.—Por lo que respecta á los indios, es muy probable que se hayan aterrado con la primera erupción que hizo el Tungurahua; pero no es cierto que hayan depuesto las armas: por el contrario, consta evidentemente que continuaron resistiendo á los conquistadores, con un valor notable y una constancia inesperada.

La erupción del volcán es cierta, y también la lluvia de ceniza; pero no fué el Cotopaxi sino el Tungurahua el que la arrojó. — En cuanto á la profecía de la ruina del impe-

Rumiñahui, viéndose vencido en Tiocajas y Riobamba, marchó aceleradamente hacia Quito, con ánimo de ocultar los tesoros que habían en la ciudad y destruirla, si pudiese. Escondió, cuanto objeto de oro y de plata había en los templos y palacios de los reyes, y ejecutó crueles venganzas en algunas de las vírgenes del sol, á quienes había tomado por esposas y tenía en su serrallo, pues mandó despeñarlas vivas en una de las quebradas que atraviesan la ciudad, porque se rieron sencillamente, oyéndole decir: ya llegarán los cristianos para que os holguéis con ellos. Se asegura que antes dió muerte á algunos de los miembros de la familia real y principales del reino, y áun que al indio Quilliscacha, hermano de Atahuallpa, después de asesinado, le sacó los huesos, y del pellejo seco formó un tambor de guerra, de-

rio peruano, cuya señal inmediata era la primera erupción que hiciera el Cotopaxi, nos parece de todo punto inadmisible. Esta profecía fué discurrida después de los acontecimientos á que se refiere.

Véase la *Descripción de los pueblos de la jurisdicción del corregimiento de la Villa del Villar Don Pardo, en la provincia de los Puruhaes.* (Es anónima y su fecha no puede pasar de 1605: está publicada en el Tomo nono de la COLECCION DE DOCUMENTOS INEDITOS, que dió á luz Torres de Mendoza.—Este documento como todos los que se publicaron en la colección de Torres de Mendoza está lleno de faltas y de errores tipográficos).

También nosotros en nuestra *Historia Eclesiástica del Ecuador*, (Tomo primero, capítulo cuarto), hicimos mención, aunque con la debida reserva, de la retirada de los indios y de la causa que se le atribuía; pero estudios más prolijos y un mejor conocimiento del asunto nos han obligado á rechazar como fabulosa la relación del P. Velasco en este punto.

jando la cabeza colgada para escarmiento y horror de todos los demás grandes de la nación; todo con el fin de no tener rivales en el dominio supremo á que aspiraba. Esto sucedía á mediados del año de mil quinientos treinta y cuatro (6).

Como conociera Rumiñahui que los españoles estaban ya á dos jornadas de la capital, lleno de despecho viendo que no había podido triunfar, le prendió fuego por varios lados, obstruyó las canales y, dejándola abandonada, salió de ella, tomando el camino hacia los bosques de la cordillera oriental, llevando consigo algunos jefes, decididos á combatir con los extranjeros y á defender sus hogares. Benalcázar llegó á Quito; y, después de descansar aquí algunos breves días, siguió hacia el Norte en persecución de Rumiñahui. En la ciudad hallaron grandes aposentos, unos llenos de víveres, y otros de armas de guerra, pero muy poco oro, porque lo habían escondido los indios anticipadamente, como en desquite de la victoria de los españoles sobre ellos. La gente de toda la comarca estaba alzada, y la

(6) Conviene advertir que en este período de la Historia hay grande confusión en los hechos, poca exactitud en la narración y frecuentes contradicciones. Hemos seguido en nuestra narración á Herrera y á Castellanos, los dos cronistas cuya autoridad nos parece mejor fundada; y, para buscar algún punto fijo de partida para arreglar la cronología de estos tiempos, hemos consultado los libros de actas del Cabildo de Quito, y por las fechas que constan en el libro más antiguo, donde se contiene el acta de la fundación de la ciudad, fijamos la época en que tuvieron lugar estos acontecimientos en 1534. Nos hemos valido también de la autoridad de Oviedo, escritor contemporáneo y que conoció y trató á muchos de los conquistadores.

tierra en mucha confusión: los indios mantenían en grande alarma á los españoles, acudiendo de noche con tizones á incendiar la ciudad por los puntos de ellos conocidos; así es que no se daban punto de reposo los conquistadores, de noche apagando incendios, y de día derribando las casas y edificios de la ciudad y trastornándolo todo en busca de tesoros.

IV

Benalcázar hacía á los indios la guerra guerreada, sin empeñar combate ninguno decisivo, Túvose luego aviso de que á tres leguas de Quito se había hecho fuerte Rumiñahui, y, para desalojarlo de allí, mandó una noche Benalcázar al capitán Pacheco con cuarenta infantes armados de espadas y rodelas; pero, como Rumiñahui tenía muchos espías, supo luego la salida de los soldados y se pasó á otro punto. Así que llegó á noticia de Benalcázar esta mudanza, dió orden al capitán Ruiz Días para que fuera con sesenta de á caballo á cortar el paso, de lo cual también Rumiñahui tuvo aviso á tiempo y dejó burlados á los castellanos, tomando otro camino.

Había en Quito una muchedumbre de yanaconas, principalmente mujeres, gente ruín, que bajo el cetro de los Incas formaba la plebe del imperio, y éstos, en són de servir á los extranjeros, entraban en la ciudad y salían con toda libertad y, viendo cuanto se preparaba en el ejército español, daban avisos oportunos á Rumiñahui. A su vez también en Quito estaban los Cañaris, aliados de los españoles y eternos enemigos de

los Quiteños; y, si por medio de los yanaconas, Rumiñahui sabía todo cuanto se preparaba en el ejército de los españoles, también Benalcázar, por medio de los Cañaris, tenía aviso oportuno de los movimientos de los indios. La salida de dos cuerpos de tropa le hizo creer á Rumiñahui que en la ciudad sólo habrían quedado pocos y enfermos. Confirmándose en esta sospecha por las noticias que le llevaban los yanaconas, dió cuenta á Tucomango, cacique de la Tacunga, y á Quimbalimbo, cacique del valle de Chillo, para que, juntándose con él, cayeran sobre la ciudad y acabaran con los conquistadores. Los dos caciques acudieron con su gente á la llamada, y con grande cautela, en las más avanzadas horas de la noche, llegaron á la ciudad; pero, antes que pudieran pasar una quebrada, que estaba delante del real de los españoles, fueron sentidos por los Cañaris, y al punto se trabó la más reñida batalla en la oscuridad, peleando unos contra otros como á tientas, pues no había más lumbre para verse que la de unas chozas pajizas, á las que habían puesto fuego los indios. Benalcázar tenía aparejada la caballería en la plaza, y la infantería puesta en un lugar conveniente, y así se mantuvieron hasta que la claridad de la aurora les dió tiempo para salir contra los enemigos, viendo donde pisaban. Los indios se desbandaron y pusieron en huída, y, perseguidos por los españoles, muchos fueron alanceados. Rumiñahui volvió á tomar el camino hacia la cordillera oriental, dejando en poder de los españoles muchas joyas de oro y plata, con varias pallas ó princesas y otras mujeres, que fueron tomadas en el camino.

Solícitos andaban entretanto los españoles en buscar los tesoros, que la fama decía que estaban acumulados en Quito por Huayna-Cápac y Atahuallpa. Tomaban muchos indios y les daban tormento para que declararan donde estaban esos tesoros: unos, porque no lo sabían en verdad; otros, porque no querían declararlo, todos daban respuestas ambiguas, con las cuales traían burlada la codicia de los conquistadores. Al fin, algunos dijeron que en Cayambi debían estar enterrados, y con esta declaración Benalcázar salió para el Norte en demanda de los ambicionados tesoros. Al pasar por el pueblo del Quinche, no encontró indio alguno sino mujeres y niños, porque todos los varones se hallaban ausentes, unos en el ejército, y otros escondidos de temor de los extranjeros: sin otro motivo que la cólera de no hallar riquezas donde ponían los pies, mandó matar á todos, diciendo que así pondría escarmiento, para hacer que no abandonasen los indios sus pueblos: flaca color para satisfacer á crueldad, indigna de hombre castellano, dice el cronista Herrera, y nosotros añadiremos crimen feroz, impropio de varón cristiano!!....Halláronse en el Quinche diez cántaros de plata fina, dos de oro de subida ley, y cinco de barro, obra curiosa por los esmaltes de oro hechos con gran perfección. Llegaron á Cayambi y no hallaron el tesoro que buscaban: pasaron de allí á Caranqui, donde encontraron un pequeño templo del Sol, cuyas paredes estaban vestidas de láminas de plata, y los españoles las desollaron, á honra del señor San Bartolomé, según la caústica expresión de Oviedo. Uno de los indios del pueblo les dijo que él sabía donde

estaba el tesoro de Atahuallpa, y, en efecto, les entregó once cántaros grandes de plata y trece de oro, y, preguntándole por lo demás, dijo que no lo sabía, porque cada cacique había escondido lo que le tocó guardar del tesoro de los Incas.

En estas ocupaciones se hallaba entretenido Benalcázar, cuando llegó Almagro á Quito, desde donde le mandó venir á juntarse con él, porque Don Pedro de Alvarado había desembarcado ya en Manabí y tomaba el camino para Quito, en busca de cuyos tesoros venía desde Guatemala. Recibido el aviso de Almagro, Benalcázar dió la vuelta para esta ciudad, y, al llegar en ella, se presentaron de paz siete caciques de esta comarca, los cuales fueron admitidos á la obediencia del Rey de España, y ocupados en el servicio de los castellanos. Parece que entonces, acudiendo todos á Riobamba, donde los llamaba la defensa de mayores intereses, dejaron la ciudad abandonada.

Don Diego de Almagro se hallaba en Vilcas cuando recibió encargo de Francisco Pizarro para pasar á Quito é impedir que Pedro de Alvarado ocupara estas provincias, las cuales estaban comprendidas en los términos de la Gobernación señalada á Pizarro por el Emperador.

Los años y fatigas no habían quebrantado todavía al diligente y sagaz Almagro; así que recibió la orden de partir á Quito, que le fué comunicada á nombre de Pizarro, se puso en camino para San Miguel de Piura desde Jauja, donde acababa de llegar persiguiendo al General indio Quizquiz. Pocos días antes había sido éste derrotado cerca del Cuzco, y á marchas dobladas bajaba al

valle de Jauja, donde sabía que estaban muy pocos españoles, con Riquelme, encargado de guardar los tesoros que todavía no se habían distribuido. Los de Jauja se defendieron con valor heroico y Quizquiz se retiró, viniendo hacia Huancabamba, la más meridional de las provincias de Quito, y allí resolvió aguardar el éxito de la contienda, que barruntaba iba á empeñarse dentro de poco entre los mismos conquistadores.

Hernando de Soto y Gonzalo Pizarro que perseguían á Quizquiz se volvieron á Jauja, tan luego como supieron la retirada del General indio á Huancabamba; pues á los conquistadores del Perú les traía muy inquietos la noticia de la expedición de Alvarado, á quien, á cada instante, aguardaban ver desembarcar. Las ilusiones de riqueza y de prosperidad, que tanto les habían halagado, parecía que pronto iban á disiparse con la llegada de hombres enteramente nuevos, que venían á disputarles la presa en el momento mismo en que estaban á punto de repartirse sus despojos.

Almagro reunió en San Miguel alguna gente y se vino para acá apresuradamente, porque supo que Alvarado había desembarcado ya en la bahía de Caraquez, y que tomaba el camino de Quito. Llegó á Riobamba y tuvo que combatir con los indios que le oponían resistencia, pero triunfó de ellos fácilmente. Al principio Almagro reconvino á Benalcázar, porque se había apresurado á venir á la conquista de las provincias de Quito, como por su cuenta, sin expresa orden y autorización para ello del Gobernador Francisco Pizarro. La intempestiva reconvención de Almagro alteró

el ánimo de Benalcázar y le hizo dar al Mariscal, su antiguo compadre, una respuesta algo destemplada, que el segundo disimuló con grande tino; pues, teniendo al frente un enemigo común, no era tiempo de ponerse á disputar sobre celos de autoridad. Así la prudencia en disimular reparó cuanto había dañado la destemplanza en el contestar.

Entonces de mutuo acuerdo los dos capitanes resolvieron retroceder hacia Riobamba, y estar á la mira para oponerse á Don Pedro de Alvarado, así que se descubriera donde se hallaba este caudillo. Hacía algunos meses que el Adelantado de Guatemala había desembarcado en la bahía de Caraquez é internádose por la provincia de Manabí; pero no se sabía qué rumbo había tomado ni qué le había sucedido.

Casi en todas las provincias del centro y del Norte del entonces Reino de Quito y ahora República del Ecuador, los indios se mantenían con las armas en la mano, pues, aunque algunos caciques se habían entregado de paz á los conquistadores, otros, principalmente el régulo de Chambo y varios generales de Atahuallpa, sostenían ejércitos numerosos, con los cuales intentaban conservar la ya casi perdida independencia de su nación y raza.

Tan luego como Almagro levantó su campo de las llanuras de Cicalpa y se dirigió á Chambo, los indios le persiguieron, cayeron sobre la retaguardia y lograron matar tres españoles, con lo cual andaban muy alegres y llenos de orgullo. El caudaloso Chambo, cuyas corrientes atronadoras ruedan por un cauce profundo, separaba á la gen-

te de Almagro de los indios, que, apiñados en la orilla opuesta, hacían con gritos y alboroto alarde de valor. Mandó el Mariscal pasar algunos soldados para acometerlos, pero la corriente era tan impetuosa, que muchos de los Cañaris, que intentaron vadearla, se ahogaron, y los mismos caballos retrocedían y se encabritaban rehusando entrar en el río. Al fin se logró hacer pasar unos quince, los cuales bastaron para poner en fuga á los indios, y entre los prisioneros que se tomaron cayó también el mismo curaca, indio principal y uno de los magnates del reino en tiempo de Atahuallpa.

Tratado sagazmente por Almagro, se sometió de buena gana á los conquistadores y áun les indicó de qué manera podrían vencer con seguridad á Rumiñahui. Mas, cuando los conquistadores se disponían á emprender la reducción del sitio en que se había hecho fuerte el belicoso y tenaz guerrero quiteño, unos indios, llegando alarmados, dieron aviso al curaca de Chambo de que otros extranjeros, asimismo blancos y barbados, habían asomado por las alturas de la provincia de Ambato, y andaban recorriendo la tierra y persiguiendo á sus moradores. El curaca inmediatamente comunicó la noticia á Almagro: sorpresa grande y no poco cuidado le causó al Mariscal el aviso del indio; y, por lo pronto, no acertaba á comprender quienes serían aquellos desconocidos, pues no podía imaginarse que fuese Don Pedro de Alvarado con la gente de su expedición. Pero el caso era grave y la demora en saber quienes eran los recién venidos, podía ser muy perjudicial á los intereses de los que habían des-

cubierto la tierra y la tenían casi ya toda conquistada. Escogió, pues, Almagro un jefe de su confianza, llamado Lope de Idiaquiez, (el cual había sido vecino de Guatemala), y le mandó que, acompañado de unos ocho de á caballo, fuera á recorrer el campo en la dirección en que, según indicaban los indios, habían asomado esos nuevos españoles. El jefe partió tomando el camino del Norte, y en la comarca de Mocha fué sorprendido por la avanzada del ejército expedicionario de Alvarado, que andaba corriendo los pueblos en busca de víveres. Inmediatamente fueron desarmados los de Almagro por los de Alvarado y llevados presos á la presencia del Gobernador de Guatemala, que estaba acampado en los territorios de Panzaleo. El Adelantado los trató muy bien, mandó devolverles sus armas y los puso en libertad, declarando terminantemente, eso sí, que había venido para apoderarse del Cuzco, el cual, al decir de Alvarado, no le pertenecía á Pizarro, porque estaba fuera de los límites de la Gobernación que le había sido asignada por el Emperador.

Las pretensiones de Alvarado eran muy claras; y, así que las supo Almagro, con el regreso de sus soldados, platicó con Benalcázar y los demás capitanes acerca del partido que debían tomar en tan difíciles circunstancias; y se resolvió fundar inmediatamente una ciudad, hacer requerimientos de paz al Gobernador de Guatemala, para que se saliese de la tierra donde tan temerariamente se había introducido, y, si fuese necesario, defenderla con la fuerza de las armas. Tan inesperado suceso fué, pues, la causa de la fundación precipitada de la CIUDAD DE SANTIAGO

DE QUITO, la cual se verificó allí mismo donde estaban acampados y tenían su real los conquistadores, en una llanura, á poca distancia del lago de Colta. Hízose esta fundación, el quince de Agosto de 1534, y se constituyó el Ayuntamiento de la nueva ciudad, nombrando Almagro los alcaldes y regidores de ella. Esta fué la primera población española que se fundó en el territorio ecuatoriano: hízola el Mariscal don Diego de Almagro, en nombre y con autoridad del marqués don Francisco Pizarro, Gobernador del Perú.

Mas, antes de continuar nuestra narración de los preparativos de Almagro para oponerse á los intentos de Alvarado, conviene que refiramos los varios sucesos de la expedición del celebre Gobernador de Guatemala á las provincias de Quito.

CAPITULO SEXTO

Expedición de Alvarado.

Noticias acerca de las riquezas del Perú.—Alvarado se dispone á venir á estas provincias. — Armada de Alvarado. — Su navegación hacia las costas del Ecuador. — Desembarcá con su gente en la bahía de Caraquez. — Viaje penoso por la costa y al través de los bosques occidentales. — Paso de los puertos nevados. — Llegada á los pueblos de la provincia de Ambato. — Encuentro con los soldados de Almagro. — Preparativos de guerra por una y otra parte.—Avenimiento entre Alvarado y Almagro. — Otros sucesos.

I

A LA nueva de las fabulosas riquezas del Perú hubo grande agitación en todas las colonias, deseando así eclesiásticos como seculares venir á una tierra, donde, según fama, el oro se hallaba amontonado en todas partes.

Pedro de Alvarado, uno de los más célebres compañeros de Hernán Cortés en la conquista de Méjico, solicitó permiso del Emperador para hacer descubrimientos y conquistas en las tierras que estuvieran fuera de los límites de la gobernación asignada á Francisco Pizarro. En la Corte se le hizo alguna oposición, mas al fin le fué concedida licencia con tal que enviase sus navíos á poniente ó navegase á las islas de la especería, conforme á la instrucción que se le dió desde el principio, ordenándole que no entrase en ninguna parte descubierta por otros, ni que estuviese dada ya

en gobernación. Habida la licencia con las expresadas condiciones, Alvarado se ocupó en preparar la armada con que debía salir á los proyectados descubrimientos desde Guatemala, donde se hallaba entonces de Gobernador.

La noticia de los preparativos de Alvarado no tardó en llegarle á Pizarro causándole no poca inquietud, pues preveía las molestias y trabajos que semejante acaecimiento había de ocasionar en las provincias del Perú, cuando todavía no se había establecido en ellas definitivamente su autoridad; pero, como no podía estorbar los planes del ambicioso Gobernador de Guatemala, resolvió estar á punto para desbaratarlos, defendiedo con las armas, si fuese menester, la posesión del imperio de los Incas, que acababa de abatir (1).

(1) HERRERA.—Historia general de los hechos de los castellanos &.—(Década quinta, Libro sexto: en los doce primeros capítulos de este libro).

OVIEDO.—Historia general y natural de las Indias.—(Capítulo vigésimo del libro cuadragésimo sexto.—Tomo cuarto).

REMESAL.—Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala.—(Libro tercero, Capítulos 6°. y 7°.)

PIZARRO Y ORELLANA.—Varones ilustres del Nuevo Mundo.—(Vidas de Don Francisco Pizarro y de Don Diego de Almagro).

MILLA.—Historia de la América Central.—(Tomo primero, Capítulos 12°. y 13°). Guatemala—1879.

Hablan de la expedición de Alvarado al Perú, además de los historiadores que acabamos de citar, GOMARA, ZARATE, GARCILASO, MONTESINOS y el P. VELASCO entre los antiguos; y QUINTANA, PRESCOTT, LORENTE, MENDIBURO y otros, entre los modernos. ROBERTSON, en el Libro sexto de su *Historia de América* le consagra unas pocas líneas.

Con grande diligencia aparejaba su armada en Guatemala Don Pedro de Alvarado, anunciando públicamente que venía con su expedición á las costas del Perú. La Audiencia de Méjico le prohibió hacer expedición ninguna á tierras ya descubiertas y dadas por la corona á otros capitanes españoles, pero se disculpó diciendo que iba al Perú, para ayudar á Don Francisco Pizarro en la conquista de aquel grande imperio; empresa para la que Pizarro carecía de medios suficientes. Desatendió las representaciones de la ciudad, que le pedía que no se ausentara de ella cuando era más que nunca necesaria su presencia, por la multitud de tribus belicosas que la rodeaban, y por quienes se veía sin cesar amenazada. Sordo á toda reflexión y aconsejado solamente de su ambición, Alvarado trabajaba con suma diligencia en acabar su armada; así es que en breve tiempo tuvo prestas ocho velas de diferentes tamaños y entre ellas un galeón de trescientas toneladas, al cual llamaron San-Cristobal, por sus grandes dimensiones (2). En esta sazón, las noticias llevadas á Centro-América por el piloto Fernández, que se volvía desde Cajamarca, donde había pre-

(2) Los navíos que hizo trabajar Alvarado, fueron los siguientes, según Remesal: un galeón de trescientas toneladas, llamado San-Cristóbal; otros dos, el uno de ciento setenta toneladas, y el otro de ciento cincuenta, llamados respectivamente Santa Clara y San Buenaventura. Estos se fabricaron en el puerto de Iztapa, á quince leguas de la antigua ciudad de Guatemala: en el golfo de Chira se labraron una nao de ciento cincuenta toneladas, una carabela de sesenta, un patache de cincuenta y otras dos carabelas pequeñas, por todas ocho velas.

senciado la captura del Inca y visto amontonar el oro para su rescate. aguijonearon la ambición de Alvarado, que ya no pensó más que en hacerse pronto á la vela, para ir á conquistar el Reino de Quito, donde la fama decía que había más riquezas que en el Cuzco.

A principios, pues, de 1534 se hizo á la vela Alvarado con su flota, compuesta de ocho navíos de diferentes tamaños, en los cuales se embarcaron quinientos soldados bien armados, doscientos veintisiete caballos y un número muy crecido de indios, los más de servicio; otros, como auxiliares, y algunos en rehenes. Por el número de velas y de gente de tropa, por los pertrechos y armas de que venían provistos, ésta era la mejor armada, que había surcado las aguas del Pacífico en busca de las riquezas del Perú. Venía dirigiéndola el piloto Juan Fernández, ya conocedor y práctico en la navegación de estos mares. Acompañaban á Alvarado muchas personas distinguidas y nobles de España, de esas que venían á América ganosas de probar fortuna.

Llegado al puerto de la Posesión, se encontró con el capitán García Holguín, á quien de antemano había mandado Alvarado á las costas del Perú, para que se informara con exactitud del estado de las cosas. La relación de Holguín confirmó las noticias dadas por Fernández. La armada continuó su viaje con viento favorable, y, entrando de paso en el puerto de Nicaragua, el Adelantado se apoderó, á viva fuerza, de dos buques que tenía apercibidos Gabriel Rojas para traer á Pizarro doscientos soldados. Rojas era antiguo amigo de Pizarro y, llamado con ahinco

por éste, se preparaba á venir al Perú, para cooperar á la empresa y participar de la fortuna de su antiguo camarada; y como ni reclamos ni protestas fueron bastantes para hacer que Alvarado se retrajera de cometer aquel despojo, Rojas no tuvo otro partido que tomar, sino el de embarcarse inmediatamente con unos pocos compañeros, para venir á dar aviso de la expedición del Adelantado de Guatemala á los conquistadores del Perú.

A los treinta y tres días de navegación se cambiaron los vientos, y, como arreciase la borrasca, rotas las antenas, se vieron en la necesidad de echar al mar noventa caballos, para aligerar las embarcaciones: éste fué el primer contratiempo que sufrió la expedición, triste anuncio y funesto presagio de los imponderables desastres que había de padecer después. Al fin, doblado el cabo de San Francisco, se acercó á tierra la flota, buscando puerto favorable para las naves.

En la bahía de Caraquez hallaron cómodo surgidero, y, tomando tierra, desembarcaron ante todo los caballos, que se hallaban enfermos y temían que se les muriesen. Desembarcada despues toda la gente y acomodados del mejor modo posible, procuraba Alvarado disponer los ánimos de su numerosa expedición á la unión y concordia, poniéndoles delante de los ojos de su consideración los gastos inmensos que se habían hecho para aquella jornada, emprendida para medro y acrecentamiento común. Cuando llegó el día señalado para continuar la marcha hacia Quito, el Adelantado dispuso su gente nombrando por Maese del Campo á Diego de Alvarado; por capitanes de caballería á Gómez de Alvarado, Luis

Moscoso y Alonso Enríquez de Guzmán; de infantería, á Benavides y Lezcano; y por justicia mayor, al Licenciado Caldera. Hechas estas provisiones, dispuso que el piloto Juan Fernández fuese reconociendo la costa y tomando posesión de todos sus puertos por Alvarado, á nombre de su Majestad. Disposición ó medida que manifestó, muy á las claras, el plan de la expedición del Gobernador de Guatemala. El mismo en persona con algunos de á caballo pasó á reconocer, entretanto, el puerto de Manta.

Principió, pues, al fin su camino la expedición; pero, no era un ejército lo que se ponía en camino, sino una verdadera población, compuesta de soldados, mujeres, negros esclavos é innumerables indios, traídos la mayor parte de Guatemala, y otros tomados en los pueblos de las costas de Manabí. Pero, ¿á dónde marchaba esa variada muchedumbre de aventureros de diversas condiciones? á dónde?....A Quito, la fama de cuyas riquezas iba atrayendo tantas y tan diversas gentes. Pero caminaban á la ventura, sin norte fijo, ni rumbo conocido, por senderos escogidos al tanteo; así es que, con ser corta la distancia que hay entre Quito y la provincia de Manabí, Alvarado se tardó como cinco meses en salir de los bosques del litoral á los llanos interandinos de la República.

A las dos jornadas llegaron á un pueblo, al que pusieron el nombre de la Ramada, donde sintieron falta de agua. Siguieron luego de ahí para Jipijapa, y, tomando descuidados á los habitantes del pueblo principal, se apoderaron de muchas joyas y adornos de oro y bastantes esmeraldas; pe-

ro todo les parecía nada con la esperanza de lo que se imaginaban hallar en Quito. A este pueblo le dieron el nombre del Oro, por el que allí encontraron; y al tercero, donde hicieron parada, le apellidaron de las Golondrinas, por las muchas que ahí vieron. En este pueblo se les huyeron los guías, dejándolos en grande confusión, sin saber por donde era el camino. En semejante aprieto salió el Capitán Luis Moscoso á descubrir y llegó á Chonana, donde hallaron bastimento y cogieron algunos indios, para que sirviesen de guías. Confuso se hallaba Alvarado en tierras desconocidas, sin saber qué camino tomar, y, para no seguir adelante sin tino ni dirección conocida mandó á su hermano Gómez de Alvarado que, con algunos de á pie y otros de á caballo, fuera por el Norte á descubrir camino, mientras que Benavides lo buscaba por Levante. Uno de los exploradores descubrió el río Daule, y por él fueron á salir al de Guayaquil. Dieron oportuno aviso al Gobernador, para que siguiera en la misma dirección; como, en efecto, lo hizo descendiendo en balsas de Daule á Guayaquil. Parece que desde aquí volvió á retroceder al Norte, subiendo por el mismo río de Daule, y así anduvo de una á otra parte, yendo á Levante, volviendo al Norte, siguiendo hacia las faldas de la cordillera, sin atinar el camino por donde había de subirla, y mientras más caminaba hacia Levante, más y más iba penetrando en los intrincados bosques que cubren los declives y sinuosidades de la cordillera por aquella parte. Perdidos se hallaban en aquel asombroso laberinto que forman las selvas intertropicales: árboles seculares, que encumbran sus

copas frondosas hasta las nubes, parásitas numerosas, que en los viejos troncos de árboles gigantescos forman selvas aéreas; lianas, que, descendiendo de las ramas de los árboles y tendiéndose en todas direcciones, tejen una red estrecha, que uniendo árboles con árboles, ramas con ramas, impiden el camino, todo contribuía á retardar la marcha de la expedición; pues era necesario, á golpe de hacha, descuajar primero la enmarañada selva, para abrir camino; así es que con grande trabajo apenas alcanzaban á andar unas pocas cuadras por día.

No eran solamente las molestias del camino, eran también las acometidas de los indios, que les salían á estorbar el paso, la causa de su marcha lenta y trabajosa: levantaba el campo de una parte, y, como para seguir adelante, no tenían derrota conocida, era necesario aguardar en un mismo punto muchos días hasta que descubriesen camino los que se enviaban á explorarlo: tierra anegadiza aquella de las playas no presentaba sino ciénagas dilatadas, atolladeros profundos, donde se atascaban los caballos; en los pantanos formaban sus tiendas provisionales, para pasar la noche, y aguardar que se encontrase camino ó siquiera alguna vereda para poder continuar la marcha, y cuando en la jornada llegaban á algún río, entonces eran los apuros, ahí crecían las dificultades para haber de pasarlo; tendían mimbres gruesos, para formar una especie de puente, y, colgándose de las ramas de los árboles, con grande trabajo y mucho tiempo pasaban á la orilla opuesta.

Entre tanto, el calor sofocante enervaba los

cuerpos y hacía postrar de fatiga á los más robustos: cansados, rendidos con el peso de las armaduras de hierro, se sentaban á descansar junto á los troncos de los árboles, pero para muchos ese descanso era funesto, porque se levantaban lánguidos de modorra; y soldado hubo que, perdida la razón, salió, espada en mano, á matar á su propio caballo: desgracia considerable, porque uno de esos animales importaba entonces en el Perú hasta cuatro mil pesos. La comida iba escaseando, pues la que traían se cubría de moho y podría con el calor y la humedad: carne en muchos días no la probaban, y, cuando se moría algún caballo, se repartían sus tasajos como un regalado manjar.

La sed los atormentaba cruelmente en el clima sofocante de la montaña, y su angustia crecía más con la falta de agua, pues, aunque cerca de ellos oían el ruído de la que bajaba por las peñas en arroyos, ó corría por los ríos y quebradas, no podían tomarla, porque las ramas de los árboles, enredadas con los bejucos, formaban una espesura tan compacta que, por ella, era punto menos que imposible abrirse camino sin grande trabajo: ó el cauce de los ríos y quebradas era tan profundo, que apenas se podía ver allá dentro el agua, que, como un delgado hilo de plata, iba corriendo por el fondo de un abismo de verdura, formado por rocas altísimas tajadas como á nivel, y sobre las cuales la exhuberante vegetación de la costa había tenido sus cortinas de lianas y enredaderas.

Una tarde la avanzada de la expedición, que adelantaba abriendo camino, llegó á un punto,

donde encontraron un dilatado cañaveral de guaduas: creyeron que allí habría agua; pero no la encontraron, y hacía ya más de dos días que no habían hallado donde apagar su sed. Como determinaron pasar la noche en aquel mismo punto, un negro principió á cortar cañas para formar un rancho, y con grande sorpresa vió que los cañutos contenían bastante agua pura y fresca; con que, cortando cañas, encontraron agua en cantidad suficiente para dar de beber á los caballos y apagar su propia sed.

Circunstancias inesperadas, fenómenos maravillosos contribuían á hacer cada vez más penosa una marcha, ya bajo tantos respectos difícil. De repente, un día el cielo se dejó ver encapotado, la atmósfera oscura y á poco rato una lluvia de tierra menuda principió á caer por largas horas en abundancia. Los árboles, las yerbas, todo estaba al día siguiente cubierto de tierra; los caballos no tenían qué comer, y, para darles un poco de yerba, era necesario lavarla primero con cuidado; las ramas de los árboles se desgajaban con el peso de la ceniza; y, cuando principió después á ventear, el polvo sutil y menudo, de que se llenaba el aire, yendo á dar en los ojos de los caminantes, los dejaba ciegos y desatinados. Los supersticiosos cayeron de ánimo con tan sorprendente y para los castellanos nunca visto fenómeno, y, sin acertar á explicarlo, se lamentaban de su fortuna, diciendo que aún el cielo, con señales maravillosas, contribuía á estorbar una empresa, que en mala hora habían acometido. La erupción del Tungurahua, uno de los volcanes de la Cordillera de los Andes, era lo que acababa de te-

ner lugar, y la ceniza arrojada por el volcán lo que llenó de asombro á los conquistadores.

Esta lluvia de ceniza, que desconcertó á los indios en Riobamba y les hizo levantar intempestivamente el campo tomando la retirada, sorprendió á los expedicionarios á la subida de la cordillera, y por entrambos fué recibida como un muy funesto agüero: tan extraordinario era para españoles é indios aquel fenómeno.

II

Nuevos trabajos aguardaban todavía á los cuitados aventureros al trepar á la cumbre de la cordillera occidental. Grande fué su alegría, cuando al salir de los bosques, donde habían andado perdidos tantos días, dieron en una campiña abierta, en la cual estaba paciendo una manada de llamas ú ovejas de la tierra. Era ya cerca de la puesta del sol cuando llegaron: y, apoderándose de las ovejas, prepararon su cena, en la cual se regalaron comiendo carne, que hacía muchos días no la probaban. Como venían los expedicionarios divididos en diversos grupos ó partidas, el capitán Diego García de Alvarado, cuya partida iba como de avanzada, llegó primero á aquel punto; y desde allí remitió al Gobernador veinticinco ovejas, dándole noticia de haber descubierto, al fin, buena tierra.

Los que todavía estaban abajo entre los bosques se hallaban padeciendo extrema necesidad, y comían cuanto encontraban, sin perdonar culebras ni otros animales por más repugnantes que fuesen. Pero el uso de comidas, á que no esta-

ban acostumbrados, enfermó á muchos, los cuales, faltos de todo remedio, murieron en el camino. A tanto extremo de necesidad llegaron los expedicionarios, que el alferez Calderón mató una galga, muy estimada que traía, y regaló con ella á sus compañeros. Un riñón de aquella perra, servido al capitán Luis Moscoso que venía enfermo, fué comido por éste con tanta agrado, que dijo que le sabía tan bien como gallina; pero le produjo el efecto de una purga enérgica. Con grande regocijo recibieron, pues, las ovejas que les enviaba Diego García; y con mayor, la noticia de que los que iban delante habían salido ya á tierra llana. De unas partidas á otras se obsequiaban con la carne, y se comunicaban las noticias de la tierra, animándose á seguir pronto, para descansar algún tanto de sus fatigas. El Adelantado venía con la segunda partida, y la última, en que estaban los cansados y enfermos, traía el Licenciado Caldera.

Habían llegado, pues, ya á uno de los repechos occidentales de la cadena también occidental de los Andes; pero, para llegar á las llanuras y valles interandinos, donde estaban las grandes poblaciones de las tribus indígenas, todavía les faltaba que ascender á las cimas ó páramos, para desde allí tornar á bajar nuevamente á los valles poblados. Pedro de Alvarado estimulaba á todos, con palabras blandas y persuasivas; levantaba, con halagüeñas promesas, el ánimo abatido de los más cobardes; se ganaba las voluntades de todos, sirviendo y regalando á los enfermos; y toda esa maña y sagacidad eran necesarias, para sostener en su propósito de seguir adelante á los

quebrantados expedicionarios. Empero, iban á sobrevenirles nuevos é inesperados trabajos, que pondrían á prueba su constancia. Esas grandes alturas de la cordillera algunas veces se cubren enteramente de nieve en ciertas temporadas del año, de ordinario, á principios del verano en los meses de Junio y Julio, época en la cual debieron pasar por ahí Alvarado y sus compañeros, pues, en Riobamba estaban á mediados de Agosto.

Débiles por falta de alimentos sustanciosos, enervados los cuerpos por la acción del calor en la montaña, aquejados de diversas enfermedades, los mal parados expedicionarios principiaron á subir la cordillera, á tiempo en que estaba nevando en las alturas. La niebla densa, que se difunde por todas partes en aquellas ocasiones, no les daba comodidad para seguir adelante su camino; el viento penetrante y helado que soplaba de los cerros y páramos ponía yertos y entorpecidos los miembros, y los menudos copos de nieve que llovían sobre ellos, y de los cuales no tenían donde guarecerse, iban entumeciendo á muchos, principalmente á los negros y á los indios de Guatemala, necesitados de mayor abrigo. Los castellanos, más robustos y mejor vestidos, resistían con fortaleza al frío y á la hambre; pero los indios, apenas mal cubiertos, sin abrigo, cansados, se sentaban arrimándose contra las peñas y se quedaban muertos allí, sin ánimo para valerse á sí mismos. Ya en la cima de la cordillera, cuando arreciaba el viento y el suelo estaba todo cubierto de nieve, la angustia de los expedicionarios llegó al último extremo. Algunos indios morían, dando gritos á sus amos y llamándolos en su auxilio: los bas-

timentos se habían acabado, las poblaciones indígenas no se sabía dónde estaban y á cualquiera parte, donde volviesen los ojos, no veían sino páramos, yermos y agrestes, y el silencio de la naturaleza que reinaba en ellos daba grima al corazón. Tendían sus toldos de campaña y bajo de ellos, al amor de mezquina lumbre, acurrucados, pasaban la noche en mustio silencio, temiendo que llegara el nuevo día, por no verse obligados á contemplar el triste espectáculo de los cadáveres de los indios, que amanecían yertos en los puntos, donde se habían sentado á descansar en la jornada del día anterior. El desaliento, el despecho se habían apoderado de los más resueltos y animosos; pues los tímidos y cobardes ya no querían dar ni un solo paso más adelante. Para halagarles, Alvarado hizo pregonar que todos tomaran de las cargas cuanto oro quisieran, con tal que reservasen el quinto para el Rey; pero nadie se consoló con esto; antes un caballero, á quien su criado le presentó unas joyas de oro, las desechó diciéndole, con desagrado: quita allá, que el verdadero oro es comer!!....Otro murió, aterido de frío, sin poder andar por la carga de oro y esmeraldas que llevaba en su caballo, ya cansado: caballo y caballero perecieron, en tanto que otros botaban todas sus cosas, para salvar la vida, caminando, expeditos, más á prisa. Un español apellidado Huelmo sucumbió, víctima del amor á su esposa y á dos hijas doncellas que traía; como las oyese dar gritos, acudió á favorecerlas, y quiso antes perder la vida al lado de ellas, que salvarla, desamparándolas. Murieron quince castellanos, seis mujeres, varios negros, y muchos

indios en el paso de la cordillera, que los españoles llamaron los puertos nevados.

Los indios tuvieron aviso oportuno de la llegada de estos nuevos conquistadores, les salieron al camino armados y lograron matar un español y quebrar el ojo á otro. Desmedrados, pues, y con aspecto de difuntos llegaron al pueblo de Pasa y de allí pasaron al de Quisapincha, que están sobre Ambato en la cordillera occidental, y á no mucha distancia de la ciudad. Pasó revista á su tropa el Adelantado y halló que desde la costa hasta el último pueblo habían muerto ochenta y cinco castellanos y muchos caballos. Procurando ante todo descansar y reparar también á los enfermos, gastaron varios días, pues algunos soldados habían quedado ciegos después del paso de la cordillera, enfermedad ó lesión que ordinariamente causa la refracción de la luz del sol en la nieve.

III

Mas, mientras Alvarado descansa y convalece con su gente de los quebrantos del viaje, veamos las medidas que tomaron Pizarro y Almagro para defender su conquista.

Con la llegada de Gabriel Rojas se confirmaron las noticias que corrían en el Perú acerca de la expedición que preparaba el Gobernador de Guatemala; ya no era posible dudar de ella, porque se hallaba ya el Adelantado navegando con rumbo hacia el Sur y pronto debía tocar en las costas del Perú. Pizarro conoció al momento el peligro que le amenazaba: bajó precipitadamente del Cuzco á los llanos, para vigilar los movimientos de Alvarado, y mandó á Almagro, su compañero,

que, sin pérdida de tiempo, pasara á tomar posesión de las provincias de Quito, en cuya conquista se hallaba ocupado el capitán Benalcázar.

Almagro cumplió su comisión de la manera más puntual: púsose en camino inmediatamente para San Miguel de Piura, recogió allí alguna gente de tropa, vino á estas provincias, combatió con los indios que le salieron al paso, llegó á Quito, se unió con Benalcázar, regresó de aquí con todos los soldados que tenían ambos capitanes y sentó sus reales en la provincia del Chimborazo: para no tener inactivo su ejército, expugnó al curaca de Chambo, lo venció y lo tomó prisionero: sabiendo luego la llegada de nuevos conquistadores, despachó una partida de soldados para explorar el campo y descubrir quienes eran los recién venidos: la avanzada de Alvarado, compuesta de unos cuantos jefes bien armados, rodeó á los soldados de Almagro, les hizo rendir las armas y los condujo á presencia del Adelantado. Vueltos al campo de Almagro, refirieron el buen acogimiento que les había hecho el Gobernador de Guatemala, el número de gente que le acompañaba y los intentos, que de enseñorearse de la tierra del Perú daba á conocer muy claramente. Almagro, para alegar el derecho que tenía á la posesión de estas provincias que componían el Reino de Quito, fundó en los llanos de Cicalpa una ciudad improvisada, estimuló el valor de su gente y se apercibió á medir sus fuerzas con las de Alvarado, en caso de que los requerimientos de paz no redujesen á éste á un amistoso avenimiento. De estos sucesos hablamos ya en el capítulo anterior.

Tal era la situación ó estado de las cosas por parte de los conquistadores, cuando Alvarado llegó á la altiplanicie de Ambato. Después de haber descansado algunos días, los expedicionarios bajaron de Quisapincha, y, cuando menos pensaban, encontraron en el gran camino de los Incas, entre Ambato y Molleambato, huellas de caballos, lo cual no dejó de sorprenderles grandemente y de afligirles, porque eso era señal evidente de que otros españoles, antes que ellos, habían tomado ya posesión de la tierra, cuya conquista habían emprendido con tan grandes trabajos. Y, en efecto, era así, pues esas huellas eran las de los caballos, en que, hacía poco, habían pasado Benalcázar y don Diego de Almagro, de vuelta de Quito á Riobamba.

Desabrido quedó el Adelantado don Pedro de Alvarado con las señales y rastro de gente castellana que se había encontrado, y, para tomar lengua, mandó á su hermano Diego, deseando ser informado de la verdad del caso.

Cuando este regresó, trayendo prisioneros á Idiaquez y sus compañeros, el Adelantado les hizo muy buen acogimiento, y, como era naturalmente cortés y comedido, les dijo que no venía para causar escándalos, sino para descubrir tierras nuevas en servicio del Rey, á lo cual todos, añadió, estamos obligados.

Por medio de unos indios supo luego el Mariscal Almagro la prisión de los suyos, de lo cual mostró gran sentimiento, haciendo ver cuanto los estimaba. El Adelantado Don Pedro de Alvarado, no tiene provisión ninguna del Rey para entrar en estas tierras, decía Almagro; por tanto,

le he de hacer la guerra hasta la muerte, por ser justa, aunque no sea más que para impedir que un nuevo ejército quite el premio que el mío aguarda por sus servicios. Y con éstas y otras expresiones se ganaba la buena gracia de los soldados. Entre tanto, el Adelantado, mostrándose generoso daba libertad á Lope de Idiaquez, mandándole que volviese á su cuerpo con una carta para el Mariscal, en la que, con términos muy discretos, protestaba Alvarado, que su intensión era conquistar las tierras que cayesen fuera de la gobernación asignada á don Francisco Pizarro, y concluía diciendo que se acercaba á Riobamba, donde tratarían de lo que á todos fuese de satisfacción.

Leída la carta de Alvarado y conocida su verdadera intención, el Mariscal deliberó con los suyos sobre el partido que deberían tomar, y despachó luego al presbítero Bartolomé de Segovia, á Ruiz Díaz y á Diego de Agüero, para que fueran en comisión á dar la enhorabuena de su llegada al Adelantado, y significarle el sentimiento que tenía de los grandes trabajos padecidos por su gente en los puertos nevados. Debían decirle además á nombre de Almagro, que siendo el Adelantado un tan leal caballero, no podía menos de creer el Mariscal cuanto en la carta le decía; y que así le hacía saber oportunamente que Don Francisco Pizarro era Gobernador de todos aquellos reinos, y que el mismo Almagro aguardaba por momentos sus despachos para gobernar las tierras que caían al Este, fuera del distrito señalado á su compañero.

Los mensajeros encontraron al Adelantado

en el camino con dirección á Riobamba; y, mientras Alvarado se daba tiempo para deliberar sobre la contestación más conveniente en aquellas circunstancias, ellos, con sagacidad y astucia, ponderaban entre los soldados de aquel las grandes riquezas de la tierra conquistada y los magníficos repartimientos que á cada uno le habían de caber, deplorando que este funesto acontecimiento hubiese venido á dilatar el día en que principiarían á gozar de tanta holganza y comodidad. Con estas pláticas encendían el ánimo de los recién llegados en deseos de entrar á la parte en tantas riquezas, con los del Mariscal.

Alvarado respondió que, cuando estuviese cerca de Riobamba, daría contestación con propios mensajeros; y así que llegó á Mocha envió á Martín Estete para pedir á Almagro que le proveyese de intérpretes y le asegurase el camino, porque quería hacer descubrimientos y pacificar las tierras que estuviesen fuera de la gobernación de Don Francisco Pizarro. El Mariscal procuraba dar tiempo al tiempo, y así contestó que no permitiría pasar á descubrir con tan grande ejército por tierras ya pacificadas, pues habría falta de bastimento para tanta gente. Entre tanto, cada capitán andaba solícito en ganar ocultamente los ánimos de la gente de tropa de su rival; Alvarado á los de Almagro y éste á los de aquél; y tan buena maña se dieron uno y otro en procurar este negocio, que una noche se huyó el indio Felipillo, que servía de intérprete á Almagro, y amaneció en el campo de Alvarado, á quien dió menuda cuenta de todo cuanto le convenía saber. Pero también Antonio Picado, que venía sirvien-

do como secretario de Alvarado, le abandonó, pasándose secretamente al campo de Almagro, á quien á su vez instruyó de cuanto había dicho á Alvarado el prófugo Felipillo. El número de soldados que tenía Almagro, las armas de que estaban provistos, las medidas que se habían tomado para la defensa en caso de ser atacados, todo lo sabía Alvarado por el indio Felipe; el cual le ofrecía, además, hacer incendiar el campo á la redonda, para obligar á huir á los de Almagro. Astucia infame, que Alvarado no quería dejar poner por obra.

Grande divergencia de opiniones había en el consejo del Mariscal acerca del partido que convenía tomar en las presentes circunstancias. Unos decían que convenía retirarse á San Miguel de Piura, para rehacerse allá con más gente y poder recobrar por la fuerza lo conquistado; otros aconsejaban discretas medidas de paz, y no faltaban también algunos, aunque pocos, que juzgaban oportuno resistir esforzadamente al Adelantado. Con notable firmeza y resolución, el Mariscal adoptó este último partido, aunque tenía un número muy escaso de gente en comparación de la que traía Alvarado; pero contaba con el valor y la decisión, y así tomó todas las medidas necesarias para no hallarse desprevenido en caso de ser atacado.

La fuga de su secretario indispuso el ánimo de Alvarado y le hizo formar la resolución de atacar el campo del Mariscal. Con el estandarte real desplegado y en són de guerra, con cuatrocientos hombres bien armados, marchó pues, hacia Riobamba. El Mariscal dispuso que Cristóbal de

Ayala, Regidor de la recién fundada ciudad, y el escribano saliesen al encuentro al Adelantado y le requiriesen de parte de Dios y del Rey, que no cometiera escándalos en la tierra, y que saliera de ella, volviéndose á su gobernación de Guatemala; y que, en caso de no hacerlo así, le protestaban de todos los males, daños y muerte de naturales que causara. El Adelantado, sin darse por notificado de la protesta, contestó que le entregasen á Antonio Picado, porque era su criado; á lo cual le hizo responder Almagro, que Antonio Picado era libre, y que, así, podía irse ó quedarse, sin que nadie pudiese hacerle fuerza. Vista la resolución de Almagro, y conociendo por ella que en los del campamento opuesto no había señal alguna de flaqueza, el Adelantado entró en mejor acuerdo é hizo proposiciones de paz, mandando al Licenciado Caldera y á Luis Moscoso que pasaran á Riobamba á conferenciar con el Mariscal. Como éste se mantuviese terco en su primera resolución de exigir que el Adelantado retrocediera, á lo menos una legua, para tratar de cualquier avenimiento, respondió Alvarado que él era Adelantado por el Rey, de quien tenía provisiones para descubrir y pacificar en las tierras del Mar del Sur que no estuviesen asignadas á otro; pero, que, como Almagro tenía hecha ya fundación de ciudad, no quería sino proveerse en ella de lo necesario por sus propios dineros. Tanta fué la firmeza del Mariscal que, á duras penas, consiguieron los comisionados de Alvarado que se les permitiera alojarse con su gente y caudillo en unos edificios viejos que estaban abandonados, á poca distancia de Riobamba.

Almagro y los suyos echaron mano de un ardid, para aparentar que tenían mayor número de gente, que la que realmente tenían: mataron muchas llamas y pusieron la carne de ellas, hecha tasajos, colgada al aire, y además una muchedumbre de indias ocupadas en moler maíz y preparar comida como para un escuadrón numerosísimo; con lo cual engañaron á los del bando contrario, haciéndoles creer que podían arrollarlos no sólo por el denuedo y el valor, sino también hasta por el número.

Difícil era la situación del Gobernador de Guatemala: punzábale el ánimo haber traído consigo á una malaventurada empresa, contra las terminantes disposiciones de la corona, tanto número de indios, la mayor parte de los cuales se habían muerto en el paso de la cordillera; se inquietaba por haberse manifestado reacio á las órdenes de la Real Audiencia de Méjico y á los reclamos del Obispo de Guatemala, que le habían procurado impedir que viniera á entrar en las tierras de la gobernación de Don Francisco Pizarro; barruntaba la mala voluntad que tenía su gente de pelear con sus propios hermanos; veía los efectos funestos de la guerra civil y alcanzaba á comprender su responsabilidad; con todo, se mantenía dudoso é incierto. Retroceder era imposible; pelear no era prudente: un avenimiento de paz era, pues, el único atajo que le quedaba, para salir de aquel aprieto. Y para esto el Licenciado Caldera trabajaba, con mucha discreción, en disponer los ánimos de los dos caudillos á un avenimiento honroso para entrambos, en lo cual le ayudaban grandemente Fr. Marcos de Niza y otros

sacerdotes, que estaban como mediadores de paz entre los dos campamentos. Y no fueron pequeña parte para impedir que viniesen á las manos los dos ejércitos las promesas y halagos, que, con sagacidad, se hacían á los de Alvarado por los de Almagro, á nombre de su caudillo. Dispuestos, pues, los ánimos á la paz, no fué difícil persuadir á los dos capitanes que tuviesen una conferencia, en la cual arreglarían lo que fuese más conveniente para el servicio del Rey y bien de la tierra: el ánimo naturalmente pundonoroso de los castellanos, hasta para satisfacer su codicia, buscaba motivos nobles con que cohonestarla.

Al día siguiente pasó el adelantado Don Pedro de Alvarado á Riobamba, acompañado de algunos caballeros ocultamente armados, pues parece que no dejaban de temer alguna celada por parte de los de Almagro; mas fueron recibidos por éste con grande cortesía y muchas pruebas de lealtad. Alvarado, de gallarda y noble presencia, rostro hermoso y varonil, cuya tez roja y rubios cabellos le habían granjeado entre los mejicanos el nombre de hijo del Sol, contrastaba con la figura desmejorada de Almagro, enjuto de carnes, pequeño de cuerpo, de modales sencillos y á quien la falta del un ojo traía de continuo medio avergonzado entre sus mismos compañeros: el Adelantado hablaba mucho y con grande facundia; el Mariscal era parco en el hablar y usaba de palabras y términos precisos: el úno era violento en sus resoluciones; el ótro meditaba despacio sus proyectos; aquél gustaba de imponer su voluntad á sus amigos; éste procuraba hacer placer hasta á sus propios soldados; leales á su

Rey y valientes ambos, no era, pues, difícil prever cuál de ellos había de triunfar. Notorio es, dijo Don Pedro de Alvarado, tomando la palabra él primero, notorio es en todas las tierras é islas del mar Océano, por donde surcan quillas españolas, cuantos servicios tengo yo hechos al Rey; por lo que, su Majestad ha tenido á bien honrarme, haciéndome merced de la gobernación del gran reino de Guatemala. Mas, como no estaba bien que, quien como yo se había criado en el ejercicio y profesión de las armas sirviendo á su Rey, se estuviese mano sobre mano, gozando tranquilamente en la holganza de la paz, sobrado de bríos y ganoso de honra, por eso, con permiso de su Majestad, he salido á emprender nuevas conquistas. Dirigí mi rumbo hacia las Islas del Poniente y he venido á dar en tierras asignadas á la gobernación del Señor Don Francisco Pizarro, lo cual me ha acaecido contra mi voluntad, porque nunca tuve propósito de entrar en tierras ocupadas ya por castellanos. Oyendo estuvo Almagro la plática del Adelantado, y, así que éste calló, con discretas y bien concertadas razones le respondió que, de un tan leal y noble caballero no podía menos de creer que tuviese tan hidalgo procedimiento; y así concertaron la paz entre ellos. Benalcázar se presentó luego en la sala, donde estaban los dos capitanes, y acompañado de Vasco de Guevara, Diego de Agüero y otros, besó las manos al Adelantado; y los principales caballeros que acompañaban á éste hicieron el mismo homenaje á Almagro. Presentóse después el secretario Picado y fué recibido en la buena gracia de Alvarado; también el intérprete Felipillo fué

devuelto al Mariscal, quien lo recibió sin hacerle reconvención ninguna.

Restituyóse el Adelantado á su alojamiento, y pasaron algunos días en conferenciar entre los del Mariscal y los de Alvarado sobre el mejor medio de llevar á feliz término el principiado avenimiento de los dos capitanes. Negociaba con gran sagacidad por parte del Adelantado el Licenciado Caldera, hombre de claro ingenio, corazón bien puesto y amigo de la paz. Insinuaban también medidas atinadas y decorosas hombres no menos discretos que Caldera, como Luis Moscoso y otros, los cuales miraban mejor por los verdaderos intereses de su jefe, que los jóvenes mal aconsejados, en cuyos pechos difícilmente tiene entrada la prudencia. Pactóse, al fin, por ambas partes el siguiente convenio, que se puso en escritura pública para mayor solemnidad bajo la fe del juramento. El Adelantado de Guatemala se comprometió á volverse á su gobernación, acompañado de los capitanes de su tropa que voluntariamente le quisiesen seguir; y el Mariscal se obligó á darle cien mil pesos de oro por la armada y los otros bastimentos que debían quedar en beneficio de los conquistadores del Perú. Hechos estos arreglos, restaba solamente persuadir lo oportuno de ellos á los capitanes de la gente de Alvarado, para quienes era recia cosa quedarse en esta tierra, sirviendo, como subalternos, después de haber tenido grados elevados en el ejército que mandaba el Adelantado. Con blandas palabras procuraba Alvarado inclinar el ánimo de sus soldados á aceptar gustosos las condiciones pactadas por el Mariscal. Nada habéis perdido, les de-

cía; venimos en busca de tierra rica y la hemos encontrado: seguir adelante en demanda de otra mejor, sería más que aventurada, temeraria empresa. Lo único que perdéis, añadía, es mi persona; pero esa pérdida os es ventajosa, porque, perdiéndome á mí, quedáis medrados, poniéndoos bajo la obediencia del Mariscal. Unos admitían contentos el cambio, otros se manifestaban desagradados; pero, al fin, les fué necesario convenirse, porque ya no era posible volver atrás de lo que una vez se había resuelto. Con buenas maneras y largas promesas procuraba, también, por su parte, el sagaz Almagro, ir trayendo á su devoción á los que se manifestaban descontentos (3).

(3) Notable discordancia hay entre los historiadores acerca del año en que verificó Alvarado su expedición á Quito; pues, unos, como Garcilaso de la Vega siguiendo á Gómara, la atrasan un año entero, fijando en 1535 la salida de Guatemala de Alvarado con su expedición; y otros la adelantan un año, pues la ponen, como el P. Velasco, en 1533: nosotros la hemos fijado en 1534, fundándonos en las fechas determinadas en el primero y más antiguo libro del Cabildo de Quito, en el que se encuentran las actas de la fundación de la ciudad que hicieron los españoles en Riobamba con el monbre de Santiago de Quito, cuando estaban frente á frente los dos ejércitos, el de Almagro y el de Alvarado. No hay menos divergencia en cuanto al camino por donde subió Alvarado la cordillera occidental. Robertson lo hace desembarcar en Guayaquil, y el P. Velasco en Esmeraldas: pero uno y otro se equivocan: el cronista Antonio de Herrera en sus *Décadas* es quien ha descrito con más exactitud la marcha del Gobernador de Guatemala, y, por esto, nosotros en nuestra narración le hemos seguido con preferencia á los demás, mayormente porque la narración de Herrera es más conforme que la de otros escritores con la geografía de los lugares. Creemos, pues, no engañarnos diciendo que Alvarado tras-

IV

Dejados así en buen orden los negocios de la nueva conquista y conjurada á tiempo la guerra civil que amenazaba estallar entre los mismos castellanos, Almagro y Alvarado se pusieron en camino para el valle de Pachacámac, donde á la sazón se encontraba Pizarro. Habían llegado al punto en que, andando el tiempo, se fundó la ciudad de Cuenca, cuando tuvieron aviso de que Quizquiz, capitán de Atahuallpa, venía con un grueso ejército, resuelto á presentarles batalla, á fin de acabar con ellos. Era Quizquiz uno de los más célebres guerreros de los indios: formado en los ejércitos de Huayna-Cápac bajo la ru-

---

montó la cordillera por el cerro llamado Casahuala, que algunas veces suele cubrirse de nieve en el verano.

Desembarcó en la bahía de Caraquez, pasó luego á Charapotó; de ahí á Jipijapa; de Jipijapa á Paján y de Paján al río de Daule: volvió á retroceder hacia los bosques de Paján, donde se detuvo algún tiempo: sus avanzadas, fueron por el Sur hasta mucho más arriba de Chonana, y por el Norte bajaron tanto, que llegaron hasta el territorio de Nono, en la actual provincia del Pichincha, á pocos kilómetros de la ciudad de Quito: desde Nono desandando muchas leguas, tornaron á los bosques pantanosos de Chimbo, en la región occidental, por donde, ya juntándose de nuevo toda la expedición, principiaron á ascender la cordillera de los Andes, hasta salir á las alturas de Ambato. Como Alvarado anduvo perdido en las provincias del litoral durante los meses de Febrero, Marzo y Abril, sufrió indudablemente las molestias de las lluvias de invierno, cuando en la costa los llanos y todo el suelo en general se convierte en anegadizos y pantanos intransitables; y saliendo á la planicie interandina en Agosto, pasó la cordillera precisamente á principios del verano, en la

da disciplina militar de los Incas, juntaba á la paciente laboriosidad del soldado peruano la arrogancia y firmeza del quiteño. Súbdito de Atahuallpa, lo amaba con aquel amor ó especie de culto religioso, con que los Incas solían amar á sus soberanos, y Quizquiz reconocía además en el hijo predilecto de Huayna-Cápac al descendiente de los antiguos príncipes de su raza y monarcas de su nación. Había peleado al lado de su soberano, y, de batalla en batalla, victorioso de sus enemigos, había llegado al Cuzco, capital del imperio, y rendídola á la obediencia de Atahuallpa, al tiempo mismo en que los españoles entraban en Cajamarca. La muerte del Inca, la ocupación del Cuzco por los extranjeros y, últimamente las noticias que le llegaron de lo que estaba pasando en Quito, le movieron á ponerse

---

época de los mayores vientos y de las más fuertes nevadas. (*Carta de Almagro al Emperador Carlos quinto:* San Miguel de Piura, 15 de Octubre de 1534. —*Carta de Alvarado al mismo Emperador;* también de San Miguel de Piura, 15 de Enero de 1535.—*Información hecha á pedimento de Almagro contra Don Pedro de Alvarado*, en la misma ciudad de San Miguel de Piura, en Octubre de 1534). Se hallan estos documentos en MEDINA.—Colección de documentos inéditos para la historia de Chile.—Tomo cuarto.—La información de Almagro fué publicada también en la Colección de Torres de Mendoza. — Tomo X°. — Respecto del derrotero ó viaje de la expedición, nos apoyamos en algunas informaciones de méritos y servicios de varios compañeros de Alvarado: hállanse estas piezas inéditas en el Real Archivo de Indias en Sevilla.—(Documentos del patronato.—Informaciones de méritos y servicios de descubridores y conquistadores del Perú.—1560)—Las capitulaciones entre Almagro y Alvarado fueron celebradas el 26 de Agosto de 1534.

en camino con su ejército, desde Huancabamba donde se hallaba apostado, resuelto á combatir con los extranjeros, para restablecer en el trono de los Scyris á Huayna-Pálcon, hermano de Atahuallpa, que también venía en su compañía. Este parece el propósito más probable, que estimuló á Quizquiz á venir á Quito, aunque otros historiadores dicen que el General quiteño nunca pensó en la exaltación al trono de Huayna-Pálcon, joven indio, de mucho valor y denuedo, pero de poco ingenio.

Quizquiz había dividido su ejército en tres cuerpos, para facilitar la marcha. La vanguardia venía al mando de Zota-Urcu; la retaguardia, á tres leguas de distancia, seguía al grueso del ejército comandado por Quizquiz en persona, de manera que el General indio venía al medio de su gente, atento á dar órdenes á los que iban delante y vigilando sobre la marcha de los que veníán detrás, guardándole las espaldas. El ejército, así dividido en tres cuerpos, ocupaba un espacio como de quince leguas. Quizquiz traía consigo muchas cargas de oro, vitualla y grande número de gente de servicio.

La vanguardia se encontró con Don Pedro de Alvarado, quien se dió tan buena maña en la refriega que, con poco trabajo, logró desalojar á los indios de la ventajosa situación en que se habían colocado, y tomar prisionero al mismo Zota-Urcu, de cuya boca supo todo el plan de campaña y el orden con que marchaba Quizquiz. Conociendo, pues, que debía caminar mucho, para cogerlo de sorpresa y dar sobre él, redobló las jornadas: á la bajada de un río les fué indispensa-

ble detenerse, para herrar los caballos, que con los pedregales del camino se habían desherrado, y cogiéndoles la noche en esta operación se vieron obligados á terminarlas con lumbre. Continuaron el camino á gran prisa y, al otro día por la mañana, descubrieron el real de Quizquiz. Mas el General indio no quiso hacerles frente, y, dividiendo su ejército, en dos alas, mandó la una con Huayna-Pálcon, quien se dirigió hacia lo más áspero de la sierra, mientras que Quizquiz, con la otra, tomaba una dirección opuesta. Diego de Almagro se encontró con la gente que mandaba Huayna-Pálcon y la cercó, acometiéndola por el frente y por la espalda; mas los indios se defendieron tenazmente, arrojando sobre los españoles grandes piedras que hacían rodar desde lo alto de unos riscos, donde se habían hecho fuertes. De noche los indios alzaron su campo y siguieron á reunirse con Quizquiz. Diego de Almagro y Alvarado continuaron su camino, y no les causó poca sorpresa encontrar los cadáveres de catorce españoles, á quienes habían descabezado los indios tomándoles de sorpresa; pues aquellos para seguir adelante habían echado á andar por un atajo. No tardaron los dos capitanes en descubrir la retaguardia de Quizquiz acampada á la orilla de un río: todo el día pelearon los españoles; pero no les fué posible pasar el río, porque los indios los cambatían del otro lado sin cesar. Cuando éstos pasaron á la banda opuesta, para fortalecerse en un peñol, entonces los españoles pudieron seguir su marcha, dejando atrás á los indios. Sin embargo, la resistencia de los indios no había dejado de ser funesta para los españoles,

pues algunos fueron heridos gravemente, como Alonso de Alvarado y un comendador de S. Juan, cuyo nombre no refieren los historiadores. Almagro no creyó conveniente atacar á los indios en el peñol, en que se habían fortificado y continuó su viaje hacia San Miguel de Piura, donde descansaron pocos días, para seguir después á Pachacámac á verse con Pizarro. Allí pagó éste á Alvarado los cien mil pesos que habían pactado en Riobamba con Almagro, y entre manifestaciones de cortesanía y lealtad pusieron término los tres capitanes á un negocio, que amenazaba empapar en sangre española la ya maltratada tierra ecuatoriana.

Alvarado volvió á su gobernación de Guatemala y en su compañía partieron también muchos capitanes que no quisieron quedarse en el Perú, y varios otros españoles de aquellos que, habiendo allegado en la colonia grandes tesoros, regresaban á disfrutar de ellos en la tierra patria; pero la mayor parte de los soldados se quedó en el Perú, y algunos en el Reino de Quito al servicio de Benalcázar, y tanto éstos como aquellos, desempeñaron un papel muy importante en los acontecimientos posteriores. Entre los que vinieron con Alvarado y se quedaron en el Perú se cuentan Garcilaso de la Vega, padre del historiador, y Rada, jefe de los conjurados que asesinaron á Pizarro: de los que se quedaron con Benalcázar el más famoso fué Juan de Ampudia, que tan funesto renombre alcanzó después por sus crueldades en la conquista de Quito y descubrimiento del valle del Cauca en Colombia.

Los españoles que se quedaron en el Perú al

servicio de Almagro y de Pizarro después de haber venido en la expedición de Alvarado, eran entre los compañeros de armas motejados con el nombre de *vendidos*, aludiendo al convenio que hizo su jefe (4).

Apenas podrá encontrarse en la historia una expedición que haya prometido más en sus principios y que haya tenido un éxito tan infructuoso como la del Adelantado de Guatemala, pues, al vanidoso caudillo no le quedó más gloria, si gloria puede llamarse, que la del mercader, á quien una circunstancia inesperada le ofrece ocasión de hacer una pingüe grangería.

Alvarado acabó poco después su vida de una manera desgraciada estropeado por un caballo, á tiempo que se hallaba ocupado en cierta expedición militar, por encargo del Virrey de Méjico, contra los indios de Nueva-Galicia.

---

(4) Nos parece oportuno hacer notar aquí una inexactitud de nuestro historiador el P. Velasco. Dice este autor que Juan de Ampudia vino con Benalcázar en la primera expedición; mas consta que no vino sino con Alvarado: por tanto, si hay inexactitud en cuanto al tiempo de la venida de este personaje, desgraciadamente célebre en nuestra historia, creemos que son también inciertos los hechos en que el P. Velasco lo hace figurar antes de la expedición de Alvarado, pues no podía hacer nada en esta tierra quien hasta entonces no había venido á ella.

CAPITULO SEPTIMO

Fundación de la ciudad de Quito.

Nuevos combates con los indios.—Rumiñahui cae prisionero.—Muerte de Quizquiz. — Fundan los españoles la ciudad de Quito. — El primer templo católico. — Los primeros sacerdotes. — Ocupaciones de los colonos. — Fundación de los primeros conventos de religiosos. El Dorado. — Excesos de crueldad. — Suplicio de Rumiñahui y de otros jefes indios. — La agricultura en la colonia. — Fray Jodoco. Fundación de las ciudades de Porto-viejo y Guayaquil. — Reflexiones sobre la conquista. — Los hijos del Inca Atahuallpa. — Levantamiento general de los indios del Perú contra los conquistadores. Por qué no se llevó á cabo éste en Quito.

I

Mientras los españoles, divididos en contrarios bandos, se ocupaban en disponerse para combatir entre ellos mismos, Rumiñahui y otros jefes indios levantaban gente y hacían armas para reconquistar la tierra de sus mayores, librándola de las manos de los extranjeros. Verificado el avenimiento de paz entre el Mariscal Almagro y el Adelantado Alvarado, la conquista y pacificación completa del Reino de Quito fué la empresa, que, sin pérdida de tiempo, resolvieron Almagro y Benalcázar llevar á cabo. Una casualidad próspera había aumentado considerablemente la pequeña pero intrépida hueste de los conquistadores; contaban ya con gran número de aventureros, impacientes por hacer fortuna,

los cuales, venidos desde la remota Guatemala en busca de los tesoros de Quito, cuya riqueza tanto ponderaba la fama, no veían el momento de saciar sus deseos, adueñándose de una tierra, por cuya posesión habían expuesto tantas veces la vida. Antes de ponerse en camino de Riobamba para San Miguel de Piura, confirmó Diego de Almagro á Benalcázar en el cargo de teniente de gobernador por Don Francisco Pizarro en las tierras de la banda equinoccial, con plenos poderes para pacificarla toda á nombre de su Majestad. Benalcázar, como hábil capitán, antes de salir á campaña con las tribus indígenas que le cerraban el camino para Quito, la capital del reino de los Scyris, pasó revista á su ejército, hizo los nombramientos en los sujetos que le parecieron mejores, y con trescientos hombres bien armados principió su nueva jornada por el mes de Setiembre del año de 1534, con el fin de redondear la conquista del reino.

Cuando todavía estaba en Riobamba, recibió embajada de parte de cierto cacique llamado Chamba, el cual se le entregaba de paz con todos los indios de su comarca. Para mayor seguridad de la paz prometida, el cacique recibió en su pueblo á algunos españoles enfermos, que habían llegado recientemente de Castilla, prometiendo cuidar de ellos y regalarlos. Pero el fementido procedía con traición, y, para ocultar mejor su dañado intento, fingió que iba en compañía de Benalcázar, sirviendo con sus indios al ejército castellano: hacían las mismas jornadas que los conquistadores y formaba sus tiendas donde éstos hacían alto, colocándose siempre á alguna distan-

cia del real. Los castellanos no le perdían de vista y observaban con sagacidad todos sus pasos, temerosos de alguna traición. A la tercera jornada, un español, de los que hacían de centinela, penetrando silenciosamente en el campo de los indios, se dirigió hacia la tienda del cacique, en són de darle los buenos días, porque era la hora en que principiaba á rayar el alba; mas halló la tienda vacía y, observando el campo, echó de ver cómo todas las demas tiendas, formadas á la redonda, estaban desiertas, y conociendo por ahí lo que había sucedido, al punto dió á Benalcázar aviso de la fuga del cacique con sus indios.

El capitán español, despachó inmediatamente á Juan de Ampudia con ocho de á caballo y algunos peones, en persecución de los fugitivos. Estos habían tomado diverso camino, para llegar pronto á su pueblo y matar á los enfermos; pero Ampudia se dió tanta diligencia en perseguirlos, sospechando ya el fin con que se habían huído, que llegó al pueblo al mismo tiempo que los indios; pues, cuando éstos bajaban por una ladera, Ampudia se aproximaba al pueblo por el camino opuesto y alcanzó á ver á los asustados enfermos hincados de rodillas en la plaza, implorando la misericordia del cielo con las manos levantadas en alto, porque instruídos del plan del cacique por una india de Guatemala que estaba con ellos, aguardaban la muerte como segura. Esta india había venido en el ejército de Alvarado, y así que descubrió el plan de los indios, se lo comunicó á los españoles.

Ampudia dió orden á sus soldados de á caballo de acometer, lanza en mano, á los indios,

para salvar la vida á sus compatriotas, y, después de un ligero pero feroz encuentro, los segundos fueron puestos en derrota y se dispersaron. El cacique Chamba cayó prisionero con otros muchos en poder de Ampudia, quien, para venganza y escarmiento de los demás, lo hizo quemar vivo. De esta manera principió el sanguinario Ampudia á ensayar la ferocidad de que hizo alarde después en la conquista de Quito. Castigados los indios y escarmentados, el capitán español se llevó consigo á sus compañeros, para juntarlos con el ejército de Benalcázar, que marchaba á Quito (1).

Rumiñahui ocupaba en la comarca de Píllaro, hacia un lado del camino real, un peñón, donde se había hecho fuerte; y, como no convenía dejar enemigos á las espaldas, Benalcázar determinó sitiar á los indios y desalojarlos, á viva fuerza, de las breñas en que se habían atrincherado. Dirigió, pues, allá toda la mayor parte de su gente, mandando á Juan de Ampudia, su teniente, que fuese á combatir con Zopozopangui, estacionado cerca de Latacunga en otro peñón. Los jefes indios hacían la guerra á la manera de los Incas, acampando en colinas elevadas, donde formaban sus fortalezas, desde las cuales ofendían á los conquistadores, lanzando sobre ellos grandes piedras, con las cuales no dejaban de causarles mucho daño. Laboriosa en gran manera fué la empresa de rendir el fuerte en que estaba Rumiñahui. Cansados los españoles de ha-

(1) CASTELLANOS.—Elegías de varones ilustres de Indias.—(Parte tercera.—Elegía á D. Sebastián de Benalcázar. Canto primero).

cer esfuerzos inútiles, resolvieron al fin escalarlo con arrojo, desafiando los peligros. Echaron pie á tierra y principiaron á trepar la escarpada y agria peña, que flanqueaba uno de los lados de la fortaleza: al verlos subir, levantaron el grito los indios y se defendieron con grande furia, disparando contra los conquistadores dardos, piedras y haciendo rodar enormes galgas. Los dardos no hacían mucho daño, pero sí las piedras, que, arrojadas con hondas por la mano certera de los indios, estallaban en los morriones acerados de los españoles causándoles terribles heridas en la cabeza, y las galgas dejaban á no pocos quebradas las piernas y bien magullados los cuerpos. Se había puesto ya el sol cuando Benalcázar con sus soldados principió á subir la roca y, ayudados por la oscuridad de la noche, los indios que la defendían salieron de ella, tomando el camino hacia el Oriente; así es que, cuando los españoles llegaron á la cumbre, la encontraron abandonada, por lo que eligieron el mismo punto, para descansar allí hasta la madrugada, curando á los heridos. Al día siguiente continuaron la persecución de los fugitivos, rastreando el camino por donde se habían ido. Después de la toma de la fortaleza, Benalcázar se detuvo algunos días en Píllaro, y desde allí destacó una compañía de á caballo al mando de Diego de Tapia, para que viniendo apresuradamente á Quito, pasara á las provincias del Quinche y de Pifo, donde intentaba fortificarse nuevamente Rumiñahui. La oportuna llegada de Tapia estorbó los planes del capitán indio, y mantuvo sumisas las poblaciones de esos valles. Tantos desastres habían quebran-

tado el ánimo de los indios, que tomaban las armas de mala gana y defendían como á pesar suyo la patria de sus mayores; circunstancias muy favorables para que triunfase completamente el conquistador. El mismo General Rumiñahui no tardó en caer prisionero en manos de los españoles. Un soldado de á pie llamado Miguel de la Chica, lo encontró casualmente en una choza donde el indio se había ocultado; por los adornos de su vestido y por su continente conoció el español que aquel debía ser alguno de los jefes de los indios, y procuró tomarlo prisionero para presentarlo á Benalcázar; pero el indio se defendía gallardamente. Vió la porfiada contienda otro soldado de caballería, apellidado Valle, y espoleando á su caballo, acudió presuroso en auxilio de su compañero, y entre los dos se apoderaron del guerrero indio, holgándose grandemente, así que descubrieron que era Rumiñahui (2).

Mayores fatigas tuvo necesidad de emplear

---

(2) CASTELLANOS.—En la obra citada antes.—(Canto segundo de la misma elegía).

INFORMACION DE MERITOS Y SERVICIOS DE HERNANDO DE LA PARRA.—(i. ar. de I). La captura y prisión de Rumiñahui no sucedió cuando la toma del peñón de Píllaro, sino algún tiempo después. Rumiñahui parece que, desamparando la fortaleza de Píllaro, se pasó á la de Sicchos, donde se había mantenido Zopozopangui; pues, según se infiere de las declaraciones prestadas por los testigos que deponen en la información de Hernando de la Parra, éste encontró á Rumiñahui en las montañas de Sicchos, y el indio se arrojó de una peña abajo, para no dejarse tomar prisionero y poco después fué cogido por dos soldados españoles, de los que, por orden de Benalcázar, andaban ocupados en la pacificación y reducción de las provincias de la costa.

el ejército castellano, para enseñorearse de la peña donde estaba atrincherado Zopozopangui. Enormes rocas, tajadas á plomo, no ofrecían por ningún lado acceso á la cima; no obstante, el ojo experto del español descubrió que por un punto la peña podía ser tomada por medio de escalas, como los muros de un castillo. Para maniobrar con más cautela en la oscuridad, aguardaron la noche: así que ésta hubo avanzado en su curso, cuando todo el campo estaba en profundo silencio, dirigiéndose por ciertas estrellas que habían tomado por norte, se encaminan á la fortaleza, y arriman las escalas á la peña: Florencio Serrano es el primero que sube por ellas, y aunque encuentra que todavía no alcanzaba á tocar en lo llano, no se desalienta; echa la rodela á las espaldas, pone la espada á la boca y, agarrándose con ambas manos de la peña, logra con gran trabajo ponerse encima. Síguele, haciendo iguales esfuerzos, otro soldado, llamado Gómez Fernández. Una vez ambos en lo alto, ayudan á subir á los demás, haciéndoles cogerse de los extremos de una manta, que tienen asida con gran firmeza. Los indios dormían descuidados, y por el mucho frío de la noche se habían recogido en grupos apiñados, para calentarse recíprocamente. El grito de *Santiago!!*....que dieron los españoles, los despertó de repente y su turbación y asombro no tuvieron término, encontrándose con los enemigos que los herían sin piedad. Unos, por huír, se despeñaban de lo más alto de las rocas; otros corrían desatentados, sin atinar con el camino en la oscuridad. Su fortaleza, para ellos inexpugnable, había sido tomada por los extran-

jeros. Muchos indios fueron hechos prisioneros, otros se mataron despeñándose. Zopozopangui huyó, pero pocos días después cayó también en poder de Ampudia. Le convidó éste con la paz; y, aunque al principio el indio rehusó aceptar el partido que le proponían, alegando que los españoles no cumplían nunca su palabra, con todo, al fin se presentó al capitán español, juntamente con Quingalumba y otros caciques, á quienes la defensa de la patria parecía ya imposible.

En el corto espacio de algunos meses la tierra toda del antiguo Reino de Quito había sido pacificada: los guerreros indios habían ido sucumbiendo uno después de otro; el valiente y atrevido Rumiñahui estaba preso, y en prisiones gemían también los otros jefes indios, que habían peleado defendiendo del conquistador su tierra y su libertad: Quizquiz había sido asesinado por el mismo Huayna-Pálcon, á quien pretendía ensalzar sobre el antiguo trono de los Scyris; otros muchos caciques de diversos pueblos se habían aliado con los conquistadores, y ayudádoles á apoderarse de su propia patria, peleando contra sus hermanos en auxilio de los extranjeros; la conquista de la tierra ecuatoriana estaba, pues, terminada; restaba solamente que el conquistador le tomase cariño y fijara en ella su hogar.

El intrépido Quizquiz, observando que con Almagro y Alvarado se volvían más de trescientos españoles, creyó ó que la tierra de Quito había sido abandonada, ó que quedaban en ella tan pocos extranjeros, que sería muy fácil acabar con ellos, y así aceleró su marcha hasta llegar á las alturas de Riobamba, donde fué informado del pode-

roso ejército de cristianos que estaban ocupados en guerrear con Rumiñahui. No tardó Quizquiz en tener noticia de la derrota de éste, y se hallaba inquieto sin saber qué partido tomar; quería retroceder, reclutar fuerzas y seguir haciendo resistencia: sus compañeros de armas estaban discordes en el consejo, pues unos querían morir peleando, al paso que otros, cansados de la guerra y faltos ya de bríos por su mala fortuna, proponían como el único partido aceptable entregarse de paz y someterse á la dominación de los venturosos extranjeros. Al ánimo noble y altivo de Quizquiz le pareció indigno semejante modo de pensar y reprendió á sus compañeros, tratándolos de viles y de cobardes; airado entonces Huayna-Pálcon, uno de los que habían hablado consejos de paz, hirió á Quizquiz, dándole un bote de lanza en el pecho, y acercándose al momento otros capitanes con porras y mazas le acabaron de matar. Así terminó su vida á manos de los mismos indios uno de los más leales y esforzados Generales del ejército de Atahuallpa. Vuelto en sí de la cólera ponderó Huayna-Pálcon su hecho y, lleno de dolor, púsose á lamentar al desventurado Quizquiz. De este modo los mismos indios cooperaron á la ruina de su nación, á la servidumbre de su raza y al afianzamiento de la dominación castellana (3).

(3) PRESCOTT.—Historia de la conquista del Perú.—(Capítulo nono, Libro tercero).—El historiador norte-americano se apoya en la autoridad de Pedro Pizarro, de Sancho, de Naharro y de Oviedo.

II

Hemos referido los principales acontecimientos que se verificaron al tiempo de la conquista: cuando ésta se hubo terminado, los conquistadores se ocuparon en fundar pueblos y ciudades en la tierra, de que por medio de las armas se habían enseñoreado.

La primera fundación española que se hizo en la tierra ecuatoriana fué la ciudad provisional, dirémoslo así, llamada *Santiago de Quito,* en las llanuras donde estuvo la antigua Riobamba. Los dos ejércitos, el del Mariscal don Diego de Almagro y el del Gobernador de Guatemala don Pedro de Alvarado, estaban á punto de venir á las manos, cuando Almagro resolvió verificar allí, en el mismo sitio donde estaba, la fundación de una ciudad, para alegar de esa manera la anticipada posesión de la tierra, en donde se había introducido tan incautamente el Adelantado. Verificóse, pues, la fundación de la ciudad, que llamaron Santiago de Quito, según lo hemos referido ya antes, el quince de Agosto de mil quinientos treinta y cuatro: nombráronse alcaldes y regidores, y aún fueron distribuídos solares á algunos castellanos, que se presentaron ante el escribano, pidiendo ser inscritos en el número de los vecinos de la nueva ciudad.

Celebrado pocos días después un pacífico avenimiento con Alvarado, resolvió el Mariscal don Diego de Almagro que, la reciente fundación se trasladara al punto donde había estado la ciudad de los indios conocida con el nombre de *Quito;* por ser ese sitio mejor y más cómodo para

edificar ciudad de españoles. Este acuerdo se dió el 28 de Agosto de 1534; y ese mismo día se celebró el acta de la fundación de la nueva ciudad, á la cual se le puso el nombre de *San Francisco*, no porque hayan entrado los conquistadores en la ciudad el día 4 de Octubre, sino por honrar la memoria de Pizarro, Gobernador del Perú, con cuya autoridad y poderes se hacía la nueva fundación. Esta es la verdadera fundación de Quito y, por tanto, su verdadero fundador fué el Mariscal Don Diego de Almagro, quien dió á la nueva población el nombre de Villa de San Francisco, hizo el mismo día el nombramiento de alcaldes y regidores, les tomó juramento de cumplir bien con sus cargos y eligió á Sebastián de Benalcázar teniente de Gobernador en estas provincias: cargo que hasta entonces había estado ejerciendo el mismo Mariscal en nombre y con poderes de Don Francisco Pizarro.

Celebróse luego ante el escribano del Rey, Gonzalo Díaz, acta solemne y escritura de todo lo acordado, y, como Almagro no supiese escribir, á ruego y encargo suyo, la firmó otro español, llamado Juan de Espinosa. De todos estos documentos se deduce que los conquistadores fundaron dos pueblos, el uno llamado la ciudad de Santiago de Quito, y el otro la Villa de San Francisco también de Quito, porque con este nombre designaban entonces los conquistadores toda esta tierra, región ó comarca; así es que aquella expresión *de Quito* equivale á la del Ecuador, que empleamos nosotros ahora. Dadas estas disposiciones, Almagro partió para el Perú en compañía de Alvarado.

La fundación de ésta nuestra ciudad de Quito se hizo, pues, cuarenta y dos años después del descubrimiento de América, el día en que se cumplía un año cabal de la muerte de Atahuallpa: reinaban en España Carlos V y su madre Doña Juana la loca: gobernaba la Iglesia el Papa Clemente VII, y había principiado ya en Inglaterra Enrique VIII la persecución contra los católicos.

Tres meses enteros tardó Benalcázar en trasladarse á Quito, y su segunda entrada la verificó el día seis de Diciembre del mismo año de mil quinientos treinta y cuatro. Habiendo llegado á las inmediaciones de Quito en la tarde del día anterior, juzgó prudente hacer alto en las llanuras de Turubamba, donde durmió aquella noche, y á la mañana siguiente, así que hubo verificado su entrada en la ciudad, reunió el cabildo y lo declaró instalado, á fin de que los miembros de aquella corporación principiaran á desempeñar sus oficios. Dispuso también que cuantos castellanos quisieran avecindarse en la nueva ciudad se presentaran á dar sus nombres ante el escribano público; y aquel mismo día se hicieron inscribir doscientos cuatro españoles, que fueron los primeros pobladores y vecinos de Quito.

Los alcaldes del primer Municipio de Quito fueron Juan de Ampudia y Diego de Tapia; y los regidores, Pedro de Añasco, Juan de Padilla, Alonso Fernández y Martín de Utrera. El primer escribano fué Gonzalo Díaz (4).

(4) Nos referimos al primer libro de actas de la Municipalidad de Quito, conocido con el nombre de *El libro verde*, el cual contiene originales todos los acuerdos y resoluciones.

El Gobernador Benalcázar hizo luego la distribución de solares á los nuevos vecinos, eligiendo por término de medida ciento sesenta pasos para cada vecino; y asignando una cuadra para cada dos vecinos. Las primeras casas que principiaron á edificar fueron las del lado del Norte de la ciudad, como quien va de la plaza al ejido. El terreno en que fué edificada por los españoles la ciudad de Quito, no es por cierto, ni el más hermoso, ni el más cómodo; pero los conquistadores lo prefirieron á otros mejores, como un excelente punto extratégico, para defenderse de los indios, que les hacían la guerra sin treguas, en los primeros años de la conquista; pues, como los españoles eran pocos y los indios muchísimos, se vieron obligados aquellos á buscar un sitio que les

del primer Ayuntamiento, desde el acta de fundación de la ciudad de Santiago de Quito, el 15 de Agosto de 1534, hasta el año de 1541. — Por medio de las actas de este libro, hemos podido fijar con toda exactitud la verdadera fecha de la fundación de esta ciudad de Quito.

Hasta ahora se había tenido como cosa cierta que la fundación de Quito se verificó el día 4 de Octubre de 1534: así lo dicen expresamente Castellanos y otros escritores. El P. Velasco, fundado no sabemos en qué documentos, refiere que Benalcázar entró á Quito en la Pascua de Pentecostés de 1534: la primera entrada de este capitán la fija el mismo historiador á fines de Diciembre de 1533. Ninguna de las dos fechas es exacta. La primera entrada de Benalcázar en Quito pudo suceder, tal vez, en Mayo ó Junio de 1534, pues el 15 de Agosto de aquel mismo año Benalcázar acompañaba á Almagro en la fundación de la ciudad de Santiago en Riobamba: la fundación de Quito se hizo el 28 del mismo mes y año por Almagro, á nombre y con autoridad de Pizarro, como reza el acta de fundación que tenemos á la vista en el primer libro de actas del Cabildo de Quito. De este mismo docu-

presentara comodidad para la defensa contra los ataques y acometidas que les daban los indígenas, principalmente de noche. El punto que escogieron para principiar á poblar, les ofrecía muchas ventajas para la defensa, pues las dos quebradas profundas que rompen el plano de la ciudad, pasando ahora por medio de ella, quedaron entonces delante de la plaza mayor, como dos fosos naturales, que, puestos uno tras otro, la defendían por ese lado de los enemigos; por el lado del Oriente corre, en dirección de Norte á Sur, otra quebrada menos profunda que las dos anteriores, y al Setentrión se hallan los espaciosos llanos del ejido, donde podía desplegar todos sus recursos la caballería, en caso de un ataque. El sitio donde se principió, pues, á edificar la ciudad, quedaba como naturalmente resguardado por todos lados (5).

---

mento auténtico, y por consiguiente decisivo en este punto, consta que la segunda entrada de Benalcázar se verificó no á fines sino en los primeros días de Diciembre de 1534. De aquí podemos deducir también que la nueva ciudad se llamó *San Francisco*, no porque la hubiesen tomado los conquistadores el 4 de Octubre, sino para honrar con el nombre impuesto á Quito al santo, cuyo nombre llevaba el conquistador.

(5) En cuanto á los motivos que tuvieron los conquistadores para edificar la ciudad en el sitio en que está actualmente, véase la *Relación general de las poblaciones españolas del Perú*, hecha por SALAZAR DE VILLASANTE.—"Informéme de algunos españoles que fundaron aquella ciudad, "qué fué la causa de fundar aquella ciudad en tal asiento y "tan malo, y dijéronme dos razones, la una, que porque esta-"ba más fuerte para defender de los indios, que entonces no "estaban tan asentados como agora y de paz; lo otro, porque "allí hace grandes aires y está más guardada de ellos, por es-

Hecha la distribución de solares, comenzaron los primeros pobladores de Quito á construir con afán casas de tabique, donde habitar, deshaciendo las chozas de los indios, para aprovecharse en las nuevas fábricas de los materiales de las antiguas. Edificaron también un templo provisional, rústico y sencillo, para dar culto al verdadero Dios, y con el templo y el Municipio quedó formada la nueva ciudad. El templo estaba al extremo de la ciudad, en la salida de ella por el camino del Norte, y fué el que hoy conocemos con el nombre de Belén y entonces se llamó la Vera-Cruz. Andando los tiempos y edificada en un lado de la plaza mayor la iglesia parroquial, ese primer templo quedó abandonado y se arruinó. El Rey de España dió órden para que se reedificara, y Don José de Villalengua, Presidente de la Real Audiencia, á fines del siglo pasado, construyó una capilla, sobre la misma traza del antiguo templo, la adornó poniendo el retablo de madera, que se conserva todavía, y colocó en la pared derecha, para perpetua memoria, una inscripción latina, esculpida en una lápida de mármol.

Nunca hemos podido entrar sin grandes emociones de respeto y veneración en esa pobre y humilde capilla de Belén; sus muros ruinosos, pero todavía en pie, son un mudo testigo de los tiempos que han pasado. Ese fué el primer templo que en estas comarcas se levantó al verdadero

"tar debajo de la sierra y los aires pasan por alto y no lo su-
"fren tanto."—(Relaciones geográficas de Indias. — Tomo primero).

Dios; allí fué donde, por la primera vez, se ofreció al Altísimo el augusto sacrificio del cuerpo y sangre adorables de Jesucristo; allí, puestos de rodillas y agachada la orgullosa frente, los altivos conquistadores se confundieron con los indios, asombrados al ver las graves ceremonias del culto cristiano; allí, vencidos y vencedores, amos y siervos, adoraron á Dios, llamándole Padre; aquellos, en el silencio de su oración; éstos, con las primeras palabras de un idioma desconocido, todos, en el lenguaje del alma que Dios entiende: porque la Religión recordaba á todos, á vencidos y vencedores, á amos y siervos, el dogma sublime de la fraternidad cristiana. Ese pobre templo, todavía en pie, á pesar, de su estado de ruina y de decadencia, es el emblema de la Santa Iglesia Católica, contra quien embisten furiosos los poderes de la tierra sin lograr destruirla: al parecer, nada la sostiene; y, cuando sus enemigos la creen destruída y muerta para siempre, ella se alza y yergue majestuosa de entre sus mismas ruinas!!.... (6),

(6) Consta que la capilla de Belén fué el primer templo que hubo en Quito, por la inscripción que se halla grabada en una lápida, puesta en la pared interior de la derecha, en la misma capilla: de esa inscripción copiamos las palabras siguientes, dejando las que no hacen al caso:

Hocce sacellum

tam idolatris infensum, quam infestum idolis
quod, si avitae i. poster. tradit. fides,
a prim. paganor. debelator. conditum
incruen. sacror. relig. celebre
ligno q. i. quo mundi sal. emp. nuncupatum.

Entre los primeros pobladores y vecinos de Quito se cuentan dos sacerdotes seculares, cuyos nombres nos ha conservado el acta de la fundación de la ciudad, y fueron los clérigos Juan Rodríguez y Francisco Jiménez; sin duda, ellos fueron los primeros que principiaron á administrar sacramentos en la nueva ciudad.

Domadas ya las tribus comarcanas, y reducidas de paz, los indios fueron deponiendo las armas y los conquistadores se ocuparon en fabricar mejores y más cómodas casas en la ciudad: destruyeron las primeras que habían hecho al principio y fabricaron otras de adobe con cubiertas de paja; delinearon la plaza principal y á un lado de ella, el que da al Mediodía, construyeron, también de tapias y con techumbre de paja, la primera iglesia parroquial. El aspecto que debió presentar entonces á la vista la naciente ciudad era el de un grupo de chozas pajizas, diseminadas, á trechos, en unas cuantas hileras en los declives de la falda oriental del Pichincha. Como la ciudad principió á fabricarse en el mes de Diciembre; cuando, con las lluvias de invierno

---

....

iniur. tempor. incuria q. homin, tamen, oh nefas!
senio confectum, ruinis deforme, ac paene iam dirutum,

....

sartum tectum servare; imo verius, eleganter c. c.

El Cabildo civil en el informe que dirigió al Rey sobre las obras públicas debidas al Presidente Villalengua; la memoria dejada por el mismo Presidente á su sucesor; una cédula real citada por Ascaray y otros documentos fidedignos atestiguan que la capilla de Belén fué el primer templo católico que hubo en Quito y, sin duda, en todo el Ecuador.

en los siguientes meses, las lomas del contorno, las colinas y cañadas se vistieron de verdor, la entonces reducida Quito con su grupo de chozas de paja debió resaltar hermosamente entre el variado matiz de verdura que engalanaba los campos. Las profundas quebradas, todavía no cubiertas con sólidos puentes como están ahora, separaban unas de otras las partes de la población; la colina redonda y hermosa del Panecillo descollaba á un lado, viendo formarse á sus plantas la ciudad, y desde la suave pendiente, donde después se levantó el convento de San Francisco, asomaba el gigantesco monte de Cayambi, brillando con su manto de nieve á los últimos rayos del sol poniente. Los españoles debieron regocijarse, contemplando la hermosura del espectáculo que la naturaleza presentaba á sus ojos en la abrasada zona tórrida, que los antiguos creyeron inhabitable.

El Cabildo hizo el nombramiento de Cura en la persona del sacerdote Juan Rodríguez, uno de los primeros vecinos de Quito. Mas, ¿de dónde le venía al Cabildo el derecho de hacer ese nombramiento? De quién recibía entonces el párroco la jurisdicción espiritual, anexa á su sagrado ministerio? Esta es una cuestión curiosa é interesante, muy digna de ser estudiada en nuestra historia. Los Reyes de España, por concesión de la Sede Apostólica, ejercían en América un derecho de patronato muy extenso; pues no sólo tenían el patronato que podía pertenecerles según el Derecho común, sino además un patronazgo rico en privilegios y prerogativas, por las cuales los Monarcas españoles fueron cons-

tituidos verdaderos Delegados de la Sede Apostólica en el Nuevo Mundo (7).

Siempre que se emprendía un nuevo descubrimiento ó conquista, el Rey, así como para el gobierno temporal instituía Adelantados, Gobernadores, Mariscales, &., así también para lo espiritual procuraba que fuesen erigidos obispados y nombrados obispos, que cuidaran de las necesidades espirituales de los conquistadores y colonos y trabajaran en la conversión y reducción de los indios á la fe católica. También ponían los Reyes grande diligencia en que pasasen á los países nuevamente descubiertos sacerdotes de buenas costumbres, á quienes, al concederles permiso para venir á las Indias, se les prevenía apercibirse de las facultades necesarias para ejercer el santo ministerio. Antes de la conquista del Perú ya fué creado por el Rey el obispado de Túmbez, y designado para gobernarlo como primer obispo el célebre Luque, canónigo de Panama. Después de los días de éste, fué erigido el obispado del Cuzco y su primer obispo fué el P. Fr. Vicente Valverde. Así es que Quito al principio fué curato ó parroquia del Cuzco, el primero y el único obispado que había entonces en todo el Perú; pues los obispados en los principios de la conquista más bien estaban demarcados por las personas sujetas á la jurisdición espiritual de los Prelados, que por los límites territoriales de las diósesis. El Cabildo de Quito no hizo, pues, otra

(7) SOLORZANO.—Política indiana.—(Libro cuarto, capítulos segundo y tercero). Más ampliamente en su obra latina de *Jure Indiarum*.

cosa sino designar el párroco, ejerciendo así el derecho de patronato de los Reyes, como solía practicarse en semejantes casos á los principios de toda nueva conquista ó fundación. No sólo á los eclesiásticos, sino á los mismos seculares les era prohibido pasar á las Indias, sin previa autorización del Gobierno.

Hay además otra circunstancia, muy digna de llamar la atención, acerca de la manera cómo se hacían los nombramientos de curas en los principios de toda nueva conquista, pues entonces los Ayuntamientos de las ciudades recién fundadas, ejerciendo, como hemos dicho, por delegación del Soberano el derecho de patronato propio del Rey, nombraban un sacerdote para que desempeñara en la nueva población el ministerio de párroco, tanto para con los indios, como para con los españoles; pero este nombramiento, aunque daba al designado el derecho de percibir los frutos, no le confería la propiedad del beneficio. Eran beneficios eclesiásticos de esos que se llaman amovibles *ad nutum;* por esto, como sucedió pocos años después con el presbítero Juan Rodríguez, primer cura de Quito, los mismos Ayuntamientos que habían hecho el nombramiento de párroco en algún sacerdote de los que acompañaban al ejército de los conquistadores, lo removían y nombraban á otro, cuando les parecía conveniente. El derecho de presentar para todo beneficio eclesiástico, con título de propiedad, estaba reservado exclusivamente al Rey.

III

Dentro de pocos años la población de la nueva ciudad creció considerablemente, pues la fama de su clima suave y benigno, de su hermosa campiña y fértiles terrenos atraía vecinos y moradores, que llegaban á Quito de lejanas distancias. Entre los que acudían á vivir en la recién fundada ciudad vinieron también, en diversos tiempos, religiosos de las principales órdenes monásticas establecidas entonces en el Nuevo Mundo.

Los primeros religiosos que se establecieron y fundaron convento en Quito fueron los Franciscanos.

Los primeros Franciscanos que vinieron al Perú fueron los Padres Fr. Francisco de los Angeles, Fr. Pedro Portugués, Fr. Francisco de la Cruz y Fr. Francisco de Santa Ana, con Fr. Marcos de Niza, Superior ó Comisario de ellos. Fr. Marcos de Niza era natural de Saboya, vino á América el año de 1531 y, oyendo hablar en la Isla Española de los grandes descubrimientos que acababan de hacerse en las costas del Mar del Sur, formó la resolución de venir acá, para ocuparse en la predicación del Evangelio en estas comarcas, donde no dudaba que habría mucha falta de sacerdotes. Pasó con este fin á Nicaragua, desde donde se hizo á la vela para el Perú en la misma embarcación en que venía Benalcázar, trayendo auxilios á Pizarro, para que llevase adelante la conquista del imperio de los Incas. Fr. Marco de Niza siguió á los conquistadores has-

ta Cajamarca, donde estuvo cuando la muerte de Atahuallpa, y acompañó después á Benalcázar en su segunda expedición á la conquista de Quito; así es que este religioso fué uno de los primeros sacerdotes que predicaron en estas provincias el Evangelio. Volvióse con Alvarado á Nueva España, y por encargo del Virrey Mendoza, Marqués de Cañete, emprendió dos veces la expedición á las provincias de Culhuacán y llegó hasta la famosa ciudad de Cibola. Como este último viaje lo hizo á pie, andando descalzo por más de trescientas leguas, cuando volvió á Méjico se postró completamente, quedando baldado de pies por algunos años.

El P. Niza fué uno de aquellos sacerdotes virtuosos y doctos que, para honra de la Iglesia católica, vinieron á América en la época de la conquista. Amó á los indios, se compadeció siempre de ellos, púsose con laudable curiosidad á investigar sus tradiciones y trabajó, aunque en vano, por defenderlos de la tiranía de los conquistadores. En Méjico fué Provincial de los frailes de su Orden, y murió en la misma ciudad en 1558. Escribió dos breves tratados históricos acerca de los usos, costumbres y tradiciones de los indios de Quito, y dió al famoso Padre Las-Casas una sucinta memoria sobre las crueldades cometidas por los españoles en la conquista de Quito, la cual fué insertada por el Obispo de Chiapa en su tratado sobre *La brevísima destrucción de las Indias.* Los otros dos no se han publicado hasta ahora (8).

(8) BETANCURT.—Menologio franciscano.—(Día 25 de Marzo).

El convento de Franciscanos de Quito es el más antiguo de la ciudad y de toda la República, pues se fundó, pocos días después de fundada la ciudad, á saber el 25 de Enero de 1535, bajo la advocación de S. Pablo, porque ese día celebra la Iglesia la conversión de aquel glorioso Apóstol. Fueron sus fundadores tres religiosos, mandados al Perú desde Méjico por el Comisario de la Orden, residente en aquella ciudad. Esos tres primeros Padres fueron Fr. Jodoco Ricki, natural de Malinas, Fr. Pedro Gosseal, también flamenco de nación y Fr. Pedro Rodeñas, castellano, los cuales vinieron á Quito, á pie, y se presentaron á Benalcázar con recomendaciones de Francisco Pizarro para que se les ayudase á construir un convento en la recién fundada ciudad. Fr. Jodoco pidió de limosna, por amor de Dios, al Cabildo de Quito que le diesen sitio donde edificar iglesia y convento de su Orden. Como la nueva ciudad estaba dedicada á San Francisco de Asís y como llevaba el nombre del Santo, los conquistadores señalaron y dieron á Fr. Jodoco el sitio que les pareció mejor y más adecuado, y contribuyeron con cuantiosas limosnas para la construcción de la iglesia y convento, porque querían, según lo indicaba Pizarro, que el convento de San Francisco fuese el mejor y más galano edificio que tuviese Quito. La devoción de los primeros conquistadores heredaron sus descendientes; y ahí está, para orgullo y gloria de Quito y para testimonio de la generosa piedad de nuestros mayo-

Torquemada.—Monarquía indiana.—(Libro vigésimo, Capítulo quincuagésimo segundo).

res, ahí está, elevado sobre un magnífico atrio de piedras sillares, el suntuoso Monasterio de los pobres hijos de San Francisco (9).

Delinearon los conquistadores una de las plazas de la ciudad delante del convento y le señalaron indios para que se ocuparan en la construcción de la nueva fábrica. Esta, al principio, fué una choza humilde á uno de los extremos de la plaza: los Padres construyeron primero su iglesia, sencilla y pobre, en el punto donde está ahora el templo de San Buenaventura, pues la iglesia grande y el convento tardaron más de un siglo en terminarse. El convento, en que vivieron en aquellos primeros años, fué también una pobre casa de paja con un dormitorio y algunas celdillas (10).

Tres años después de la fundación del convento de Quito, á saber, en el año de 1538, Fr. Jodoco reunió á todos los religiosos que había en estas provincias; y, juntos todos en Congregación, con privilegios que para ello tenían por una Bula de Adriano VI los Franciscanos de América, eligieron por primer Custodio al mismo Fr.

---

(9) CORDOVA y Salinas.—Crónica de la religiosísima provincia de los Doce Apóstoles del Perú de la Orden de San Francisco.—(Libro primero, Capítulos 8°, 9°, 10°, 15° y 16°). — Nos apoyamos también en el *Libro verde* de la Municipalidad de Quito, en cuyas actas constan las concesiones de terreno para edificar casas que hicieron los del Cabildo, á los primeros vecinos y pobladores de esta ciudad.

(10) DESCRIPCION DE LA CIUDAD Y DE LA PROVINCIA DE QUITO.—(Hecha á fines del siglo décimo sexto; se conservaba inédita en el archivo de la Real Academia de la Historia en Madrid. Nosotros poseemos una copia manuscrita).

Jodoco. Así como custodia se gobernó por varios años, aun después de la erección de la provincia del Perú, que llamaron de los doce Santos Apóstoles, para perpetuar la memoria de los doce primeros frailes fundadores de ella, á quienes, por su ejemplar y santa vida, el pueblo llamaba los doce apóstoles. El primer Guardián del convento de Quito, fué P. Gosseal, uno de los dos compañeros de Fr. Jodoco. La custodia de Quito formaba parte de la provincia del Perú erigida en 1553.

En los primeros años de la fundación los Padres alcanzaron de Carlos V una cédula, por la cual se adjudicó en propiedad á los indios que servían al convento una legua de terreno, medida desde el mismo convento para atrás hacia las faldas del Pichincha. Los Padres Franciscanos recogieron más tarde y mantuvieron en su convento á algunos individuos de la familia de los antiguos soberanos de Quito, que habían venido á extrema pobreza. Estos eran un hijo de Huayna-Cápac y dos hijos de Atahuallpa; uno, cuyo nombre ignoramos, y otro llamado Francisco Topatauchi. Ambos quedaron muy niños todavía cuando la muerte de su padre. El Rey de España les concedió después una pensión para que tuviesen con qué sustentarse. Estos príncipes desheredados habían abrazado con fervor la religión cristiana y vivían al amparo de los religiosos de San Francisco. Y no eran éstos los únicos que habían abrazado la fe cristiana entre los principales indios de estas provincias, pues antes que ellos la habían recibido Chalcuchima, tío de Atahuallpa, y régulo de los Puruhaes, á quien admi

nistró el bautismo el P. Niza, imponiéndole su nombre, y llamándole Marcos, por haberlo pedido así el mismo indio, como prenda de cariño y veneración al religioso (11).

El sitio elegido para la fundación del convento de San Francisco fué el punto donde existían las casas de algunos de los grandes señores de la tierra, en la época en que Quito fué corte y residencia predilecta del Inca Huayna-Cápac; y aun el acueducto, que todavía trae el agua desde el cerro de Pichincha al monasterio, fué construído en la misma canal que servía, en tiempo de los Incas, para llevar agua á una de las fuentes públicas de la ciudad.

El segundo convento que hubo en Quito fué el de los Padres de la Merced, pues, el cuatro de Abril de 1537, concedió el Cabildo de la ciudad al P. Fr. Hernando de Granada, mercenario, solares para que edificase iglesia y convento de su Orden, y además dos fanegas de tierra para sembrar, las cuales, según se lee en el acta del Cabildo, estaban en frente de la casa de placer del rey Inca Huayna-Cápac (12).

Entre los primeros religiosos mercenarios que vinieron á Quito se distinguió Fr. Martín de Victoria, castellano, por su mucha facilidad para aprender las lenguas indígenas, pues, en muy breve tiempo llegó á hablar expeditamente la del Inca, y fué el primero que ejercitaba en ella en su con-

(11) VELASCO.—Historia del Reino de Quito.—(Historia antigua. Libro cuarto, parágrafo quinto).

(12) Esto se deduce claramente del *Libro verde* de la Municipalidad de Quito.

vento á varios clérigos y á los religiosos de su Orden.

Pocos años después de fundado el convento tenía ya un número considerable de religiosos, entre los cuales, se cuentan Fr. Sebastián de Trujillo, primer Comendador, y pariente de Pizarro, y Fr. Miguel de Orénes, que llegó á vivir ciento diez años y fué dos veces Provincial de su Orden en el Perú (13).

Aunque el P. Fr. Alonso de Montenegro, acompañó á Benalcázar en la conquista de Quito, los padres Dominicanos no fundaron convento de su Orden en esta ciudad sino cinco años más tarde; pues el 1° de Junio de 1541, concedió el Cabildo á Fr. Gregorio de Zarazo sitio para que edificase convento, á petición del mismo Padre, quien alegaba la falta que había en esta tierra de sacerdotes que se ocupasen en la predicación de la divina palabra. Pidió el Padre además al Cabildo que, cuando vacasen algunos indios, le hiciesen merced de darlos en encomienda á su convento. El Rey mandó regalarles un ornamento, una campana y que, por el primer año, de la real hacienda se les diese lo necesario para que costeasen todo el vino y el aceite que se gastaran en el culto divino. La gracia concedida al convento de Quito se hizo extensiva á todos los demás conventos que fundaran los Padres de Santo Domin-

(13) VARGAS.—Crónica general de la Orden de Nuestra Señora de la Merced. — (Libro segundo, Capítulo 29°.)

REMON.—Historia general de la Orden de Nuestra Señora de la Merced.—(Segunda parte, Libro XIII, Capítulos 3°, 4°. y 6°.)

go en estas provincias: igual merced se había hecho á los que se fundaban en el Perú, atendida la suma pobreza que estos monasterios tuvieron en sus principios (14).

Hemos referido ya que cuando Pizarro salió de España, para llevar á cabo la proyectada conquista del Perú, vino acompañado de Fr. Reginaldo de Pedraza y de varios otros religiosos de la Orden de Santo Domingo, quienes, por disposición del Emperador Carlos V, habían sido elegidos para predicar el Evangelio en las nuevas tierras que se fuesen conquistando. Verificado el descubrimiento del Perú, mientras Pizarro con su reducida hueste de aventureros tomaba osadamente el Camino de Cajamarca, Fr. Reginaldo con la mayor parte de sus compañeros se quedó en San Miguel de Piura: poco después el P. Pedraza se volvió á España y el P. Montenegro se vino con Benalcázar á la conquista de Quito. Fué, pues, este religioso dominico el primer sacerdote que en compañía de Benalcázar recorrió la tierra ecuatoriana, en la primera expedición que hizo aquel capitán, pues, parece que el P. Niza debió venir, tal vez, á Quito con Almagro, y así acompañó á los españoles, cuando hicieron su segunda entrada á la capital. Disgustado el P. Niza de la conducta de los conquistadores, cuya crueldad no podía contener, se detuvo muy poco en estas provincias y partió para el Perú, á tiempo en que se hacía á la vela el navío, en que Don Pedro de Alvarado volvía á Guatemala. Parece

(14) Melendez.—Tesoros verdaderos de las Indias.—(Libro primero, Capítulo séptimo).

indudable que estos religiosos y los dos presbíteros Juan Rodríguez y Francisco Jiménez, ya antes nombrados, fueron los primeros sacerdotes que hubo en Quito.

El P. Montenegro gobernó el convento de Quito casi diez años como Vicario de nación; asistió al Capítulo provincial, que en 1551 celebró su Orden en el Cuzco, y allí fué absuelto de su cargo. Sucedióle en el gobierno de los conventos, que tenía fundados en estas provincias, el P. Fr. Francisco Martínez Toscano (15).

IV

Hecha la fundación de la ciudad, se ocupó Benalcázar en nuevas expediciones, procurando reconocer en contorno toda la tierra conquistada, y explorar lo que todavía no estuviese descubierto. A este fin mandó al capitán Tapia para que fuese á reconocer las provincias del Norte: Tapia salió de Quito con treinta de á caballo y llegó en su exploración hasta el río de Angasmayo, último límite del imperio de los Incas, sin encontrar resistencia en ninguna parte, excepto en Tulcán, donde las tribus de los Quillacingas y sus aledaños quisieron impedirle el paso, pero fueron muy fácilmente dispersados.

Cuando los conquistadores venían á Quito en su segunda expedición, Luis Daza topó en Latacunga con un indio extranjero, el cual le dijo

(15) MELENDEZ.—En el capítulo cuarto del Libro segundo, en la historia de los Dominicanos del Perú, citada antes.

que había venido á Quito, desde una región llamada Cundinamarca, mandado por su rey, con otros compañeros, á pedir auxilio á Atahuallpa contra un enemigo poderoso, que le hacía la guerra, y á quien aquel con sus solas fuerzas no podía vencer. El indio extranjero añadió que, todos sus compañeros habían perecido en Cajamarca, cuando fué hecho prisionero el Inca; pues Atahuallpa había dispuesto que fuesen en su comitiva, prometiéndoles dar á su soberano el auxilio que le pedían, tan luego como terminara la guerra que por entonces traía empeñada contra Huáscar, su hermano. Como para atizar la codicia de los conquistadores, daba además el indio ciertas noticias acerca de una laguna, donde los moradores de aquella tierra solían ofrendar cantidades inmensas de oro; hablaba también de un monarca, el cual, cuando había de ofrecer sacrificios solemnes á sus dioses, acostumbraba cubrirse todo el cuerpo de oro en polvo, embiscándose, para esto, de pies á cabeza con trementina. Noticias menos halagüeñas que ésta habrían bastado para hacer perder el seso á los conquistadores, quienes, con la descripción que acababan de oír de boca del indio extranjero, ya no pensaron más que en salir pronto en busca del *Dorado*, como dieron en llamar á ese país misterioso, que no sabían donde estaba, que desde aquel día no cesaron de buscar por toda América y que, como encantamiento de magas, cuanto más lo perseguían, más huía de sus ojos. Por largo tiempo el Dorado trajo inquietos á los españoles que venían al Nuevo-Mundo, halagados con la esperanza de dar con los tesoros que creían acumulados

en esa tierra, que, no sabiendo donde estaba, se obstinaban en buscar, penetrando por selvas intrincadas, metiéndose en bosques interminables, surcando aguas de ríos desconocidos y visitando playas de climas mortíferos.

Oída, pues, la relación del indio, se encendieron los españoles en deseos de ir prontamente á conquistar aquella región, donde esperaban hallar inagotables riquezas. Benalcázar eligió al capitán Pedro de Añasco para aquella empresa, dándole cuarenta de á caballo y otros tantos infantes; los cuales, llevando al indio extranjero por guía, salieron de Quito, tocaron en el valle de Guayllabamba, caminaron doce días sin parar, porque el indio decía que aquella tierra que les había descrito no distaba de Quito sino la puesta de doce soles; y, al fin, cansados y desalentados, se volvieron, porque, en vez de las ciudades y tesoros que se imaginaban, no hallaron sino tribus bárbaras, á quienes ni la civilización de los Incas había alumbrado. Pocos días después de haber partido de Quito el capitán Pedro de Añasco en demanda del Dorado, le siguió, por orden del mismo Benalcázar, el capitán Juan de Ampudia con una buena compañía de á caballo, y, alcanzándole más allá de la provincia que se denominó de los Pastos, tomó el mando de la gente de tropa y siguió adelante en los descubrimientos hasta llegar á reconocer los orígenes del Cauca y del Magdalena. Benálcazar mismo en persona emprendió después el reconocimiento y conquista de aquellas comarcas, fundó las ciudades de Cali y Popayán; y, aunque al principio hizo aquella conquista con poderes de Francisco Piza-

rro y como su teniente de Gobernador, con todo, después alcanzó del Rey de España la gobernación independiente de Popayán y el título de Adelantando. Su primera salida de Quito para el Norte la verificó Benalcázar en el año siguiente al de la fundación de esta ciudad: volvió á ella en Julio de 1537, y en Agosto de ese mismo año salió para su segunda expedición á esas mismas provincias, que ya tenían visitadas y exploradas (16).

V

Uno de los móviles más poderosos, ó acaso, el único que estimulaba á los españoles á emprender tantas y tan famosas hazañas, cuando el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, fué la ambición y el anhelo de allegar grandes riquezas. Devorados de esa sed de riquezas, vinieron al Reino de Quito Benalcázar y sus compañeros. La fama anunciaba cosas maravillosas respecto de los tesoros de Quito; pues, como por tantos años esta ciudad había sido residencia predilecta de Huayna-Cápac, el más poderoso de los Incas, y después corte de Atahuallpa, se decía que en Quito estaban hacinadas inmensas riquezas. Conquistado el Cuzco, hallaron los españoles una inexhausta mina de oro, amontonado en los templos y palacios reales de aquella imperial ciudad,

(16) PIEDRAHITA. — Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada.—(Libro cuarto, Capítulo primero).

FLORES DE OCARIZ.—Genealogías del Nuevo Reino de Granada.—(Libro primero. Preludio. Tomo 1º).

y entonces se principió á anunciar que en Quito se hallarían riquezas aun mayores; así es que los castellanos vinieron gustosos á la conquista de estas provincias, fantaseando con las riquezas que aquí pensaban hallar acumuladas; pero, ¡cuán amargo no fué su despecho cuando, enseñoreados de Quito, no hallaron los esperados tesoros!

Tenían presos á buen recado á los principales caudillos de los indios con Rumiñahui, el más famoso de ellos, y les daban tormento, para que declararan donde estaban los tesoros de Atahuallpa; pero los indios se burlaban de los españoles, engañándoles de diversas maneras, haciéndoles cavar ya en una, ya en otra parte, y, aunque cavaban en todas, en ninguna hallaban los buscados tesoros: por lo cual, cansados, los condenaron á muerte pocos meses después de su segunda entrada en Quito, como se colige de la relación, que, en veinticinco de Junio de mil quinientos treinta y cinco, hizo el Procurador de la ciudad de Quito al Ayuntamiento de ella, acerca del repartimiento que debía hacerse del oro que en adelante se encontrase. El más valeroso de los generales indios, el sagaz Rumiñahui, fué, pues, ajusticiado en Quito, juntamente con otros jefes no menos célebres, como Zopozopangui, Quingalumba, Razo-Razo y Nina, á quienes no sabemos si antes se les instruyó en las creencias cristianas para hacerles recibir el agua santa del Bautismo (17).

---

(17) También en éste, como en algunos otros puntos, estamos discordes con nuestro historiador, el P. Velasco. Conocida es de todos la relación que hace acerca del fin de Ru-

Los indios llegaron á comprender el ansia que los españoles tenían de oro, y, en venganza y represalia de los malos tratamientos que de ellos recibían, ocultaron todas las riquezas que en la ciudad y en otros pueblos había, y tan bien las escondieron que, hasta ahora no se ha logrado descubrirlas, y, tal vez, no se hallarán jamás. Empero, los conquistadores viéndose burlados en sus más lisonjeras esperanzas, descargaron toda su cólera contra los indios y principalmente contra los caciques ó régulos de los pueblos, á quienes tomaban presos y atormentaban para que declararan donde estaban escondidos los tesoros de Atahuallpa. A unos quemaban á fuego lento, á otros les cortaban las orejas, ó les mutilaban cruelmente, cortándoles no sólo las orejas, sino las narices, las manos y los pies. Amarraron á muchos

miñahui: pero basta examinarla con un poco de atención para encontrarla enteramente inverosímil; por esto desde un principio la desechamos, para buscar la verdad en mejores fuentes, y la mejor entre todas nos pareció el ya citado libro de actas del Cabildo de Quito, examinado acerca de este punto histórico antes que por nosotros por dos personas muy competentes. De este documento se deduce que Rumiñahui fué ajusticiado en Quito, y Herrera y Castellanos están en esto conformes con el testimonio que se encuentra en el citado libro de actas. Ni la alteración del nombre puede ser argumento suficiente en contra de nuestra narración, si reflexionamos la manera cómo alteraban los españoles todos los nombres indígenas cuando los pronunciaban y escribían á la castellana: ¿quién creyera que Illescas es el indio Quilliscacha, hermano de Atahuallpa? ¿que el mismo Atahuallpa es llamado Atabaliba unas veces y Atabalipa otras? ¿quien no sabe que el mismo Atahuallpa fué llamado Tabalico en los primeros días de la conquista?.... La identidad de hechos debe ser prueba de la identidad de personajes. — Véanse

de dos en dos por las espaldas, y, así amarrados, los ahogaron en el Machángara, precipitándolos desde las peñas, por donde se complacían en verlos bajar, dando botes, rodando hasta el agua. Por dos ocasiones encerraron á muchos en casas y les pegaron fuego, haciéndoles morir dentro abrasados. Otro género de crueldad usaron que destruyó á millares á los indios, y fué la siguiente: para los viajes, para las expediciones que emprendían, reclutaban centenares de indios y los empleaban en hacerles llevar á cuestas el fardaje: los pobres indios, con mezquino y nada sustancioso alimento, durmiendo á la intemperie, rendidos de cansacio, abrumados de fatiga, quedaban muertos en los caminos, de tal manera que de los muchos que eran llevados á esas expediciones, apenas volvían á sus hogares unos pocos. En esas expediciones no se respetaban ni los más sagrados vínculos de la naturaleza, ni los más tiernos afectos del corazón; el español tenía en más su rocín que un indio!!....Las familias se veían desoladas, porque los padres, los esposos, los herma-

---

á Herrera.—Historia general de los hechos de los castellanos en el Nuevo Mundo. — (Década quinta, Libro séptimo, Capítulo XIV).—Castellanos.—Elegías de varones ilustres de Indias.—(Canto segundo de la Elegía á Benalcázar).—Oviedo.—Historia general y natural de las Indias. (Capítulo XX del libro 46°. y Capítulo XXII del mismo libro). Oviedo dice que Rumiñahui fué muerto por los mismos indios.—El acta del Libro verde ha sido publicada ya dos veces por la prensa: la primera el año de 1874, en los *Apuntes para la historia de Quito;* y la segunda, en 1886 en *El Municipio,* número 13 del año segundo. Por lo mismo en cuanto al fin desgraciado de Rumiñahui no puede quedar ya duda alguna.

nos eran llevados por el conquistador lejos de sus hogares á climas mortíferos, de donde les era casi imposible volver; así es que el viaje con los extranjeros era la despedida para el sepulcro. Y muchas veces no era el clima insalubre, ni la falta de alimento, ni el cansacio lo que hacía perecer á los desventurados indios: los españoles, para hacerse temer, incendiaban de propósito los pueblos y los reducían á cenizas, ó hacían despedazar á los desnudos indígenas con jaurías de perros, que andaban á llevar con ese objeto: ni era menos frecuente el ver las mujeres oprobiadas por el sensual conquistador, quien, para cohonestar sus vicios, calumnió á la raza americana, diciendo que era incapaz de los delicados afectos de familia (18).

Mas, apartemos pronto los ojos de estas escenas de horror, para contemplar otras apacibles: los hombres de la conquista no solamente destruían; se ocupaban también en edificar.

(18) Herrera, Oviedo y Castellanos hablan bien claro de las crueldades cometidas por los conquistadores contra los pobres indios en Quito: aquí, como en todas partes, la conquista ofrece escenas sangrientas. Véase el Opúsculo del P. Fr. Bartolomé de Las-Casas sobre la *Brevísima destrucción de las Indias*, en el Tomo 71°. de la Colección de documentos inéditos para la Historia de España. — Madrid, 1879. El conocido académico de la Historia Señor Fabié hizo una nueva edición de los escritos del P. Las-Casas, para completar é ilustrar con ellos la Biografía del famoso defensor de los indios. En el Tomo segundo de la Biografía, en el apéndice XXI, se halla una copiosa relación de las horribles crueldades que se cometieron en la conquista de Quito. Según este documento, Rumiñahui murió asaetado; y Zopozopangui, atenaceado.—Creemos estas narraciones no poco exageradas.

Pacificada ya la tierra y sumisos los indios, se ocuparon los españoles en fabricar casas cómodas para su habitación y en labrar los campos, plantando árboles frutales y aclimatando en el suelo feraz de las regiones interandinas las semillas de Europa. Trajeron animales domésticos, y en breve tiempo formaron rebaños de ovejas, greyes numerosas y grandes piaras de cerdos; no sólo trajeron las simientes útiles al hombre y necesarias, sino también hasta las mismas flores de Castilla, las cuales, sin duda, cuando brotaron por la primera vez en la tierra ecuatoriana, fragantes y hermosas, recordarían á las mujeres castellanas los tiernos encantos de su lejana patria!

El primer trigo que hubo en Quito lo trajo de Europa un religioso franciscano, el P. Fr. Jodoco Ricki, y lo sembró delante de su convento en lo que ahora es plaza: allí, á los ojos de aquel sacerdote y bajo su vigilancia, contemplaron los quiteños de entonces ondear al viento del Pichincha las primeras espigas del trigo, que dentro de poco había de cubrir, como con cendales de oro, los valles y colinas de la antigua tierra de los Scyris. Como un precioso monumento y un recuerdo grato, los religiosos Franciscanos guardaron el cantarillo de barro en que el P. Ricki había traído la primera simiente del trigo; y, cuando estuvo concluído el templo, le dieron lugar en la sacristía, como joya de los antiguos tiempos, y objeto sagrado. A principios de este siglo allí lo vió el Barón de Humboldt y, á ruego de los Padres, interpretó la inscripción, que en antiguo idioma alemán, tenía el cantarillo y decía: *Tú, que me vacías, no te olvides de tu Dios*. «Yo no pude, dice

aquel sabio, menos de experimentar un sentimiento de respeto al ver ese viejo vaso alemán. ¡O plugiese á Dios, que donde quiera en el Nuevo Continente se hubiesen conservado los nombres de esos varones, que cuando la época de la conquista, en vez de ensangrentar el suelo de la América, depositaron en él las primeras simientes de los cereales! (19).

Años después, el Libertador de Colombia examinó con vivo interés esa prenda venerable de la antigüedad, y un varón tan generoso como Bolívar no pudo menos de conmoverse tomando en sus manos aquel sencillo vaso de barro, en que un fraile flamenco, contemporáneo de la conquista, había traído á estas regiones las primeras semillas de trigo. Sin duda, el héroe de la guerra sintió una impresión agradable, viendo aquel can-

(19) HUMBOLDT.—Cuadros de la naturaleza.—(Estepas y desiertos. Nota 27ª. Cultivo de los cereales).

Otro viajero, Mr. el Conde de Choulembourt, en 1831, tradujo las inscripciones: éstas eran dos, en alemán antiguo, una al un lado de la jarra, y otra al otro lado, y decían así: *Cuando comas, cuando bebas acuérdate de Dios.—Acuérdate de Dios, cuando comas, cuando bebas.*—Este objeto tan venerable y tan precioso fué obsequiado más tarde por un Padre Provincial al Sr. Don Juan José Flores, cuando este General era Presidente de la República: ¿qué destino le dió á ese monumental objeto el General Flores? No lo sabemos.

COMPTE (El P. Fr. Francisco).—Bosquejo histórico de la vida del P. Fr. Jodoco Ricke. — Opúsculo publicado en Quito en 1882.—(El mismo religioso amplió después la biografía del P. Jodoco, en su obra histórica titulada *Varones ilustres de la Orden Seráfica en el Ecuador*, de la cual hizo dos ediciones, la primera en 1883, y la segunda, mucho más extensa, en 1885, ambas en esta ciudad).

tarillo, que no traía á la memoria sino recuerdos de paz.

Pero Fr. Jodoco no sólo sembró el primer trigo en Quito, sino que enseñó además á los indios á hacer arados de madera, labrar la tierra con bueyes y cultivar el terreno: abrió las primeras escuelas y recogió en ellas á los niños de los indios y les dió lecciones de aritmética, instruyéndoles en la manera de contar con cifras y guarismos; cuidó de hacerles aprender las artes de carpintería, de sastrería, y hasta la música, la pintura y el canto llano, mereciendo, por eso, ser justamente considerado como introductor de esas artes en Quito, y el primer civilizador de los indios (20).

La introducción de las primeras vacas y de los primeros bueyes se debió á Alonso Hernández, compañero de Benalcázar, en la conquista de Quito. Hernández estaba avencidado en Jamayca, desde donde vino á tomar parte en la conquista de estas provincias, trayendo acá las primeras cabezas de ganado vacuno. Después de la muerte

(20) MARCELLINO DE CIVEZZA.—Ensayo de Bibliografía geográfica, histórica y etnográfica Sanfranciscana.—(Número 312.—En italiano). El P. Civezza fué el primero que sacó á luz la parte de un opúsculo inédito relativa á Fr. Jodoco.—El opúsculo se titula *Espejo de verdades*, y se conserva manuscrito en el Archivo de Indias en Sevilla: fué compuesto en la Isla Española el año de 1575.—En su *Historia universal de las misiones franciscanas.*—(Tomo sexto. Libro sexto, Capítulo XVII), vuelve el P. Marcellino de Civezza á hablar de Fr. Jodoco, tratando de las fundaciones de los franciscanos en el Perú. — Nos parece conveniente advertir que el manuscrito del *Espejo de verdades* fué leído también por nosotros en Sevilla.

de Quizquiz hízose cargo de los restos del ejército quiteño un indio noble llamado Titu-Yupanqui, contra quien fué mandado Hernández por Benalcázar, así que terminaron los trabajos de la fundación de Quito. Hernández batió á los indios en el territorio de Chimbo, y los derrotó completamente; y con la gran cantidad de oro de que se apoderó en aquella ocasión pudo Benalcázar emprender la expedición á las provincias de Popayán, poniendo antes por obra la proyectada fundación de la ciudad de Guayaquil.

El mismo Don Sebastián de Benalcázar fué el introductor de los primeros puercos, que se tuvieron en Quito: el conquistador los trajo para aclimatarlos en estas partes, á fin de poder tener en breve tiempo carne abundante para las expediciones y nuevas conquistas que había resuelto emprender. Y, en efecto, lo consiguió con la pronta multiplicación de los cerdos, que no tardaron en formar piaras numerosas (21).

También algunos de los primeros vecinos de Quito, que llegaron de Méjico, trajeron vacas á esta provincia: al principio valía cada una de ochenta á cien pesos; mas pocos años después llegaron á aumentarse tanto, que una se vendía hasta por cuatro pesos.

Francisco Ruiz, uno de los primeros pobladores de Quito, plantó en Pomasqui una viña; el capitán Bastidas plantó también otra, pero dieron poco fruto y malo, por lo cual entonces

(21) Memorial de servicios de Alonso Hernández, elevado á la corte. — (Ms. ar. de I. — Oficios vendibles y renunciables. — Audiencia de Quito. — Simancas-Secular).

se creyó que para la plantación no se había escogido el temple conveniente.

Los primeros pavos que hubo en Quito los trajeron de Nicaragua, y desde entonces comenzaron á llamarlos aquí gallipavos, nombre con el cual se conocen hasta el día.

No sólo se distribuyeron solares dentro de la ciudad para que edificasen casas los vecinos, sino que á muchos se les repartieron tierras para sembrar y pueblos de indios en encomienda.

Prohibió el Cabildo vender caballos y yeguas, ausentarse de la ciudad á los moradores de ella, viajar haciéndose conducir en hamaca á hombros de indios, andar discurriendo por las calles desde la nueve de la noche y tener cepo en sus propias casas para castigar á sus dependientes. Así principió á organizarse poco á poco la nueva ciudad. Sus vecinos estaban entonces ocupados de preferencia en dos solos objetos, encontrar minas de oro y emprender en nuevos descubrimientos.

IV

Después de fundada la ciudad de Quito, conoció Benalcázar que convenía, para el comercio y la contratación, abrirle camino hacia las costas del mar y, por esto, resolvió hacer la fundación de otra nueva ciudad, que sirviese á Quito de puerto: por desgracia, el conquistador español no inspeccionó, sin duda, toda la costa y, por eso, escogió para la proyectada fundación un punto poco ventajoso en la boca del río de Babahoyo. De allí se trasladó al estero que entonces se lla-

maba de Dima; poco tiempo después á la desembocadura del río de Yaguachi y, por fin, á la orilla derecha del río de Guayaquil, donde se verificó de una manera estable la tercera fundación de la ciudad con el nombre de Santiago de Guayaquil, en el punto donde estaba una calzada, que llamaban el paso de Huayna-Cápac, por haberla mandado construír aquel Inca. — Para verificar la fundación de Guayaquil, Benalcázar regresó primero desde Quito á San Miguel de Piura, de donde trajo consigo gente para la nueva fundación, recogiendo algunos que habían llegado recientemente de España y de las otras colonias.

Por teniente de Gobernador de la primera población quedó el capitán Diego de Daza; pero tantas exacciones cometieron los españoles contra los indios, que éstos se levantaron, mataron á muchos, y Daza se vió obligado á volver de fuga á Quito con muy pocos compañeros. Es cosa para lamentar cuanto daño causaban en aquellos tiempos la codicia é incontinencia de los soldados españoles. En Quito se armó nueva expedición, para ir á sujetar á los indios, y el mando de ella se encargó al capitán Tapia, quien, después de varios reencuentros con los indios, y pérdida de gente, se regresó á Quito, dejando el cuidado de volver á fundar la ciudad, al capitán Zaera, mandado con ese objeto por Pizarro. Mas ni Zaera pudo poner por obra la intentada fundación, porque fué llamado á poco por el mismo Pizarro y hubo de partir aceleradamente para Lima, cuando el levantamiento general de los in-

dios del Perú, dejando por entonces abandonada la pacificación de la provincia de Guayaquil. Por último, la tercera y estable fundación la hizo el año de mil quinientos treinta y siete el capitán Francisco de Orellana, que, enviado por Pizarro, vino del Perú con gran recurso de soldados y caballos, fué reduciendo de paz á los caciques comarcanos de los pueblos de Daule, Chanduy, Colonche, Yaguachi, Chongón y Chonana, y logró así establecer la nueva ciudad (22).

La fundación definitiva de la ciudad de Guayaquil, con la denominación de *Santiago*, la verificó Orellana, eligiendo el sitio que está al pie del cerro de Santa Ana, llamado antes cerrito verde; así es que, la primera población de Guayaquil estuvo al extremo de la ciudad actual, y no se extendió sino hasta el primer estero; de tal manera que, la iglesia y el convento de los Padres Franciscanos se edificaron en lo que en aquella época se conocía con el nombre de *el arrabal*. La población se proveía entonces de agua potable, sacándola de pozos ó manantiales, que brotaban en las faldas del cerro de Santa Ana: había dos

(22) La fecha que pone Don Dionisio de Alsedo está equivocada: Alsedo fija la fundación de Guayaquil en 1531, cuando todavía no se había verificado la conquista del Perú. Ambos Alsedos y el P. Coleti confunden además la fundación de Porto-viejo con la de Guayaquil.

ALSEDO. — Compendio histórico de la provincia de Guayaquil.—(Capítulo primero).

COLETI.—Diccionario histórico-geográfico de la América Meridional—(En italiano).

ALSEDO (Antonio).—Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales.

de esos pozos, cuya agua, aunque gruesa, podía no obstante tomarse con agrado (23).

Algunos años antes se había fundado ya en la provincia de Manabí la ciudad de Porto-viejo. Cuando el Mariscal Almagro estaba aparejándose para venir á Quito á estorbar la invasión, con que había entrado Alvarado, conoció la necesidad de que se fundara una ciudad, para vigilar la entrada del Perú por las costas del Norte, donde, por lo regular, venían á tomar puerto todas las embarcaciones que llegaban de Tierrafirme, Nicaragua y Panamá. Desde Riobamba, antes de regresar al Perú puso por obra el Mariscal su proyecto, encargando su ejecución al capitán Francisco Pacheco. Desembarcó éste en Picoazá y, siguiendo río arriba, escogió la parte que le pareció mejor para fundar una población. Elegido el punto, verificó la fundación de la ciudad, á la que dió el nombre de villa de San Gregorio, por haberla fundado el doce de Marzo, día en que la Iglesia celebra la memoria de aquel Santo Papa. Esto fué el año de mil quinientos treinta y cinco. Estando entendiendo en esta conquista y población el capitán Pacheco, llegó de Quito Pedro de Puelles con alguna copia de españoles, para poblar en la misma costa, por encargo de Benalcázar, y hubo altercado entre los dos capitanes sobre cual de ellos tenía mejor derecho para hacer la fundación de la ciudad; y la disputa

(23) Descripción de la Gobernación de Guayaquil. — (Primera parte ó provincia del Guayas). Hállase en el Tomo nono de la Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias, hecha por Torres de Mendoza.

habría tenido funestos resultados, si Pizarro no la hubiese cortado, declarando fundada la ciudad por el capitán Pacheco. Algún tiempo después llegó allí de vuelta de España Hernando Pizarro, y, llevándose consigo á Lima á Pacheco y á Puelles, dejó á Olmos encargado de la gobernación de la nueva ciudad. Olmos se ocupó con la mayor diligencia en buscar la mina de esmeraldas que tenían los indios y, sobre todo, el idolillo también de esmeralda que adoraban en Manta; pero, á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo descubrir nada y hasta ahora la mina permanece oculta (24).

Con el capitán Pacheco vino á Manabí un religioso mercenario, el P. Fr. Dionisio de Castro, y fundó convento de su Orden en Porto-viejo al mismo tiempo que se fundaba la ciudad. Llegaron después otros religiosos y se consagraron á la conversión de los indios de la provincia, que en

(24) La misma Descripción de Guayaquil, que citamos en la nota anterior.—(Segunda parte ó provincia de Porto-viejo).—Los antiguos escritores castellanos de las cosas del Perú llamaban Porto-viejo todo lo que actualmente se conoce entre nosotros con el nombre de provincia de Manabí. Porto-viejo unas veces designa, pues, la ciudad de ese nombre, y otras la provincia de Manabí.

Por lo que respecta á las esmeraldas, consta de una manera indudable que los indios de Manabí las tenían en abundancia, cuando la conquista, y decían que las sacaban de cierto lugar que estaba en la misma provincia, si bien no quisieron nunca manifestar dónde era semejante lugar, pretextando que el demonio no consentía que nadie se acercara allá. — *Carta de Fr. Vicente Valverde al Emperador Carlos Quinto.* Cuzco, 20 de Marzo de 1539. — (Se conserva original en el Archivo de Indias en Sevilla).

aquellos tiempos eran numerosos: así los Padres de la Merced fueron los primeros que evangelizaron las costas de Esmeraldas y Manabí, y por largos años sirvieron como párrocos en los pueblos de esas dos provincias y en la isla de la Puná (25).

Y bien necesitada de evangelización se hallaba la infeliz provincia de Manabí, pues Alvarado con su expedición la dejó asolada: los indios recibieron de paz á los expedicionarios, pero éstos les arrebataron cuantos víveres tenían, les quemaron las casas y los persiguieron como á fieras: muchos perecieron en el camino, abrumados con las cargas que les obligaban á llevar; otros fueron devorados, á presencia de los españoles, por los indios de Guatemala, que los mataban y se los comían impunemente: muchísimos huyeron y se ocultaron en los montes: el régulo principal de Manta fué ahorcado de un árbol en el camino de Paján, únicamente por sospechas que se tuvieron de que había aconsejado á los caciques de la comarca, que se ocultaran, para no ser víctimas de las extorsiones de los extranjeros. Alvarado en pago de la hospitalidad que le había dado el triste régulo indígena, se lo llevaba preso, y bastó una ligera sospecha para que lo mandara ahorcar inmediatamente. La provincia de Manabí estaba, pues, desolada; los pueblos desiertos, y los indios alzados: ya no acudían de paz á los blancos, que asomaban por ahí, sino que los acometían, de modo que era muy peligroso aportar á Santa Elena, don-

(25) SALMERON.—Recuerdos históricos y políticos.—(Siglo cuarto.—Recuerdo XXXIX).

de arribaban las embarcaciones, porque los indios se lanzaban contra todos los que ponían el pie en tierra y los mataban.

Conoció Almagro la necesidad urgente de pacificar de nuevo la provincia; y, para congraciarse con los moradores de ella, hizo regresar inmediatamente desde Riobamba á los indios manabitas que habían quedado con vida, como restos de los que arrancara de sus hogares el Gobernador de Guatemala (26).

La primera ciudad de Porto-viejo se fundó en otro lugar distinto de aquel en que está ahora. Cuando más creció y próspera estuvo la antigua población, apenas alcanzó á tener cuatro calles, y casas cubiertas de paja. Un incendio la destruyó estando todavía muy á los principios, redujo á cenizas el archivo, y en menos de un cuarto de siglo llegó á tanta decadencia que hasta perdió su propio nombre, pues comenzaron á llamarla *la Culata*, que era como si dijesen la postrera.

VII

Muchas y diversas causas contribuyeron á hacer tan fácil la conquista por parte de los españoles. Llegaron éstos al Perú cuando el vasto imperio de los Incas estaba dividido por la guerra civil; sus fuerzas se hallaban debilitadas y la unión y concordia, indispensables para la común defensa del estado, no existían, ni era posible inspirarlas á esa muchedumbre de tribus di-

(26) Información de Almagro contra Don Pedro de Alvarado.—(Citada ya antes).

versas, rivales y enemigas unas de otras. En el reino de Quito, los indios Cañaris, antiguos habitantes de la provincia del Azuay, fueron poderosos auxiliares de los españoles en la conquista. Eran los Cañaris nación numerosa y guerrera, y desde tiempo inmemorial habían sostenido una lucha tenaz con la raza de los Puruháes y con otras que formaban el reino de Quito, propiamente dicho. Cuando la guerra civil entre los dos hermanos, Huáscar y Atahuallpa, los Cañaris abrazaron el partido del Cuzco y se decidieron por el Perú; aunque parece que lo que pretendían entonces era más bien recobrar su propia independencia, aprovechándose para ello de las revueltas del imperio. Resentidos contra Atahuallpa, por haber condenado al exterminio la hermosa Tomebamba, y temerosos de las venganzas de Rumiñahui, imploraron el auxilio de los conquistadores españoles, enviando mensajeros á Piura, donde á la sazón se hallaba Benalcázar como teniente de Gobernador de Pizarro, poco después de la muerte del Inca; celebraron alianza con los castellanos, entregándose de paz, y fueron tan fieles en guardarla, que sirvieron para la conquista de muy oportunos auxiliares: ellos hacían de espías para observar el campo enemigo; advertían á los españoles de las celadas que disponía el astuto Rumiñahui; les dirigían por sendas extraviadas, burlando las estratagemas del capitán indio, y pelearon en defensa de los extranjeros no sólo en Quito, sino hasta en el sitio del Cuzco.

También otras tribus ó parcialidades se aliaron con los españoles al tiempo de la conquista,

y, aceptando el yugo del monarca de Castilla que estaba al otro lado de los mares, creyeron asegurar mejor su independencia, que coligándose con los Generales de Atahuallpa para hacer la guerra á los conquistadores. La guerra con los extraordinarios advenedizos les parecía muy funesta, y así no juzgaron conveniente para su misma conservación tentar fortuna en luchas desiguales. Por otra parte, los caciques amaban esa independencia que cada uno de ellos había gozado en su comarca, antes de la dominación de los Incas, y buscaron la amistad de los extranjeros, esperando vivir en paz. Los indios que se lanzaron al combate, experimentaron, á pesar de su desesperado arrojo, cuán inferiores eran los medios de que disponían para triunfar. Desnudos, armados sólo de hondas, sin más que una pica de madera aguzada, hachas de cobre ó dardos frágiles, ofrecían en sus apiñadas filas blanco seguro á los arcabuces de los castellanos: las detonaciones y el estampido de las armas de fuego los ahuyentaban aterrados, porque, sencillos y supersticiosos, creían que los estranjeros manejaban el rayo, ese tremendo mensajero del sol, á quien adoraban por Dios; las cortantes espadas daban tajos mortales en sus miembros desnudos é indefensos, al paso que las flechas que ellos lanzaban no hacían más que rozar un poco la ferrada coraza de los soldados castellanos, y sus hachas apenas mellaban el yelmo de aquellos: el indio peleaba á pie, el español caballero en ligeros alazanes, con que ponía terror á los americanos, que no habían visto jamás aquel monstruo: las disciplinadas huestes de los conquistadores iban al combate con todo

aquel conocimiento de quién sabe cómo ha de salir con aquello que pretende; los indios se precipitaban en atumultuadas muchedumbres sin orden ni concierto, estorbándose unos á otros en las acometidas, y atropellándose en la fuga. Fieros y violentos en el momento de romper el combate, caían de ánimo muy pronto y se retiraban precipitadamente unas veces; otras perseveraban con tenacidad; pero, descuidados en la defensa, por la noche se entregaban al sueño, dejando el campo desamparado, porque no conocían el empleo de centinelas, tan necesario en el arte de la guerra; así eran casi siempre en la noche sorprendidos por los enemigos. De esta manera un corto número de soldados castellanos dió en tierra con uno de los imperios más populosos y antiguos de la América; aunque no son para olvidados ni el valor invencible ni la constancia inquebrantable ni la energía y fortaleza de los conquistadores, pues sin esas prendas extraordinarias las armas mismas y la disciplina habrían sido insuficientes para llevar á cabo la empresa de conquistar el Nuevo Mundo. Los españoles de aquella época tenían el espíritu caballeresco, amigo de aventuras difíciles, de empresas atrevidas, de hazañas peligrosas, de aquí es que cuanto hubiera acobardado á un hombre de nuestros tiempos contribuía á estimular el valor de los capitanes españoles de aquel siglo. Amantes de lo maravilloso, el secreto de lo desconocido era para ellos motivo poderoso para ponerlos en el terrible camino de la conquista. ¿Qué habrá allá en esas regiones? He ahí el amor de la novedad. Habrá grandes riquezas!....Vamos allá, y pelean-

do venceremos: así discurría el orgulloso castellano y se lanzaba á la conquista, hacía maravillas que asombran, pero casi siempre el teatro de sus famosas hazañas era también el campo donde se levantaba su patíbulo; y la tierra americana, que los viera ayer triunfantes, al día siguiente los veía decapitados. Adorables lecciones de la Providencia, que no siempre deja impunes en esta vida los crímenes de los hombres.

¿Cuál fué la suerte de los indios inmediatamente después de la conquista? La suerte de los indios fué la miserable suerte de los vencidos, condenados á la dura condición de siervos; cerróse para ellos la puerta á toda prosperidad y ventura terrena, y hasta los hijos de los reyes, para no perecer de hambre, tuvieron que mendigar el pan á la puerta de los mismos que habían derribado en tierra el trono de sus padres. Nada más triste, nada más conmovedor en nuestra historia, que la suerte de los hijos del desventurado Atahuallpa. Recordemos que el Inca en sus últimos momentos se desesperaba de dolor, considerando que sus tiernos hijos quedaban huérfanos y completamente desamparados, y que se tranquilizó algún tanto con la promesa que le hizo Pizarro de mirar por ellos y protegerlos, como si fuesen sus propios hijos. En efecto, cuando Almagro llegó á Quito, averiguó por los hijos del monarca difunto, y los recogió de poder del curaca de Chillo, que tenía consigo á los tres varones. Unas niñas y algunos otros hijos bastardos del mismo Atahuallpa, se encontraron en la provincia de los Yumbos, situada al Occidente de esta ciudad en los bosques que pue-

blan los declives de la cordillera de los Andes; allí se habían refugiado las madres, huyendo de los conquistadores, cuando éstos entraron en Quito la primera vez.

Atahuallpa, como todos los soberanos así de Quito como del Cuzco, estaba desposado con varias mujeres principales de sangre real, y tenía además muchas otras concubinas de linaje humilde: los hijos considerados como legítimos, según la costumbre de los príncipes quiteños, eran los habidos en las mujeres de elevada alcurnia; los otros se tenían como naturales, si es que estos calificativos de legítimos y naturales pueden usarse, tratándose de gentes para quienes la poligamia era no sólo costumbre sino deber.

Los niños que recogió en Quito Don Diego de Almagro no eran hijos de la misma madre, sino de madres diversas: llamábanse Hilaquita, Ninacuro y Quispi-túpac: la madre del primero era Chumbi-carua; la del segundo, Naxi-coca, y la del tercero, Choquesuyo: todas tres princesas de noble sangre y esposas legítimas del Inca. A estos tres niños se los llevó Almagro al Cuzco, donde, por orden del conquistador Francisco Pizarro, fueron entregados á los religiosos dominicanos de aquella ciudad, quienes los tuvieron en su convento manteniéndolos é instruyéndolos en la Religión cristiana. Cuando fueron bautizados les pusieron los nombres de Diego, Francisco y Juan respectivamente. Diego era el mayor en edad, el más parecido á su padre y el destinado por Atahuallpa para sucederle en el imperio. Pizarro dió á los Padres de Santo Domingo una cédula, en la cual declaraba que aquellos tres niños

eran hijos legítimos de Atahuallpa, y esto fué lo único que hizo el conquistador para cumplir la palabra que diera solemnemente al Inca, en el instante de hacerlo matar (27).

Los desgraciados príncipes huérfanos vivían en tanta pobreza, que Fr. Domingo de Santo Tomás, siendo Provincial de su Orden, movido de compasión, les dió un pedacillo de tierras donde sembraran, para que no perecieran de hambre; y Fr. Gaspar de Carvajal había pedido limosna para vestirlos. Juan murió en viajes del Cuzco á Lima, consumiéndose en diligencias estériles para alcanzar del Virrey algún socorro: Francisco, más tarde, regresó á Quito donde fué más afortunado, pues el Rey mandó, que de la Real hacienda se le acudiera con una renta vitalicia de mil pesos de oro por año. De este hijo de Atahuallpa dice Gar-

(27) Relativamente á la familia de Atahuallpa conocemos dos informaciones auténticas, que se guardan en el Real Archivo de Indias en Sevilla. — La primera se hizo en el Cuzco, el año de 1554. Entre los testigos que declaran en ésta hay un hijo de Túpac-Yupanqui, tío de Atahuallpa, y otro indio de ochenta años de edad, los cuales dicen que en Quito asistieron al convite con que celebraba el Inca el nacimiento de sus hijos. Declara también un indio de Pasto que servía de yanacona en el palacio de Atahuallpa. — La segunda se hizo en Lima, el año siguiente de 1555: declaran algunos españoles de los que estuvieron presentes á la muerte del Inca en Cajamarca; una hermana de Atahuallpa, llamada Doña Inés Yupanqui, casada entonces con Francisco de Ampuero, vecino de Lima, y los Padres Fr. Domingo de Santo Tomás y Fr. Gaspar Carvajal, ambos religiosos dominicanos. En una de estas declaraciones se asegura que Huayna-Cápac fijó en Huamachuco el límite de la parte del imperio que dejaba á Atahuallpa.

cilazo que era *lindo mozo de cuerpo y rostro* (28).

Tuvo también Atahuallpa una hija, la cual se llamó María, y fué casada en primeras nupcias con Alonso Pretel, uno de los primeros pobladores de Quito: el segundo marido de esta princesa quiteña, desheredada por la conquista, fué otro español llamado Blas Gómez.

Francisco fué recogido aquí en Quito por los religiosos franciscanos, los cuales, como lo hemos referido ya antes, lo educaron en su convento, hasta que el joven se casó con la hija del curaca de Otavalo.

El primer hijo varón que tuvo Atahuallpa fué un niño, llamado Puca-cisa, el cual murió siendo todavía muy tierno.

Honda pena causa la triste suerte de la fami-

(28) HERRERA.—Apuntes para la Historia de Quito.—(Artículo primero). Del tenor de las cédulas que el Sr. Dr. Don Pablo Herrera, actual Vicepresidente de la República, copia en su opúsculo, se deduce que Francisco Atahuallpa practicó en Quito otra información para probar que era hijo del Inca; pero notamos una diferencia en cuanto á los nombres indígenas, pues Francisco en la información de Quito es llamado *Topatauchi*, y en la de Lima se le llama *Ninacuro:* también á la madre de éste se le dan dos nombres: en la una información se dice que se llamaba *Chumbicarua*, y en la de Quito se dice que era *Huayco-ocllo*.—Esta diversidad de nombres pudiera, tal vez, explicarse por la costumbre que tenían los indios de dar no sólo uno, sino varios nombres á una misma persona. Pero ¿no podría, acaso, suceder que ese hijo de Atahuallpa, llamado Francisco en el Cuzco, sea otro distinto del Francisco que vivía en Quito? ¿Lo mismo no podría suceder con esa hija llamada María en unos documentos, y en otros Isabel? Para creer que era una sola nos apoyamos en que se dice de ella que, en segundas nupcias, fué casada con Blas Gómez.

lia del infeliz Atahuallpa: su hijo Francisco murió en Quito, dejando un hijo varón llamado Alonso, el cual hizo viaje á España y acabó sus días, preso por deudas en la cárcel pública de Madrid, en Enero de 1589. El Real Consejo de Indias le dió de limosna á su albacea cien reales, para que costeara con ellos el entierro. Este albacea del nieto de Atahuallpa fué otro indio noble, Don Diego de Torres, heredero del cacicazgo de Bogotá en el Nuevo Reino de Granada. Apenas había transcurrido, pues, medio siglo cuando ya la familia del monarca de Quito se había extinguido casi completamente en la desgracia y en la miseria (29).

La abyección en que cayó la raza indígena no fué, sin embargo, universal ni absoluta: muchos jefes indios, aunque reconocían la superioridad de los conquistadores, su valor indomable y la ventaja que tenían sobre ellos, así por sus armas como por las alianzas de amistad y la cooperación de muchas parcialidades, que se habían asociado al extranjero para ayudarle á vencer y dominar á su propia raza; con todo, hacían esfuerzos increíbles de constan-

(29) Este nieto de Atahuallpa fué soltero, pero tuvo cuatro hijos naturales: Mencía, Isabel y Carlos nacieron en Quito, Beatriz fué habida en España. El padre de este Alonso Atahuallpa murió en Quito y fué sepultado en la iglesia de San Francisco, donde había fundado una capellanía de cincuenta misas anuales: poseía además una casa junto al convento y caballerías de tierra de pan sembrar en Chillo, en Latacunga, en Otavalo y Cumbayá, y una huerta de árboles frutales en Ambato. (*Instancias y probanzas presentadas al Real Consejo de Indias. — Autos y testamentos de Alonso Atahuallpa. — Partidas de ingreso en la cárcel de Madrid*).—(i. ar. de I).

cia y de valor, luchando heroicamente. Sea dicha la verdad, la raza indígena netamente quiteña no dobló tan fácilmente su cuello al yugo de la dominación castellana: Quizquiz sostuvo con denuedo un poderoso ejército, en el centro mismo del imperio peruano, y se batió con los conquistadores, riñendo con ellos en encuentros sangrientos. En uno de éstos, tomó prisioneros á varios españoles, de los cuales puso en libertad y agasajó á los que habían defendido á Atahuallpa, y ahorcó en Cajamarca, en el mismo patíbulo en que el Inca había sido muerto, al escribano que le notificó la sentencia. Más tarde, cuando los indios en todo el Perú se concertaron para levantarse contra los conquistadores, hacerles la guerra y echarlos fuera, librando de ellos el suelo de la patria, también los indios de Quito se conmovieron é intentaron secundar la insurrección armada de los del Perú.

Vivía entonces aquí en Quito una india del Cuzco descendiente de los Incas y esposa de Atahuallpa, llamaba Doña Isabel Yarucpalla: era ésta una de aquellas mujeres principales que encontraron en Quito los conquistadores, cuando su primera entrada en esta ciudad: desde entonces la regia viuda se estrechó en más que amistosas relaciones con el capitán Diego Lobato, uno de los compañeros de Benalcázar, por lo cual era de todos conocida con el nombre de la palla del capitán Lobato. Su nacimiento, los precedentes de su familia, el ser viuda de Atahuallpa y sus prendas personales le habían granjeado á esta india influencia grande sobre sus compatriotas y no poca consideración de parte de los españoles: era naturalmente aseñorada y

grave, generosa y afable en su trato, y tan gallarda y decorosa en sus maneras, que manifestaba en todo la nobleza y dignidad de su familia. Esta india llegó, pues, á descubrir que los indios de todas estas provincias se estaban preparando para un general levantamiento contra los españoles, é inmediatamente dió aviso de la conjuración á Pedro de Puelles, que en aquella sazón era teniente de gobernador en Quito, por ausencia de Benalcázar. Puelles invadió de sorpresa la casa del curaca de Otavalo, donde estaban reunidos todos los jefes indios, tratando de la manera de poner por obra su propósito; y, reduciéndolos á prisión á todos ellos, logró desbaratar á tiempo el plan de la intentada conjuración (30).

Por esto, las provincias interiores de Quito se mantuvieron tranquilas, cuando todas las del Perú y las del litoral de nuestra República estaban agitadas con un alzamiento general contra los conquistadores.

---

(30) Información de servicios y méritos de Diego Lobato. — (Audiencia de Quito. — Asuntos eclesiásticos.—Simancas). — (i. ar. de I).

CAPITULO OCTAVO

Expedición de Gonzalo Pizarro á las regiones orientales.

Discordias entre los conquistadores. — Primera guerra civil. — Muerte desgraciada de Almagro.—Lorenzo de Aldana viene á Quito nombrado por segundo Gobernador de estas provincias. — Le sucede Gonzalo Pizarro. — Estado en que se encontraba Quito. — Expedición de Gonzalo Pizarro al país de la canela. — Viaje penoso de Gonzalo Pizarro y sus compañeros.—Francisco de Orellana.—Descubrimiento del Amazonas. — Asesinato del conquistador Francisco Pizarro. — Muerte del P. Fr. Vicente Valverde. — El nuevo Gobernador del Perú. — Vaca de Castro llega á Quito. — Capitulaciones de Orellana con el Emperador. — Gonzalo Pizarro regresa á Quito.

I

APENAS había partido Alvarado para Guatemala, cuando estallaron en el Perú sangrientas discordias entre los conquistadores y sublevaciones espantosas de los hasta entonces pacíficos indígenas. Almagro y Pizarro tuvieron graves desavenencias, porque prendió en sus pechos la llama de la discordia, que, al fin, acabó con ambos. Hernando Pizarro volvía de España, después de haber negociado en la Corte nuevos títulos de nobleza, preeminencias y rentas para su hermano Francisco; al mismo tiempo que le llegaba también á Almagro una gobernación por separado, distinta de la que Pizarro tenía en el Perú.

A Francisco Pizarro se le honraba con el título de Marqués de *los Atavillos*, y á Diego de Almagro le hacía merced el Emperador de una gobernación aparte, á la cual se le daba el nombre de la Nueva Toledo, para distinguirla de la de Pizarro, llamada la Nueva Castilla. Como la gobernación de Almagro, según las disposiciones del Rey, debía comenzar allí donde terminasen las leguas de tierra señaladas á Pizarro, suscitóse entre los dos Gobernadores una disputa reñida y tenaz sobre la posesión de la ciudad del Cuzco; pues los unos sostenían que la ciudad estaba incluída en la gobernación de Pizarro, y los otros pretendían que se hallaba dentro de los límites asignados á la gobernación, concedida recientemente á Almagro. Parecía que las cosas marchaban á feliz término, cuando el Mariscal, siempre amigo de la paz y la concordia, tomó el camino de Chile, resuelto á emprender la conquista de aquellas provincias; más pronto se vieron los resultados funestos de su mal aconsejada conducta.

Apenas se había alejado Almagro algunas jornadas del Cuzco, cuando hubo un general levantamiento de los indios, que, acaudillados por el mismo Inca Manco, coronado por Pizarro, pusieron cerco á las ciudades del Cuzco y de Lima y las estrecharon tanto que los españoles se vieron en ambas partes casi á punto de perecer.—Tanta constancia manifestaron los peruanos y tales muestras de valor dieron en aquella ocasión, que los españoles quedaron asombrados de ver tanta energía en una raza de gente, por ellos hasta entonces despreciada como cobarde y envilecida.

Viéndose angustiado Pizarro con el cerco que

los indios tenían puesto á la ciudad de Lima y al Cuzco, escribió cartas á las otras colonias, pidiendo que le auxiliaran con armas y soldados. A esta ciudad vino Diego de Sandoval, trayendo orden de que le enviaran la más gente de tropa que pudieran; pero Pedro de Puelles, (á quien Benalcázar había dejado aquí haciendo las veces de teniente de gobernador), no quiso acudir al llamamiento de Pizarro ni cumplir sus órdenes, temiendo, que, si esta ciudad quedaba desguarnecida, se alzaran los indios. Sandoval, oida la negativa de Puelles, se partió á la provincia del Azuay, y, recogiendo quinientos Cañaris, se puso en camino para Lima, donde llegando muy á tiempo, prestó importantes servicios á los sitiados. El capitán Diego de Sandoval fué uno de los que vinieron á Quito con Alvarado, se quedó en el ejército de Benalcázar y le acompañó en la conquista, por lo cual recibió en encomienda ó depósito casi toda la provincia del Azuay; pudo, pues, reunir fácilmente á los indios de guerra que le estaban encomendados y marchar á Lima, venciendo en el camino las partidas de indios alzados que le quisieron estorbar el paso (1).

Mas, aun no habían acabado los hermanos de Pizarro de libertarse de los indios, haciendo heroicas hazañas de valor y constancia, cuando

(1) Información de servicios, hecha en Quito en 1541 por el capitán Diego de Sandoval. — (Documento original que está en nuestro poder, merced á la generosidad del Señor Don José María Lasso y Aguirre, quien muy liberalmente ha puesto á nuestra disposición éste y otros documentos pertenecientes á su antigua y noble familia).

se presentó á las puertas del Cuzco Almagro con su tropa, intimándoles que desocuparan la ciudad, que ellos acababan de defender. A su vuelta de Chile, encontrando perturbada la tierra del Perú, creyó el Mariscal llegada la ocasión de apoderarse del Cuzco, haciendo alianza con el Inca; pero entonces los ánimos estaban muy poco dispuestos á arreglos y avenimientos pacíficos, y así las armas empleadas antes en domeñar á los indios, hubieron de tornarse contra los mismos conquistadores, en guerras fratricidas. Almagro hizo la guerra á los Pizarros y se apoderó á viva fuerza del Cuzco; pero muy pronto conoció cuán funesta le había sido su victoria, y, más que su victoria, su clemencia.

Si hubiera prestado oídos á sus consejeros, que le estimulaban á dar muerte á los dos Pizarros, Hernando y Gonzalo, á quienes tenía presos, aunque cometiendo indudablemente un crimen, habría arrancado de raíz toda causa de futuras discordias; pero Almagro, concediéndoles la vida, generoso, pensó que aseguraba mejor la posesión de la disputada ciudad: no obstante, Hernando y Gonzalo, así que se vieron en libertad, ya no procuraron otra cosa sino satisfacer la venganza, que contra Almagro ardía en sus irritados pechos. Una segunda vez las armas españolas volvieron á mancharse con sangre castellana: y la fortuna fué entonces adversa al Mariscal: el desventurado Almagro, anciano ya y achacoso, acabó sus días en un cadalso, condenado á muerte por los mismos que pocos días antes le debieran la vida; y su patíbulo se levantó en esa misma ciudad del Cuzco, donde había pensado establecer la capital

de su gobierno. Almagro moría, pues, á manos de aquellos mismos á quienes, meses antes no más, teniéndolos prisioneros, les había perdonado la vida. Venganzas bastardas y ruines fueron la causa de la muerte del desgraciado Almagro, sacrificado por los hermanos de Pizarro á los reclamos de su sanguinaria codicia; pero, considerada esta misma muerte desde un más elevado punto de vista, no podemos menos de reconocer que fué el fallo inexorable, aunque tardío, de la Providencia contra el instigador de la muerte del desventurado Atahuallpa. Los intereses de una política infame obraron en el ánimo del caballeroso Almagro para estimularle á aconsejar á sus compañeros la muerte del Inca; y los intereses de una ambición criminal fueron parte para que Gonzalo y Hernando Pizarro sacrificaran sin piedad al viejo amigo y al leal compañero de su hermano: débil y acobardado al aspecto de la muerte, imploraba, en vano, Almagro la compasión de sus vengativos enemigos; como, años antes, el triste Atahuallpa había rogado, también en vano, á sus verdugos que le otorgasen la vida. En el silencio de un calabozo se dió garrote, como á un oscuro malhechor, al valiente soldado, que había gastado sus fuerzas y sus mejores años de vida en conquistar un imperio, del cual el justo Cielo no había de permitirle gozar. Santa y adorable Providencia, que de las pasiones de los hombres se vale para castigar, aun aquí en la tierra, los crímenes de los hombres: así la historia pone de manifiesto cómo gobierna Dios las cosas humanas.

Los últimos años de la vida de Almagro no correspondieron á las esperanzas con que princi-

pió á manifestársele risueña la fortuna, pues la prosperidad despertó en el desconocido expósito de un oscuro pueblo de Castilla pasiones viles, que una escasa medianía había tenido hasta entonces como adormecidas; y esas pasiones, á las que no cuidó de poner freno, le precipitaron á su ruina. Almagro dejó solamente un hijo, el cual fué heredero de su nombre y de su desgracia.

Una vez libre de competidores en el mando, ya Francisco Pizarro no pensó más que en hacer repartimientos de la inmensa tierra, que la fortuna había puesto en sus manos: verificó fundaciones de nuevas ciudades, distribuyó riquezas entre los colonos y se ocupó con afán en organizar el imperio que había conquistado y del cual se veía único señor y dueño absoluto: su voluntad, su querer, era la única ley con que se gobernaba la colonia en la dilatada extensión de casi mil leguas de territorio.

El Marqués Gobernador había traído consigo desde Extremadura, su patria, cuatro hermanos suyos, para que tomasen parte en la conquista del Perú: de éstos, Juan, generalmente querido por su carácter suave é índole mansa, había muerto en el sitio del Cuzco; Hernando, el único legítimo entre ellos, y el más legitimado en soberbia, según la observación del viejo cronista Oviedo, había partido para España, llevando á Carlos Quinto un cuantioso donativo para las dispendiosas guerras que aquel monarca sostenía entonces en Europa: Martín, hermano sólo de madre, no había tomado parte muy activa en las empresas de los conquistadores, peleando únicamente como un honrado capitán; restaba sólo Gonzalo, el último

de ellos, y á quien, por ser el menor en edad, el Gobernador amaba con amor de padre. En el repartimiento general de las tierras del Perú, Gonzalo había recibido de su hermano pingües encomiendas de indios en las comarcas australes de la remota Charcas.

La fama publicaba entonces que al Oriente de Quito había extensos territorios, ricos de oro, y donde abundaba el árbol preciado de la aromática canela: esos territorios todavía no habían sido bien explorados, y así, el que llegara á conquistarlos adquiriría no pequeña honra y, sobre todo, muchas riquezas. Pizarro pensaba en su hermano Gonzalo, y ninguna ocasión le pareció tan propicia como esta, para engrandecerlo y hacerlo feliz. Le llamó, pues, mandándole que viniese al Cuzco desde Charcas, donde Gonzalo estaba ocupado en arreglar sus repartimientos; y el 30 de Noviembre de 1539, hallándose ya Gonzalo en el Cuzco, le confirió la gobernación de todo el reino de Quito, de los territorios de Pasto y Popayán y de todo cuanto más se descubriese al Oriente de la cordillera en estas regiones. Menos próspera fortuna habría bastado para exaltar la fantasía de Gonzalo: así, pues, se preparó para venir á su gobernación haciendo grandes gastos y atrayendo á su devoción muchos españoles nobles, que resolvieron seguirle, halagados por sus pomposos ofrecimientos; y, acompañado de ellos, salió del Cuzco á principios de Marzo de 1540, tomando el camino hacia Quito. Mas, mientras Pizarro llega á esta ciudad, veamos lo que en ella había sucedido.

II

Don Francisco Pizarro estaba inquieto y receloso, temiendo que Benalcázar se alzara con el mando de estas provincias y constituyera de todas ellas una gobernación independiente: los recelos de Pizarro no carecían de fundamento, antes lo tenían sobrado, pues Benalcázar había despachado ya clandestinamente á España un subalterno de toda su confianza, para que solicitara del Emperador el título de Adelantado y una gobernación separada de la de Pizarro. Mas, como Benalcázar tenía muchos partidarios en estas provincias, no era prudente destituírlo con estrépito del gobierno de ellas; buscó, pues, Pizarro un hombre sagaz y enérgico, y dióle, en grande secreto, la comisión de venir á Quito y tomar en sus manos la autoridad, para lo cual lo constituyó su teniente de gobernador, con amplios poderes, en estas partes. Difícil y arriesgada era la comisión, pero Lorenzo de Aldana supo desempeñarla muy atinadamente.

Lorenzo de Aldana, el segundo gobernador de Quito, era un caballero extremeño, natural de Cáceres, de carácter firme y capaz de resoluciones enérgicas: vino á Quito y no se hizo reconocer por gobernador, sino cuando reservadamente hubo comprometido á los principales miembros del Cabildo de la ciudad, mostrándoles en secreto los títulos y comisiones que traía de Pizarro. Asegurado de la obediencia, se hizo reconocer en

público por teniente de gobernador, el 9 de Noviembre de 1538 (2).

Seguro de su autoridad, desterró inmediatamente á los amigos de Benalcázar y luego se trasladó á Popayán, resuelto á poner en ejecución las órdenes secretas que tenía de Pizarro; mas Benalcázar había bajado ya al Atlántico y embarcádose para España. — Aldana procuró pacificar á los indios del valle del Cauca, que estaban alzados, y dió muy oportunas disposiciones para el arreglo y policía de las ciudades de Cali y de Popayán, que encontró casi despobladas á causa del hambre y la peste.

Las expediciones de Benalcázar á la provincia de Popayán y, con este motivo sus dilatadas ausencias habían sido muy perjudiciales á la naciente colonia, por lo cual el Ayuntamiento de Quito le requirió para que no dejase abandonada la ciudad, y sobre todo para que se abstuviese de llevar indios á la fuerza, lo que había principiado á causar en esta tierra alborotos y perturbaciones. Sin embargo, Benalcázar no dió oídos á los justos reclamos del Cabildo de Quito, y,

(2) CIEZA DE LEON.—Guerras civiles del Perú.—(Libro primero. — Guerra de las Salinas. — Capítulos 56, 57, 73, 74, 75, 80, 81, 82 y 83).—Cieza dice que Aldana presentó solamente el nombramiento de juez de comisión, y que conservó oculto el de teniente de gobernador; pero esto no es exacto, pues, en el primer Libro de actas del Cabildo de Quito, se halla copiado textualmente el nombramiento de teniente de gobernador que Aldana presentó original ante los miembros del Cabildo.—La obra de Cieza de León se publicó el año de 1877, en Madrid, en el Tomo LXVIII de la Colección de Documentos inéditos para la historia de España.

cuando salió de esta ciudad para su última expedición á las provincias del Norte, se fué llevando más de cinco mil indios de servicio, y recogió para su jornada cuantos caballos pudo, dejando la ciudad desamparada de armas y de gente. Apenas se habían reparado algún tanto estas pérdidas, cuando, dos años después, llegó á Quito Gonzalo Pizarro y se hizo reconocer por Gobernador de todas estas provincias.

Gonzalo había pasado del Cuzco á Lima y de allí, tomando por Piura el camino de la sierra, había bajado para el Norte con dirección á Quito, combatiendo con las tribus de indios alzados, que, en varios puntos del camino, salieron á impedirle tenazmente el paso, y por quienes en más de una ocasión se vió en riesgo de ser derrotado; y, acaso, lo habría sido sin remedio, si su hermano Francisco no le hubiera mandado oportuno refuerzo con el capitán Francisco de Chaves.

Gonzalo fué reconocido como Gobernador de Quito por el Cabildo el 1°. de Diciembre de 1540, día en que presentó las provisiones del Marqués su hermano, en las cuales se le nombraba Gobernador no sólo de todo lo descubierto y conquistado por Benalcázar, sino también de todo cuanto en adelante se descubriera y conquistara. Tan luego como el Ayuntamiento de Quito le reconoció por Gobernador, principió Gonzalo á ocuparse en poner por obra su proyecto de ir á descubrir y conquistar las provincias de Oriente; y cuando todo estuvo á punto, dejó por su teniente de gobernador en Quito á Pedro de Puelles, nombró por Alguacil de la ciudad á un hijo suyo pequeño llamado Francisco, habido en una india,

y, como el muchacho era todavía de muy pocos años de edad, designó para que, entre tanto, desempeñara aquel cargo uno de sus amigos, apellidado Londoño; disposición con la cual manifestaba Gonzalo las poco nobles prendas de su alma.

El país de la canela ó la provincia de los Quijos, como la llamaban entonces los conquistadores, está formada de todas aquellas comarcas situadas hacia el Oriente de Quito al otro lado de la cordillera de los Andes, donde se halla la hoya de los más caudalosos ríos que pagan el tributo de sus aguas al Amazonas. El primero que intentó el descubrimiento de ese país fué el capitán Gonzalo Díaz de Pineda, saliendo para esto de Quito por dos veces consecutivas con muchos indios de servicio; pero en ambas ocasiones se vió obligado á volver sin ventaja ni provecho alguno.

Gonzalo Pizarro, resuelto, pues, á emprender á toda costa la conquista del país de la Canela, donde creía encontrar ciudades populosas, imperios opulentos y grandes señores, con inmensas riquezas, reunió como unos trescientos soldados entre los que habían venido con él desde Charcas y los que reclutó en Quito; dió orden á los caciques para que alistasen cuatro mil indios, los cuales debían acompañar á los expedicionarios cargando los bastimentos, fardaje y pertrechos de guerra; aprestó como dos mil cerdos y un número crecido de llamas ú ovejas de la tierra, para racionar á su gente en el camino, porque se imaginaba que al otro lado de la cordillera encontraría tierras abundantes y provistas de to-

do. Dispuestas y arregladas las cosas necesarias para la expedición, se puso en camino en los primeros meses del año de 1541, alegre y regocijado con los ensueños de riqueza que había concebido su ambiciosa imaginación (3). El Cabildo de la ciudad le requirió para que no llevara indios forzados, y, sobre todo, para que no los llevase amarrados con cadenas; pero Gonzalo no prestó atención á tan justos reclamos y siguió adelante en su propósito. Era de ver el afán y diligencia, con que el día señalado para la partida daban principio á la jornada los expedicionarios: ya desde la víspera había adelantado, tomando la derrota hacia Levante, la numerosa y gruñidora piara de cerdos, arreada por indios encargados de irla ciudando. El primer día se detuvieron en un punto denominado *Inga,* que está á este lado de la cordillera oriental, y mientras no salieron de poblado el viaje fué cómodo y agradable; pero, cuando principiaron á trasmontar la gran cordillera, entonces comenzaron sus trabajos; muchos murieron, principalmente de los indios, helados de frío con el viento recio y húmedo de las alturas y la copiosa nevada que cayó mientras pasaban los expedicionarios. Al descender á la parte oriental al otro lado de la cordillera, conforme iban bajando se internaban más y más en el cerrado bosque, donde no había señal alguna de vereda, ni cami-

(3) En cuanto á la fecha de la partida de Gonzalo Pizarro para su expedición, hay equivocación en los historiadores, que la fijan en un año diverso de aquel en que se verificó, según se deduce del primer Libro de actas del Cabildo, á cuyas fechas nos hemos atenido en nuestra narración.

no trajinado. Después de haber andado como unas treinta leguas llegaron á una población, la primera de los Quijos, llamada *Zumaco*, puesta á las faldas de un cerro muy elevado: en el tránsito encontraron algunas cuadrillas de indios armados con intento de estorbarles el paso; pero al ver á los caballos y oir disparar los arcabuces, huyeron precipitadamente. Pocos días habían descansado en Zumaco los viajeros, cuando un fuerte é inesperado terremoto arruinó la aldea: una tarde tembló la tierra terriblemente, se abrió en diversas partes, se hundieron muchas casas y no faltaron supersticiosos que tomaran este fenómeno como funesto presagio de futuras desgracias: al terremoto se siguieron tempestades espantosas, acompañadas de truenos y relámpagos, y lluvias incesantes de día y de noche por dos meses continuos: la comida iba faltándoles, en las miserables chozas abandonadas por los salvajes, no se encontraba nada, y el río correntoso, aumentado grandemente con las lluvias, no permitía pasar á la banda opuesta, para buscarla. En el pueblo de Muti, de la misma provincia de Zumaco, les dió alcance Francisco de Orellana, el cual, invitado por Gonzalo Pizarro, acudía desde Guayaquil, con un buen refuerzo de gente, llevando en su compañía á Fr. Francisco de Carvajal, religioso dominico, que iba como capellán de la expedición. Con Pizarro había salido de Quito otro religioso, Fr. Gonzalo de Vera, de la Orden de la Merced (4).

(4) He aquí los autores, que han hablado de la expedición de Gonzalo Pizarro á la provincia de la Canela:

Cuando la estación de las lluvias hubo amainado algún tanto, Gonzalo consultó con sus capitanes sobre lo que deberían hacer en aquellas circunstancias, y acordaron que el mismo Gonzalo, acompañado de setenta arcabuceros, siguiese adelante á explorar el camino; como lo hizo, en efecto, continuando hasta dar con los árboles de la canela. Son éstos tan altos como olivos; sus flores se abren á manera de capullos, en los cuales está la sustancia, que en fragancia y sabor es muy semejante á la canela. El mejor fruto y más oloroso suele ser el de los árboles cultivados en huertos, como los tenían los indios de Quijos antes de la conquista, para servirse de él, como de una especie de moneda, en las grangerías que acostumbraban tener con otros pueblos de la provin-

---

GOMARA. — Historia general de las Indias. — (Página 243ª. en la edición de Ribadeneyra. — Biblioteca de autores españoles.—Historiadores primitivos de Indias.—Tomo primero).

ZARATE.—Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú. — (Libro cuarto, Capítulos 1.º, 2.º, 3.º, 4.º y 5.º).

GARCILASO DE LA VEGA. — Comentarios reales del Perú. — (Segunda parte, Libro tercero, Capítulos 2.º, 3.º, 4.º y 5.º).

CIEZA DE LEON. — Guerras civiles del Perú. — (Guerra de Chupas, Capítulos 18.º, 19.º, 20.º, 21.º, 22.º. y 81.º). Esta parte de la Crónica del Perú escrita por Cieza de León había permanecido inédita hasta nuestros días: fué dada á luz en Madrid, el año de 1881, en el Tomo LXXVI de la Colección de Documentos inéditos para la historia de España.

HERRERA.—Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano. — (Década sexta, Libro séptimo, Capítulos 6.º, 7.º y 8.º.—Capítulo 14.º del Libro tercero de la Década séptima.—Herrera en

cia de Quito en tiempo de los Incas. — Atahuallpa en Cajamarca obsequió á Pizarro unos cuantos puñados de estas flores olorosas (5). Gonzalo no encontró población ninguna formada, sino miserables cabañas distantes unas de otras y separadas por trechos inmensos: unas veces los indios se negaban á servirle de guías, contestando, en frases breves y concisas, que no sabían si existirían más allá otras poblaciones, porque ellos no conocían más que sus montañas; otras, forzados por los españoles se obligaban á guiarles; pero, entonces, de propósito los conducían lejos de poblado, metiéndolos en lo más bravo y cerrado de la montaña. Gonzalo, en vez de halagar á los salvajes, para que le prestasen algún auxilio, los aterraba, haciendo quemar á unos, ó despedazar con perros á otros: los pobres indios se dejaban

---

sus Décadas ha copiado casi á la letra la obra de Cieza de León citada anteriormente.

OVIEDO.—Historia general y natural de las Indias.—(Libro cuadragésimo nono, Capítulos 1.°, 2.°, 3.°, 4.° y 5.°).

RODRIGUEZ.—El Marañón y Amazonas, Historia de los descubrimientos, entradas y reducción de naciones, &.—(Libro primero, Capítulos 1.° y 2.°).

Entre los historiadores modernos, Quintana, Prescott, Lorente y Mendiburu: entre nuestros historiadores, el P. Velasco, y los Señores Pedro Fermín Cevallos y Pablo Herrera, cuyas obras hemos citado ya en otras notas á los capítulos anteriores. — En todos estos autores nos apoyamos para la narración de los hechos referidos en el presente capítulo.

(5) La canela de Quijos es el *Nectandra cinamomoides* de los botánicos.—La flor ó producto de los canelos se llamaba y áun se llama todavía *ixpingo*.

matar, dando ayes lastimeros, pero que no enternecían el fiero corazón de Gonzalo. Mohino y arrepentido de su malaventurada empresa tomó éste, al cabo de muchos días, la vuelta de Zumaco, para reunirse con sus compañeros y continuar todos juntos la marcha, dirigiendo su rumbo por la orilla derecha del Coca. Leguas y leguas anduvieron, buscando cómo pasar á la orilla opuesta, pero el cauce profundo del río no les ofrecía comodidad para vadearlo; así les fué indispensable continuar bajando, sin apartarse de la misma orilla; pero, ¡cuán difícil y penosa no les era la marcha! qué tardía mientras á golpe de machete se abrían paso por entre la tupida selva! El suelo en muchas partes no ofrecía piso firme y seguro ni para los hombres ni para los caballos; éstos ya no les servían de alivio, porque no podían viajar montados por entre el enmarañado bosque, y era necesario llevarlos tirados del diestro, dar grandes rodeos para no atravesar por las ciénagas y pantanos, y sacar á cada instante á los que se atollaban en los atascaderos y lodazales de la montaña; la piara de cerdos les daba todavía mayores trabajos para llevarla, sin que se les extraviasen en el camino: imposible era contenerlos á todos, pues, ya unos se huían, metiéndose entre las malezas; otros, se quedaban perdidos entre el bosque; y uno solo que se les quedase era gran pérdida para los expedicionarios, que se veían sin otra cosa para alimentarse que raíces desabridas y frutas insípidas: la carne de algún caballo que se moría se repartían con peso y medida como manjar regalado: tanta era ya la falta de alimentos.

Cierta noche, cuando las selvas estaban en profundo silencio, oyeron resonar á lo lejos el ruido de una de las caídas del río que les pareció al día siguiente atronadora cascada, de doscientos pies de altura: como no era posible pasar por ninguno de esos puntos á la orilla opuesta, continuaron bajando todavía muchas leguas más hasta donde el cauce del río se estrecha tanto entre dos altísimas peñas, que de una orilla á otra apenas habrá veinte pasos de distancia. Todo aquel inmenso caudal de agua se recoge y comprime en uno como abismo, oscuro y profundo, donde las aguas, pasando en silencio, parece que hubieran perdido la rapidez de su movimiento, quedándose estancadas, templando más bien que corriendo entre las peñas que forman sus orillas. Este punto les pareció á propósito para construír un puente, y luego, sin pérdida de tiempo, se pusieron á la obra: derribaron, no sin grande trabajo, el árbol más elevado que encontraron allí cerca, y lo tendieron, dejándolo caer de la una á la otra orilla; cortaron después otros iguales y, al cabo de setenta días de incesante fatiga, el puente quedó acabado: y por ahí principiaron á pasar guardando mucha cautela, pues, cuando lo estaban construyendo, un español, que desde el borde se acercó por curiosidad á mirar el fondo de las aguas, desvanecido, cayó dentro y se ahogó. Algunos indios, que desde el frente les habían querido estorbar el paso, al experimentar los terribles efectos de los arcabuces, huyeron despavoridos, llevando á sus aduares la noticia de los hombres barbados que habían asomado en las selvas.

Pocas jornadas después llegaron á una peque-

ña población asentada en campo raso, cuyo cacique les salió al encuentro y presentó en obsequio alguna comida, aunque poca; Gonzalo Pizarro le preguntó sobre el camino y los pueblos que había en aquella comarca, á lo cual, con astucia, respondió el cacique que, más adelante existían numerosas poblaciones con muy ricos señores: noticia dada adrede por el indio, para que los españoles saliesen de su pueblo. Gonzalo ordenó que el cacique fuese llevado con disimulación, y lo mismo dispuso que se hiciera con otros dos, á quienes tomaron de sorpresa en sus pueblos; pero los indios, cierto día, de repente, se arrojaron al río, y, aunque cada uno tenía una cadena al cuello, pasaron á nado á la otra orilla, sin que los españoles pudiesen impedírselo. Muchas leguas habían andado ya Gonzalo y sus compañeros sin encontrar señal alguna de población, cuando llegaron á una provincia, que en la lengua de los salvajes se llamaban *Guema:* repuestos allí algún tanto de sus fatigas, resolvieron continuar la marcha, pero iban ya tan desmedrados, que Pizarro juzgó necesario emprender en la construcción de un bergantín para seguir su viaje por el río. Pusiéronse, pues, todos á la obra, sirviéndoles de maestra la necesidad: cortaron árboles del bosque, fabricaron carbón y de las herraduras de los caballos muertos forjaron clavos con inexplicable sufrimiento, pues la abundancia de mosquitos era tanta que, para librarse siquera un poco de sus molestas picaduras, mientras que unos, sentados en cuclillas atizaban la fragua, otros, parados delante, les aventaban la cara con el sombrero: de las mantas de los indios y de las camisas podridas de

los españoles hicieron estopa, por brea emplearon la recina que destilaban en abundancia ciertos árboles, y, como todos trabajaban con grande afán, pronto el tosco y mal aparejado bergantín estuvo en estado de botarlo al agua. Cuando los compañeros de Gonzalo vieron balanceándose en las aguas del río su improvisada embarcación, no cabían de contento, creyendo haber redimido sus vidas de la muerte segura, que les amenazaba en medio de las soledades de los bosques del Ecuador. Cargaron en el bergantín todo lo más precioso que tenían, acomodaron en él á los enfermos y continuaron con nuevos bríos su viaje, observando orden y concierto, pues mientras los unos caminaban por la playa, el barquillo iba navegando á vista de ellos sin alejarse mucho de las orillas; y, cuando encontraban algún paso difícil y trabajoso se embarcaban para trasladarse de una banda á otra en busca de mejor camino; aunque les era necesario gastar hasta dos y tres días yendo y volviendo, ocupados en transportar los caballos y todas las demás cosas que llevaban.

Entre tanto, el número de muertos aumentaba cada día, pues habían perecido hasta entonces como dos mil indios y muchos españoles; la mayor parte de los restantes iban enfermos, los más estaban desnudos, todos descalzos y á pie, porque los pocos caballos, que les sobraban, más bien les servían de estorbo que de auxilio en las enmarañadas selvas, donde apenas podían caminar, abriéndose paso por entre malezas. Ya no les quedaba ni un solo cerdo, las ovejas de la tierra se habían acabado también; maíz no se encontraba, y la carne de los caballos que morían, servida

sin sal, era potaje regalado, que los más robustos reservaban para los enfermos. Los perros, llevados para perseguir á los indios salvajes, se iban también acabando, pues, á falta de otro alimento, los hambrientos expedicionarios habían apelado á esa carne, la cual les hacía muy buen estómago en el hambre que los consumía. Desesperados, unos comían raíces, otros hacían hervir las zuelas de los zapatos, las correas y los arzones de las sillas, para comérselos; y no faltaron también algunos que comieran sapos y otras sabandijas, tanta era su necesidad y tan extrema la falta de comida. Los indios de servicio buscaban con esmero algunas raíces suaves y recogían en el bosque frutitas silvestres, para obsequiar con ellas á sus amos. Por sin igual ventura tuvieron éstos encontrar en esas circunstancias una miserable población ó cortijo de salvajes, cuyo cacique les hizo buen acogimiento: allí se regalaron comiendo maíz y pan de yuca, el cual les supo tan sabroso á su paladar que, según sus mismas expresiones, creían estar comiendo pan de Alcalá; y como les informasen los salvajes que el río Coca, por cuyas orillas iban caminando, desaguaba en otro más caudaloso que bañaba comarcas ricas, fértiles y pobladas, resolvieron que fuera allá el capitán Francisco de Orellana en el bergantín, para que reconociese la tierra, y, provisto de comida volviese sin tardanza, mientras Gonzalo, con los demás compañeros, los enfermos y los pocos indios de servicio que restaban todavía, quedaba aguardando en el mismo lugar (6).

---

(6) El itinerario del viaje de Gonzalo Pizarro puede fi-

Dejemos en este punto á Gonzalo Pizarro, esperando la vuelta de Orellana, y acompañemos á este capitán en su viaje, para ver cómo, siguiendo por el río Coca, llegó al Napo, descubrió el Amazonas y fué á salir al Océano Atlántico, desde donde, por inesperado rumbo, tornó á la corte de España.

III

El jefe de más confianza que tenía Gonzalo era Orellana, cuyas prendas de caballero y de soldado eran de todos bien conocidas: designóle, pues, por capitán de una compañía de cincuenta hombres, escogidos entre los mejores, dándole cargo de ir á explorar la tierra y traer provisiones. Acomodaron en el bergantín toda la ropa de Gonzalo y de los demás compañeros, aseguraron también en él algunos instrumentos de hierro y cuantas esmeraldas y castellanos de oro tenían: hecho esto, Orellana emprendió su jornada con grande presteza, un lunes 26 de Diciembre de 1541; y, como iban aguas abajo, caminaban con tanta ve-

---

jarse de la manera siguiente.—La primera jornada se hizo al punto denominado *Inga*, en la cordillera oriental hacia el noreste de Quito: luego, descendiendo la cordillera y dando algunos rodeos, salieron al río Coca, y, por las orillas de éste, continuaron hasta dar con la confluencia del Coca con el Napo. — En este punto, Orellana continuó navegando aguas abajo hasta entrar en el Amazonas, por donde llegó al Océano Atálntico.—Gonzalo Pizarro regresó á Quito por el Napo, subiendo por sus orillas, donde encontró los yucales, de que hablan Zárate y Cieza de León.

RAIMONDI.—El Perú.—(Tomo segundo.—Historia de la Geografía del Perú.—Capítulo décimo).

locidad, que, haciendo de navegación veinticinco leguas por día, á la cuarta jornada desembocaron en el caudaloso Napo. Habían andado hasta allí como cien leguas, viendo con admiración cómo el Coca engrosaba sucesivamente sus aguas con las del Quijos y el Cosanga.

Con Orellana se embarcaron también los dos religiosos, el mercenario y el P. Carvajal, dominico, el cual escribió el diario del viaje hasta Cubagua.

A los nueve días después de haberse despedido de Pizarro y sus compañeros, arribó Orellana á una población llamada *Imara*, perteneciente á cierta tribu de indios apellidados *Irimaraes:* allí encontró abundancia de maíz, ají y pescado. Era, pues, llegada la ocasión de hacer acopio de provisiones para remitírselas á Gonzalo Pizarro, como se lo habían ordenado y Orellana lo había prometido: pero ya entonces un proyecto de codicia y de gloria había cruzado también por su imaginación, y, para ponerlo por obra, solamente era necesario discurrir motivos especiosos, con que cohonestarlo á los ojos de sus soldados. ¿Cómo volver ahora al real de Gonzalo? Navegando río arriba contra la corriente, decía Orellana que ni en un año, les sería posible llegar al punto donde habían dejado á sus compañeros; y que, cuando llegaran, ya no los encontrarían: por tanto, añadía, que en aquellas difíciles circunstancias convenía, ante todo, mirar por su propia conservación y poner en salvo sus vidas, navegando hacia el mar Atlántico, pues, por lo que respecta al Gobernador Gonzalo Pizarro y sus compañeros, ya ellos habrían tomado algún camino para salir

de la apurada situación en que los dejaron. La proposición de Orellana fué escuchada con agrado por casi todos sus compañeros, quienes se manifestaron resueltos á seguir el consejo de su capitán; sin embargo, un joven español, apellidado Sánchez de Vargas, la rechazó con indignación, esforzándose por hacer ver á su jefe lo ruin é infame de su procedimiento, contra el cual, dijo, que, por su parte, protestaba con toda energía. Indignado Orellana de escuchar esta noble protesta, que para él no podía menos de ser inesperada, mandó dejar abandonado en los bosques al caballeroso Sánchez, en pena de su noble firmeza y lealtad; y faltó poco para que hiciera lo mismo con el P. Carvajal, á quien maltrató groseramente de palabra, porque también se opuso al proyecto de abandonar á Gonzalo Pizarro y seguir adelante la navegación. Pudo más en el ánimo de Orellana la codicia que la lealtad, y, desoyendo los consejos de la honradez, atendió solamente á los reclamos de su ambición.

Hizo luego que sus mismos soldados lo eligiesen por su jefe y caudillo, á fin de emprender nuevos descubrimientos, por su cuenta, y no á nombre y por autoridad de Gonzalo. Del pueblo de Imara, pasaron al de *Aparia*, donde fueron obsequiados por el cacique; y, haciendo allí buena provisión de comida, tornaron á navegar por el Napo, hasta que, al cabo de varios días de navegación, el barquichuelo de Orellana flotaba en las aguas del portentoso Amazonas. Tendió su vista hacia todos lados el jefe castellano, y contempló, llenó de admiración, el azulado lienzo de las aguas confundiéndose, allá, en lontananza, con

el límpido azul del firmamento, sin que ni á un lado, ni á otro, alcanzasen los ojos á distinguir orillas en el remoto horizonte: entonces comprendió toda la importancia de su descubrimiento y tuvo por realizados los proyectos de su ambición.

Con gran trabajo y padeciendo increíbles contratiempos, logró Orellana recorrer en casi seis meses todo el curso del Marañón, y salir al Océano Atlántico tomando puerto en la isla de Cubagua, donde permaneció solamente poco tiempo, mientras se disponía á pasar á España. Curiosa é interesante era la descripción que el afortunado aventurero hacía de su expedición: había recorrido distancias inmensas, visitado comarcas hasta entonces ignoradas, tomado noticia de países y naciones innumerables, de extrañas costumbres, lenguajes difíciles y usos desconocidos. Ponderaba la riqueza de aquellas provincias, acerca de las cuales contaba cosas maravillosas, como aquello del imperio de las Amazonas, que vivían en ciudades pobladas solamente por mujeres y gobernadas también por mujeres guerreras, las cuales peleaban, manejando con singular destreza el arco y la pica. No se cansaba de referir las armas que usaban, las flechas emponzoñadas, con que daban muerte infaliblemente; enumerando los peligros de que se había librado, las batallas que había reñido y los triunfos que había alcanzado.

Durante toda la cuaresma los aventureros hicieron alto en un pueblo, ocupados en fabricar un nuevo bergantín; y todos los días, por lo regular, oían el sermón que les predicaba el P. Fr. Gaspar de Carvajal, y el Domingo de Pascua con-

fesaron y comulgaron todos; aunque ya en adelante no pudieron volver á oír misa, porque en una hambre extrema de muchos días se comieron la harina, que, para hacer hostias, llevaba el religioso. Para poder navegar en alta mar, tejieron jarcias de raíces de árboles y de bejucos, y de las mantas con que se abrigaban para dormir, hicieron velas: en semejante embarcación muchos días fueron juguete de las olas en el golfo de Paria, y, cuando, por fin, lograron abordar á la isla de Cubagua, y vieron en ella pisadas de caballos, se alegraron grandemente, conociendo, por semejante señal, que estaba habitada por cristianos; y su primera diligencia fué ir derecho á la iglesia, para tributar gracias á Dios, porque les había concedido llegar salvos hasta aquel punto.

Orellana poseía prendas nada comunes. Era audaz, arrojado, concebía altos pensamientos, formaba planes grandiosos y se complacía en ponerlos por obra, arrollando cuantos obstáculos se le presentaban delante para ejecutarlos. Comprendía con admirable prontitud los idiomas difíciles de los salvajes, y en poco tiempo se hallaba en estado de darse á entender; habilidad de ingenio que le sirvió muy mucho en su viaje por el Marañón para contratar con las tribus salvajes. De imaginación exaltada, veía siempre en las cosas más de lo que realmente habían en ellas, y acostumbraba describirlas, ponderándolas, para darles mayor importancia. Constante en llevar á cabo cuanta empresa acometía, gustaba de hazañas dificultosas, para darse el placer de realizarlas. Amigo de Gonzalo mientras no se le ofreció ocasión de señalarse por sí mismo en al-

gún descubrimiento famoso, quebrantó los fueros de la amistad é hizo traición á la confianza de su jefe, cuando vió que se le abría el camino para satisfacer su propia ambición.

La Corte de España comprendió fácilmente la grande importancia de los descubrimientos que acababa de hacer Orellana, y celebró con éste una fomosa capitulación, en la cual es digna de particular recomendación la severa moral que exigía el Soberano de España al jefe castellano en las relaciones de comercio y tráfico, que le permitía entablar con los indios. Orellana aprestó una armada para venir á establecer colonias y pacificar las tierras bañadas por las aguas del Amazonas; llegó á las playas del río, pero murió desgraciadamente, víctima de inesperados contratiempos, antes de ver realizados sus sueños de grandeza. Con su muerte quedó por entonces abandonada su empresa.

Conviene que digamos una palabra siquiera acerca del religioso dominico, que acompañó á Orellana en toda su expedición.

Fué el P. Fr. Gaspar de Carvajal natural de Extremadura en España, vino al Perú el año de 1533, y se hallaba en Lima, cuando pasó por aquella ciudad Gonzalo Pizarro, viniendo á Quito para el descubrimiento del país de la canela. El Padre Carvajal acompañó á los expedicionarios y tuvo la suerte de ser el primer sacerdote católico que surcara las aguas del Amazonas. En las varias refriegas que Orellana y sus compañeros sostuvieron con los indios fué herido gravemente dos veces, una en la hijada y otra en la cabeza, y, á consecuencia de esta segunda herida,

causada por una flecha arrojada al bergantín en que iban los españoles, perdió un ojo. En el año de 1544 lo volvemos á encontrar en el Perú, ocupado en fundar algunos conventos de su Orden: en 1557 fué elegido Provincial de su provincia de Frailes Predicadores del Perú y murió en Lima en el convento del Rosario, en edad muy avanzada, el año de 1584. La Crónica de su Orden hace notar que fué el primero, á quien se dió sepultura en la Sala capitular de aquel convento, según la costumbre de los Religiosos de Santo Domingo. El P. Fr. Gaspar de Carvajal gozó entre los suyos la fama de varón sencillo, de ánimo constante, grande sufridor de adversidades y muy ejemplar en sus costumbres. Después tendremos ocasión de hablar de la parte que tomó este religioso en las discordias entre el primer Virrey del Perú y la Real Audiencia de Lima (7).

IV

Graves é inesperados acontecimientos se estaban verificando al mismo tiempo en el Perú, mientras el ambicioso Gonzalo andaba perdido en los bosques de Oriente, en demanda de imperios, que no existían más que en su imaginación.

El viejo Almagro había dejado en el Perú amigos fervorosos y decididos, los cuales buscaban ocasión oportuna para vengar su sangre;

(7) MELENDEZ.—Verdaderos tesoros de las Indias.—(Libro cuarto, Capítulo sexto). —El diario del P. Carvajal se halla en la Historia natural y general de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo.

formaban conjuraciones y hablaban públicamente de la necesidad de asesinar á Francisco Pizarro, para mejorar de fortuna, exaltando á la gobernación del Perú al joven Almagro, hijo de su difunto caudillo. El Marqués Gobernador tenía conocimiento de la conspiración, estaba instruído menudamente en todos los planes de los conjurados; pero no sé qué especie de ciega confianza le mantenía descuidado, sin que quisiera, á pesar de repetidos avisos, tomar precaución alguna. Había llegado á tal extremo la audacia de los partidarios de Almagro que, á las claras, se reunían en Lima, para preparar el asesinato del Marqués: todos hablaban del peligro; nadie ponía los medios de evitarlo, y un domingo, después de mediodía, los conjurados, acaudillados por Rada, atravesaron, á vista del público, la plaza de la ciudad, penetraron, sin obstáculo ninguno, en casa de Pizarro y lo asesinaron, sin que hubiera quien lo defendiese; pues amigos y allegados, todos huyeron en el momento del peligro. Así acabó su vida, á manos de sus enemigos, el conquistador del Perú: había derramado sangre inocente, y el puñal del asesino puso término á sus días, cuando principiaba recién á gozar de los frutos del imperio, que, con tantas fatigas y no pocos crímenes, había conquistado!!....

A la muerte de Pizarro se siguieron espantosos trastornos en el Perú; y de un cabo al otro la guerra civil recorrió el país de los Incas. Los partidarios de Almagro exaltaron á la gobernación de las colonias al hijo del Mariscal, joven animoso y de partes aventajadas, así para la guerra como para el gobierno, pero á cuyo nacimien-

to parecía como si hubiese presidido alguna funesta estrella, que permitía su encumbramiento á la fascinadora cima del poder, solamente para precipitarlo de más alto en el hondo abismo de la desgracia.

Por este mismo tiempo sucedió la muerte del tristemente célebre P. Fr. Vicente Valverde, y fué de esta manera. Hallábase el P. Valverde en el Cuzco cuando acaeció el asesinato de Pizarro y el sucesivo alzamiento del joven Almagro con el gobierno de todo el Perú. Era entonces el P. Valverde obispo del Cuzco, y, así que supo la noticia de la muerte de Pizarro, quiso pasar á Lima, deseoso, sin duda, de impedir los escándalos que las pasiones desapoderadas de los partidarios de Almagro estaban cometiendo en aquella ciudad; pero el Cabildo secular le hizo presente que no debía abandonar su sede episcopal en tan críticas circunstancias, y por entonces se detuvo. El P. Valverde sintió profundamente la muerte de Pizarro, con quien tenía deudo muy cercano; pesábale también mucho del escándalo dado en tierra tan nueva con la usurpación del gobierno de ella por medio de un asesinato; púsose, pues, á predicar con grande desenfado contra la facción que llamaban de los *almagristas*, lo cual ocasionó graves disgustos. Por esto, temiendo la venganza de aquellos á quienes habían herido sus palabras, se salió del Cuzco para Arequipa, y de ahí pasó á Tumbez, resuelto á llegar á Quito, donde sabía que estaba ya Vaca de Castro, el nuevo Gobernador del Perú. En efecto, emprendió su viaje y venía navegando por el río de Guayaquil, acompañado de un hermano

suyo secular y de otros once individuos más de familia, cuando de repente la balsa en que estaban embarcados fué acometida por los indios de la Puna: los bogas, que eran también indígenas de la Puná, deshicieron la balsa, y de los viajeros unos murieron ahogados en medio del golfo, y otros perecieron á flechazos y á lanzadas: uno de éstos fué el desventurado P. Valverde, cuyo cadáver tuvo por sepultura las aguas del Océano. ¿Será lícito reconocer en un fin tan desastrado alguna expiación providencial?

No hay, por cierto, en la historia del Perú fisonomía más indeterminada, que la de este religioso; pues, cuando queremos condenarlo como duro y hasta cruel, se nos presenta como amigo de los indios y depositario de su confianza; trabaja por salvar la vida del viejo Almagro, llamando con instancia á Pizarro, quien dilataba adrede su llegada al Cuzco hasta recibir la noticia de la muerte de su antiguo compañero: el Inca Manco le aprecia y reverencia: el Rey le presenta para primer obispo del Cuzco y le confía el cargo de Protector de los indios: algunas comunicaciones oficiales de aquel tiempo hablan de él con elogio; en otras se le pinta como hombre dominado de pasiones violentas. Tuvo la desgracia de ocupar destinos muy elevados, sin poseer las virtudes necesarias para desempeñarlos como debía; así es que, en tiempos de calma y tranquilidad, acertó á gobernar bien su inmensa diócesis; pero en épocas de trastorno y en ocasiones imprevistas manifestó los defectos espontáneos de su carácter, poco manso é irascible. Los cronistas de la Orden de Predicadores, á la cual perteneció, le cuen-

tan en el número de los mártires; pero la Iglesia católica no podrá reconocerla como tal, mientras sus manos no estén limpias de la sangre de los indios sacrificados impunemente por los conquistadores en Cajamarca (8).

Cuando el primer obispo del Cuzco fué asesinado por los indios de la Puná en el golfo de Guayaquil, las tribus indígenas de todo el litoral ecuatoriano estaban alzadas, haciendo la guerra á los primeros pobladores de las ciudades de Porto-viejo y Guayaquil. Los de la Puná fueron conquistados y pacificados por Benalcázar, cuan-

(8) MELENDEZ.—En la Crónica de los Frailes Dominicos del Perú, citada en la nota anterior.—(Libro segundo, capítulos sexto y séptimo.)

MONTESINOS.—Anales del Perú.—(Ms. Año de 1541.) Hay notable diferencia entre la manera como refieren estos dos historiadores la muerte del P. Fr. Vicente Valverde. En nuestra narración hemos seguido á Montesinos, desechando la autoridad del P. Meléndez, porque Montesinos se apoya en las informaciones jurídicas, que sobre la muerte del P. Valverde practicó el P. Fr. Juan Solano, su inmediato sucesor en el obispado del Cuzco. Este documento se guardaba en el archivo del Cabildo eclesiástico del Cuzco, donde lo leyó el Licenciado Montesinos.—Talvez, á la muerte del P. Valverde debe referirse lo que, acerca de la causa de la despoblación de la Puná, contaban los indios de los llanos de Trujillo, como puede verse en ALCEDO, *Diccionario histórico &.*, *Tomo* 4°, donde se dice que, habiendo reincidido en la idolatría los habitantes de la Puná, pasó á convertirlos el Obispo de Trujillo, á quien mataron con veneno, y después lo desenterraron, purificaron sus carnes, y se las comieron. La historia sólo nos ha conservado el recuerdo de la muerte del P. Valverde, acaecida en la Puná á consecuencia de su celo, no muy discreto, contra la idolatría y los idólatras, pero no sabemos que haya muerto allí ningún otro obispo.

do este caudillo bajó á la costa el año de 1535, para hacer la primera fundación de Guayaquil; pero, seis años después, hubo un levantamiento general de todos los pueblos de la provincia del Guayas, capitaneados por los isleños de la Puná. La ciudad de Guayaquil fué sitiada por los indios, durante seis meses enteros, al cabo de los cuales logró el capitán Diego de Urbina salirse con todos los pobladores, trasladándose en veinte balsas á la provincia de Manabí. Como Urbina era teniente de Gobernador en Porto-viejo, colectó gente é invadió la isla de la Puná, haciendo á los indios la guerra á sangre y fuego, para aterrarlos y dejarlos escarmentados, á fin de que en adelante no intentaran nuevos alzamientos. Pacificada la isla, volvió Urbina á restablecer la ciudad de Guayaquil, disponiendo que regresaran los vecinos de ella, que andaban dispersos en la provincia de Manabí. Entonces fué cuando la ciudad se fundó definitivamente en la calzada llamada el paso de Huayna-Cápac, donde pocos años antes la había establecido por orden de Pizarro el capitán Francisco de Orellana.

Urbina continuó ejerciendo el cargo de teniente de gobernador en las ciudades de Porto-viejo y de Guayaquil, por nombramiento de Vaca de Castro (9).

---

(9) Carta del capitán Diego de Urbina al Emperador Carlos V; 1°. de Mayo de 1543.—Información de méritos y servicios de Antonio Quijada.—(Inéditos en el Real Archivo de Indias en Sevilla.—Documentos del Patronato. Informaciones de descubridores y conquistadores del Perú.)

V

La noticia de las alteraciones de la colonia y de las sangrientas guerras civiles de los conquistadores del Perú había llegado á la Corte de España, y obligado al Emperador Carlos V á tomar serias medidas, á fin de asegurar el orden público y promover el adelantamiento y buen gobierno de estas lejanas comarcas. Entre muchos medios sugeridos por el Real Consejo de Indias, al cabo se adoptó el de mandar un comisionado regio, encargado de examinar escrupulosamente el estado y situación de la colonia é informar á su Majestad sobre lo que conviniera hacer para el bien y posteridad de ella. Al efecto, fué elegido el Licenciado Cristóbal Vaca de Castro, Oidor de la Audiencia de Valladolid, á quien se le dieron las instrucciones convenientes para desempeñar con acierto el delicado cargo que se le confiaba. Diósele, además, muy oportunamente, el nombramiento de Gobernador del Perú, para el caso en que hubiese fallecido ó falleciera el Marqués D. Francisco Pizarro. Las circunstancias posteriores demostraron lo acertado de esta medida. Entre muchas otras disposiciones, cuyo cumplimiento se encargó á Vaca de Castro, había dos relativas á los asuntos eclesiásticos de estas provincias. La una era averiguar la conducta que observaban los clérigos y religiosos, que estaban residiendo aquí, para expulsar de América á los escandalosos ó que no cumpliesen bien con los deberes de su elevado ministerio. La otra era respecto á la demarcación de los dos

nuevos obispados, de Lima y de Quito, cuya erección se había pedido ya á la Santa Sede.

Vaca de Castro salió de la Península á principios de 1540, arribó al puerto de la Buenaventura, arrojado allí por una terrible tempestad que sufrió navegando de Panamá hacia el Perú, tomó por tierra el camino de Cali y pasó á Popayán, donde supo el asesinato de Francisco Pizarro; siguió su camino á Quito y en esta ciudad se hizo reconocer por Gobernador del Perú. Hallábase entonces de teniente de gobernador de Quito por Gonzalo Pizarro, el capitán Pedro de Puelles, quien resignó su cargo en manos de Vaca de Castro.

El 26 de Setiembre de 1541 presentó Vaca de Castro al Cabildo de Quito la provisión real, por la que se le nombraba Gobernador del Perú, en caso de que sucediera la muerte del conquistador Francisco Pizarro.

El Cabildo le reconoció por Gobernador el mismo día: todos hicieron inmediatamente renuncia de los cargos que tenían por nombramiento de Gonzalo Pizarro, y luego fueron continuados en la posesión de ellos por el nuevo Gobernador (10).

Gonzalo Pizarro había sido nombrado Gobernador de Quito por su hermano, el conquistador, quien, para hacer ese nombramiento, carecía de

(10) Libro primero de actas ó Libro verde del Cabildo de Quito.—Vaca de Castro fué reconocido por Gobernador del Perú en Quito, el día 26 de Setiembre de 1541; y ese mismo día, según el analista Montesinos, acaeció la muerte del P. Fr. Vicente Valverde.

autoridad competente; pues el Emperador le había permitido nombrar sucesor en el gobierno de todas las colonias; pero no, dividirlas, para formar gobiernos separados. Ninguna dificultad encontraron, pues, los miembros del Cabildo de Quito en reconocer á Vaca de Castro por Gobernador de todo el Perú y de Quito, á pesar del nombramiento hecho por Pizarro en la persona de su hermano Gonzalo. Todos estos acontecimientos tenían lugar en el Perú y en Quito, mientras Gonzalo Pizarro andaba ocupado en los bosques de Oriente en su malaventurada expedición.

Desde Quito mandó el nuevo Gobernador comisionados á Guayaquil, Puerto-viejo, Trujillo, San Miguel y Lima avisando de su llegada, y dando órdenes de alistar soldados y aprestar armas y municiones: ni se descuidó de enviar un jefe con algunos pocos de á caballo en demanda de Gonzalo Pizarro, á quien llamaba en su ayuda. Mas el jefe se volvió del camino, asegurando que no había noticia alguna de Pizarro. Todo bien dispuesto y aparejado, salió de Quito Vaca de Castro, dejando por teniente de gobernador á Hernando Sarmiento. Escogió para ir á Lima el camino por tierra y, llegado á San Miguel, mandó volverse de ahí al adelantado Sebastián de Benalcázar, de cuya fidelidad había concebido injustas sospechas.

Benalcázar había regresado de España poco tiempo antes que llegara al Perú Vaca de Castro; pues, en alcanzando el objeto de sus pretensiones en la Corte, Benalcázar tornó inmediatamente á Popayán, para disfrutar de la gobernación

independiente, que, con el título de Adelantado, le había sido concedida. En el año de 1541 era ya Adelantado y Gobernador de Popayán, con absoluta independencia de los gobernadores del Perú (11).

Por su parte tampoco el joven Almagro se había descuidado en prepararse para sostener por medio de las armas la usurpada gobernación, en caso de que no tuviesen buen éxito las negociaciones de paz, que había entablado, aunque algo tibiamente, con Vaca de Castro. Cuando el nuevo Gobernador debía poner empeño en evitar á toda costa la guerra civil, empezaron á hacerse preparativos para ella en todas las provincias del Norte, por donde iba pasando; así es que, con semejante conducta, ninguna confianza podía inspirar á los del bando opuesto, para provocarlos á un amistoso avenimiento. Vaca de Castro se manifestaba con sus actos más decidido á castigar á los asesinos de Pizarro, que á celebrar con ellos tratados de paz. La infortunada tierra de los Incas debía ser purificada por largos años con el fuego de la guerra civil, para que fuesen expiados los crímenes de sus conquistadores.

Los dos ejércitos, el de los Almagristas y el de Vaca de Castro se dispusieron, pues, á comba-

(11) Benalcázar estuvo con Quesada y Fedremán en los primeros meses del año de 1539: en Julio emprendieron los tres conquistadores su viaje á España, y arribaron á San Lucar de Barrameda á fines del mismo año. Benalcázar pasó en la Corte todo el de 1540, y regresó á Popayán en 1541.—Véase á PIEDRAHITA.—Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada.—(Libro sexto, Capítulo 3.°, 4.°, 5.° y 6.°)—Edición de Amberes.

tir y, al efecto, se avistaron en las llanuras de *Chupas:* el encuentro fué sangriento y la fortuna adversa al hijo de Almagro.—Vaca de Castro entró triunfante en el Cuzco, y, pocos días después, la cabeza del infeliz Almagro rodó al golpe del hacha del verdugo en el mismo punto, donde poco tiempo antes había sido decapitado su padre. Así, los triunfos de los conquistadores del Perú acababan en el cadalso.

VI

Digamos ahora, pues ya es tiempo, cómo se verificó la vuelta de Gonzalo Pizarro á Quito, desde el punto en que fué abandonado por Orellana.

Larga fué la permanencia de Gonzalo en aquel lugar, esperando la vuelta del bergantín provisto de víveres; pero, pasaban días tras días, y Orellana no volvía, ni había acerca de él noticia alguna; por lo cual, después de dos meses de inútil esperar, Gonzalo resolvió seguir adelante, animando á su desmayada tropa. Los escasos alimentos encontrados hasta entonces apenas les bastaban para conservar penosamente la vida, y áun esos estaban ya agotados.

Por dos ocasiones mandó Gonzalo exploradores, para que averiguasen por el paradero de Orellana y buscasen comida, pues de hambre se encontraban ya casi á punto de perecer. El primero de los comisionados volvió, sin haber encontrado huella alguna de Orellana; el segundo, que partió poco después, conoció por los desmontes

que aquel capitán con sus compañeros había seguido aguas abajo; pero fué más feliz en su comisión, porque encontró extensos yucales abandonados, se proveyó abundantemente de comida y volvió á dar á Gonzalo noticia del hallazgo que acababa de hacer. Animados con la esperanza de remediar la penosa necesidad que padecían, acudieron todos al punto indicado, donde encontraron las grandes sementeras de yuca. Habían sido éstas plantadas por los salvajes, quienes las dejaron abandonadas, viéndose perseguidos por sus enemigos en esas guerras incesantes de unas tribus con otras. Tal era el hambre de los españoles, que muchos se comían las yucas sin limpiarlas bien de la tierra y á medio cocinar; lo cual les ocasionó monstruosas hinchazones de todo el cuerpo, poniéndolos en tal estado que no podían sostenerse en pie. Lo que más les atormentaba era la falta de sal, pues hacía meses que no la probaban.

Nuevos y más terribles trabajos se vieron obligados á padecer Gonzalo y sus compañeros mientras bajaban por las selvas de las márgenes del Napo; y su admiración subió de punto, cuando un día se les presentó el buen Sánchez de Vargas y les refirió cuanto había pasado con el capitán Francisco de Orellana. Estaban en la embocadura del Coca con el Napo, á cuatrocientas leguas de distancia de Quito; no hallaban ese imperio opulento en que habían soñado, y, en vez de las ciudades populosas, que su fantasía caballeresca les representara en ese país todavía desconocido tras la cordillera de los Andes, no encontraban más que miserables cabañas de salva-

jes, dispersas acá y allá, entre bosques interminables y enmarañadas selvas; el bergantín, con tanto trabajo fabricado, y en el cual habían puesto toda su esperanza, había desaparecido; donde creían encontrar aparejados alimentos suficientes, con que reparar sus debilitados cuerpos, no hallaban cosa alguna, y hasta la idea de la gloria, que se habían adquirido en el descubrimiento y exploración de esas misteriosas comarcas de Levante, se había convertido en motivo de amargo despecho. Orellana, el capitán de toda la confianza de Gonzalo, le había hecho traición, y, sin duda, pretendía adelantarse, para arrebatar á su jefe la honra del descubrimiento. Las intenciones de Orellana, puestas de manifiesto en su conducta con el noble joven Sánchez de Vargas, lastimaron el ánimo de Gonzalo, desprevenido para una tan inesperada traición, y allí se amontonaron de súbito en su imaginación la honra arrebatada villanamente por un subalterno, y los trabajos sufridos tan sin fruto hasta entonces!.... Volver á Quito era muy difícil, por la larga distancia y los fragosos caminos; continuar adelante era imposible. Estaban viendo las aguas del anchuroso Napo, esas aguas corrían hacia el mar del Norte bañando regiones inmensas, donde, sin duda, habitaban pueblos innumerables; ¿cómo conquistarlos? Los medios para conservar la vida les faltaban, y no era tiempo para pensar en conquistas; resolvieron, pues, emprender la vuelta á Quito, escogiendo el camino que quedaba al Setentrión, por parecerles menos fragoso.

Pusieron á los enfermos en los pocos caballos, que todavía les restaban, asegurándolos con

correas, para que no se cayesen: tan extrema era su debilidad. Y en servir á los enfermos y cuidar de todos se señalaba el caudillo, grangeándose el amor y cariño de sus compañeros.

Mas tantos habían sido los contratiempos padecidos por los cuitados aventureros, que sus ánimos estaban agriados, y faltos ya de paciencia: cada paso que daba la caballería les arrancaba á los enfermos ayes dolorosos, los cuales, en vez de enternecer á los sanos y moverlos á compasión, les fastidiaban y, airados, reñían á los miserables, diciéndoles que más eran bellacos que enfermos.

Cada ciertos días sangraban de las piernas á los caballos, para dar con la sangre hervida algún poco de alimento nutritivo á los enfermos; mientras los otros se sustentaban de raíces de la tierra, de yerbas y de hojas de los árboles, maldiciendo de sí mismos y de la hora en que habían salido de Quito para una tan malhadada expedición.

Cuantos hayan sido los trabajos que Gonzalo y sus compañeros hubieron de padecer en su vuelta á Quito, no es posible ponderar. Faltos enteramente de alimento, débiles de fuerzas, rendidos de fatiga, iban volviendo por aquellos montes, hundiéndose en ciénagas y pantanos, vadeando los torrentes que bajaban hinchados de las montañas, dejando en todo el camino señalada la huella de su marcha por los sepulcros de sus compañeros, los cuales quedaban, para siempre, durmiendo el sueño de la muerte en la soledad. Abrióseles el corazón cuando, alzando un día los ojos, vieron á lo lejos en los remotos confines del

horizonte las nevadas cumbres de los Andes, que se confundían con las nubes del cielo; aquella era señal de que se acercaban á tierras pobladas de españoles. Cuando al cabo de varios meses de caminar por montes y riscos fragosos, lograron llegar á la tierra de Quito, postrándose de hinojos, la besaron, llorando de consuelo. Mas ¡cuán otros asomaban entonces de cuando se fueron! La ropa, pudriéndoseles con la humedad, se les caía á pedazos, ó se les iba en girones, arrancada por las espinas y malezas de los bosques; así es que, al cabo, se quedaron enteramente desnudos, viéndose obligados para cubrir sus vergüenzas, á colgarse por delante unas hojas de árboles hilvanadas á manera de delantal. Cuando estuvieron cerca de la cordillera, con sus arcabuces mataron uno que otro venado, y de sus pieles se hicieron unos como calzoncillos ó bragas para taparse honestamente. Como una tercera parte de ellos había perecido, de los indios que les acompañaban casi no había quedado ninguno; volvían, solos y pobres. Por medio de algunos indios que se prestaron á servirles de mensajeros, dieron aviso á la ciudad de su llegada, comunicando á sus vecinos la triste situación en que se hallaban. Quito estaba entonces tan escaso de recursos que, á pesar de la buena voluntad de sus moradores y de las diligencias que hicieron para favorecer á Gonzalo Pizarro y sus compañeros, apenas se pudieron completar seis mudas de ropa y unos pocos caballos. Unos daban un jubón, otros unos zapatos y así otras prendas, pues con motivo de las guerras civiles del Perú, había quedado Quito muy desmantelado, porque, al pasar

por la ciudad Vaca de Castro, se llevó cuantos caballos y recursos pudo reclutar para hacer la guerra á los de Almagro. Los pocos socorros que pudieron juntarse en Quito para Gonzalo y sus compañeros se los mandó el Cabildo á nombre de la ciudad con doce vecinos, á quienes encargó que se los llevasen al camino. Gonzalo dió en esta ocasión una prueba de notable magnanimidad, pues, viendo que no había vestidos para todos no quiso aceptar el que le presentaron para él, ni montar á caballo, determinando entrar en la ciudad como había venido. Los demás oficiales siguieron el ejemplo de su capitán, y todos llegaron á Quito y entraron por las calles de la ciudad, dirigiéndose derechamente á la iglesia, para oír misa y dar gracias á Dios. En unos causaba risa y en otros lástima verlos desnudos, con unos como calzoncillos de pieles de venado, con que cubrían por delante y por detrás sus cuerpos negros, flacos, desmedrados; los cabellos y barba crecidos, cubierto todo el cuerpo de llagas y cicatrices de lastimaduras causadas por las malezas de los bosques, con unas abarcas en los pies, las espadas enmohecidas al hombro, porque hasta las vainas se les habían destruído, y apoyados en toscos bastones, para sostener el cuerpo, que, de puro débil, apenas podía tenerse en pie. Era una mañana de los primeros días del mes de Junio de 1543 cuando entraron en Quito, más de dos años después de su salida de la ciudad; y de los trescientos expedicionarios que fueron con Gonzalo, volvían sólo ochenta, pues habían perecido como doscientos. Allí fué el alegrarse de los unos, el preguntar de los otros, el llorar de aquellos, por-

que éstos no veían á sus deudos, esos se consolaban, esperando que Orellana y sus compañeros saldrían vivos al mar y volverían algún día, y los otros abrazaban vivos á los que habían tenido por muertos. No pasaremos en silencio una circunstancia, digna de llamar la atención, y fué que los comisionados de la ciudad, así que Gonzalo Pizarro se resistió á admitir los vestidos que le llevaban y á montar á caballo, se desnudaron también ellos y, á su manera, procuraron ponerse en el mismo traje y aspecto con que se hallaban los expedicionarios, y acompañando á éstos entraron en la ciudad; mas en una cosa no podían asemejárseles y era en el hambre con que aquellos venían. Se les salía el alma viendo la comida, pero tenían que ir comiendo poco á poco, con tasa y medida, porque á muchos de ellos el alimento sustancioso les iba quitando la vida: pues sus estómagos, acostumbrados por largo tiempo á extrañas comidas, por lo regular crudas y sin sal, rechazaban todo manjar sazonado, y así les era necesario tino en abstenerse de la comida, para no perder la vida ahitados, los que habían corrido peligro de perecer de hambre y necesidad.

Grandes sinsabores, no esperados sufrimientos se reservaban para Gonzalo á su llegada á Quito, pues una de las primeras noticias que se le dieron, tan luego como entró en la ciudad, fué la de la muerte de su hermano Francisco, asesinado en Lima por los partidarios de Almagro. Se le refirió cómo, á consecuencia de aquella muerte, se había cambiado notablemente el estado de las cosas del gobierno en todo el Perú: el hijo del Mariscal andaba lozaneando con sus partida-

rios en las provincias del Sur; para reprimirle y castigar su rebelión. Vaca de Castro estaba poniendo toda diligencia en equipar un buen ejército; su hermano Hernando se hallaba preso en España por orden del Emperador, y, por fin, el comisionado regio había sido reconocido por Gobernador de todas estas provincias, con lo cual Gonzalo había perdido todo mando y autoridad en ellas. Tantos y tan súbitos cambios de fortuna se habían verificado en el corto espacio de dos años y algunos meses.

Gonzalo escribió desde Quito á Vaca de Castro pidiéndole permiso para ir á servir al Rey en el ejército que marchaba contra Almagro. El Gobernador recibió esta carta en Jauja y, ya entonces mejor aconsejado, contestó á Gonzalo Pizarro agradeciéndole por sus buenos ofrecimientos, pero negándole discretamente el permiso que solicitaba, pues no podía menos de conocer Vaca de Castro cuán inoportuna sería la presencia de un hombre como Pizarro en el ejército real, para un avenimiento de paz con los contrarios. Disgustó á Gonzalo Pizarro la prudente negativa del Gobernador y, pocos días después de haberla recibido, salió de Quito tomando la vuelta de Lima, quejándose públicamente en todas partes de los agravios que había recibido y de la justicia que se le había hecho en quitarle la gobernación de los reinos del Perú, la cual decía que á nadie con mejor derecho que á él pertenecía. Hombres sediciosos y mal acondicionados, para quienes las revueltas y trastornos son ocasión de medrar, aconsejaban al incauto Gonzalo que se resolviera á tomar las riendas del gobierno, y áun trataban de

asesinar á Vaca de Castro como el medio más expedito para poner por obra su dañado intento. De todo fué instruído el Gobernador y, con sagacidad, hizo ir al Cuzco, donde entonces se hallaba, á Gonzalo Pizarro, y con maña le obligó á retirarse á los Charcas, de donde era vecino.

CAPITULO NOVENO

Blasco Núñez Vela, primer Virrey del Perú.

Las nuevas ordenanzas. — Establecimiento del Virreinato del Perú. — Llegada del primer Virrey.—Perturbación de la paz pública.—Alzamiento de Gonzalo Pizarro. — Guerra entre el Virrey y Gonzalo. Blasco Núnez Vela viene á Quito.—Se retira á Popayán. — Le persigue Gonzalo Pizarro. — Francisco de Carvajal.—Vuelve á Quito el Virrey. — Batalla de Iñaquito. — Muerte del Virrey. — Su carácter. — Triunfo de Gonzalo Pizarro. — Su conducta y sus proyectos.

I

GRANDES y notables cambios iban á verificarse muy pronto en el Perú. Carlos V se había movido, por fin, á prestar atención á las incesantes reclamaciones, que, en favor de los desvalidos indios, le habían elevado varios prelados, algunos religiosos y principalmente el infatigable P. Fr. Bartolomé de Las-Casas. Recordó el Emperador que tenía un Juez, á quien dar cuenta estrecha de su vida, y púsose á reflexionar sobre las medidas que convendría adoptar para el buen gobierno de las colonias americanas, de donde hasta entonces, al parecer, sólo se había pensado en sacar tesoros. El Consejo de Indias, después de largas deliberaciones, dictó varias *Ordenanzas*, para cortar abusos, remediar graves males y poner término á los excesos causados por el desgobierno en las colonias. Acordóse también,

como una de las más eficaces medidas, la erección de un virreinato en el Perú y la fundación de una Audiencia real en la ciudad de Lima.

Las nuevas ordenanzas, bien examinadas, honran altamente al Gobierno español, pues manifiestan cuán sincero deseo de hacer el bien y administrar justicia animaba al monarca; pero, por desgracia, las circunstancias eran muy adversas, para que tan justas leyes pudiesen tener debido cumplimiento. Se hacía la más completa justicia á los desgraciados indios; se reconocían y respetaban todos sus derechos y el Soberano mandaban considerarlos como vasallos libres, y no como esclavos; pero aquello era querer arrancar tímidas ovejas de las fauces de los lobos hambrientos. Así es que, tan luego como en el Perú se tuvo conocimiento de las nuevas ordenanzas, hubo grande agitación y trastornos.

Bueno será que digamos cuales de las nuevas ordenanzas disgustaban más á los colonos.

Cuando se descubría y conquistaba una tierra nueva, el conquistador, con autoridad del Rey, la repartía entre los soldados, señalando á cada uno muchas veces provincias enteras en encomienda, pues encomiendas llamaban entonces los repartimientos, que de la tierra conquistada se hacían á los soldados ó conquistadores. El encomendero no adquiría derecho de propiedad sobre el territorio, sino más bien cierto derecho de dominio ó de señorío sobre los indios, que moraban en la provincia ó comarca, que se le asignaba en encomienda. Así el valor de las encomiendas se apreciaba por el número de indios encomendados; los cuales tenían obligación de tributar á su enco-

mendero cierta tasa ó gabela que se les imponía, según la calidad y condiciones de cada tierra. Por donde se ve que el encomendero podía estar en la ciudad holgadamente, percibiendo la renta, con que pechaban los indios de su encomienda: después de su muerte la encomienda pasaba en herencia á los hijos y nietos del conquistador.

Las nuevas ordenanzas disponían, pues, que á la muerte del primer encomendero los indios no pasasen en herencia á sus descendientes, sino que fuesen puestos en la Corona, y que sólo al Rey pagasen tributo.

A todos los que hubiesen tenido parte en las contiendas entre Almagro y Pizarro se les condenaba á perder la encomienda que estuviesen poseyendo.

A ningún indio podía sujetárselo á trabajos forzados, ni mandarlo al laboreo de minas, ni obligarlo á trasportar cargas á las espaldas, ni exigirle trabajo ninguno, sin su correspondiente retribución ó salario.

Finalmente ni los monasterios, ni los magistrados, ni los oficiales públicos podían tener repartimientos de indios en encomienda.

Estas eran las disposiciones de las nuevas ordenanzas, que causaron tantas perturbaciones y trastornos en el Perú. Años habían vivido los conquistadores sin tribunales ni leyes; el establecimiento de una Real Audiencia pondría término á la vida pacífica, que hasta entonces habían llevado, en envidiable libertad é independiencia: quitados los repartimientos de indios, tornarían á la pobreza y estrechez no sólo ellos, sino hasta sus esposas y sus hijos; ¿y quién en

todo el Perú estaba exento de culpa en las alteraciones y guerras de Almagro y de Pizarro?.... Desatábanse, pues, los conquistadores en improperios é injurias contra Fr. Bartolomé de Las-Casas, principal autor de las nuevas leyes; se quejaban del Emperador que los precipitaba en la miseria, ya viejos y achacosos, cuando en servir á su Majestad habían perdido vigor y fuerzas, que ahora echaban de menos para trabajar. Unos pedían, pues, que se suplicase al Emperador la suspensión de las nuevas ordenanzas y que, entre tanto, el Virrey no las promulgase en el Perú: ahí tenían el ejemplo de Méjico, donde las ordenanzas no se habían hecho ejecutar contra la voluntad de los conquistadores: otros pretendían poner, por medio de las armas y la violencia, á la Corte en la necesidad de concederles por la fuerza cuanto, tal vez, les negaría á sumisas representaciones. Este partido acaudillaba Gonzalo Pizarro (1).

---

(1) OVIEDO.—Historia general y natural de las Indias. (Tomo cuarto. — Libro cuadragésimo nono, Capítulos 7°. y 8.°)

HERRERA.—Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra-firme del Mar Océano.—(Década sexta, Libro octavo, Capítulos 9.°, 10.° y 11°. — Libro décimo, Capítulos 1.°, 2.°, 3.°, 4.°, 12.°. y 13.°— Trata en esta misma década de la muerte del conquistador Francisco Pizarro y de los sucesos que se verificaron en el Perú inmediatamente después de ella.—Década séptima.—Libro primero, Capítulos 1.°, 2.° y 3°. — Libro tercero, en el cual refiere lo sucedido en el Perú, desde la llegada de Vaca de Castro hasta la batalla de Chupas. — Libro sexto, Capítulos 1.°, 2.°, 3.° y 5.°— Contiénense en este capitulo quinto las nuevas leyes ú ordenanzas, que se proveyeron

II

Carlos V había nombrado por Virrey del Perú á Blasco Núñez Vela, caballero de Avila, quien debía venir á promulgar y hacer cumplir las nuevas ordenanzas; mas la elección, según lo manifestaron después los acontecimientos, no fué muy acertada: Núñez Vela no pudo, á pesar de sus buenas intenciones, desempeñar tan difícil cargo. De carácter severo é inflexible, honrado y leal, austero en sus costumbres, nada estimaba tanto como el exacto cumplimiento de sus deberes.

Firme en cumplir la palabra dada al Emperador, de hacer ejecutar las ordenanzas, tan luego como llegó en Panamá, mandó volver al Perú trescientos indios, quitándolos á sus dueños, que

---

para el buen gobierno de las colonias americanas. — Capítulos 8°, 9°, 10°. y 11°. — Libro séptimo, Capítulos 14°, 15°, 16°, 17°, 18°, 19°, 20°, 21°, 22°. y 23°. — Libro octavo. En todo este libro habla de las alteraciones del Perú y de la guerra entre Gonzalo Pizarro y el Virrey Blasco Núñez Vela.—Libro nono.—En el capítulo primero y desde el 14°. hasta el 27°, que es el último de este Libro. — Libro décimo. Desde el capítulo primero hasta el 13°. y en los capítulos 19°, 20°, 21°. y 22°. — Década octava. — Libro primero, Capítulos 1°, 2°. y 3°.)

GOMARA.—Historia general de las Indias.—(Desde la página 249ª. hasta la 265ª. en la edición de Ribadeneyra, que hemos citado antes).

ZARATE. — Historia del descubrimiento y conquista del Perú. — (Libro quinto).

GARCILASO DE LA VEGA.—Historia del Perú.—(Segunda parte.—En los libros tercero y cuarto).

FERNANDEZ.—Historia del Perú.—(Primera parte.—Edición de Sevilla, año de 1571).—Este autor es el que or-

los habían llevado allá, para ocuparlos en el servicio y trabajo de sus haciendas. No fueron parte para hacerle desistir de su propósito ni las más poderosas reflexiones, ni la repugnancia que á volver manifestaban los mismos indios: los hizo embarcar á todos en un solo navío, y, por la falta de comida y por los trabajos padecidos en la navegación, murieron muchos, y los más, al llegar al Perú, débiles y enfermos, perecieron en las costas, donde fueron abandonados. Tan funesta les fué á los miserables la indiscreta solicitud del Virrey en cumplir las ordenanzas, dictadas para favorecerles.

De Panamá se hizo á la vela para el Perú, desembarcó en Túmbez y prefirió ir por tierra á Lima, donde fué recibido con demostraciones de regocijo. Cuando llegó el día señalado para pro-

---

dinariamente suele ser citado con el apellido de *el Palentino*, por haber sido natural de Palencia en Castilla la vieja.

CALVETE DE ESTRELLA.—Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de Don Pedro Gasca. — (Libros primero y segundo). Esta Historia fué recientemente publicada en Madrid por el Señor Paz y Melia, el año de 1889.

CIEZA DE LEON.—Guerras civiles del Perú.—La guerra de Quito.—(Es el libro tercero de la cuarta parte de la Crónica del Perú.—Se ha publicado una parte de este tercer Libro, titulado la Guerra de Quito, con prólogo, notas y apéndices del Señor Don Marcos Jiménez de la Espada, académico de número de la Real Academia de la Historia y americanista erudito cómo el que más, principalmente en lo relativo á las cosas y sucesos del Perú. — La guerra de Quito ocupa un tomo de la Biblioteca ultramarina, que se publicaba en Madrid el año de 1887. — Nosotros poseemos una copia manuscrita del Códice de Cieza, que se guarda en la Real Biblioteca de Palacio en Madrid).

mulgar las nuevas ordenanzas, se levantó en todas partes gran alboroto; hubo quejas y se elevaron al Virrey numerosas peticiones suplicándole que suspendiera la ejecución de las temidas ordenanzas, mientras los colonos hacían al Rey una representación para que las derogase completamente, ó, por lo menos, para que siquiera las modificase en ciertas partes demasiado rigurosas. Terco en su resolución, Blasco Núñez, sin impedir á los colonos la representación que proponían hacer al Rey, manifestaba que no cedería un punto de lo que se había determinado, y que las ordenanzas serían promulgadas y ejecutadas con el debido rigor. Grande era, con este motivo, la inquietud, sorda la agitación que principiaba á sentirse hasta en los puntos más remotos del recién erigido virreinato: los prudentes aconseja-

---

RELACION de todo lo sucedido en la provincia del Pirú, desde que Blasco Núñez Vela fué enviado por Su Majestad á ser visorrey de ella.—(Es obra anónima y se dió á luz por primera vez en Lima, el año de 1870. — Esta relación fué atribuida por el historiador Don Juan Bautista Muñoz al contador Agustín Zárate, pero el señor Espada, en el *Apéndice primero* á la obra de Cieza citada antes, ha probado concluyentemente que no podía ser de Zárate. — El autor de ella parece haber sido algún individuo de los que militaban en el ejército de La-Gasca, y, por lo mismo, testigo presencial de muchos de los hechos que refiere).

PIZARRO Y ORELLANA.—Varones ilustres del Nuevo Mundo. — (Vida de Gonzalo Pizarro. — En los cuatro primeros capítulos de ella).

PIZARRO (Pedro). — Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú. — (Comprende hasta el año de 1571).

CAPPA (El R. P. Ricardo, de la Compañía de Jesús).—

ban medidas discretas y honrosas; los inquietos, y sobre todo los culpados en las últimas perturbaciones civiles, querían á toda costa la suspensión de las ordenanzas, y los ambiciosos, vislumbrando en futuros trastornos la ocasión favorable de hacer fortuna, buscaban solamente el caudillo, á cuya voz pudiesen tomar las armas, para volver á la aventurera vida de los conquistadores. Gonzalo Pizarro, retirado en los Charcas, vivía mal avenido con las ocupaciones pacíficas de un simple colono; pues, para quien como él podía manejar gallardamente la lanza en empresas guerreras, no estaba bien gobernar la azada en humildes tareas rústicas. Acudió, pues, al Cuzco á tomar parte en la agitación común, se presentó en la ciudad y, por la fuerza, hizo que el Cabildo de ella le nombrase Justicia mayor y Procurador general de todas las ciudades del Perú, encargado de solicitar ante su Majestad la suspensión de las nuevas leyes; juntó después numeroso ejército y, reconociéndose fuerte marchó para Lima.

Mientras Gonzalo hacía armas en el Cuzco para venir sobre Lima, en esa ciudad todo era

---

Estudios críticos acerca de la dominación española en América.— (Estudio cuarto.—Las guerras civiles y la anarquía). Edición de Madrid, 1889.

CORDOVA Y URRUTIA.— Las tres épocas del Perú ó compendio de su Historia.—(Epoca segunda.—Dinastía ultramarina).—Edición segunda, en el Tomo 7°. de la Colección de ODRIOZOLA, publicada con el título de *Documentos literarios del Perú*.—Lima, 1875.

MONTESINOS.—Anales del Perú.—(En la narración correspondiente á los años de 1539 á 1547).—Nuestro ejemplar es copiado del códice de la Biblioteca Nacional de Madrid.

desorden y confusión: el Virrey, sospechando de Vaca de Castro, su antecesor en el gobierno, mandaba ponerlo preso; en un momento de mal reprimida cólera asesinaba, con sus propias manos, al honrado Illán Suárez de Carvajal: la Real Audiencia se rebelaba contra el Virrey, y, usurpando el mando supremo, lo reducía á prisión, para hacerlo volver, destituído, á Castilla: unos proclamaban el restablecimiento de Vaca de Castro en el gobierno; otros pedían el mando para la Audiencia; el Licenciado Cepeda lo reclamaba para sí, alegando ser el primero de los Oidores; y los más invocaban el nombre de Gonzalo Pizarro, porque este caudillo se hallaba ya á las puertas de Lima, y su Maese de Campo, el feroz Carvajal, tenía difundido el pánico entre todos sus moradores, por haber ahorcado á algunos caballeros honrados, que se habían manifestado opuestos á la rebelión de Pizarro.

Cuando los Oidores determinaron apoderarse de la persona del Virrey, para ponerlo preso y remitirlo después á España, el pueblo de Lima se alarmó, hubo mucho alboroto y á las gradas del atrio de la Catedral, donde estaban los Oidores, acudió gran tropel de gente, curiosa de ver en qué paraba acontecimiento tan inesperado. Los Oidores mandaron llamar al Virrey, por medio de Fr. Gaspar de Carvajal; autorizaron al capitán Robles para que lo prendiese y diéronle por prisión la casa del Oidor Cepeda, donde aquel religioso le advirtió que preparase su alma, arreglando su conciencia, pues era prudente desconfiar de la vida, hallándose tan revueltas y trastornadas las cosas; y del mismo padre se valió después

Blasco Núñez para que fuese con su anillo é hiciese entregar la armada, que estaba en el Callao, y poner en libertad á los hijos del Marqués Don Francisco Pizarro, á quienes el mismo Virrey había mandado tomar como en rehenes y custodiar á bordo. El Padre cumplió su encargo, pero la suerte del Virrey no por eso mejoró de condición.

El Oidor Cepeda había resuelto la prisión del Virrey, porque esperaba apoderarse del mando y gobernar en nombre de la Audiencia; empero el ambicioso Oidor no conocía el carácter de Gonzalo Pizarro. El desgraciado Blasco Núñez Vela fué deportado á una isla desierta, distante una legua de la costa, y allí se le conservó con buena custodia hasta que los mismos Oidores determinaron remitirlo á España, dando á uno de ellos, el Licenciado Alvarez, la comisión de conducirlo preso á la Corte. Alvarez admitió el cargo y haciéndose á la vela con rumbo para Panamá, cuando ya se habían alejado algún tanto de la costa, se presentó al Virrey, le pidió perdón por los desacatos cometidos contra su persona, anunciándole que estaba en libertad, y, que, por lo mismo, podía hacer lo que le pareciera. Luego que contra toda esperanza se vió en libertad, mandó el Virrey desembarcar en Túmbez, donde procuró allegar alguna gente de los leales, que conservaban todavía algún celo del bien general.

Entre tanto, en Lima el desorden y confusión iban creciendo por instantes. Cuando fué preso el Virrey, no se hallaba en la ciudad Don Alonso de Montemayor, porque con algunos soldados de á caballo había salido en persecución de los sobrinos de Illán Suárez de Carvajal, quienes

se habían puesto en camino para ir al encuentro de Gonzalo Pizarro y darle aviso oportuno de los despachos y cartas del Virrey, que, para algunos de los principales jefes de su ejército, llevaba ocultamente el clérigo Loaysa. No sé qué suerte funesta perseguía á los amigos del Virrey. Loaysa fué sorprendido en el camino, y por poco no lo manda ahorcar Gonzalo Pizarro: se descubrieron los tratos dobles en que andaban metidos Gaspar Rodríguez y otros capitanes, á quienes Pizarro mandó dar garrote ocultamente, haciéndoles pagar con su vida el delito de haber pensado ser fieles á su Rey. Montemayor no pudo dar alcance á los tránsfugas de Lima y hubo de volver á la ciudad, cuando estaba ya preso el Virrey. Como soldado leal y caballero noble, resolvió salvarlo, pero fué descubierta la conjuración tramada para asesinar al Oidor Cepeda, que era el medio excogitado para restablecer el orden. Montemayor con otros caballeros, fué, pues, desterrado, y á un soldado Barrionuevo se le condenó á perder la mano derecha, bárbara sentencia, que, al punto, fué ejecutada.

Como el pretexto alegado por Gonzalo Pizarro para reunir ejército y marchar en son de guerra á Lima, era la terquedad con que el Virrey se negaba á suspender la ejecución de las nuevas ordenanzas, creyeron los Oidores que, desterrado el Virrey, ya no tendría Pizarro obstáculo alguno para deshacer su tropa, y así se lo mandaron á requerir en los términos más sumisos. Empero, Gonzalo Pizarro se burló de notificaciones y requerimientos y se acercó á la ciudad con su ejército bien armado. Francisco de Carvajal se ade-

lantó á Lima, y, á vista de los Oidores, sin hacer ningún caso de la autoridad de ellos, prendió á algunos caballeros del Cuzco, que habían venido á la ciudad huyendo de Pizarro, ahorcó á dos de ellos, y habría dado muerte á todos, si no hubieran los otros salvado sus vidas, redimiéndolas á precio de oro. Con tales escarmientos nadie tuvo ya valor para resistir á Carvajal, que pedía que, sin pérdida de tiempo, fuese Gonzalo Pizarro nombrado Gobernador del Perú.

Para salvar, pues, la ciudad de las violencias de Pizarro, el Ayuntamiento de Lima lo nombró Gobernador absoluto de todo el Perú; y entre matanzas y diversiones se celebró la inauguración del nuevo Gobernador. Había entonces profunda inmoralidad en todos los hombres públicos, y casi no podía encontrarse con seguridad ni un solo vecino honrado: la mala fe, la traición, la infamia habían transformado el desgraciado imperio de los Incas en una mansión inhabitable.

III

Grande divergencia de opiniones había entre los capitanes que rodeaban al Virrey sobre las medidas que se debían tomar para hacer la guerra á Pizarro; unos aconsejaban la ida á Panamá, para reunir allá fuerzas competentes y no perder el dominio del mar; otros juzgaban más acertado marchar al Cuzco, donde podrían tener recursos abundantes para sostener la guerra; y algunos estaban por la retirada á Quito, país donde no había prendido todavía la llama de la rebelión. Prevaleció este último partido; y el

Virrey se puso en camino la vuelta de Quito. Cuando llegó á esta ciudad, salióle á recibir el clero, y fué introducido bajo de palio en procesión: el Cabildo de la ciudad le tomó juramento de que respetaría los fueros y libertades de ella, y él juró que los respetaría, guardando lo que por su Majestad se le había mandado. Derramáronse espías por todas las provincia del Sur y de la costa, para observar lo que hacía Pizarro. En Quito estaban ya apercibidos para ayudar al Virrey, pues, cuando recibieron en el Cabildo las cartas de éste traidas por Hernando Sarmiento, los Alcaldes y Regidores ofrecieron ser fieles al Rey y servirle con sus vidas y haciendas.

Desde Quito mandó Blasco Núñez Vela anuncios y provisiones á todas las ciudades del Perú, para que acudiesen con armas, soldados y dinero en servicio de su Majestad; el primero que llegó fué Francisco Hernández Girón, vecino de Pasto, hombre valiente, y que después se hizo famoso por su levantamiento é insurrección contra el Gobierno. Llamó también en su ayuda al Adelantado Sebastián de Benalcázar, que estaba en su gobernación de Popayán, y á Juan de Cabrera, á quien el Adelantado tenía ocupado en el descubrimiento y conquista de algunas tribus de indios bárbaros. Benalcázar hizo pregonar en todos los pueblos de su jurisdicción, que concedía permiso de ir á servir al Virrey del Perú á todos cuantos quisiesen hacerlo.

Incierto se hallaba Blasco Núñez Vela y dudoso acerca del partido que debía tomar para principiar la campaña contra Pizarro, cuando llegaron á Quito Iñigo Cardo, Pedro Bello y otros

seis soldados que venían desde Lima huidos del ejército de aquél. Los vecinos de Quito no manifestaban ya al Virrey la misma afición que al principio, pues el temor de ver ejecutadas las nuevas ordenanzas le enagenaba las voluntades, y de los descontentos y temerosos se engrosaban las filas del enemigo, porque el interés y provecho individual aconsejaban no robustecer la autoridad de quien había venido á despojar de riquezas y haciendas á tanta costa adquiridas. Con Pizarro creían asegurados su provecho é interés; con el Virrey se veían amenazados de miseria ellos, sus mujeres y sus hijos: los síntomas del descontento, precursores de la rebelión, comenzaron, pues, á sentirse en Quito bien pronto. Los que acababan de llegar del Perú decían que el malestar de todos los pueblos era grande, que el poder y la dominación de Pizarro, apenas experimentados, se habían hecho intolerables, y que así, á la voz del Virrey, no habría quién no acudiese á hacer armas contra los rebeldes. Creyó Blasco Núñez estas noticias y se apresuró á salir de Quito, con el pequeño ejército que había juntado, resuelto á no parar hasta Piura. Los vecinos de Quito contribuyeron con cincuenta mil pesos para la guerra, además de los muchos obsequios que hicieron á los soldados. El cuatro de Marzo de mil quinientos cuarenta y cinco salió el Virrey de Quito, llevando por Maestre de campo de su ejército, que no pasaba de unos doscientos hombres, á Rodrigo de Ocampo, de cuya lealtad no estaba muy seguro. En Riobamba se encontró el Virrey con Vela Núñez, su hermano, que le estaba aguardando allí con algunos pocos solda-

dos, y juntos siguieron hasta Tomebamba, último lugar poblado de españoles, que había entonces por el Sur en todo el territorio de Quito. Con grandes trabajos, por ser tiempo de invierno, recorrieron la provincia que hoy decimos de Loja, y en más de ocho días llegaron á Ayavaca, donde hicieron alto, para tomar lengua del punto donde se hallaban los contrarios.

Cuando todavía estaba el Virrey en Quito, le dieron aviso que tres capitanes del bando de Pizarro habían salido al encuentro del capitán Pereyra, á quien habían muerto y tomando toda la gente que traía de los Bracamoros, á donde, desde San Miguel de Piura lo había mandado el mismo Virrey, para que le trajese gente de allá. Estos dos capitanes se le había asegurado que podían ser vencidos fácilmente, tomándolos de sorpresa. Llegados, pues, á Ayavaca el Virrey y su ejército, quisieron hacer alto allí hasta saber en qué punto se hallaban los capitanes de Pizarro, y tan luego como supieron que estaban en la provincia de Cajas, marcharon á dar sobre ellos. Mas, como no los hallaron ahí, pasaron adelante, porque le fué dado aviso al Virrey que se habían retirado á Chinchacara, donde, en efecto los hubieron á las manos, cayendo de súbito sobre ellos y poniéndolos en fuga, por haberlos cogido desprevenidos; pues sus mismos corredores, á quienes habían mandado á explorar el campo, se presentaron al Virrey y se ofrecieron á servirle de guías, con tal que aquella misma noche se pusiese en marcha. La resistencia de los descuidados capitanes fué ninguna; viéndose de repente en manos de sus enemigos, sólo pensaron en la fu-

ga, abandonando todo su fardaje. Uno murió á manos de los indios en las montañas, donde se había refugiado; otro pereció de hambre y de cansancio y sólo Jerónimo Villegas, con algunos soldados, logró llegar á Trujillo.

El Virrey trató muy blandamente á los rendidos y prisioneros, contra el dictamen de algunos de su tropa, amigos de medidas terribles; pero no supo aprovecharse de esta ocasión, en que la fortuna, por primera vez, se le mostraba propicia. Tenía por la sierra expedito el camino á Cajamarca y al Cuzco, donde le hubiera sido muy fácil fortalecer su bando y desbaratar el de sus contrarios; pero prefirió ir á Piura, y no de sorpresa, como le aconsejaban sus capitanes, sino despacio y previniendo al pueblo de su llegada por medio de requerimientos de paz. Como los vecinos del pueblo estaban prendados de Pizarro, no dieron oídos á las advertencias del Virrey y se pusieron en cobro ellos y sus haciendas, de manera que, cuando aquel llegó á San Miguel, halló el pueblo casi abandonado. Hasta allí el desgraciado Blasco Núñez había tenido que combatir con rebeldes; más desde entonces hubo de soportar tambien la contradicc ón hasta de la misma naturaleza, pues el mal clima y los escasos alimentos en poco tiempo asolaron su gente.

Pizarro, por su parte, no se había descuidado de tomar las mejores medidas para tener seguro el buen éxito de su empresa. Dió á Bachicao el cargo de guardar la costa, y Bachicao se hubo tan bien en desempeñarlo que, en pocos meses, recorrió todas las costas del Norte, llegó á Panamá, se apoderó de la ciudad, con muertes y

robos inspiró terror, recogió cuantiosas sumas de dinero y, con una no despreciable armada, volvió al Perú y tomó tierra en el puerto de Túmbez. Sucedió esto poco tiempo después que el Virrey había desembarcado en la misma costa, y cuando todavía se hallaba en Piura, afanado por reunir tropa, con que hacer la guerra á los rebeldes antes de su primera retirada á Quito.

Las nuevas de la vuelta del Virrey á Piura y el desastre de los capitanes de Pizarro llegaron inmediatamente á Lima; el ambicioso Gonzalo conoció que aquel no era tiempo para perdido en fiestas y regocijos. Aparejóse, pues, para pelear y, reuniendo hasta seiscientos hombres bien armados, salió para Trujillo, muy provisto de armas, caballos y demás pertrechos de guerra. Separa á Trujillo de Piura un despoblado de muchas leguas, en todas las cuales no hay agua, ni otro refrigerio alguno, sino arenales y mucho calor: por ese camino determinó marchar Pizarro al encuentro del Virrey, haciendo, con grande diligencia, á fin de impedir todo peligro, que se proveyese de agua para sus soldados. Los espías que tenía puestos el Virrey en los caminos por donde podían venir los enemigos, descubrieron los corredores del ejército de Pizarro, y, al momento, dieron aviso al Virrey. Hace éste tocar al arma en su campo, pone su tropa á punto de combate; mas, cuando decía que quería presentar la batalla á los contrarios, sin saber por qué, muda de parecer y resuelve la retirada otra vez hasta Quito. Llega Pizarro á las inmediaciones de Piura, sabe la retirada del Virrey, y, cobrando nuevos bríos, sin detenerse ni á entrar en la ciu-

dad, sigue marchando adelante, y tanta prisa se da en perseguir á los que se retiraban, que alcanza la retaguardia del Virrey, toma algunos prisioneros, se apodera del bagaje, ahorca por ahí mismo en los campos á dos de los principales prisioneros para hacer sangriento ejemplar en los demás, y, muy astuto, y conocedor de todas las estratagemas de la guerra, procura inspirar desconfianza respecto de los mejores capitanes en el ánimo del cauteloso Virrey, echando, al efecto, cartas arrojadizas que lleguen á manos de éste, al mismo tiempo que trabaja por corromper la buena fe de los soldados con largas promesas y muchos ofrecimientos.

Cansado de una marcha precipitada por ásperos caminos, llega por fin segunda vez Blasco Núñez á Ayavaca, donde resuelve, hacer parada, mientras descansa su fatigada tropa. Gonzalo Pizarro, aunque de lejos, le iba siguiendo, sin darle un momento de tregua. Allí donde llegaba el Virrey, su primera diligencia era poner centinelas que estuviesen alerta para descubrir si asomaba el enemigo y tener tiempo de levantar el campo y huír, porque caminaban de noche y de día, sin parar más que por breves instantes, comiendo yerbas ó maíz, unas veces tostado y otras hecho hervir en las mismas celadas, á falta de ollas. Cuando se les cansaban los caballos, se veían obligados á caminar á pie y algunos descalzos, porque los zapatos se les quedaban en los atolladeros del camino. El Virrey consolaba y animaba á todos, disimulando algunas veces las faltas, reprendiendo otras con blandas palabras y hasta sirviendo á los soldados, como sucedió cer-

ca de Saraguro, donde, habiendo visto que un pobre soldado de infantería apenas podía caminar por tener los pies lastimados, se sacó sus propios alpargates, dióselos al soldado y él siguió á pie, descalzo, con grande trabajo, por ser persona delicada y ya anciano.

Las medidas infames de Pizarro habían logrado malear á algunos jefes del ejército del Virrey, los cuales venían ya de mala gana, unas veces quedándose atrasados, para comunicar con los del bando enemigo; otras adelantándose demasiado lejos, de manera que no podían recibir órdenes á tiempo, ni acampar con lo demás de la tropa. Al contrario, Pizarro marchaba con mucho orden, y, para perseguir más comodamente al Virrey y apretarle más en los alcances, envió tras él á Francisco de Carvajal con cincuenta de á caballo escogidos, á fin de que sin descansar le fuesen dando caza en la retaguardia. Una noche cuando apenas habían principiado á descansar el Virrey y su gente, rendidos de fatiga por una larga jornada, Carvajal cayó sobre ellos y los despertó con el sonido de su corneta que tocaba al arma: levantáronse al momento y pusiéronse precipitadamente en fuga, hasta que con la claridad del nuevo día, conociendo el Virrey cuán pocos eran los contrarios, se revolvió contra ellos. Mas Carvajal se fué retirando, rehusando el empeñar batalla formal, porque, según repetía á sus soldados, al enemigo que huye conviene hacerle la puente de plata. Y por cierto que, atendido el carácter de Carvajal, no se sabe cómo explicar esta retirada, á no ser que, por el mayor número de los contrarios, temiese, acaso, un descalabro.

Pizarro hizo adelantar al capitán Juan de Acosta con doscientos hombres, para que, reforzando á los compañeros de Carvajal, continuasen apretando al Virrey por la retaguardia; y así lo ejecutaron hasta el asiento de Cálvas. Cansado y afligido llegó allí el Virrey; y, como los enemigos le diesen treguas en perseguirlo, se ocupó en poner en orden su gente, que venía muy desbandada. Allí hizo dar garrote y ajusticiar á dos capitanes suyos, llamado el uno Jerónimo de la Serna y el otro Gaspar Gil, como á traidores, porque se adelantaron de sus compañías, á lo que parece con el dañado intento de echar abajo una especie de puente, que sobre una peña, á orilla de un río, había mandado hacer con maderos el Virrey, cuando iba á Piura, en un punto, denominado *Tambo blanco*, sobre un gran despeñadero, cuya profundidad causaba grima de sólo mirarla.

De Cálvas vinieron á Tomebamba, donde descansaron algunos días y se fortalecieron con el buen clima y la abundancia de mantenimientos. Pero aquí también una inesperada sentencia de muerte llenó de abatimiento á los soldados. El Virrey condenó á ser degollado al jefe de su misma tropa, Rodrigo de Ocampo, por traición intentada, crimen que se le probó en un breve sumario. De Tomebamba vino á Quito, ya despacio y sin tanta penuria de comida. Mas en esta ciudad muy poco se holgaron con la venida del Virrey, porque barruntaban todos los vecinos de ella los funestos resultados que había de traerles una tan encarnizada guerra civil. Llegado en Quito Blasco Núñez hizo reseña de su ejército y apenas encontró una escasa porción ó resto de

los quinientos hombres que tenía al salir de Piura. Unos se habían quedado rezagados en los caminos, otros se habían pasado al enemigo, algunos habían muerto, varios habían sido tomados prisioneros y en muchos una retirada tan penosa les había infundido desaliento. En cada situación ventajosa de las muchas que había encontrado en el largo camino de Piura á Quito, había querido el Virrey detenerse, para empeñar de una vez un combate decisivo; pero, condenado por su mala estrella á que le saliese mal todo cuanto emprendía, en una parte la falta de munición, en otra el miedo ó la sorpresa le habían impedido combatir, y llegaba á Quito como arrastrado por no sé qué fuerza secreta, que le impelía á huír y alejarse de los enemigos.

Gonzalo Pizarro con su ejército, siguiendo por el mismo camino que el Virrey, llegó también á Tomebamba, donde se detuvo por algunos días, pues á su gente le era necesario el descanso, talvez más, que á la del mismo Virrey, porque, como éste por donde iba ponía mucha diligencia en no dejar cosa de qué pudiesen aprovecharse los contrarios, Gonzalo y los suyos padecieron tan extrema necesidad que, llegaron al caso de comerse algunos de sus propios caballos. La fortuna, entre tanto, á pesar de todo, cada día se mostraba más próspera para con Pizarro y más adversa para con el Virrey. En cuantas cosas había puesto la mano éste, todas le habían salido desgraciadas; al paso que á aquel todo le acontecía prósperamente. Para gobernar con poder absoluto, sin leyes ni responsabilidad alguna discurrió deshacer la Audiencia Real, y lo verificó muy á sus an-

chas; pues de los cuatro Oidores, Zárate, hombre de conciencia recta é incorruptible, yacía enfermo en Lima y su vida se iba apagando lentamente entre el fastidio y el aburrimiento que le causaban la deslealtad y guerras civiles; Alvarez, otro de los Oidores, estaba con el Virrey, quien lo llevaba consigo, porque, en virtud de una orden secreta del Emperador Carlos V, podía en caso de necesidad formar tribunal con un solo Oidor á falta de los demás, Lisón de Tejada, el tercero de los Oidores, fué enviado á España por el mismo Pizarro con el encargo de informar á su Majestad acerca de los motivos que le habían impulsado á aceptar la gobernación del Perú y hacer armas contra el Virrey; quedaba sólo el cuarto, que era el Licenciado Cepeda, el primero de todos según el orden de sus nombramientos; pero este letrado, hombre sagaz y ambicioso, había sido el principal autor de la prisión y destierro del Virrey, y, olvidando todos los sagrados deberes que le imponía el carácter elevado de Juez, no pensaba sino en medrar. Como las medidas empleadas contra el Virrey para desterrarlo del Perú y alzarse con la suma del poder no le habían salido bien, determinó Cepeda plegarse á las circunstancias y sacar ventajas del carácter de Pizarro, cuyos defectos y cualidades el astuto letrado caló al momento. Gonzalo, hombre de escaso ingenio, devorado por insaciable ambición de mando, incapaz de agachar su cuello al yugo de la ley, siempre muy pagado de sí mismo, fantaseando con proyectos de señorío y de grandeza, oía con gusto las astutas lisonjas del pérfido Cepeda, quien, para halagar la ambición del infa-

tuado hermano del conquistador del Perú, solía recordarle á menudo las grandes hazañas de sus hermanos y los derechos que todos ellos habían adquirido á la posesión de las tierras y provincias conquistadas. Y cuando la reflexión inquietaba el ánimo de Gonzalo, haciéndole temer consecuencias funestas para su empresa, Cepeda desvanecía sus recelos y calmaba sus temores, diciéndole que toda monarquía había principiado siempre por tiranía, y así lo que á Gonzalo le acontecía no era para inquietar, porque la nobleza descendía de Caín y la gente plebe y miserable de Abel, como lo podía conocer, si observaba los blasones de los grandes señores y potentados, todos los cuales traían insignias de guerras y de muertes. Y, para persuadir tan extraña cosa al vanidoso Gonzalo, no eran poca parte los donaires, con que el cáustico Carvajal, hacía burla de los principios tan acatados entonces por los castellanos en punto á la obediencia debida á los soberanos, pues decía: que os muestren el testamento de nuestro padre Adán, para ver en cual de sus cláusulas dejó el Perú en herencia á Carlos V. Lo que os conviene es, añadía, proclamaros rey de estas provincias y armaros lo mejor que podáis; esa será la más oportuna explicación que daréis al Emperador de lo que hasta ahora habéis hecho: todo lo demás es para perderos.

IV

Como en el camino de la rebelión, dado el primer paso, no es posible detenerse, Gonzalo Pizarro ya no pensó en medios de avenimiento y

de paz, sino en asegurar de todas maneras el buen éxito de la arriesgada empresa, en que se había empeñado. Bachicao había logrado hacer más de lo que se esperaba, pues Panamá estaba aterrada y las costas vigiladas; por donde, el rehabilitamiento del Virrey era imposible, si no acudían en su auxilio las fuerzas del lejano Reino de Nueva Granada. Como Blasco Núñez Vela había elegido de entre los diversos modos de combatir el más extraño, que era el de huir delante del enemigo, retirándose cada día, sin presentar batalla; Gonzalo conoció que, para poner término á la guerra, era de todo punto necesario cerrar el paso al Virrey, cogiéndolo entre dos fuegos: para esto, desde que salió de los llanos á la cordillera, dió órdenes á Bachicao, disponiendo que se adelantara por Guayaquil y ocupara Riobamba antes que el Virrey pasara á Quito. Bachicao se hallaba entonces en el puerto de Túmbez: así que recibió la orden de Pizarro, dispuso su venida á Guayaquil y salió á las llanuras conocidas desde aquella época con el nombre de las *Pampas de Luisa*, que están entre la antigua Riobamba y el pueblo de Mocha por el camino de Chimbo; mas, por fortuna, en aquella sazón el Virrey había pasado ya para Quito. Por lo cual Bachicao le siguió el alcance hasta Latacunga, donde hizo alto, para aguardar á Pizarro. Pocas figuras más terribles que la de Bachicao presenta la historia de las guerras civiles de los españoles en el Perú. Cobarde y, como tal, traicionero y alevoso, Bachicao servía con esmero á Pizarro, movido por el deseo de obtener remuneración copiosa por sus servicios, y tanta era su codicia, que, no encon-

traba premio digno de sus méritos. Empero, cuando Gonzalo Pizarro llegó en Latacunga, no hizo á Bachicao el acogimiento que éste aguardaba, antes se manifestó disgustado con él, porque no había obedecido puntualmente las órdenes que le diera de aguardarle en Riobamba y no seguir adelante. Ya desde algún tiempo antes Gonzalo Pizarro había concebido muchas sospechas contra Bachicao, porque, como los traidores son siempre muy cautelosos, Pizarro sospechaba de todos: y, en verdad, buenos motivos para dudar de la lealtad de Bachicao encontraba Pizarro, pues aquél en Túmbez había recibido cartas del Virrey: llegado de Panamá, primero exigió una muy buena remuneración antes de entregar la armada, y entonces se decía que pretendía derrotar al Virrey, para volver luego sus armas contra Pizarro. Con grande sorpresa y no poco desabrimiento escuchó Bachicao la reprensión de su General; pero hubo de aguantarla en silencio; cosa dura para su soberbia.

Mientras que Gonzalo Pizarro avanzaba hacia Quito en persecución del Virrey, éste se ocupaba con mucho afán en aprestarse para oponer resistencia vigorosa con intento de salir al encuentro de los enemigos; pero estaba condenado el triste á no acertar en lo que hacía. Apenas llegó en Quito, cuando, por injustificadas sospechas, manchó con sangre castellana el suelo de la afligida ciudad, condenando á muerte al capitán Ojeda, á Gómez Estacio y á Alvaro de Carvajal. Al primero se le cortó la cabeza, y los otros dos fueron ahorcados como traidores, después de un sumario precipitado. Estos infelices eran solda-

dos de Gonzalo Pizarro, y se habían pasado al ejército del Virrey, huyéndose de Bachicao, bajo cuya autoridad militaban. De vuelta de Panamá, Bachicao tocó en el puerto de Manta, desde donde mandó venir á su presencia á Juan de Olmos, que gobernaba en Puerto-viejo por Pizarro. Olmos temió y tardó en acudir al llamamiento de Bachicao; éste, para quien semejante crimen de desobediencia merecía pena de muerte, despachó al punto al capitán Ojeda con algunos soldados dándole cargo de llevar preso al Gobernador; mas sucedió todo lo contrario, porque Ojeda se puso de acuerdo con Olmos y acompañados ambos de Gómez Estacio, vecino de Guayaquil, y de Alvaro de Carvajal apalearon al alguacil, que quería prender á Olmos, y se pusieron, sin tardanza, en camino para presentarse al Virrey y servir bajo las banderas reales. ¡Y á estos hombres el inexorable Blasco Núnez Vela condenó á muerte como á traidores, porque sospechó que habían venido á militar bajo sus órdenes con el siniestro propósito de asesinarlo, sin más fundamento que algunas palabras que en el camino habían hablado contra el Emperador!!....El espectáculo de estas muertes llenó de consternación á Quito y acabó de enajenar los ánimos de los vecinos, ya muy disgustados del Virrey. Entre tanto, éste no se daba punto de reposo en disponer la manera de resistir con ventaja á Pizarro.

Despachó á Rodrigo Núnez de Bonilla, Tesorero de las cajas reales de Quito, con encargo de hacer y juntar gente en las provincias de Cali y Popayán y en los demás pueblos de la gobernación de Benalcázar. Parece que el desgracia-

do Virrey no sabía él mismo lo que debía hacer, por no haber formado un plan de guerra, ni acordado cosa ninguna de una manera definitiva: ya se determinaba á huír hacia Pasto, ya se disponía á dar la batalla en Quito. De repente, un día domingo por la mañana, estando todos en misa, un joven portugués, llamado Olivera, que había venido con el Virrey desde Piura, comienza á dar gritos de alarma, diciendo que venían los enemigos, y que ya llegaban á Quito. A las voces del portugués, todo fué alboroto y confusión en la ciudad: Blasco Núnez salió precipitadamente de la iglesia; todos le siguieron: unos huían desatinados, otros cerraban puertas y ventanas, los soldados buscaban sus armas, las mujeres pasaban de acá para allá: parecía que Gonzalo Pizarro estuviese ya sobre ellos. Mientras el Virrey, armado ya, discurría por las calles, dando órdenes para el combate, el portugués no se apartaba de su lado, y, tomándole aparte, le instaba para que no se pusiera al frente del ejército, y áun se esforzaba por persuadirle que se ocultara en el huerto de una casa cercana. Indignado, rechazaba el Virrey tan villana indicación. Pasaban horas tras horas y, los enemigos no asomaban por ninguna parte: al fin, por los espías que tenía puestos el Virrey en todo el camino, supo que no habían salido todavía de Latacunga, y resolvió abandonar la ciudad de Quito, retirándose á Pasto. Al día siguiente, lunes por la mañana, salió, pues, de Quito, dejando la ciudad desamparada, porque mandó que fuesen en compañía suya todos los principales vecinos, y que hiciesen adelantar hasta los rebaños de ovejas y las manadas de gana-

do. Era de ver esa confusa muchedumbre que por la mañana se puso en marcha camino de Imbabura: millares de indios, con enormes cargas á la espalda, hombres y señoras, caballeros en sendas mulas, soldados, negros esclavos con el ajuar de sus patrones, manadas de bueyes que caminaban paso á paso, numerosos rebaños de ovejas, rempujadas por sus pastores, todos, dirigiéndose por el extenso llano del ejido al valle de Guayllabamba. Pero los sentimientos de los viajeros eran todavía más variados que su aspecto: unos iban mal de su grado, porque temían la severidad del Virrey, y se habían puesto en camino sólo por no ser castigados como traidores, aunque en secreto tenían decisión por Pizarro; otros caminaban aterrados por supersticiosos agüeros, pues decían que, la noche antes de la partida, los perros habían discurrido por la ciudad lanzando tristísimos ahullidos: algunos se volvieron del camino, y el día anterior varios vecinos de la ciudad, y áun soldados, habían aprovechado de los momentos de confusión para pasarse al campo de Pizarro.

Algunos días después de la salida del Virrey, llegó á Quito Gonzalo Pizarro, y, sabiendo que Blasco Núñez estaba determinado á pasar á las provincias de la gobernación de Benalcázar, juró públicamente que le había de perseguir, sin descanso, hasta el mar del Norte. Hizo otro día alarde de su ejército y contó más de setecientos hombres, bien armados; se adjudicó para sí toda la tierra de los Cañaris, hoy provincia del Azuay, distribuyó repartimientos á muchos de sus soldados, y, por fin, como capitán experimentado en

cosas de guerra, mandó componer los caminos, por donde pensaba seguir el alcance al Virrey.

Estando todavía en Quito, llamó á consulta Gonzalo Pizarro á todos sus capitanes, para pedirles consejo sobre lo que convenía hacer, y los más querían que se continuara adelante persiguiendo al Virrey; empero, Diego Maldonado aconsejaba que, ante todo, convenía pedir al Rey perdón por lo pasado: al oír semejante cosa Gonzalo lo mandó callar. Y, porque otro capitán se atrevió á darle el mismo consejo, poniéndole disimuladamente en la cama una carta de letra disfrazada, se enfureció, mandó dar tormento á los sospechosos de haberla escrito, y castigó con la pena de destíerro al que confesó ser autor de ella. Con los tiranos tan peligroso es hablar como callar.

V

Llegando en Otavalo encontró el Virrey á Juan de Cabrera, que venía á su llamada, trayéndole de Popayán en su ayuda y socorro más de cien hombres. El Virrey se holgó mucho con el encuentro de Cabrera, le recibió con muestras de grande amor y placer y tanto al capitán, como á los soldados hizo muchos ofrecimientos, dándoles gracias por su lealtad. Antes que el Virrey saliese de Otavalo, se descubrió la traición de Olivera. Sucedió que este infame, buscando modo de asesinar al Virrey, hablase con Diego de Ocampo y le descubriese su inicuo proyecto, pidiéndole cooperación para ponerlo por obra, porque creyó, sin duda, que Ocampo tendría venganza contra el Virrey, por haber éste condenado á

muerte á Rodrigo de Ocampo, tío de aquel. Diego de Ocampo se informó prolijamente de todos los planes de Olivera, y los denunció al Virrey. Sometido el denunciado á cuestión de tormento, confesó su crimen, sin ocultar nada, declarando cómo Gonzalo Pizarro le había pagado para que asesinase al Virrey; y lo más extraño del caso fué que el miserable prometía asesinar á Pizarro, comprometiéndose á ello con juramento, con tal que le perdonasen la vida. Cuando le avisaron esto al Virrey, dijo, santiguándose: líbreme Dios de semejante cosa: piérdase todo, si para triunfar, fuese necesario cometer un crimen. Olivera fué sentenciado á muerte, se le dió garrote, y su cadáver fué colgado de los pies en un árbol á la vera del camino. En Trujillo se había comprometido con Pizarro el perverso Olivera á asesinar á traición al Virrey; y, para poder ejecutar cómodamente su crimen, se había presentado á Blasco Núñez y venido en su compañía desde Piura, halagándole y sirviéndole con grande comedimiento. Cuando al término de cada jornada se recogían á dormir bajo toldos de campaña, Olivera se metía en la tienda del Virrey, dándose modo para acostarse á sus pies, con pretexto de abrigárselos; por el camino cojía zarzamoras y se las presentaba, diciéndole que refrescase la boca con ellas, y con estos agasajos y cierto aire de bondad y sencillez con que procedía, traía completamente alucinado al Virrey.

De Otavalo siguieron para Pasto, donde Blasco Núñez con su desgraciada irresolución, tan pronto determinaba quedarse, como seguir adelante. Desde un pueblo cercano á la misma ciu-

dad, proveyó que su hermano Juan Vela Núñez fuese á Cali, para que de ahí, tomando el puerto de la Buenaventura, pasase á Panamá á traer de allá mayores recursos de gente que los que hasta entonces se habían colectado. Partióse Vela Núñez, llevando algunos soldados y un hijo de Gonzalo Pizarro, aquel muchacho de quien hemos hablado antes, al cual el Virrey andaba á llevar consigo, como en rehenes, por el grande amor que sabía que le tenía su padre. En Pasto se juntó con el Virrey el capitán Juan Ruiz con unos sesenta soldados, que Santillana había traído de Panamá. Pasaban días y días sin que el Virrey supiese nada acerca de Gonzalo Pizarro, y, deseando tomar alguna noticia del lugar en qué se encontraba, mandó á Sancho de la Carrera que fuese con quince de á caballo á saber de Gonzalo Pizarro y de su campo. Gonzalo había salido de Quito en seguimiento del Virrey; y, tan en silencio había verificado su marcha, que, hallándose entonces en Ipiales, aquel lo ignoraba completamente. Sucedió, pues, que Carrera, llegando cerca de Ipiales, se pusiese á descansar un breve rato, mientras echaba el pienso á sus caballos: el ejército de Pizarro estaba á alguna distancia, acampado tras unas colinas, y, en ese momento, acababa de salir Francisco de Carvajal á reconocer el campo; cuando, adelantándose de los suyos, un tal Martín Garay, va y topa de sorpresa con los corredores del Virrey. Lo toman éstos prisionero, quieren llevárselo consigo y pónense á disputar, porque Garay les pedía que más bien lo matasen allí mismo, pero que no lo llevasen á entregar al Virrey; y, diciendo esto, se alzaba la ar-

madura, mostrándoles el pecho, para que le hiriesen. Llega de súbito Carvajal y se precipita sobre ellos: apenas tienen tiempo Carrera y los suyos para montar en sus caballos y echarse á huír á todo galope; los de Carvajal les siguen el alcance por gran trecho, y en las subidas y bajadas de algunas quebradas llegan hasta á dar lanzazos á los caballos: jadeantes y rendidos de correr, entran en Pasto y dan la noticia de que Gonzalo con todo su ejército se les viene encima. Al punto, el Virrey manda tocar al arma, y se apresura á partir de la ciudad, en retirada para Popayán. Empero, si el Virrey se daba prisa para huír, mayor se la daba todavía Gonzalo para perseguirle. Al cuarto día de la partida, como á eso de la una de la tarde, después de pasar el río de Patía, cuando acababan de subir la cuesta del lado de allá del río, echan de ver que la vanguardia del ejército de Pizarro les ha dado ya alcance, y que principiaba á descender por la cuesta abajo de la banda de acá del río. Allí quiere el Virrey combatir, y, aprovechándose de las ventajas de su situación, estorbarles el paso del agua; pero encuentra que sus soldados, apenas tienen un poco de pólvora, y, rabiando de despecho, sigue adelante su camino, dando malhayas contra la tierra, y los que la descubrieron y los que habían venido á vivir en el Nuevo Mundo.

Gonzalo Pizarro tornóse á Quito satisfecho de haber hecho huír al Virrey fuera de los límites del Perú, no queriendo continuar adelante en darle alcance, porque la tierra de Popayán le pareció escasa de vitualla y muy despoblada. En Quito se ocupó en diversiones y pasatiempos, dan-

do banquetes á los amigos y banqueteando él, á su vez, en casa de ellos. Estando de vuelta en Quito, supo el alzamiento de Centeno en los Charcas y el de Melchor Verdugo en Trujillo, los cuales habían tomado las armas para levantar el partido del Virrey contra los rebeldes. A sujetar y castigar á Centeno, partió de Quito el famoso Carvajal, acompañado de un buen cuerpo de tropa; y, para prevenir los daños que le pudiera hacer el segundo trayendo refuerzos de Nicaragua, á donde había ido, dispuso Gonzalo que Pedro de Hinojosa con ciento cincuenta soldados tomara el mando de la armada que de Panamá había traído Bachicao. Hinojosa se dió tan buena maña en desempeñar el cargo que se le había confiado que, en poco tiempo, se enseñoreó de las aguas del Pacífico: fué recorriendo todas las costas y visitando todos los puertos desde Puerto-viejo hasta Panamá. En la Buenaventura se apoderó del bergantín en que iba á hacerse á la vela el hermano del Virrey, lo tomó preso y le quitó el hijo de Pizarro. Llegado á Panamá, obligó á los vecinos á hacer una capitulación muy ventajosa á los intereses de Pizarro, y se mantuvo vigilando las costas hasta recibir nuevas órdenes de su caudillo.

El triste Vela Núñez, cuando se vió de repente en manos de sus enemigos, cayó de ánimo y se afligió sobremanera. Veía malogrados en un momento los penosos afanes de tres meses de trabajo, pues todo ese tiempo había gastado en Cali en fabricar un bergantín para seguir su viaje á Panamá. Fabricando el bergantín, en piezas lo hizo trasladar al puerto de la Buenaventu-

ra para armarlo allá; y cuando estuvo ya á punto, cayó en poder de Hinojosa y sirvió para llevar en él, preso, al mismo Vela Núñez.

En Popayán no todos se holgaron con la llegada del Virrey, antes les pesó de ella, porque le había precedido la fama de su severa inflexibilidad, y le tenían miedo y desconfianza por las terribles ejecuciones, que había venido haciendo en todo el camino desde Piura hasta Pasto. Con todo no dejaba de acudir en su auxilio alguna gente, aunque provista de muy malas armas. De Santa Fe de Bogotá volvió el capitán Nieto trayendo apenas diez hombres, los únicos que había podido recoger del Nuevo Reino de Granada. Para proveerse de armas estableció fraguas y máquinas de fundición, donde se forjaban arcabuces, haciéndose hasta dos por día; de cueros de vaca y de danta se fabricaron morriones, corazas y rodelas, tan bien acondicionadas, que algunos viejos veteranos las encontraban tan buenas como las de fierro.

Muy discreto y advertido andaba, entre tanto, Gonzalo Pizarro haciendo como engañar al inexperto Virrey, á fin de traerlo sagazmente á una celada, en que poder acabar con él, poniéndolo en completa derrota, porque la prolongada guerra civil, que venía recorriendo las provincias del Perú desde el Potosí hasta Pasto, tenía á todos inquietos y agitados. Con grande astucia había logrado atraer á su devoción todas las tribus indias de Quito, de Imbabura y aun de Pasto, y de ellas se servía para espías del campo enemigo y atalayas que le diesen la voz de alerta al más pequeño peligro. Y tanto había logrado ganar á

los indios á su partido, que el Virrey ignoraba completamente cuanto pasaba en Quito, al paso que Pizarro sabía hasta sus más pequeños movimientos, pues los indios le daban cuenta de todo, guardando con tenacidad el secreto de lo que hacía Pizarro. Después de bien pensado y calculado todo, echó Pizarro á volar la voz de que se iba de Quito á Lima, para atender á los asuntos del gobierno que reclamaban allá su presencia, dejando la ciudad de Quito desguarnecida de gente y confiada al cuidado de Pedro de Puélles, á quien por todo auxilio apenas le dejaba trescientos hombres. En efecto, hizo reseña de sus tropas y, con todo el aparato necesario para una larga marcha, se salió de Quito, fingiendo irse á Lima por el dilatado camino de la sierra. Caminando despacio y en muy pequeñas jornadas, llegó al fin á Latacunga, donde hizo alto, aguardando las noticias que le vinieran de Quito. Mucho antes que Pizarro hiciera su fingida marcha al Perú, ya la supo el Virrey en Popayán por medio de algunos indios, que le dieron la noticia de ella con tanta astucia y disimulo, que el cuitado Blasco Núñez no acertaba, por más diligencias que para ello hacía, á descubrir y poner en claro la verdad. Los indios daban la noticia, diciendo en su lengua, que un *Hatun Apuc*, ó amo grande había salido de Quito; y aunque se les hacían muchas preguntas, los muy taimados no respondían otra cosa. Con tan vagas noticias se resolvió Blasco Núñez á venir de Popayán, y, deseando nuevamente tentar la fortuna de la guerra, mandó un capitán con una avanzada para ocupar á Pasto. Poco después llegó él mismo á aquella

ciudad con todo el grueso del ejército, y se veía confuso sin poder descubrir nada acerca de Gonzalo Pizarro, porque un tal Márquez tenía tomados todos los pasos y no dejaba llegar á Pasto noticia alguna cierta, al mismo tiempo que instruía minuciosamente á Pizarro de todos los movimientos del Virrey (2). Después de celebrar éste la fiesta de la Navidad, salió de Pasto trayendo en su compañía al célebre Don Sebastián de Benalcázar, entonces Gobernador de Popayán, el cual era el mejor capitán que venía en el ejército del Virrey. Llegando á Tusa supo Blasco Núñez que Pizarro estaba en Quito, pero guardó el secreto sin comunicar esta noticia á los soldados, para no desalentarlos. En Otavalo le fué confirmada la noticia; pasó revista á su tropa y halló que tenía como cuatrocientos hombres; la dividió en tres cuerpos y confió el estandarte real al capitán Ahumada, y así en orden vino á Guayllabamba: pues, aunque Benalcázar había querido quedarse dos días siquiera en Caranqui para dar un poco de descanso á los caballos, el Virrey no vino en ello, porque creía que el triunfar estaba en la pronta y acelerada marcha, antes que los enemigos tuviesen tiempo de hacerse fuertes.

---

(2) Este espía de Gonzalo Pizarro se llamaba Juan Márquez de Sanabria: pasó después al Nuevo Reino de Granada y se unió con Robledo; mas Benalcázar le mandó cortar la cabeza juntamente con este caudillo.—La-Gasca lo declaró después por traidor, mediante sentencia solemne del tribunal, que organizó el Presidente para juzgar á todos los que habían tomado parte en la rebelión de Gonzalo Pizarro.

VI

Así que Gonzalo Pizarro supo que el Virrey había llegado á Pasto, se vino á Quito, sacó su gente al encuentro de los contrarios y, holgadamente, tuvo tiempo para acampar á este lado del río de Guayllabamba en una cuesta, donde sentó sus reales y se fortificó.

Cuando se disponía á salir de la ciudad, díjole su amigo y confidente Fr. Jodoco, que mirase por sí; pues, observando las estrellas, había descubierto indicios de que, (con la permisión divina), sería vencido y muerto el capitán, que saliera de la ciudad para dar batalla. Pizarro se rió del pronóstico, y respondió, que todos teníamos que morir irremediablemente, y que, si él perecía en la batalla, no le habría sucedido otra cosa, sino pagar la común deuda de la naturaleza humana. El vencer y el morir están en manos de Dios, añadió: yo defiendo la tierra, que, con tantos trabajos, descubrimos y conquistamos mis hermanos y yo (3).

Ya había estado descansando más de un día en su campamento, cuando por la tarde vió llegar el ejército del Virrey y levantar sus toldos de campaña en las laderas opuestas, al otro lado del río. Así, los dos ejércitos estaban acampados uno en frente de otro y ocupaban la hoya del

(2) Gutierrez de Santa Clara.— Los cinco libros de las guerras más que civiles del Perú.— (Libro segundo). Esta importante obra histórica se conserva inédita en la Biblioteca pública de Toledo, donde la estudiamos nosotros.

caudaloso Guayllabamba, con el río de por medio, de tal manera que, las avanzadas de ambos llegaron á hablar insultándose los corredores de uno y otro campo con el apellido de traidores, y provocándose unos á otros recíprocamente á pasar á sus banderas: los de Gonzalo proponían á los del Virrey, y los de éste estimulaban á los de aquel á pasarse á sus campos. Era esto un domingo por la tarde. Tan luego como anocheció, reunió el Virrey en su tienda á los principales capitanes, para pedirles consejo acerca de los planes convenientes al mejor éxito de la batalla, que, por fin, de una manera irrevocable tenía resolución de presentar. Hubo diversos pareceres; más, á la postre, prevaleció el de Benalcázar, que aconsejaba venir á la ciudad, para fortalecerse dentro de ella. El Virrey adoptó este partido, y, ansioso como estaba por presentar la batalla, se resolvió á venir á Quito, muy confiado en que podría dar sobre los enemigos, cogiéndolos por la retaguardia, que suponía desamparada. Cuando se espesaron, pues, las tinieblas de la noche, el Virrey levantó su campo, pero tan en silencio que, las centinelas avanzadas del ejército de Gonzalo, estando casi sobre el Real del Virrey, no advirtieron su partida. Para engañar á los contrarios, mandó dejar armadas las tiendas de campaña, hizo prender muchas candeladas y dispuso que se quedasen en el mismo punto los perros y la mayor parte de los indios de servicio que traía consigo, entregándoles un tambor y dos arcabuces, para que estuviesen tocando y haciendo tiros toda la noche.

Guiado por Benalcázar y algunos indios,

muy conocedores de la tierra, se puso, pues, en marcha para Quito el Virrey con su tropa, tomando el camino que de Guayllabamba sale á Guápulo para venir á Quito. La noche era oscura y lluviosa, el camino poco traginado: andando á tientas, atascándose los caballos en atolladeros, rodando en las pendientes, pasaron inauditos trabajos, y, cuando rayó el alba, conocieron que estaban muy cerca de la ciudad, porque, al coronar una cuesta, salieron á los espaciosos llanos del ejido. El desabrimiento y el disgusto se apoderaron del corazón del Virrey, viendo desvanecida la ilusión, que en todo el camino le había venido halagando, de caer sobre los enemigos de sorpresa en la oscuridad de la noche. Era venida la mañana, y con la luz del nuevo día echaba de ver cuán lejos dejaba á sus espaldas el campo enemigo. Cuando estaban cerca de la ciudad, toparon un hombre, el cual preguntado por ellos, les dió cuenta del número de gente de tropa que tenía Pizarro y de la calidad de sus armas. Entonces Benalcázar se acercó al Virrey y, siguiendo ambos, andando á caballo, le dijo: Me parece, si Vuestra Señoría lo tiene por conveniente, que tratemos de hacer algún concierto con Pizarro, vista la ventaja que nos lleva en gente y en armas; y se ofreció el mismo Benalcázar á ir, desarmado, á parlamentar con Gonzalo en el campo enemigo. Mas el Virrey le contestó, con viveza: Los traidores, señor Adelantado, ni tienen palabra, ni jamás la saben cumplir, y pues el Rey os hizo caballero, sabed pelear como tal. Disgustado con esta respuesta, repuso Benalcázar: habla así Vuestra Señoría, por ser del escuadrón de salud; á lo cual

replicó el Virrey, á la hora del combate, la primera lanza que se rompa será la mía. Las últimas palabras de Benalcázar aludían á que el Virrey venía siempre en un cuerpo de reserva, bien escoltado, por lo cual, parecía que no quería exponer su vida en el combate. Mientras pasaba esta breve plática entre el Adelantado y el Virrey, llegaban ya á la ciudad. Cuando entraron en ella, la encontraron yerma y desolada, de manera que, al pasar el ejército por las desiertas y silenciosas calles, no se oía resonar más ruido que el de los cascos de los caballos, cuando tropezaban en las piedras del camino. Todos los vecinos de la ciudad habían salido de ella, huyendo, y dejándola abandonada. Al pasar por una calle vieron que se abría lentamente la puerta de una casa, salió luego una muchacha y se quedó parada mirándolos pasar con atención, como si mentalmente los fuese contando uno por uno: así que reconoció al Virrey, acercándose á él, le habló al oído en secreto, y el Virrey exclamó, como sorprendido: Que no haya habido uno siquiera que me dijese la verdad, ni frailes, ni clérigos!!!.... Aquella mujer acababa de decirle el número exacto de hombres que tenía Pizarro y cuán bien armados estaban; pues el incauto Virrey hasta ese instante, entre diversas y contradictorias noticias, no había alcanzado á descubrir la verdad y venía convencido de la superioridad de sus tropas sobre las de Gonzalo.

El cansancio por una marcha de ocho leguas en la oscuridad de la noche, la zozobra del ánimo y las molestias de una jornada tan fatigosa, le habían quebrantado grandemente las fuerzas del

cuerpo al anciano Virrey: sintiéndose acosado de sed, llamó á la puerta de una casa y pidió un poco de agua: presentóse una mujer y se la ofreció, diciéndole estas palabras: de mal agüero me parece esta agua, señor. ¿Por qué? — preguntó el Virrey; y la mujer, disimulando su intención, porque Pizarro tiene mucha gente, le contestó.— Esa mujer era la viuda de un español, á quien hacía poco había mandado ahorcar Blasco Núñez!

Llegados á la plaza, la hallaron desierta, por ninguna calle asomaba persona viviente; al cabo de un rato, se presentaron dos mujeres españolas con un pan y un pedazo de rábano, único desayuno con que obsequiaron al afligido Virrey, lastimándose de que hubiese venido á una muerte segura. Presentóse también Fr. Jodoco para persuadirle que no empeñara la acción, y le rogó que se retrajera al convento de San Francisco, desde donde se podría entender con Pizarro y hacer arreglos de paz, sin derramamiento de sangre; pero, el Virrey no le dió oídos y se manifestó resuelto á confiar á la suerte de las armas el éxito de la jornada, que, como leal servidor de Su Majestad, había emprendido. Sin duda, Fr. Jodoco, viendo la clase de tropa que traía el Virrey, conoció el peligro que le amenazaba, y formó un pronóstico menos aventurado, que el que poco antes, con su vana ciencia astrológica, había leído en las estrellas respecto de su amigo Pizarro

En ese momento eran en Quito las dos de la tarde de un lunes de Enero. Las puertas y ventanas, todas, estaban cerradas; los soldados hambrientos rompieron algunas casas, para buscar

de comer. Pocas horas después sonó el toque de al arma; y en la misma plaza el Virrey pasó revista á su ejército y encontró que tenía más de trescientos hombres, con muy poca pólvora, y esa de mala condición. Una gran parte de su gente estaba compuesta de soldados bisoños y poco experimentados en la manera de pelear, que tenían entonces en América los conquistadores. Puesto á caballo, arengó á sus soldados recordándoles la lealtad que era debida al Rey, y cuánto habían padecido por serle fieles; procuró estimularles á pelear con denuedo, halagándoles con la promesa de remunerar magníficamente sus servicios, y concluyó diciendo: la causa es de Dios, la causa es de Dios; repitió tres veces con voz conmovida la misma expresión, y, volteando riendas á su caballo, hizo señal para que la corneta tocase el toque de marcha, y principió á caminar el ejército en la dirección del ejido. El sol se acercaba á su ocaso y pocas horas restaban ya á la moribunda tarde.

El lunes por la mañana, como no se viese en el real del Virrey señal alguna de la agitación y movimiento, que suele haber en los ejércitos acampados para dar batalla, mandó Gonzalo algunos soldados para que averiguasen lo que significaba aquel silencio. Los soldados penetraron en el campamento y, encontrándolo abandonado, andaban confusos sin acertar con la causa de lo que veían, cuando en una de las tiendas dieron con el Cura de Pasto, sacerdote español, de apellido Tapia, el cual les refirió la partida del Virrey, indicándoles el camino que había llevado. Preguntado sobre el número de gente de guerra, que tenía el Virrey, armas, pertrechos y municiones, contestó á

todo diciendo la verdad, sin ocultarla. Estas noticias no podían ser más halagüeñas para Pizarro, el cual desde aquel momento tuvo por segura la victoria, y así levantó el campo y se vino para Quito con la mayor diligencia, para impedir que el Virrey entrara en la ciudad; sin embargo, á pesar de toda su diligencia, no pudo estorbarlo. Orgulloso y ufano con la seguridad del triunfo, pretendió arengar él también á sus soldados, aunque era hombre de muy tosco ingenio y nada hábil para el uso de la palabra; así, toda su militar arenga se redujo á decir, de muchas maneras, á los soldados que iban á pelear, cosa que ellos muy bien sabida se la tenían: con todo, no se descuidó de llamar traidor al Virrey, porque, como suelen los que han cometido traición, Pizarro procuraba engañarse á si mismo, llamando traidores á los leales. El corto número de gente que tenía el Virrey había hecho cobrar bríos á Gonzalo, que antes estaba temeroso y sobresaltado, pues, por los informes que había recibido, creía que el Virrey traía novecientos hombres. Esta noticia tenía su fundamento, porque desde Otavalo, el ejército del Virrey venía marchando en orden, dividido en nueve grupos cada uno con su bandera: única astucia estratégica que empleó el caballeroso Núñez en una tan larga guerra.

Pizarro llegó á las llanuras que llaman de *Iñaquito*, y sentó sus reales hacia el Occidente, en la falda de las elevadas colinas de San Millán: su vanguardia estaba flanqueada por una de las quebradas que cortan el suelo en aquel sitio. El Virrey acampó en la pendiente de las lomas, que, por tras el convento de San Juan, suben hasta el

Pichincha; también su vanguardia estaba flanqueada por un barranco; la formaba un pequeño cuerpo de arcabuceros: la infantería, compuesta de solas setenta picas, ocupaba el centro; el ala izquierda la formó un pequeño escuadrón de caballería, y en ese punto estaba el estandarte real; el ala derecha la ocupó otro pequeño escuadrón de cincuenta hombres de caballería; reservó doce de los más valientes para su guardia y con ellos se colocó delante del estandarte real: algunos arcabuceros de los mejores, al mando de Francisco Hernández Girón, se adelantaron en avanzada. Pizarro ordenó su tropa, de la misma manera y en disposición semejante, quedándose con quince de á caballo en la retaguardia. Observó la ventaja de su posición, y se dejó estar quedo.

Como viese el Virrey que el día se acababa y que Pizarro permanecía en el mismo punto sin moverse, dió la señal de acometer: la infantería principia á subir por el borde de la barranca para ocupar posición más ventajosa; síguele la caballería, aunque con algún desorden, cuando á ese instante se rompen los fuegos y empiezan á escaramuzar entre los de las avanzadas; arremete entonces el batallón de infantería del Virrey contra el batallón de infantería de Pizarro y trábase de lleno un combate tan recio, que, pocos minutos después los de Gonzalo arrollados por los del Virrey que les cargaban con ímpetu, principian á retroceder y á desbandarse: Hernández Girón, armado de una partesana, se lanza al medio del combate, y descarga golpes mortales: Sancho Sánchez de Avila, empuñando un montante, le sigue; con recios descargues pone en fuga á los

enemigos y da el grito de victoria: mas, en ese mismo instante, el Licenciado Cepeda acude volando con su escuadrón de caballería á reforzar la infantería, que, visto el peligro, ha principiado á retroceder: llegan también de corrida los escuadrones del Virrey y les hacen rostro á los de Cepeda: éstos apellidan *libertad, libertad!!....;* aquellos gritan *lealtád, lealtad!!....* Algunos del campo del Virrey huyen cobardemente y empieza á cundir el desorden: Blasco Núñez Vela, mete espuela á su caballo y, con valor y denuedo agenos de su edad, arremete con su lanza diciendo *Santiago y á ellos!!....* le siguen veinte de á caballo y vuelve á arreciarse el combate, creciendo por instantes la grita y vocería. Gonzalo Pizarro carga con la gente de refresco y la pelea se encruelece en torno de Sancho Sánchez de Avila, que, rodeado de enemigos y chorreando sangre de todo el cuerpo, todavía hace extremos de valor. Al fin, cae muerto en tierra, cubierto de heridas. Pizarro observa que la infantería de los enemigos se hallaba desamparada, y embiste contra élla de tropel, cargándole con toda su gente de á caballo: cuatro de éstos, que van delante, encuentran al Virrey, le rodean dándole golpes con sus porras y estoques y le derriban del caballo, casi muerto. Viendo esto los suyos, se desalientan, decaen de ánimo, y se ponen en huída, perseguidos por los de Pizarro, que van clamando victoria. En efecto, era aquel un completo triunfo; pero triunfo sangriento.

El capitán Suárez de Carvajal venía á caballo gritando, dónde está ese traidor de Blasco Núñez?....porque la victoria hace insolentes á los

cobardes, y discurría de una á otra parte, buscando al Virrey. Era este Carvajal, sobrino del Factor Illán Suárez, á quien el Virrey mató en Lima, y ahora deseaba saborear la dulzura de la venganza. Un soldado Salinas y un sacristán de una de las iglesias de Quito descubren al Virrey, que yacía tendido en el campo; lo reconocen por la coraza, y se lo enseñan á Carvajal. Llega éste y le dice á gritos: Hola, me conoces?....yo soy el sobrino del Factor á quien tu asesinaste!.. Abrió el Virrey sus ojos moribundos, y, fijándolos un instante en el que le hablaba, guardó silencio: Suárez de Carvajal, entre tanto, se había apeado del caballo y se preparaba á cortar con sus propias manos la cabeza al Virrey, cuando llegó ahí Pedro de Puélles y le afeó aquella acción, como vil é indigna de caballero, por lo cual, Carvajal mandó á un negro, esclavo suyo, que se la cortase. El negro aprestó su cuchillo y le degolló, teniéndole unos de las manos y otros de los pies, para que le cortasen la cabeza: el Virrey se esforzó por hacer el ademán de golpearse el pecho y se le oyó decir, con voz clara, *Miserere mei Deus*, principiando aquel Salmo de la penitencia que el infeliz fué á acabar en la eternidad. En ese momento acercándose un virtuoso sacerdote, llamado Francisco Herrera, que andaba recorriendo el campo de batalla para auxiliar á los moribundos, le dió la absolución. Era casi al anochecer de un lunes, 18 de Enero del año de 1546. El sol había traspuesto ya el horizonte, y las sombras del crepúsculo de la tarde se habían derramado por la tierra.

Como en aquel día celebra la Iglesia Católica

la fiesta de Santa Prisca, andando el tiempo, se levantó una iglesia bajo la advocación de aquella santa mártir, en el mismo lugar en que le fué cortada la cabeza al primer Virrey del Perú. La ciudad de Quito en aquella época remota terminaba pocas cuadras más allá de la plaza. La iglesia existió hasta el año de 1868, en que la dejó en completa ruina un terremoto: ahora se ha levantado en aquel sitio el edificio del Seminario menor.

Cortada la cabeza, como Blasco Núñez había sido calvo, el negro no tenía cabellera de donde asirla, para traerla á la ciudad; dióle, pues, una cuchillada en el carrillo, por ahí introdujo el dedo, y, sacándolo por la boca, trajo colgando la cabeza, y entró á Quito con ella delante de su amo. Llegaron derecho á la plaza y la pusieron, amarrada, en la picota, donde, por ser ya entrada la noche, estuvo algunas horas alumbrada por un candil, expuesta á las miradas de los curiosos, hasta que varios españoles, más caballeros que los asesinos del Virrey, alcanzaron de Pizarro permiso para quitarla de allí, y la juntaron con su cuerpo, para darle sepultura. El cadáver fué completamente desnudado por los indios, que acudieron á despojar á los muertos. El Virrey, no se sabe por qué, sobre su coraza se había vestido de una ropilla de indio y hasta de ella fué despojado, quedando su cuerpo completamente en carnes. Varios soldados de Avila, que habían conocido allá á Blasco Núñez recogieron su cadáver, y envolviéndolo en una pobre mortaja lo enterraron al día siguiente de la batalla en la iglesia parroquial, cavándole sepultura en el suelo, á alguna distancia de las gradas

del presbiterio. — Al domingo siguiente, cuando Gonzalo Pizarro fué á misa, sus criados colocaron el estrado y asiento para su amo sobre el sepulcro del Virrey, con lo cual se quiso dar á entender que lo tenía bajo sus pies. Y hubo algunos castellanos que arrancaron de la lívida cabeza de Blasco Núñez guedejas de su barba cana, y las pusieron en sus gorras, cual airones sangrientos, para adorno de sus tocados: así se paseaban ostentando por las calles de Quito semejantes trofeos; pero, para honra de nuestros antepasados, acción tan infame fué reprobada generalmente (4).

Tal fué el fin del desgraciado Blasco Núñez Vela, primer Virrey del Perú. Ahora, cuando los siglos han tenido su sombra benéfica sobre los hombres de aquellos tiempos, al contemplar

(4) El nombre de la llanura, donde tuvo lugar la batalla entre Gonzalo Pizarro y el Virrey, se ha solido designar de dos modos, pues unos escriben *Añaquito* y otros *Iñaquito*. Esta expresión puede venir, talvez, de la palabra quichua compuesta *Hának—Quito*, ó el Quito superior, el campo, que está de la ciudad arriba; pues, en efecto, la llanura del ejido está más elevada que el plano de la ciudad.—Esto en cuanto á la etimología del nombre del lugar: en cuanto al sitio mismo donde se verificó la acción, podemos fijar sus límites diciendo, que la tropa de Pizarro estaba acampada en los llanos de San Millán, y que la del Virrey salió de la ciudad y avanzó hasta la entrada actual del ejido: primero se estacionó en la parte de acá de la alameda, defendida por la quebrada que está tras la iglesia de San Juan, En aquel tiempo apenas contaba doce años de fundada la ciudad, y el campo principiaba casi desde la manzana en que está ahora el Carmen bajo.—La batalla se debió trabar en el ejido de hoy día, y se estendió hasta más acá de la puerta actual de la alameda.-El Virrey cayó en el sitio donde está ahora el bosque del Seminario menor, casi cerca de la calle,

el fin trágico de Blasco Núñez, no podemos menos de compadecerle. Hombre de recta intención, varón noble en sus propósitos, quiso hacer el bien; pero, por desgracia, no acertó con la manera de hacerlo. Leal á su soberano, hasta sacrificarse por su Rey, habría hecho felices á estos desgraciados pueblos, si hubiera sabido gobernarlos como convenía; mas su inflexible severidad fué en gran parte causa de los males, que, por años continuados, siguieron asolando estas comarcas. Estaba tan convencido de la justicia de la causa que defendía, que, de esa persuasión, sacaba aquella energía para soportar los trabajos y molestias de una campaña de casi dos años, sostenida en la extensión de centenares de leguas, por caminos fragosos, con falta de las cosas más necesarias para la vida. Anciano y delicado, unas veces, cuando arreciaban las lluvias, se agazapaba bajo la barriga de su caballo, para guarecerse ahí por algunos instantes; otras tomaba un breve sueño parado junto á su caballo ensillado, teniéndolo de la brida. Solícito en procurar el servicio del Rey, se le vió en Popayán de pie junto á la fragua de los herreros sosteniendo él mismo con sus manos los arcabuces, cuando los barrenaban: la causa de su Rey era para él tan sagrada que, á ella inmolaba gustoso hasta los más tier-

---

y allí mismo fué degollado. Hasta hace unos veinte años se conservaba todavía en aquel sitio la iglesia de Santa Prisca, como un monumento de este suceso, tan famoso en la historia del Perú, y por consiguiente también del Ecuador.—Alonso de Barragán dice, en su Crónica, que el Virrey *cayó junto al camino de Huayna-Cápac.*

nos afectos del corazón: cuando le avisaron la prisión de su hermano Vela Núñez, á quien amaba entrañablemente, dió señales de dolor; pero envidiando al mismo tiempo la suerte que le había cabido de morir por ser fiel á su Rey, pues creyó que, sin duda, habría sido degollado. Propenso á la cólera, se airaba con facilidad, pero se calmaba pronto, dando lugar á la reflexión; pesóle hasta su muerte y se arrepintió del asesinato cometido en la persona del Factor Illán Suárez de Carvajal. Las frecuentes traiciones le hicieron derramar alguna vez sangre inocente; pero la alevosa cuchilla del esclavo que cegó su garganta le hizo espiar, sin duda, dolorosamente esas muertes injustas de víctimas, á quienes no condenaba la ley: porque ante la justicia incorruptible de la Providencia el magistrado, que castiga á los súbditos condenándolos á muerte injustamente, es reo de la sangre de sus víctimas (5).

---

(5) Gonzalo Pizarro mandó seguir aquí en esta ciudad varias informaciones sobre la conducta del Virrey Blasco Núñez, á lo que parece con el intento de justificar la guerra que contra él había hecho. En estas informaciones se le acusa á Blasco Núñez de haber cometido crueldades que horripilan, como coger á los hijos tiernos de los indios y estrellarlos contra las piedras, y obligar á las madres á emprender largas jornadas con pesos enormes á las espaldas, y estando recién desembarazadas.—(Existen varias de estas informaciones originales entre la colección, verdaderamente numerosa, de documentos relativos á la guerra de Gonzalo Pizarro con el Virrey, que se guardan en el Real Archivo de Indias en Sevilla).—No obstante, semejantes informaciones no pueden menos de inspirar fundada desconfianza á la crítica histórica.

VII

Un mozo llevaba alzado el estandarte de Pizarro: perseguido por dos soldados del Virrey, que á gritos le mandaban que lo arrojase y se rindiera, se mantuvo firme; alcanzado por los contrarios, se dejó matar primero, que entregar su bandera, y caído muerto al suelo, el caballo siguió corriendo con el estandarte por el campo. Por el contrario, Ahumada, que llevaba el estandarte real, huyó, echando á correr después de botarlo al suelo.

En estas guerras civiles, con que tan escandalosamente ensangrentaron los conquistadores el suelo americano, parece que el carácter del soldado español se bastardeć, perdiendo la nobleza y generosidad, que tanto le honran y enaltecen: ¿cómo explicar esa sangre fría con que se daban la muerte unos á otros, y esa burla cruel que hacían de sus víctimas antes de sacrificarlas?

Los indios y los negros acudieron al campo de batalla, cuando apenas se había acabado la acción, y desnudaron á los muertos, mataron á los heridos, sin darles tiempo para huír á los que todavía podían hacerlo. Desnudo y sin más prenda de vestir que la camisa al cuerpo, estaba Don Francisco Morán, alcalde de Pasto, en manos de los indios que lo querían matar, cuando asomó un soldado de Pizarro, llamado Martín Robles, y lo defendió; echóle encima una capa para cubrirlo y, haciéndolo subir á las ancas de su caballo, se lo trajo á la grupa hasta la ciudad: mas, así que entró por las calles, principió á burlarse de su

prisionero; donde veía un grupo de gente, se detenía, y preguntaba si querían ver al alcalde de Pasto, y al punto haciendo dar vueltas á su caballo, le alzaba la capa y la camisa al cuitado de Morán y lo avergonzaba, exhibiéndolo desnudo ante los espectadores. Así se paseó Robles con su prisionero por las calles de Quito, hasta que en la plaza los amigos de Morán se lo quitaron, lo vistieron y, para salvarle la vida, lo depositaron en el convento de San Francisco (6).

Otros españoles feroces andaban reconociendo á los caídos para saciar venganzas personales y satisfacer agravios pasados; así, murieron muchos asesinados á sangre fría después del combate. Era triste espectáculo ver á algunos heridos implorando compasión de los vencedores,

(6) Este Francisco Morán era hermano de Hernando Morán y de Antonio Morán: todos tres vinieron al Ecuador en la expedición de Alvarado, aunque á la América pasaron en diversos tiempos. Eran naturales de la villa de Llovica en el Reino de León é hijos legítimos de Antonio Morán y de María Gallega.

Hernando acompañó á Benalcázar en la conquista de Cali: tenía un caballo pequeño, castaño oscuro, comprado en seis mil pesos de buen oro; pero, cayendo en un hoyo, pereció, y su dueño se lo comió con sus compañeros, para remediar el hambre extrema que estaban sufriendo. Hernando Morán tuvo un fin desgraciado, pues se hizo loco y en ese estado fué llevado á España por su hermano Antonio y restituído á la casa paterna, donde murió algún tiempo después. Hernando dejó solamente un hijo natural.

Antonio fué casado en Pasto, de donde era vecino. Francisco tuvo cinco hijos, cuatro hembras y un varón: fué asesinado en San Miguel de Piura, después del regreso de La-Gasca á España. A este Francisco lo desnudaron los indios en la batalla de Iñaquito, y, teniéndolo desnudo en

pidiéndoles que les salvasen la vida. No faltaron también vecinos caritativos de Quito, que fueran al campo y recogieran en sus casas algunos heridos, para curarlos. Entre éstos se hallaron Don Sebastián de Benalcázar, conquistador de Quito, el Oidor Alvarez, Don Alonso de Montemayor y otras personas notables, gravemente heridos.

Al día siguiente se cavaron fosas en el campo y allí fueron sepultados los muertos, muchos en una misma huesa; pues de los del Virrey en la batalla murieron cincuenta, y, después de rendidos, fueron asesinados más de setenta: de los de Pizarro murieron sólo veinte.

El martes, al otro día del combate, se celebraron en la iglesia mayor de Quito los funerales del Virrey, antes de dar enterramiento á su cadáver: Gonzalo Pizarro asistió á ellos, vestido de luto, para darles mayor solemnidad, porque era costumbre de los Pizarros, ponerse de luto y asistir como dolientes á las exequias de sus víctimas: así lo hizo Francisco en Cajamarca cuando la muerte de Atahuallpa, así lo hizo en el Cuzco Hernando en los funerales del viejo Almagro, y lo mismo hizo tambien en Quito Gonzalo en los del Virrey Blasco Núñez (7).

---

decían: *auca, daca cinco pesos, sino matarte hemos*, palabras que quedaron como proverbio en Quito, para expresar la apurada situación de una persona, á quien se exigen cosas imposibles.—*Informaciones de méritos y servicios de descubridores y conquistadores del Perú.* — (Se hallan en el Real Archivo de Indias en Sevilla, entre los del Patronato).

(7) Sobre el sepulcro del Virrey Blasco Núñez Vela se pusieron clandestinamente los siguientes versos, compuestos por un tal Gonzalo de Pereira:

A la celebración de los funerales siguióse en la desolada ciudad el espectáculo aterrante de unos cuantos prisioneros de guerra del día anterior, á quienes Pizarro mandó ahorcar públicamente en la plaza: á otros hizo dar garrote en la cárcel.

A Don Alonso de Montemayor, que, herido, se había refugiado en el convento de la Merced, dió orden para que lo matasen; y con grandes ruegos é instancias alcanzaron sus amigos que se suspendiera la ejecución: Gonzalo no sólo la suspendió, sino que la revocó, pero cuando le aseguraron que estaba tan malo que, moriría sin remedio.

También perdonó la vida á Benálcazar, á quien con algunas heridas había traído á su casa para curarlo, Gómez de Alvarado. Sabiendo un enemigo personal suyo que estaba en aquella casa, entró una mañana, y, encontrándolo en cama indefenso, quiso matarlo y le dió una cuchi-

---

Aquí yace sepultado
el ínclito Visorrey,
que murió descabezado,
como bueno y esforzado
por la justicia del Rey,
y su fama volará;
aunque murió su persona
su virtud sonará
y, por esto, se le dará
de lealtad la corona.

Cuantas diligencias hizo Gonzalo Pizarro para descubrir quien era el autor de los versos fueron inútiles; y no logró vengarse como lo deseaba.

Gutierrez de Santa Clara.—En la obra y lugar citados antes.

llada en la cabeza; pero acudieron los de la casa y lo defendieron.

El Oidor Alvarez fué hospedado en casa de su compañero Cepeda; mas poco tiempo después, viendo que había convalecido de sus heridas, resolvió Pizarro hacerlo envenenar; lo mismo quiso hacer con Benalcázar y con Montemayor, que estaban ya casi sanos. Por fortuna, el plan no fué tan secreto que, no lo llegasen á descubrir los amigos de los dos últimos, á quienes dieron aviso de lo que en contra de la vida de ellos se tramaba, advirtiéndoles que se recatasen de los médicos, porque Pizarro los había cohechado, para que les pusiesen gangrena en las heridas. El Oidor Alvarez no tuvo aviso oportuno y así murió á pocos días, envenenado por su mismo huésped y compañero Cepeda, el cual le atosigó en un vaso de almendrada, que le ofreció en el almuerzo.

Otros tres se habían refugiado en el convento de San Francisco, y de ahí los hizo sacar Pizarro para cortarles las cabezas, porque los denunció un perverso, que requería de amores á la mujer de uno de ellos. — Dos eran personas muy notables y que habían ejercido en Quito elevados cargos políticos: estos eran Sancho de la Carrera, Alcalde y regidor de Quito, y Hernando Sarmiento, que estaba desempeñando el cargo de teniente de gobernador y de capitán general de esta ciudad por nombramiento del Virrey. Sarmiento se refugió tras el sagrario donde estaba depositado el Santísimo Sacramento, y de ahí lo hizo sacar Pizarro para degollarlo públicamente en la plaza (8).

(8) Sancho de la Carrera vino al Ecuador con Alvarado:

Como tres meses después concedió Pizarro licencia á Benalcázar, para que se volviese á su gobernación, exigiéndole antes pleito-homenaje de que jamás había de tomar las armas contra él, ni prestar auxilio á sus enemigos. Montemayor, Bonilla y el P. Comendador del convento de la Merced fueron desterrados á Chile: recibió encargo de llevarlos presos un tal Ulloa, hombre cruel, que les hizo andar á pie y les quitó todas sus cargas y criados, cuando les era más necesarios en los despoblados, que había entonces entre Tomebamba y el asiento de Ayavaca, porque en aquella época ni Loja, ni Cuenca se habían fundado todavía.

Con el ejército de Pizarro andaba un fraile mercenario, llamado Pedro Núñez, sacerdote de nada ejemplares costumbres; y con el ejército del Virrey salió el día de la batalla el Padre Comendador de la Merced, acompañando á Blasco Núñez, porque era su confesor. Cuando se verificó, pues, la derrota y el consiguiente triunfo de los de Pizarro, el Padre Núñez andaba

desembarcó sin caballo, porque el suyo se le murió en la navegación: en el río Daule descubrió una balsa con nueve indios, á los cuales hizo prisioneros y, por medio de ellos, la expedición del Adelantado de Guatemala tuvo noticia del camino que conducía á Quito: acompañó á Benálcazar en la conquista de estas provincias y recibió en encomienda los indio de Machachi. Fué casado en Quito con Doña Ana de Valverde, de la cual no tuvo más que un hijo, el cual quedó de dos años de edad cuando Gonzalo Pizarro hizo decapitar al padre, después de la batalla de Iñaquito.—*Informaciones de méritos y servicios de Sancho de la Carrera y de su hijo Francisco de la Carrera.*— (Inéditos, en el Archivo de Indias en Sevilla).

muy ufano, caballero en un buen caballo, puesto de coraza, terciado de una estola colorada á guisa de banda, amarrado al molledo del brazo derecho un manípulo del mismo color, y con tahalí y espada al cinto. Encontrándose con el Padre Comendador, arremetió contra él, dándole espaldarazos con la espada desnuda y diciéndole donaires insultantes y palabras feas, á todo lo cual el Comendador no respondió palabra, callando con mansedumbre; pero el fraile agresor llevó adelante su malevolencia, pues alcanzó de Pizarro que el otro fuese desterrado. Este es uno de aquellos hechos repugnantes, que la historia se ve obligada á narrar.

Cuando todavía estaba Pizarro en Quito llegó Hinojosa á darle cuenta de la capitulación celebrada con los vecinos de Panamá y de las proezas obradas en las costas. Traía preso á Vela Núñez, hermano del Virrey; Pizarro lo acogió benignamente y le concedió andar en libertad. Todo le salía, pues, prósperamente á Gonzalo, en todo veía llenos sus deseos y satisfecha su ambición: muchos le aconsejaban que se coronase por Rey, y áun algunos trataban de que mandase una comisión á Roma, para pedir al Papa la investidura del reino del Perú: los soldados, tomando en brazos al hijo de Pizarro, que acababa de llegar con Hinojosa, le besaban las manos y acariciaban, llamándole principito, y decían que ojalá creciera pronto para mandar y reinar. Gonzalo se hallaba á sus anchas, su casa rebosaba en lisonjeros y aduladores, las puertas de ella estaban pobladas de soldados envilecidos, y su digno capitán, que nunca había refrenado sus pasiones,

daba entonces rienda suelta á sus vicios; de su lujuria no estaba libre la castidad de ninguna mujer, y la hermosura de las esposas ponía en manifiesto peligro la vida de sus maridos, algunos de los cuales fueron muertos á traición, por orden del mismo Gonzalo.

CAPITULO DECIMO

Gobierno del Presidente La-Gasca

La-Gasca es elegido para pacificar el Perú.—Llega á Panamá.—Medidas de Gonzalo Pizarro para estorbar la entrada de La-Gasca en el Perú.—Lorenzo de Aldana vuelve con la armada real.—En Quito es asesinado Pedro de Puélles.—Rodrigo de Salazar es elegido por teniente de gobernador en esta ciudad. — La-Gasca desembarca en el puerto de Manta. — Cuartel general en Jauja. — Batalla de Jaquijaguana. — Muerte de Gonzalo Pizarro. — Quien era Francisco de Carvajal.—Parte que tomó el clero en esta guerra civil.—Ultimas disposiciones de La-Gasca.—Muerte del conquistador de Quito Don Sebastián de Benalcázar.—Fin desgraciado de los conquistadores del Perú.—Situación moral de la colonia.

I

La noticia de las revueltas y alteraciones del Perú llegó, entre tanto, á España. Sabida allá la revolución de Gonzalo Pizarro, principió el Real Consejo de Indias á deliberar sobre las medidas que deberían adoptarse, para reducir otra vez estas provincias á la obediencia de la Corona de Castilla, y hubo diversos y encontrados pareceres; unos aconsejaban medidas de rigor y severidad, diciendo que convenía mandar un ejército compuesto siquiera de unos tres mil hombres, para sujetar por la fuerza á los rebeldes; otros creían mejores y más acertadas las medidas de conciliación y de paz, teniendo por más conveniente reducir á Pizarro y á los suyos á la

obediencia por el camino de la persuasión y los halagos. Adoptado este segundo consejo, se eligió persona adecuada para ponerlo por obra, y ninguna lo pareció tanto, como el Licenciado Pedro de la Gasca, sacerdote, que se hallaba entonces ocupado en arreglar ciertos asuntos importantes del reino de Valencia. Llamósele, pues, á la Corte, hízosele saber el grave asunto que el Gobierno quería confiar á su tino y prudencia, y, una vez aceptado el cargo, se le dió toda la suma de poder que el Licenciado creyó necesaria para llevar á cabo la negociación arriesgada y difícil, que se le confiaba. Las medidas tomadas por el principe D. Felipe, de acuerdo con el Consejo de Indias, fueron aprobadas por el Emperador, á quien se le dió parte de todo, por medio de enviados, que se despacharon á Alemania, donde á la sazón se hallaba Carlos V, ocupado en negocios de aquel imperio (1).

---

(1) Don Pedro de La-Gasca nació en un pueblo pequeño de Castilla la vieja, llamada Navarragadilla; hizo sus estudios en las dos célebres universidades de Alcalá y de Salamanca y desempeñó cargos muy importantes en el arzobispado de Toledo y comisiones difíciles en el reino de Valencia, antes de ser escogido para la ardua comisión de pacificador del Perú.—Han escrito su biografía varios autores, como Gil González Dávila en su *Teatro eclesiástico de las iglesias de España*, y Sánchez Portocarrero en su *Catálogo de los obispos de Siguenza*.—Por lo que respecta á su gobierno del Perú, además de los autores citados en el capítulo anterior, nos apoyamos en la autoridad de los escritores y documentos siguientes. — Las alteraciones del Perú á causa de las nuevas ordenanzas, la rebelión de Gonzalo Pizarro y la pacificación y gobierno del Presidente La-Gasca son hechos íntima y necesariamente enlazados entre sí, y los autores que han

La-Gasca se hizo á la vela para América, acompañado de los nuevos Oidores, que venían para formar la Audiencia de Lima, de la cual el mismo La-Gasca había sido nombrado Presidente. Llegó á Nombre de Dios, donde fué recibido por Mejía, que gobernaba en aquel puerto por Gonzalo Pizarro. En Panamá se hallaba entonces de Gobernador Pedro de Hinojosa, quien, al principio, por ser muy amigo de Pizarro, hizo al Presidente un recibimiento frío y cauteloso, que el prudente La-Gasca supo disimular con mucha cordura. Desde esa ciudad principió á ocuparse en disponer su entrada al Perú. Veamos, entre tanto, lo que hacía Pizarro.

Después de la batalla de Iñaquito, permaneció algunos meses en esta ciudad, de donde salió á principios de Julio, dejando en ella por su teniente de gobernador á Pedro de Puélles (2). Se

---

hablado de uno de ellos, han tratado también de los demás.

CARO DE TORRES.—Historia de las Ordenes militares. (Libro tercero, parágrafo XXXIII). — Edición de 1628.—El autor se muestra muy favorable á Gonzalo Pizarro, cuyos hechos presenta bajo un aspecto diverso de aquel, con que generalmente los han referido los escritores contemporáneos.

CARTAS DE INDIAS.—Las publicó en Madrid, el año de 1877, el Real Ministerio de Fomento.—Contiene diez cartas de La-Gasca y una del Cabildo de la ciudad de Lima sobre el estado en que La-Gasca dejaba el Perú á su regreso para España.—En la misma colección, en la sección que se intitula *Datos biográficos*, el artículo relativo á La-Gasca.

DOCUMENTOS RELATIVOS AL LICENCIADO PEDRO LA-GASCA.—(En los Tomos XLIX y L de la Colección de Documentos inéditos para la historia de España).

(2) Gonzalo Pizarro fué reconocido en Quito por Gobernador general de todo el Perú el 8 de Julio de 1545.—El 12

detuvo algún poco de tiempo en Tomebamba, y, por el camino de Piura pasando por Trujillo, se dirigió para Lima. Los vecinos de aquella ciudad le salieron á recibir con grande fiesta y aparato; y Gonzalo entró bajo de palio, llevando á sus lados al Arzobispo de Lima y á los Obispos de Bogotá y de Quito, acompañado de amigos y de soldados, al són de tambores y ministriles, haciendo ostentación de un rico y galano vestido de grana, con que se había adornado, para lucir en la fiesta de aquel día. Entretenido alegremente estaba ahí Gonzalo Pizarro, cuando recibió la nueva de la venida del Presidente Gasca. Inquieto y cuidadoso se mostró al principio, porque no sabía las instrucciones que aquél traería de la Corte; pero, depuso en breve todo cuidado con las reflexiones que le hicieron sus amigos. El Presidente es un clérigo, decían, á quien no hay por qué temer, desde que viene solo y sin armas: podemos dejarle entrar en el Perú, añadían, pues aquí le obligaremos á hacer lo que nos convenga; y, si no trae del Rey el nombramiento de Gobernador perpetuo para Gonzalo Pizarro, fácil nos será

de Junio del año siguiente nombró por su teniente de gobernador á Pedro de Puélles. De los documentos auténticos, que existen en Quito sobre estos hechos, se deduce que Pizarro invocaba en todos sus actos de gobierno el nombre y la autoridad real, fundándose para esto, sin duda ninguna, en la cédula, en que, á nombre de Carlos V y de la reina doña Juana, su madre, le declararon los Oidores Gobernador general de todo el Perú. De este curioso documento se conserva en Quito una copia del tiempo de Pizarro.—Libro segundo de actas de la Municipalidad de Quito des de 1544 hasta 1551.

echarlo de aquí y alzarnos con la tierra. No faltaron también algunos que aconsejaran á Pizarro hacer dar muerte al Presidente mientras estaba todavía en Panamá, lo cual era, según ellos, el mejor atajo para salir de aquel conflicto. En estas circunstancias llegó á Lima el caballero Paniagua, mandado desde Panamá para saludar á Pizarro á nombre de La-Gasca y entregarle dos cartas, una del Emperador y otra del Presidente, escritas ambas á Gonzalo. Tal era la pública y ostensible comisión de Paniagua; pero, traía al mismo tiempo otra más importante y secreta, á saber, la de derramar por todo el reino cartas del mismo La-Gasca para todas las ciudades, comunicándoles el largo perdón que de todo lo pasado concedía el Rey, la revocación de las ordenanzas y la promesa de grandes premios y gratificaciones para los que se mostrasen fieles á la voz de su soberano. Estas cartas esparcidas por todos las provincias y leídas con avidez, comenzaron á producir su efecto. Otras fueron traídas por algunos religiosos, que venían de España á estas partes, á quienes en Panamá confió La-Gasca secretamente el encargo de hacerlas llegar á manos de los más honrados vecinos de las ciudades del Perú. Sorprendidas estas cartas por algunos agentes de Pizarro, se sometió á cuestión de tormento á los que las tenían, para que declarasen quien las había traído, y los religiosos fueron cruelmente castigados. A Quito las trajeron dos frailes, un franciscano y un mercenario: descubiertos por Pedro de Puélles, mandó darles recio tormento, y aun los habría ahorcado, sino fuera por las súplicas de Fr. Jodoco en favor del fran-

ciscano y de los Padres de la Merced en favor del mercenario, á quienes Pedro de Puélles les hizo gracia de los presos, porque hasta entonces Fr. Jodoco y los Padres Mercenarios se habían manifestado muy amigos de Pizarro y favorecedores de su rebelión (3).

Gonzalo no prestó oídos á las cartas de Carlos V y de La-Gasca, antes dió á la de este último una contestación desabrida, porque estaba muy puesto en conservar la gobernación del Perú por toda su vida. El Perú es mío, decía, porque lo conquistaron mis hermanos, y el Rey hizo merced á mi hermano, el Marqués, de la gobernación del Perú por tiempo de dos vidas, permitiéndole nombrar sucesor, y mi hermano Francisco me dejó á mí la gobernación. Acordóse,

(3) Cuando publicamos nuestra *Historia Eclesiástica del Ecuador*, se nos censuró de muy severos en punto á la moral social del estado eclesiástico, al cual, se decía, que habíamos juzgado con excesivo rigor: ahora, al dar á luz esta parte de nuestra *Historia general del Ecuador*, no hemos mitigado en nada nuestros juicios; y, para manifestar los fundamentos en que nos apoyamos, reproducimos aquí las siguientes cartas originales de Pedro de Puélles, copiadas de la Colección de Documentos inéditos referentes á La-Gasca, que posee la Real Academia de la Historia en Madrid. Por ellas se verá que había grande división entre los religiosos, de los cuales unos habían abrazado descaradamente el partido de los rebeldes, y otros servían á la causa del soberano.

CARTA DE PEDRO DE PUELLES A GONZALO PIZARRO.

De Quito, á 28 de Noviembre de 1546.

Supe venían tres frailes, los dos de la Merced y el uno de San Francisco. Los de la Merced con poder de S. M. y de su prelado, y á quitar á los que acá están y

pues, en Lima mandar procuradores á España, encargados de solicitar del Rey para Gonzalo Pizarro la gobernación del Perú, y, lo que es más sorprendente, la supresión de la Real Audiencia, porque Gonzalo quería gobernar, como en los primeros tiempos de la conquista, sin otras leyes que su voluntad. Para dar mayor importancia á la petición, que los principales vecinos de Lima y otras ciudades del Perú hacían en favor de Gonzalo, se eligieron por procuradores al mismo Arzobispo de Lima, D. Fr. Jerónimo de Loaysa y al superior de los Padres Dominicos, los cuales con el capitán Lorenzo de Aldana partieron á España, para representar al Rey en favor de Gonzalo Pizarro. Así pensaba éste entretener el tiempo, para conservarse más seguro en la gober-

---

enviarlos á Castilla, porque el mal tirano de Blasco Núñez escribió al Rey que Fr. Pedro andaba con cien arcabuceros y peleaba en las batallas y en todo lo demás. Envié frailes de sus órdenes á tomarles los despachos y catarlos hasta las tablas de sus breviarios, y al capitán Marmolejo que los llevase á la costa y los embarcase para Castilla ó para donde Vuestra Señoría está; porque Vuestra Señoría crea que, si daño ha de venir á la tierra, han de ser los portadores frailes y personas en hábitos de buenos y cristianos que de España enviarán, porque piensan, que los que acá estamos, no sabemos donde nos mata el zapato, y podríase enviar de acá como mejor ellos gobernasen el estado de Su Majestad.

Del mismo al mismo. — De Quito, á 2 de Diciembre de 1546.

También me envía á rogar que reciba un fraile de la

nación, que había usurpado. Aldana llevaba además el cargo de hacer al Presidente La-Gasca un requerimiento á nombre de Pizarro, para que no viniese al Perú y se volviese á España, sin perturbar estas tierras: porque Pizarro y los suyos llamaban perturbar estas tierras, el querer volverlas á la obediencia de las leyes.

El discreto y advertido La-Gasca recibió á los enviados de Pizarro con señaladas muestras de benevolencia, y se holgó grandemente con la vista del Prelado Loaysa, de cuya autoridad esperaba mucho para el feliz término de su negociación.

Por el trato y conversación de Hinojosa alcanzó á conocer muy pronto Aldana, cuán de caida iba ya en Panamá el partido de Pizarro, pues La-Gasca se había dado maña para traer á su de-

---

la Merced, con despachos que aquí vino y que es muy bueno; yo lo tuve por muy malo, y le tomé los despachos y eché de la tierra, que no hay otro fraile bueno si no es fray Pedro.

También el Teniente de Puerto viejo me escribió como un fraile francisco trajo una carta del de La-Gasca para el Cabildo de esta ciudad. Estoy dado á la ira mala con estos hombres, que reciban cartas y den favores á nuestros enemigos.

El fraile francisco vino á esta ciudad de esta manera, que envié á Diego Dovando á que le aguardase en el camino y le catase hasta las tablas de los breviarios, y aun otras cosas más secretas; y así me lo trajo preso, que más quisiera el fraile verse en poder del diablo que en el mío: apremiele por la carta, juró haberla rompido, desde que supo lo que había pasado con los de la Merced, como lo verá V. S. por una probanza que hoy le envío: luego eché al francisco de la tierra: allá van con todos

voción al mismo Hinojosa y á los principales amigos de aquél. Promesas de perdón general, largos ofrecimientos, profunda reserva y sagaz cautela hasta en su más sencillo trato eran los medios empleados por La-Gasca, para insinuarse en el ánimo de los amigos de Pizarro. Sus conversaciones eran sencillas, no hablaba jamás una palabra ni contra Pizarro, ni contra sus partidarios: mostró profundo sentimiento por la muerte del Virrey, cuando recibió la noticía de ella en Nombre de Dios; pero después guardó absoluto silencio, asegurando que áun para perdonar eso tenía amplios poderes del Emperador: todas sus palabras eran de paz y repetía con frecuencia que, si no podía entrar pacíficamente al Perú, se volvería á España. Pero, al mismo tiempo, con gran-

---

los diablos que los lleven: certifico á V. S. que ellos van tales de mis manos, que no osen volver ellos ni otros acá. No piense V. S. que estoy poco enojado de esos tenientes de la costa, que V. S. les envíe á mandar expresamente no dejen entrar de los puertos acá á ningún fraile ni clérigo, aunque digan que hacen milagros, que mientras más mojigatillos vinieren, más bellaquerías traen, ni tampoco á hombre que no sea de nuestra compañía, y así lo envíe V. S. á mandar que harto trabajo tengo acá, pues tengo la gobernación de Benalcázar y Cartagena y Bogotá y este pueblo, y no crea V. S. que tengo poco trabajo, sin que me den otros trabajos nuevos quien los puede excusar que son los tenientes de las costas.

Del mismo al mismo.—De Quito, á 11 de Diciembre de 1546.

Ya envié á V. S. relación de unos frailes de la Mer-

de discreción y tino procuraba estimular en el pecho de los soldados y capitanes de Pizarro los nobles sentimientos de hidalguía y fidelidad, á los cuales no podía ser indiferente ningún caballero español. De este modo, en breve tiempo tuvo cambiados á Hinojosa, al mismo Aldana y á los principales jefes de Pizarro, quienes andaban solícitos de ganarse por la mano unos á otros en fidelidad al Monarca. Aldana quemó las instrucciones que le habían dado Pizarro y se puso á disposición del Presidente; el General Pedro de Hinojosa le entregó toda la armada y Palomino y los demás capitanes hicieron pleito-homenaje de servir al Presidente, para ser fieles á su Rey. Tanto pudo en aquellos hidalgos el miedo á la mancha de traidores.

---

ced y otro de San Francisco, y los de la Merced habían dado al de San Francisco una carta ó cierto despacho del de La-Gasca; á los mercenarios yo les hice tomar los papeles que traían y echarlos de la tierra con el capitán Marmolejo. El de San Francisco juró haber roto lo que traía del de La-Gasca, y que se lo habían dado los de la Merced. Hechas las diligencias con el fraile francisco, como V. S. verá, le eché al francisco de la tierra con Padilla, y con el mayordomo que iba á los Cañares y con otro español que yo envié á que trajera los pedazos de las cartas, porque el fraile dijo que los daría, y si no los diese, que el mayordomo se fuese á su hacienda y el otro español que yo envié me volviese acá el fraile, el cual me volvieron á traer, porque halló los pedazos de la carta. El mayordomo de V. S. me escribió una carta que V. S. verá, que va con ésta. Yo tengo al fraile preso en un cepo y mandado por Fr. Jodoco, sopena de excomunión, que no hable á nadie, ni nadie á él. Fray Jo-

La-Gasca volvió á confiar la armada á los mismos que la habían tenido por Pizarro, dándoles de esa manera una señalada prueba de confianza, con lo cual se honraron mucho aquellos militares. El Presidente, una vez dueño de la armada, ya se creyó enseñoreado del Perú, y empezó á obrar con tal eficacia que, en poco tiempo tuvo aparejada una expedición muy respetable. Llamó en su auxilio y pidió recursos de hombres, caballos y dinero al Virrey de Méjico y á las Audiencias de Guatemala y de Santo Domingo; mandó guardar severamente el secreto más riguroso de todas cuantas disposiciones se habían dado y principalmente de la entrega de la armada,

---

doco en este negocio le va mucho, porque traen instrucciones que lo eche de la tierra á él y á cuantos frailes hay en ella. V. S. envíe á mandar lo que se haga de este fraile, porque, si diera los pedazos de la carta, fray Jodoco le daba poder para ir á Panamá y que detuviese allí todos los frailes que viniesen de Castilla para que no pasasen acá, pero no los dió, y así está como á V. S. digo. Nuestro Señor la muy ilustre persona, casa y estado de V. S. por largos tiempos prospere. Gabinete de Quito, á once de Diciembre de 1546. *Muy ilustre Señor—Besa las manos ilustres de V. S.*—PEDRO DE PUELLES.

EXPEDIENTE, mandado instruír por Pedro de Puélles contra un fraile de San Francisco y remitido desde Quito á Gonzalo Pizarro que estaba en Lima. Primero día de Diciembre de 1546.—(Se halla una copia de este expediente en la Real Academia de la Historia entre los papeles de La-Gasca).—El fraile se llamaba Fr. Francisco de Ecija. El teniente de gobernador en Porto-viejo, que lo era un tal Ayala, fué quien denunció á Puélles que el fraile llevaba á Quito cartas de La-Gasca para el Cabildo.

á fin de tomar desprevenido á Pizarro; y, sin pérdida de tiempo, ordenó que el mismo Lorenzo de Aldana con algunas embarcaciones fuese recorriendo los puertos de Quito y del Perú, para proteger en ellos á todos los que quisiesen alzar bandera por el Rey en contra de Pizarro. Aldana empezó á surcar las aguas del Pacífico, y su presencia, como lo había calculado el Presidente, dió aliento á la reacción de los fieles contra los traidores. Francisco de Olmos, Teniente de gobernador en Puerto-viejo, se declaró por el Rey; pasó á Guayaquil, dió de puñaladas á Estacio, que tenía aquella ciudad por Pizarro, y la puso bajo la odediencia del Presidente. La presencia de las naves de Aldana en Túmbez y Trujillo alarmó á Pizarro, quien no acababa de maravillarse de que Aldana le hubiese hecho traición; y firme en su primera resolución de hacer frente al enviado del Rey, llamaba en su auxilio á todos los capitanes y tenientes de gobernador que tenía establecidos en las provincias, mandándoles que acudiesen á Lima para hacer la guerra al enemigo común, que les amenazaba; pero de todas partes principiaba á recibir funestos desengaños, porque el astro de su fortuna comenzaba también á eclipsarse. Diego de Mora se pasaba al ejército real, entregando la ciudad de Trujillo, de la que era Gobernador, al capitán Lorenzo de Aldana, y en Quito se alzaba Rodrigo de Salazar, poniendo todas estas importantes provincias bajo la obediencia del Presidente, después de asesinar á Pedro de Puélles, que las gobernaba por Pizarro.

II

Las cartas de La-Gasca, la entrega de la armada, el levantamiento de algunas ciudades á la voz del Rey y la incertidumbre del éxito que veían dudoso eran causas poderosas para que los amigos de Pizarro principiaran á dejar de serlo, tan luego como la fortuna se mostrarse adversa á su caudillo. Así es que, Pedro de Puélles andaba vacilante entre decidirse por Pizarro, ó declararse por el Rey, y pensaba dar un banquete á los principales vecinos de la ciudad, para hacerles pronunciarse entonces por el Soberano, apartándose del bando de Pizarro, á quien comenzaban á llamar públicamente tirano. El capitán Diego de Urbina, confidente y amigo de Pedro de Puélles, descubrió en secreto el plan que éste meditaba al capitán Rodrigo de Salazar.

Pedro de Puélles tenía en Quito más de trescientos hombres armados y había mandado algunos para Guayaquil, cuando supo el asesinato de Estacio y la rebelión de Olmos, porque nunca pensó de buena fe en volver á la fidelidad debida á su Rey; antes pretendía reducir á la obediencia de Pizarro nuevamente las ciudades de Puerto-viejo y Guayaquil, que se habían declarado por el Presidente.

Considerando, pues, Rodrigo de Salazar y otros individuos lo que en servicio del soberano habían hecho varios pueblos, comunicaron entre sí y trataron de matar á Pedro de Puélles, como el medio más expedito para alzar esta ciudad por Rey. Tomaron parte en este concierto Hermosilla, Ty-

rado, Morrillo y otros soldados, de quienes más confianza tenía Salazar. Estando ya todos prevenidos y el plan bien concertado y secreto, un día domingo, Pascua del Espíritu Santo, á fines de Mayo de 1547, muy por la mañana, Salazar fué á casa de Pedro de Puélles, á hora calculada para hallarlo todavía en cama. Golpea la puerta del aposento en que dormía Pedro de Puélles; de adentro se le manda entrar: Puélles aun estaba acostado, y, viendo á Rodrigo de Salazar, de quien nada podía recelar por ser muy su amigo, le dijo: ¿qué hay por acá tan de mañana, señor capitán?—Nada, contestó Salazar; he venido para acompañar á misa á Vuestra Merced. Y comenzaron á hablar de cosas indiferentes. Mientras tanto, los asesinos, apostados á la puerta del cuarto, estaban en acecho aguardando para entrar, que Rodrigo de Salazar les diera la señal convenida, que era la llamada de Morillo. Para esto, torciendo la plática, principió Salazar á pedir permiso á Puélles para que entrara Morillo, diciéndole que deseaba aquél hablar con el Gobernador, para suplicarle que diese orden cómo le fuese devuelta cierta india que se la habían tomado. Que entre, respondió Puélles, en buen hora; pues con tal tercero, como Vuesa Merced, no podrá menos de hacerse lo que se pida. Salazar entonces llamó á Morillo, dándole voces por su nombre; Morillo entró muy comedido, con la gorra en la mano, y, acercándose cuanto más pudo á la cama del Gobernador, comenzo á exponerle su petición. En esto entran los demás conjurados y acometen de súbito á Pedro de Puélles, y le dan de puñaladas en su misma cama,

sin dejarle tiempo ni aun para articular una palabra. Enhiestos los puñales, tintos en sangre, salen luego por las calles y bajan á la plaza, gritando *viva el Rey; mueran los traidores!!!* Algunos deudos y amigos de Puélles se arman apresuradamente y pretenden vengar su muerte; pero son desbaratados y puestos fácilmente en fuga. Acude el pueblo al alboroto: el grito de "mueran los traidores" cunde por la ciudad; sacan arrastrando el sangriento cadáver de Pedro de Puélles, lo traen á la plaza, le cortan la cabeza, la cuelgan de la picota y sus miembros, hechos cuartos, se exponen en los caminos públicos, á la entrada de la ciudad, para escarmiento de los amigos de Pizarro. A la hora de mayor concurso ese mismo día, con voz de pregonero, en las esquinas de la ciudad, se proclamó que se había hecho justicia en Pedro de Puélles por traidor. Con la muerte de este hombre respiró el pueblo de Quito de la dura opresión en que había estado por más de un año.

Pedro de Puélles, era natural de Sevilla y había venido al Perú con Alvarado en 1534: cuando la capitulación de Riobamba se quedó con Almagro y obtuvo desde luego los cargos más elevados, como los de Gobernador de Puerto-viejo y Huánuco, en los que después fué confirmado por Vaca de Castro; pero, más tarde, se manifestó partidario decidido de Gonzalo Pizarro. Hombre enérgico y ambicioso, gobernó arbitrariamente, sin leyes, ni conciencia. Cuando supo la venida del Presidente La-Gasca, dió orden de que fuesen ahorcados todos los que habían estado con el Virrey en la batalla de Iñaquito, y tan cruel or-

den fué confiada á la ejecución de Diego de Obando, no menos sanguinario que Puélles. Obando se hallaba entonces de alguacil mayor de Quito, nombrado por Gonzalo Pizarro, y, al día siguiente de recibida la orden, dió garrote á Blas Vega, y á un tal Ulloa, que habían servido al Virrey, y á quienes Obando tenía en su propia casa, en són de ampararlos y defenderlos. También había hecho ahorcar el mismo Puélles, cinco días antes, á una mujer por instigaciones de otra, con quien tenía ilícitas relaciones.

El pueblo acudió en tropel á la plaza, y por largas horas grupos de gente, apiñada en torno de la picota, estuvieron contemplando la ensangrentada cabeza de Puélles, departiendo unos con otros acerca de sus infames hechos. En ese mismo lugar de pública afrenta había hecho poner Pedro de Puélles la cabeza de Blasco Núñez Vela: manos caritativas quitaron de allí pronto esa cabeza, para darle honrosa sepultura; empero la de Puélles hubo de permanecer allí hasta que los vientos y el sol, consumiendo poco á poco sus carnes corrompidas, la dejaron en una desnuda calavera, que, recogida de orden de la justicia fué, por mano del verdugo, arrojada en la fosa común. De esta manera la Providencia humilla al orgulloso allí, donde pensaba engrandecerse para siempre.

Rodrigo de Salazar se hizo cargo del gobierno de la ciudad y su primera diligencia fué despachar á Fr. Alonso de Montenegro y á Martín de Aguirre, dándoles la comisión de ir á poner en conocimiento de La-Gasca, que había arribado al puerto de Manta, el reconocimiento hecho

en Quito de la autoridad del Rey. Los enviados cumplieron con su encargo, y Salazar fué confirmado por el Presidente en el destino de Gobernador de Quito. Deseoso de ganar á todos por la mano en celo por el servicio del Rey, y, para asegurarse mejor de la fidelidad de todos los empleados subalternos, reunió á los alcaldes, regidores, mayordomo y tesorero de la ciudad y el 9 de Junio, día de la fiesta del Corpus, asistió con todos ellos á la iglesia parroquial. Allí, al tiempo de la misa, el clérigo Alonso Pablos, cura entonces de Quito, después que hubo elevado la Sagrada Hostia, se volvió al pueblo con ella en las manos, y Salazar hizo, en alta voz, á todos los circunstantes un parlamento en que les habló de la tiranía en que habían gemido bajo la dominación de Pedro Puélles, de quien se había hecho justicia por los robos, asesinatos y otros delitos cometidos contra los servidores leales del Rey: ponderó la fealdad del crimen de traición y concluyó exhortando á todos á jurar en presencia de la Hostia consagrada que en adelante serían fieles al soberano y le sostendrían con todas sus fuerzas, conservando bajo su obediencia estas provincias, á fin de que, en ningún tiempo, caigan en poder de tiranos. Todos juraron fidelidad al Rey, ofreciendo sacrificar sus vidas en defensa de su causa, contra el traidor de Gonzalo Pizarro (4).

El mismo Rodrigo de Salazar hizo el nombramiento de alcaldes, regidores, mayordomo,

(4) Libro segundo de actas de la Municipalidad de Quito.—(Actas de los días 30 de Mayo y 9 de Junio de 1547).—Pedro de Puélles fué asesinado el 29 de Mayo del mismo año.

procurador de la ciudad y tesorero, con los cuales instaló el Cabildo. Y al día siguiente el Cabildo, á su vez, le eligió por teniente de Gobernador. Todos estos nombramientos eran condicionales, con tal que los aprobase el Presidente La-Gasca.

Fueron desterrados de la ciudad algunos de los principales partidarios de Pizarro, y ahorcados el escribano Oña, que había tratado de defender á Pedro de Puélles, y el alguacil Diego de Obando, culpable de la traición y tiranía de Puélles contra los servidores leales de su Majestad.

Hechos estos preparativos necesarios para organizar el gobierno de la ciudad, se ocupó Rodrigo de Salazar en alistar la gente de tropa, con que debía marchar hacia las provincias de arriba, como se decía entonces, y, á mediados de Julio, salió de Quito con hasta doscientos cincuenta hombres bien armados, cincuenta de á caballo, ochenta arcabuceros y los demás piqueros. Dejó en su lugar por justicia mayor al alcalde Pedro de Valverde.

III

El Presidente La -Gasca recibió en Manta la noticia del pronunciamiento de Quito y se holgó mucho de ello: confirmó todos los nombramiento hechos por Rodrigo de Salazar, aprobando la elección que de su persona había hecho el Cabildo para teniente de gobernador, y mandándole acudir con su gente de armas á Jauja, donde pensaban hacer el cuartel general.

La reacción de todas las provincias del Perú que se pusieron en armas contra Pizarro, á la

voz del enviado del Rey, fué tan rápida, como sorprendente. Sabida la muerte de Pedro de Puélles y la declaración de Quito por el Rey, volvieron á Guayaquil Olmos y los vecinos de aquella ciudad, que, de temor de la gente de tropa que Puélles mandaba contra ellos, se habían retirado á Yaguachi, donde pensaban estar más seguros. Alonso de Mercadillo, fundador de la ciudad de Loja, se declaraba también por el Rey y ponía su pequeña tropa á punto para marchar al sitio que el Presidente le señalara. Pórcel, ocupado entonces en la reducción y pacificación de la provincia de Bracamoros, se redujo también á la obediencia del Presidente y se preparó á salir con sus soldados, tan luego como se le diera aviso del punto á que debía acudir. Centeno, en el otro extremo meridional del Perú, volvía á organizar su desbaratado ejército y se apoderaba del Cuzco, casi el mismo día en que Puélles era asesinado en Quito. Centeno y Lope de Mendoza habían sido derrotados completamente por Francisco de Carvajal: el primero pudo salvarse apenas de la muerte, ocultándose en una cueva cerca de Arequipa; y el segundo, alcanzado en su fuga por Carvajal: fué degollado inmediatamente, sin compasión. Mas la llegada del Presidente La-Gasca á las costas del Perú infundió aliento al desgraciado Centeno, quien salió de su cueva y volvió á recoger sus soldados, que andaban dispersos, y, juntando hasta setenta de ellos, dió casi de sorpresa sobre Antonio de Róbles, que gobernaba en el Cuzco por Pizarro, le venció en una batalla, más de astucia que de valor, y puso bajo la obediencia del Rey las provincias meridionales del Perú

hasta Arequipa. Tantos y tan rápidos triunfos iba obteniendo la presencia de La-Gasca con la armada real en las costas del Perú.

Con larga y molesta navegación había llegado el Presidente á tomar puerto en la Bahía de San Mateo; de allí pasó á Manta y de Manta á Túmbez. En este último lugar permaneció, trabajando con afán en la formación de un ejército respetable, con el cual deseaba atacar á Pizarro. Así, pues, Diego de Mora recibió orden de reunirse en Cajamarca con Pórcel, Mercadillo y otros capitanes, entre tanto, que el mismo Presidente, con el Mariscal Alvarado y el General Pedro de Hinojosa, acordaban el camino, por donde habían de seguir con todo el grueso del ejército. Veamos ahora lo que, al mismo tiempo, hacía Pizarro.

Cuando supo la llegada de Lorenzo de Aldana con las primeras cuatro naves de la armada real al puerto de Trujillo, mandó echar á fondo todos los navíos que estaban surtos en el puerto del Callao, para que Aldana no se aprovechase de ellos. Esta medida, tan absurda, le fué sugerida por el Licenciado Cepeda, que había dejado el ejército de letrado por la profesión de las armas: cuan aventajado hubiese salido en ella lo esta mostrando la destrucción de las naves del Callao, de que tanto se lamentó, cuando la supo, el diestro y experimentado Carvajal. Los navíos que teníais en el Callao, dijo Carvajal á Gonzalo Pizarro, eran vuestros ángeles de guarda, y me pesa de que los hayais destruído. En efecto, por este primer paso desacertado comenzó la ruina de Pizarro.

Reunido un ejército numeroso, bien armado

y provisto de vitualla, salió Gonzalo y situó su real entre Lima y el Callao, para impedir las maniobras de Lorenzo de Aldana, capitán de la armada real; pero, apenas hubo sentado allí sus reales, cuando principiaron las deserciones de su ejército, de tal manera que, á su misma vista muchos soldados y capitanes, y entre ellos algunos de los que más prendados estaban con él, como el Licenciado Carvajal, se iban á la armada real, gritando: "Viva el Rey; mueran los traidores." Así es que, con su ejército muy disminuído levantó su campo y tomó el camino de los llanos, resuelto á ir á tentar fortuna en los Charcas. Mas, apenas se había alejado como unas diez leguas de Lima, cuando esa ciudad alzó bandera por el Rey, poniéndose bajo la obediencia del Presidente.

Tan luego como supo la retirada de Gonzalo Pizarro hacia los Charcas, dió orden La-Gasca para que todo el ejército real fuese á reunirse en Jauja, á donde marchó él también desde Trujillo, sin tocar en Lima. En el mes de Diciembre de 1547 se encontraron reunidos en Jauja como dos mil hombres, provistos de vitualla y pertechos. Ahí estaba Benalcázar, el conquistador de Quito, que había acudido á la llamada del Presidente desde la remota Popayán, caminando por tierra casi ochocientas leguas: ahi se encontraba también el célebre Valdivia, conquistador de Chile, que, desde el otro extremo opuesto del Sur, había venido deseoso de manifestar la fidelidad que tenía á su Rey. También se hallaban ahí acompañando al Presidente muchos clérigos y religiosos con el Arzobispo de Lima y el Obispo de Quito.

Gonzalo Pizarro marchó por el camino de los llanos hasta reunirse con Acosta, y, siguiendo después su derrota por la sierra, se encontró con Centeno, que le salía al camino para cortarle la retirada. Tentóle Pizarro, para atraerle con maña á su partido, y como conociese la firme voluntad que tenía Centeno de conservarse fiel á la bandera del Rey, en cuyo nombre estaba peleando, le presentó batalla, y cerca de Huarina le derrotó en sangriento combate. Viéndose victorioso Gonzalo, contramarchó sobre el Cuzco, para rehacerse allí y volver á reconquistar todo el Perú. La noticia del descalabro de Centeno llegó á Jauja, donde se hallaba todavía detenido por las lluvias de invierno el ejército real, y al oírla el Presidente, aunque la sintió mucho, disimuló como si la derrota fuese de ningún momento.

Cuando en Quito se tuvo noticia de la sangrienta derrota de Centeno en Huarina y del triunfo obtenido por Gonzalo Pizarro, se repitieron las tentativas de alzar otra vez la ciudad contra el Presidente: á este fin, un cierto Pedro Lunar, vecino de Guayaquil, con otros aficionados á la causa de Gonzalo Pizarro, echaron fama de que La-Gasca iba huyendo, porque también había sido desbaratado, y se concertaron entre ellos para asesinar al Gobernador y á los alcaldes, á tiempo que estuviesen, un domingo, oyendo misa en la iglesia, resueltos á hacer lo mismo con todas las personas principales, que se resistieran á abrazar otra vez la rebelión de Pizarro. Mas estando todo á punto, uno de los mismos conjurados descubrió el intento á un religioso de Santo Domingo; éste dió aviso de ello á un alcalde:

Lunar fué prendido y ahorcado; hiciéronse ejemplares castigos en sus cómplices y la conjuración quedó completamente desbaratada.

Así que principió el buen tiempo, el Presidente levantó su campo de Jauja, marchando con dirección al Cuzco: detúvose algún tanto, mientras hacía fabricar con grande trabajo, para que pasase su ejército, un puente de mimbres sobre el cauce profundo del correntoso Apurímac. Gonzalo, sabiendo la aproximación del ejército real, mandó á Juan de Acosta con alguna gente de á caballo, para que le impidiese pasar el río, tomándolo desprevenido: pero Acosta llegó tarde, cuando el ejército había coronado la agria cuesta del otro lado de allá del río, y se volvió al Cuzco, para dar aviso de que el Presidente venía acercándose con su ejército. Pizarro entonces salió de la ciudad y acampó con su gente en el valle de Jaquijaguana: el Presidente llegó después, y sentó sus reales en el mismo valle al frente de Pizarro; y el día 9 de abril de 1548, por la mañana, principiaron á escaramuzar los corredores de los dos ejércitos; mas la escaramuza por parte de los de Pizarro se convirtió bien pronto en completa deserción. El primero que se pasó al campo del Presidente fué Garcilaso de la Vega; siguióle á poco rato el famoso Licenciado Cepeda, que, metiendo espuela á su caballo, huyó corriendo á toda furia y se presentó á La-Gasca: Pizarro, asombrado, quiso todavía probar fortuna y se esforzaba por pelear denodadamente, mas, en vano, porque aquello no era combate, sino manifiesta deserción, tanto que los soldados de La-Gasca estaban ocupados solamente en proteger á los que

se les venían del campo enemigo. Después de pocos instantes, Gonzalo Pizarro abandonado de todos los suyos, cayó prisionero en poder de los contrarios, sin haber tenido siquiera la honra de combatir. Carvajal se puso en fuga; pero derribado del caballo en la carrera, fué tomado también prisionero: igual suerte cupo al capitán Acosta. Al medio día todo el campo estaba ya en silencio, porque no ha habido batalla ni más provechosa para los vencedores, ni más fácilmente ganada.

Gonzalo Pizarro fué sentenciado inmediatamente á muerte como traidor: la misma sentencia se pronunció contra Carvajal y otros varios. Pizarro, viéndose precipitado en un instante de la cumbre del poder en el abismo de la desgracia, entró en cordura, y, aunque hombre de ingenio grosero, comprendió la insensata vanidad de las grandezas humanas; pues la fe cristiana, cuyas saludables máximas había desoído en la prosperidad, le halló dócil en la desgracia; y el que había vivido en tanta holganza, y disipación, sólo pensó en morir cristianamente. Al pie del cadalso, donde debía ser degollado, pidió de limosna que mandasen celebrar algunas misas por el descanso de su alma: la historia ha consignado en sus páginas un recuerdo que caracteriza la fisonomía moral de este hombre, tristemente famoso, á saber, que nunca, ni en la más grande prosperidad, se olvidó por completo de Dios, pues, con ser de corazón naturalmente duro y cruel, se dejaba ablandar cuando imploraban su conmiseración en favor de sus víctimas, invocando el nombre de la Santa Virgen María. En el momento de salir

al patíbulo tomó en sus manos una sagrada imagen de la Virgen, y, estrechándola á su pecho, la invocaba con fervorosas plegarias, para que le asistiese en su última hora. Deseó gobernar el vasto imperio del Perú con absoluta independencia; y, si su ingenio hubiera sido tan grande como su ambición, quizá habría fundado un reino poderoso, y sentado los fundamentos de la futura prosperidad y engrandecimiento de estos pueblos; mas, por desgracia, sin otro fin que el de gozar, sin otros principios de gobierno que una codicia loca, con odio á las leyes, porque para Pizarro la ciencia de gobierno consistía en hacer sus caprichos, ensangrentó en una feroz guerra civil inmensas comarcas, desde el Potosí hasta el Magdalena; quiso fundar un pueblo, pero sin moral, es decir, quiso dar vida á un cuerpo, privándole del espíritu que lo anima: ambicionó la corona y su trono fué el patíbulo. Tan juntas andan en las cosas humanas la grandeza y la humillación.

Carvajal fué condenado á que se le cortara la cabeza: pusiéronle en un serón, para que arrastrado por dos asémilas, fuese conducido al lugar del suplicio. Apenas principiaron á caminar las asémilas, cuando el pobre viejo dió de cabeza contra el suelo; pero al punto acudieron algunos soldados, y compadeciéndose de su antiguo jefe lo tomaron en brazos y lo llevaron al sitio donde el verdugo debía cortale la cabeza.

Francisco de Carvajal, á quien los contemporáneos solían llamar *el demonio de los Andes*, era un hombre extraordinario: habia militado por más de cuarenta años en Europa, como uno

de los más valientes soldados en las guerras de Italia bajo las órdenes del Gran Capitán. — Vino primero á Méjico, de donde pasó al Perú, cuando el cerco de Lima y el alzamiento del Inca Manco: quiso regresar poco después á España, y no encontró buque ninguno en que embarcarse, por lo cual se quedó en el Perú y tomó parte en la rebelión de Gonzalo Pizarro. Un soldado de las prendas militares de Carvajal no podía menos de contribuír poderosamente al buen éxito de la rebelión: sobrio como ninguno, activo, sagaz y diligente, de ánimo muy esforzado y de cuerpo vigoroso; fecundo en ardides de guerra, impávido ante el dolor ajeno; cruel y sanguinario, con suma facilidad mandaba quitar la vida á los que tenían la desgracia de caer en sus manos: la edad, en vez de quebrantar había fortalecido sus miembros, y con pasar de ochenta años, era todavía tan ágil como un joven: siempre sereno, y tan imperturbable que, hasta en los momentos mismos de su muerte y cuando lo estaban encerrando en el zurrón en que debía ser arrastrado, todavía estaba diciendo donaires, con chocante sangre fría. Pequeño de cuerpo y muy grueso de carnes; con el rostro fresco y colorado, parecía al verlo un hombre pesado y tardío; pero á caballo hacía sin cansarse enormes jornadas, yendo en marchas militares rápidas por los fragosos caminos de la cordillera, sin parar, desde Quito hasta Charcas. En sus creencias religiosas parece que el viejo y endurecido soldado había maleado su conciencia, con cierto materialismo indiferentista, cosa muy sorprendente en un castellano del siglo décimo sexto.

A Pedro de Puélles y á otros españoles, vecinos de Quito, que habían tomado mucha parte en la rebelión de Gonzalo Pizarro contra el Virrey, se les formó juicio después de muertos, para pronunciar contra ellos sentencia condenándolos como traidores; por lo cual se mandó que la casa que Puélles tenía en Quito fuese derribada y puesto en ella un letrero, que manifestase su traición, como se cumplió exactamente. A Rodrigo de Salazar se le remuneró concediéndole, en la provincia de Oriente, la gobernación que llamaron de Zumaco; y á Martín de Ochoa, otro vecino de Quito, leal servidor del Rey, se le dió la gobernación del río de Mira, formada de parte de las dos provincias que hoy llamamos de Imbabura y Esmeraldas (5).

IV

Notable fué la parte que en aquella época tomó el Clero, así en favor como en contra de Pizarro.

---

(5) La casa de Pedro de Puélles era en la calle, que de la plazuela de San Francisco va directamente á San Juan, en la manzana que se halla en frente de la escuela de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y estaba situada en la esquina meridional de dicha manzana, porque entonces en cada cuadra no había más que dos casas. En el plano actual de la ciudad corresponde á la quinta manzana, á contar desde la plazuela de San Francisco, entre las carreras de Pichincha y de Mejía. Hasta hace poco se conservaba en esa esquina, hincada en el suelo contra la pared una piedra grande con un letrero, que decía: *Esta fué la casa del traidor Pedro de Puélles.*—Aunque Puélles no fué casado, dejó dos hijos, un varón y una hembra.

Eclesiásticos hubo que predicaban en los templos, desde los púlpitos, en alabanza de Gonzalo Pizarro, ensalzando sus méritos, y recomendando al pueblo cristiano, en la casa misma de Dios y entre los divinos misterios, los proyectos de engrandecimiento del afortunado caudillo: otros se enrolaban en las filas de sus ejércitos, y, olvidados de la santidad de su estado, llevaban armas públicamente, como un fraile de la Merced, á quien por el arcabuz que traía siempre terciado á la espalda sobre la cogulla, le apellidaba el pueblo Fr. Pedro *Arcabucero* (6).

Algunos fueron tan lejos en sus planes políticos, que, viendo á Gonzalo Pizarro triunfante después de la muerte del Virrey, le aconsejaron que desconociera la autoridad del Emperador y se hiciera coronar por rey, pidiendo al Papa la investidura del reino del Perú, para lo cual, le decían que debía mandar al Padre Santo un buen regalo de dinero, pues de esa manera le tendría propicio y conseguiría más fácilmente su pretensión. El más solícito en dar á Pizarro semejante consejo era Fr. Jodoco, quien escribió á este propósito una carta al Licenciado Cepeda, estimulándole á que diese calor á los planes de monarquía que había formado Pizarro.

Con grande interés aceptó Gonzalo tan lisonjero consejo, y llamando á un cierto Sebastián de

(6) Este Fr. Pedro arcabucero es el religioso mercenario, de quien habla tan bien Pedro de Puélles en las cartas que copiamos poco antes, diciendo de él, que era el único fraile bueno que había en la Merced.—Este mismo es el P. Pedro Núñez, del cual hicimos mención nosotros en el capítulo anterior, refiriendo las escenas de la batalla de Iñaquito.

los Ríos, que había estado en Roma, le preguntó cómo se solían negociar con el Papa semejantes asuntos. Para pedir al Papa que concediera á Gonzalo Pizarro la investidura del reino del Perú, decía Fr. Jodoco que, se podía alegar las muchas exigencias de dinero que hacía el Emperador á los vecinos y conquistadores, sin contentarse jamás con los quintos, pidiendo con frecuencia crecidas sumas á manera de servicio ó regalos, para las incesantes guerras que sostenía en Europa, con lo cual parecía que su Majestad quisiese dejarles sin haciendas, cosa que no les era dable soportar (7).

Tampoco es satisfactorio encontrar en los ejércitos á los Obispos, como lo tenían de costumbre en la guerra contra Gonzalo Pizarro, yendo con el ejército real; pues el historiador se holga-

---

(7) En 1881 dimos á luz el Tomo primero de la *Historia eclesiástica del Ecuador*, y, al año siguiente, un religioso franciscano del convento de Quito, el R. P. Francisco María Compte, publicó contra nosotros un opúsculo titulado DEFENSA DEL P. FR. JODOCO RICKE, en el cual hizo esfuerzos para probar que el P. Jodoco no había tenido participación alguna en los planes de monarquía, formados por Gonzalo Pizarro. Leímos ese opúsculo con muchísima atención, deseando encontrar pruebas con qué poder limpiar al P. Jodoco de la mancha, con que, muy á pesar nuestro, le habíamos presentado en nuestra narración; pero no encontramos ninguna, absolutamente ninguna. El P. Compte no desvirtúa ni uno solo de los documentos, en que nosotros nos habíamos apoyado; antes demuestra que no conocía á fondo ni la historia del Perú ni los escritores que han narrado el suceso de la rebelión de Pizarro. Abrió los libros de los historiadores y cronistas castellanos del Perú y los consultó, (por la primera vez sin duda ninguna), cuando quiso escribir su Defensa del P. Jodoco. Entre el R. P. Compte y nosotros hay una divergencia notable, la cual ha provenido de que el es-

ría más de hallarlos en sus iglesias, que en los campos de batalla.

Como cuando sucedieron en el Perú las guerras y revueltas, ocasionadas por Gonzalo Pizarro, se había hecho ya la erección del Obispado de Quito, andaba por aquí un sacerdote, llamado Juan Coronel, á quien el Emperador había hecho merced de una de las canongías, que habían de erigirse en la nueva Catedral. Viendo triunfante á Gonzalo Pizarro, abrazó su partido con tanto entusiasmo el futuro canónigo de Quito, que escribió en latín una obra titulada de *Bello justo*, para probar con cuanta justicia había hecho Pizarro la guerra contra el Virrey. Tanta decisión por su causa no podía menos de contentar á Pizarro, quien, para remunerar al canónigo de una

---

critor franciscano vió á los hombres del pasado, tales como *debieron ser;* y nosotros, los vimos *tales como en realidad fueron.*

Ahora, después de diez años y de mayores y más detenidos estudios históricos, no borramos ni podemos borrar una sola de las líneas que entonces escribimos, ni nos es lícito en nuestro ministerio de historiador reformar ni un solo concepto de los que antes habíamos formado y expresado en punto á la participación que tuvieron los sacerdotes seculares y los religiosos, y principalmente Fr. Jodoco, en la rebelión de Gonzalo Pizarro. Las cartas de Puélles, publicadas en una de las notas anteriores, no necesitan comentario.

He aquí los autores, en cuyo testimonio nos hemos apoyado nosotros: CIEZA DE LEON, CALVETE DE ESTRELLA, HERRERA, FERNANDEZ, y las *Cartas* de LA-GASCA: todos estos documentos están impresos: añadimos los siguientes, que permanecen inéditos todavía: GUTIERREZ DE SANTA CLARA, MONTESINOS y ALONSO DE BARRAGAN. El testimonio de ocho autores, que están acordes en aseverar una misma cosa, no puede ser desmentido, con solas consideracio-

manera que lo tuviese más prendado con su partido, le escogió por ayo de su hijo natural, obligándole á seguirle á cualquiera parte que fuese. Por esto, cuando sucedió la batalla de Jaquijaguana, estaba en el Cuzco, donde fué tomado preso. Consignado al brazo secular, después de degradado, se pronunció contra él sentencia de destierro perpetuo del Perú; y en la primera armada fué mandado con otros presos á España, para que en las cárceles de la Península pagase su condena. Con este canónigo fué remitido también á España el hijo de Gonzalo Pizarro.

Por el contrario en Porto-viejo el Comendador y los religiosos de la Merced tuvieron gran parte en que aquella ciudad desconociese la autoridad de Gonzalo Pizarro y proclamase la obediencia del Rey, jurándole de nuevo fidelidad; pues, un sábado de Ramos, estando oyendo misa en la iglesia del convento todos los oficiales de Pizarro, los Padres dieron auxilio de armas y caballos al gobernador Francisco de Olmos, para que los prendiese á todos, como lo hizo tomándolos de sorpresa, enteramente desprevenidos.

---

nes especulativas. Finalmente, cuando el R.P. Compte manifestaba tener en muy poco la autoridad del Palentino, ignoraba,sin duda ninguna,que esa parte de la Historia del Perú de Fernández, se juzga, con mucho fundamento, que es obra del mismo La-Gasca. Y el célebre pacificador del Perú ¿no merecerá crédito en lo que refiere?— *Todos somos muy aficionados á Vuestra Señoría, y le deseamos todo bien,* decía Fr. Francisco de Santa Ana,hablando de los franciscanos residentes en el Perú y Quito, en una carta escrita á Gonzalo Pizarro, desde Paita, el 21 de Diciembre de 1546.-(Real Academia de la Historia.—Papeles de La-Gasca, Legajo 2º.)

Otros religiosos, trabajaron en conservar los pueblos en la obediencia del Rey, y, cuando vino La-Gasca enviado por Carlos V, sirvieron para derramar en las ciudades y provincias las copias de las provisiones reales, por lo cual muchos de ellos fueron maltratados por Pizarro, y algunos también asesinados por su maestre de campo, como un sacerdote apellidado Pantaleón, á quien Carvajal hizo ahorcar, dejándolo colgado de un árbol en el campo con el breviario al pecho. Fué tanta la parte que en estas escandalosas guerras civiles tomaron los clérigos en favor de Pizarro que Carlos V hubo de acudir á la Santa Sede, so-solicitando un Breve, para que los Obispos pudiesen, sin apelación castigar á los culpables. El pensamiento de fundar en estas partes un reino independiente no dejaba de ser halagüeño; pero los hombres que lo concibieron estaban guiados únicamente por una ambición reprensible en sus proyectos de independencia de España. La suerte de la desgraciada raza indígena habría sido entonces más lamentable, pues las ideas de monarquía independiente eran sostenidas por los mismos que se habían puesto en armas, por no sujetarse á las ordenanzas del Rey, que mandaba hacer justicia á los desventurados indios. Por otra parte, ¿cuáles iban á ser las leyes?, cuáles las instituciones de la nueva monarquía con hombres como Gonzalo Pizarro, el Licenciado Cepeda y Carvajal, para quienes la horca, el puñal, el veneno eran medios de gobierno? Aquellos hombres habrían llegado, tal vez, á formar del Perú una monarquía aparte; pero nunca, una nación civilizada. El clero se unió á ellos, por medrar,

y se deshonró á sí mismo con la participación en proyectos tan inmorales, porque siempre y donde quiera la historia de los sacerdotes palaciegos será historia infame.

V

Después de la batalla de Jaquijaguana, Valdivia volvió á su gobernación de Chile y el Adelantado Benalcázar, á la de Popayán, donde pasó lleno de disgustos y sinsabores, los últimos años de su vida. Benalcázar conquistó las provincias de Neyba y Popayán como Teniente de gobernador de Francisco Pizarro: deseando alcanzar para sí gobernación independiente, pasó á España y consiguió el título de Adelantado de Popayán. De vuelta de la Corte, tuvo graves contestaciones con Andagoya, pues ambos pretendían que la ciudad de Cali con toda su comarca pertenecía á la Gobernación, de que á cada uno de ellos, por separado, les había hecho merced el Emperador. Benalcázar, más audaz y resuelto que su competidor, no se curó de alegar razones, y, por la fuerza, se apoderó, á traición, de la persona de Andagoya, lo llevó á Popayán y allí lo conservó preso, á buen recado, hasta que Vaca de Castro lo mandó soltar. Puesto en Libertad, Andagoya hizo inmediatamente viaje á España, para implorar en la Corte justicia contra los agravios que había recibido de Benalcázar. Mas, sucedieron por aquella época la revolución de Gonzalo Pizarro, las alteraciones y disturbios de aquella guerra civil prolongada, y, por fin, la pausada y laboriosa pacificación, que del virrei-

nato del Perú hizo el Presidente La-Gasca. Andagoya murió por aquel entonces, sin alcanzar la justicia que solicitaba contra su émulo, pues la Corte acababa de recibir por parte de Benalcázar señaladas pruebas de fidelidad é importantes servicios en la última guerra contra Gonzalo Pizarro.

Algún tiempo antes, en su misma gobernación de Popayán, había cometido Benalcázar un crimen, que enturbió los postreros años de su vida.

Fué el caso, que Benalcázar, sin autoridad ninguna para ello, condenó á muerte al Mariscal Jorge Robledo, con quien disputaba acerca de la posesión de las provincias de Antioquia y Ancerma, sobre las cuales alegaba tener derecho el Adelantado de Popayán. Benalcázar inmoló en Robledo una víctima á sus pasiones, condenándolo á muerte no por fallo imparcial de justicia, sino por cálculos de ambición: tan desastrado fin tuvieron los proyectos de prosperidad y engrandecimiento que el Mariscal se proponía realizar en las ricas y fértiles comarcas, que con grandes trabajos había pacificado.

Mas aun no había acabado de consumar Benalcázar su crimen, cuando principió á experimentar sus funestas consecuencias: Robledo dejaba una viuda, la cual hizo oír su voz en la Corte, implorando castigo para el que tan injustamente había dado muerte á su esposo; el Real Consejo de Indias acogió las quejas presentadas contra el Adelantado de Popayán y mandó, para que le tomase residencia, al Licenciado Briceño. El comisionado la tomó con tanto rigor y tan estrecha, que, al fin, pronunció sentencia de muer-

te contra Benalcázar, condenándole además al secuestro de todos sus bienes. Viéndole caído, se levantaron contra él todos sus enemigos á acusarlo, pidiendo venganza de antiguos, pero no olvidados agravios. El desgraciado Gobernador de Popayán tuvo por mucha fortuna alcanzar de su severo juez, que le concediera la apelación ante la Corte; y, ya viejo y enfermo, tomó el camino de España á implorar clemencia como reo, el que pensara acabar tranquilamente sus días en la abundancia, honrado por su soberano. Llegado á Cartagena murió, consumido de pesadumbre y aflicción, por dejar suspendido sobre su cabeza el fallo de un juicio, en el cual no sabía, si sería absuelto.

El 23 de Abril de 1515, estando bajando á Cartagena, embarcado en la nao Santa Clara, se sintió muy agravado en su enfermedad, y conociendo que su hora postrera se le acercaba ya, hizo su testamento, dando poder para que en su nombre testaran en toda forma sus dos albaceas, que eran Fernando Andigno, que iba en compañía del mismo Benalcázar, y el capitán Juan Díaz Hidalgo, vecino de Cali, que á la sazón estaba en España. El día 28 de Abril, estando ya en Cartagena, volvió á otorgar y ratificar el testamento que había hecho en el mar: declaró los hijos que dejaba, instituyó por su heredero del cargo de Gobernador de Popayán á Don Alonso de Fuenmayor, su yerno, expresando que, en caso de que éste faltara, era su voluntad que le sucediera en la Gobernación su hijo Sebastián, y, como no supiera escribir, pidió que uno de los circunstantes firmara en su nombre.

Así que el conquistador de Quito espiró, su fiel compañero Fernando Andigno compró cuatro varas de ruan para amortajarlo, pagó un peso á una mujer para que hiciera esta obra de piedad con el cadáver de su amigo, y cuidó de darle honrosa sepultura en la Catedral. A sus funerales concurrieron todas las personas notables de la ciudad, honrando públicamente á uno de los más famosos capitanes y conquistadores del Perú. Benalcázar era el último de los conquistadores del imperio de los Incas y del reino de los Scyris, que había sobrevivido á sus compañeros: los demás habían perecido antes, con fin prematuro y muertes desastradas, unos muriendo, como Ampudia á manos de los indios en las guerras de la conquista; otros condenados á muerte por sus mismos compatriotas, como Almagro, en las guerras civiles con que ensangrentaron el suelo peruano. Aun no había pasado todavía ni medio siglo completo, cuando ya todos los más famosos conquistadores del Perú habían descendido á la tumba (8).

(8) Benalcázar murió el 30 de Abril de 1551 á los sesenta y más años de edad.— El 1° de Mayo redactó Andigno el testamento.—Declaró que dejaba Benalcázar los hijos siguientes: Sebastián, Francisco, Lázaro, Magdalena *y otros.* Con esta frase *y otros* manifestó Benalcázar que dejaba más hijos, aludiendo, sin duda, á los dos naturales que vivían en esta ciudad, y de los cuales tendremos ocasión de hablar más tarde en nuestra historia. Los que moraban en Popayán eran también naturales, porque Benalcázar murió soltero; pero gozaban de todos los derechos civiles de legítimos por una gracia del Emperador, concedida en favor de ellos.— Consta del testamento que Andigno gastó un peso y dos reales en la mortaja, y que por la sepultura pagó veinte pesos.

Considerada la conducta del conquistador de Quito, á la luz de la moral cristiana, no puede ser alabado sin grande reserva: constante en las empresas que acometía, esforzado para llevarlas á cabo, incansable en buscar siempre otras nuevas, recorrió distancias inmensas, descubriendo provincias de muy diversos climas, habitadas por naciones y tribus innumerables: jamás le rindió el trabajo, ni le acobardaron los peligros: la adversidad no le quebrantó y su ambición no moderada le condujo á cometer crímenes que deshonran su memoria: para tener gratos á los soldados les permitía toda clase de excesos, y para con los desgraciados indios se mostró muchas veces cruel é inhumano. Sin estas manchas, su nombre habría pasado con gloria á la posteridad.

Benalcázar presentó, el año de 1539 y el año de 1545, dos informaciones sobre sus servicios en América: la primera estaba en poder del secretario Sámano, y después fué reclamada por el hijo del conquistador con el intento de vindicar la memoria de su padre, contra las narraciones inexactas de los historiadores de las cosas de Indias.-(EXPEDIENTE del pleito seguido entre Don Sebastián Benalcázar (hijo) y el fiscal de su Majestad: año de 1560.—Hállase entre los documentos del Real Archivo de Indias en Sevilla. Testamento del Adelantado y otros autos relativos á su familia, en el mismo Archivo).

En su sepulcro se puso el siguiente epitafio en dísticos latinos:

Ista Benalcázar potuit concludere tumba;
ipsius at famam claudere non valuit:
Succubuit fatis, quae passim candida turbant,
gesta tamen calamo sunt celebranda pio.

Esta tumba pudo encerrar á Benalcázar, pero no fué poderosa para encerrar su fama: sucumbió á la muerte, que to-

VI

Poco tiempo permaneció La-Gasca en el Perú después de la fácil victoria de Jaquijaguana. Administró justicia, remuneró largamente á los servidores leales del Rey, organizó la Real Audiencia de Lima, confirió repartimientos y encomiendas, procurando poner orden en la revuelta sociedad de las colonias y, trascurido algún tiempo se volvió á España, desde el país del oro y las riquezas, tan pobre y modesto, como había venido. Y no debemos extrañar que dejase muchos descontentos, si reflexionamos cuán insaciable era la ambición de los que, viniendo de su patria al Perú querían, de la noche á la mañana, adquirir riquezas fabulosas.

¿Cuál era en aquella época el estado moral de nuestros pueblos? ¿Quién, recorriendo las páginas sangrientas de la historia de las guerras civiles de los conquistadores del Perú, no siente su

do lo temporal trastorna; mas pluma piadosa celebrará sus hechos.

El apellido propio de Don Sebastián de Benalcázar era Moyano, como aseguran el historiador Piedrahita y el Inca Garcilaso.

CASTELLANOS.— Elegías de varones ilustres de Indias. (Parte tercera.— Elegía á Benalcázar, canto décimo).

PIEDRAHITA.— Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada.— (Parte primera.—Libro XI, Capítulo VIII).

GARCILASO DE LA VEGA.— Comentarios reales del Perú. (Segunda parte, Libro primero, Capítulo XV).—Según dice este autor, Benalcázar fué tergémino, pues nació de un parto juntamente con una hermana y un hermano.

corazón poseído de horror, al ver cómo se había pervertido tanto el criterio moral de los españoles, que consideraban el asesinato como un acto lícito y hasta como una virtud digna de alabanza? Se hiela la sangre en las venas, viendo cómo echaban mano del puñal y del veneno para llevar á cabo sus planes políticos, para satisfacer sus venganzas personales ó para saciar sus apetitos carnales: ¿dónde la moral? ¿Qué había sido de ella?....En tiempos tan revueltos como los de las guerras civiles de los conquistadores del Perú, la moral y la justicia parecían haber sido echadas fuera de la sociedad humana.

No obstante, la infuencia benéfica de la doctrina católica se deja sentir, aun á pesar de los vicios y pasiones de los conquistadores. Esos vicios son muchos, no hay duda; esas pasiones son fuertes é indomables, y la conquista es tanto más debastadora cuanto menos cristiana. Epoca de fe ardiente y entusiasta, pero también de grocera ignorancia: época de perturbaciones, trastornos y guerras; cuando á la conquista debía haber seguido la paz, necesaria para la enseñanza y evangelización de los indios, la guerra civil arrancó á estos infelices violentamente de sus hogares, llevándolos á los campos de batalla, para que sirviesen como testigos de luchas sangrientas. Los indios veían entonces en la conducta del soldado una contradicción monstruosa entre las enseñanzas de la Religión que profesaba y sus hechos de odios encarnizados, venganzas feroces y vida deshonesta. Por desgracia, hubo también clérigos y religiosos que, con su vida escandalosa y poco recatada, contribuyeron á hacer que indios y es-

pañoles tuviesen en menos los preceptos de virtud y perfección inculcados por sacerdotes, que no se curaban de vivir ajustados á las enseñanzas de la severa moral cristiana. De aquí resultó un cristianismo degenerado, el cual hacía consistir la religión en muchas prácticas exteriores de devoción, con ausencia de sólidas virtudes cristianas: cristianismo de la letra y no del espíritu. Gonzalo Pizarro, siempre que entraba á una ciudad, iba primero derecho á la iglesia, adoraba allí al Santísimo Sacramento, se encomendaba á la Virgen, de la cual hacía alarde de ser devoto, y después pasaba á su casa: cuando entre la conversación oía alguna cosa que le sorprendiese ó maravillase, se santiguaba para manifestar su admiración; pero no prestaba oídos á quien le diese consejos que contrariasen sus inclinaciones desarregladas. Así es que, sus palaciegos, para tenerle grato, aprobaban cuanto decía, y, si les pedía consejo, se lo daban á medida de sus deseos. Los Cabildos ó Ayuntamientos de las ciudades, en todos sus acuerdos, ponían siempre por motivo de cualquiera medida que tomasen el servicio de Dios y el bien de los naturales de la tierra, sin que jamás se atraviesen á alegar por pretexto una causa que no fuese muy moral. En cuanto al Cabildo ó Ayuntamiento de Quito, como lo hemos hecho notar antes, en varias ocasiones requirió á los más orgullosos capitanes, y entre ellos al mismo Gonzalo Pizarro, para que no maltratasen á los indios, llevándolos encadenados á las expediciones, que hacían entonces en demanda de tierras todavía no descubiertas.

No hubo en aquellos tiempos la vigilancia ne-

cesaria para poner en armonía las costumbres con las creencias cristianas: creyentes fervorosos, pero católicos muy relajados, tales eran los hombres de aquella época, Causa, por cierto, admiración verlos tan firmes en esperar la protección del Cielo para empresas, unas veces temerarias, y otras injustas; pero tan ofuscadas estaban entonces las nociones exactas respecto de la doctrina católica que, muchas veces los conquistadores atribuían á intervención sobrenatural de la Divinidad sus triunfos, sus victorias sobre los indios, y áun aseguraban que habían visto peleando á par de ellos en los campos de batalla ya al Santo Arcángel Miguel, ya al Apóstol Santiago, caballero en blanco corcel, como en otros tiempos creían haberlo visto en España, guerreando contra los Moros. La guerra contra los indios fué para los conquistadores guerra sagrada, porque era verdadera guerra de religión, de los adoradores de la Cruz contra los adoradores del demonio: de aquí es que, los conquistadores mientras quemaban á los indios rezaban el *Credo*, sin inquietarse acerca de la justicia ó injusticia con que los condenaban á muerte. Pero cuando calmaba el furor de la guerra, esos mismos conquistadores deponían las armas y se unían con la raza conquistada, hermanándose muchas veces con ella en los tiernos lazos de familia: los castellanos formaron su hogar en medio de los indios; y no faltaron conquistadores que partieron su lecho conyugal con las mismas mujeres de la raza conquistada: hecho único en la historia de las razas conquistadoras.

———

CAPITULO UNDECIMO

Erección del obispado de Quito.

Organización del gobierno en los primeros tiempos de la época colonial. Los gobernadores de Quito antes de la fundación de la Real Audiencia. — Rodrigo de Salazar. — Gil Ramírez Dávalos. — Salazar de Villasante. — Erección del obispado de Quito. — El Bachiller Don Garcí Díaz Arias primer obispo de Quito. — Erección de la Iglesia Catedral.—Costumbres ejemplares del primer Obispo. — Desacuerdo entre el Obispo y la Municipalidad de Quito. — La primera Sede-vacante.—Costumbres y manera de vida en aquellos tiempos.— Fundación de las ciudades de Loja, Zamora y Cuenca.—Las primeras ordenanzas del Cabildo de Cuenca.—Fin del primer período de la segunda época de la Historia general del Ecuador.

I

RESTABLECIDO el orden público y pacificadas las provincias del Perú, el Presidente La-Gasca se volvió á España, y desde entonces continuó el gobierno de los virreyes, los cuales se fueron sucediendo sin interrupción unos á otros, durante toda la época de la dominación colonial. — Aunque nuestra historia está muy enlazada con la del Perú, en la primera centuria de la dominación y gobierno de los virreyes de Lima; con todo, al terminar las guerras civiles de los conquistadores, y aun antes de la erección del obispado de Quito y de la fundación de la Real Audiencia, ofrece una serie de hechos, con los cuales se puede tejer una relación completa, sin necesidad de referir los sucesos que se

verificaron en el Perú; por esto, ya desde el regreso de La-Gasca á España, nuestra narración se concreta á lo que aconteció en el antiguo reino de Quito, de cuyas provincias se formó, andando los tiempos, la actual República del Ecuador.

¿Cuál era la condición social de nuestros mayores, al concluírse el período turbulento de las guerras civiles entre los conquistadores? ¿Cuál era el aspecto que presentaban estos nuestros pueblos en aquel período de nuestra historia política, cuando estaban apenas nacidos á la vida de la civilización? ¿De qué modo estaba organizada la sociedad de entonces? ¿Qué manera tenía de gobernarse? ¿Cuáles eran su carácter, su índole, su fisonomía moral? — La historia debe ser como una maga, obradora de portentos, á cuya voz tornen á la vida las generaciones del pasado.

Veamos lo que en aquellos remotos tiempos era nuestra sociedad.

Una vez terminada la pacificación de la tierra, no podía menos de pensar el monarca español en organizar el gobierno de ella; y así lo hizo, en efecto.

Todas las provincias de que se compone actualmente nuestra República, formaban parte de un solo estado político, conocido con el nombre de el virreynato del Perú, cuyos límites se estendían tanto como los del imperio de los Incas en los últimos tiempos del reinado de Huayna-Cápac, el más poderoso de todos ellos.—La suprema autoridad, así política como militar, la ejercía un virrey, el cual hacía ordinariamente su residencia en Lima, que era la capital del virreyna-

to. El virrey nombraba gobernadores en las diversas provincias, y éstos tenían, en su territorio, la autoridad inmediata en lo civil, en lo militar y hasta en lo judicial.

El supremo poder judicial residía en la audiencia, cuyo tribunal, en el que presidía el virrey en persona, se hallaba establecido también en Lima. Los gobernadores en sus respectivos distritos eran jueces de primera instancia, de cuyos fallos se apelaba á la Audiencia: de las resoluciones dictadas por la Audiencia y de los decretos expedidos por los virreyes se podía apelar casi siempre al Rey.

El gobierno local se componía de los ayuntamientos ó cabildos de las villas y ciudades, fundadas por los conquistadores. En estos cabildos presidía el gobernador de la ciudad ó su teniente. Todo gobernador solía tener derecho de nombrar un teniente, que en casos de ausencia desempeñara sus veces.

Los cabildos de las ciudades estaban formados de dos alcaldes ordinarios y de ocho regidores.— Cada cabildo tenía un secretario, que lo era siempre un escribano del Rey: nombraba además un tesorero y un mayordomo de la ciudad.

Los alcaldes ordinarios duraban en sus empleos un año, pero podían ser reelegidos. Los regidores desempeñaban su destino ordinariamente por un tiempo indefinido, y los que alcanzaban su nombramiento del Rey, gozaban de su cargo perpetuamente.

Al principio, cuando se verificaba la conquista de una provincia ó de un territorio, la suprema autoridad residía en el conquistador, que ha

bía pactado con el soberano la empresa de conquistar, de pacificar y de incorporar á la corona de Castilla un reino ó un imperio americano. El conquistador en este caso recibía el título de gobernador, con autoridad para ejercer justicia en el territorio que conquistara. El conquistador era el único que tenía derecho para fundar ciudades: así que se ponía por obra la fundación de una ciudad, el mismo conquistador nombraba los alcaldes ordinarios y los regidores que habían de componer el cabildo de ella, y elegía un teniente de gobernador.—La autoridad de los conquistadores era, pues, al principio omnímoda, como lo exigía la condición de la sociedad civil en aquellas circunstancias; pero, fundada una ciudad y constituído el cabildo de ella, la autoridad absoluta de los conquistadores era moderada por la acción de los municipios, encargados de mirar por el bien común.

Por esto, al principio, en todas estas provincias de la América Meridional conquistadas por Pizarro y sus compañeros, no había más autoridad que la del conquistador Don Francisco, el cual, ennoblecido con el título de Marqués y provisto del cargo de gobernador, ejercía su jurisdicción sobre todos los territorios conquistados, desde los confines de Bolivia, hasta más allá de Pasto en Colombia. Pizarro fué el primero y el único gobernador que hubo en todas estas comarcas en los primeros años, que siguieron á la conquista y reducción del vasto imperio de los Incas. En nombre de Pizarro y con su autoridad fundó Almagro en el territorio ecuatoriano la ciudad provisional de Santiago y la villa de San

Francisco de Quito; asimismo, en nombre y con autoridad de Pizarro, llevó á cabo Benalcázar la conquista de todas estas provincias y fundó en ellas la ciudad de Guayaquil, el asiento de Chimbo y otras poblaciones de menor importancia.

Todo el actual territorio ecuatoriano en aquella época no tenía, pues, más que tres ciudades: la de Quito, en la sierra interandina, y las de Porto-viejo y Guayaquil, en la costa del Pacífico: podemos, por lo mismo, decir que todo el territorio ecuatoriano durante las dos primeras décadas estuvo dividido solamente en tres provincias, correspondientes á las tres únicas ciudades fundadas en estas partes. Más tarde, se constituyó la gobernación de la ciudad de Loja, y después la de la ciudad de Cuenca. En todas estas ciudades y en las que se fueron fundando los años sucesivos en la región oriental, había tenientes de gobernador, puestos por la suprema autoridad de los gobernadores primero, y después de los virreyes del Perú.

Las ciudades de la costa prosperaron muy poco en aquellos primeros tiempos, y Guayaquil todavía menos que Porto-viejo. Las tribus de los Huancavillcas no se dieron de paz tan fácilmente; les pesaba ver á los blancos establecidos y señoreando en sus tierras, por lo cual las rebeliones y alzamientos eran frecuentes, hasta que la raza indígena fué poco á poco desapareciendo, consumida por enfermedades y aminorada en las guerras y guazabaras, que sostenían los indios con los conquistadores.

Quito estuvo gobernado al principio por el mismo conquistador Benalcázar: mas este, en sus

frecuentes y prolongadas ausencias, confiaba el cargo de teniente de gobernador y de capitán general á alguno de los primeros pobladores. En esos tiempos de fundación y de organización de la colonia la justicia estaba, pues, muy mal administrada.

A Benalcázar le sucedió Lorenzo de Aldana; y á Lorenzo de Aldana, Gonzalo Pizarro.—Cuando éste andaba perdido en las selvas de la banda oriental en su novelesca expedición de la Canela, vino Vaca de Castro, y fué reconocido como gobernador de todo el Perú.— Erigido el virreynato y fundada la primera audiencia de Lima, terminó el gobierno y administración de Vaca de Castro. Como España no dejaba impunes las faltas de sus hombres públicos, por grandes y elevados que fuesen, Vaca de Castro fué procesado, y tomósele estrecha cuenta de la autoridad, que, para gobernar el Perú, se le había confiado, y por largos años estuvo preso en las cárceles de la Península, hasta que se fallara su causa.

Sucedieron luego los trastornos causados por las nuevas ordenanzas, la guerra entre Gonzalo Pizarro y Blasco Núñez Vela, y la lenta pacificación del perturbado imperio del Perú, que terminó con el vencimiento y castigo de los rebeldes en Jaquijaguana, mediante el tino y la sagacidad del Presidente La-Gasca. ¿Cuál fué en aquel entonces la suerte de Quito?

Estas provincias estuvieron unas veces en poder de Gonzalo Pizarro, y otras en manos de la autoridad real, según la varia fortuna de las armas en uno ó en otro partido. Entre los hombres públicos de entonces se distinguieron los ca-

pitanes Gonzalo Díaz de Pineda, que gobernó esta ciudad en varias ocasiones, y Pedro de Puélles, el cual, muy puesto en sostener la autoridad de Gonzalo Pizarro, murió á manos de sus mismos cómplices.

Rodrigo de Ocampo, otro de los gobernadores de Quito, fué decapitado por Blasco Núñez Vela; y Hernando Sarmiento, que hacía de teniente de gobernador en nombre del Virrey, fué muerto por orden de Pizarro. De este modo, en pocos años tres gobernadores de Quito perecieron con muerte desastrada.

Rodrigo de Salazar, el matador de Pedro de Puélles, era natural de Toledo: hombre mañoso y de no laudables costumbres, se casó en Lima con Doña Leonor de Valenzuela, de la cual vivía separado por su propio querer. Cuando la guerra de Vaca de Castro con Almagro, estuvo en el ejército real, y él fué quien, en la batalla de Chupas, tomó prisionero al desventurado Don Diego, el joven, hijo del Mariscal: mientras lo más encarnizado de la guerra civil entre Gonzalo Pizarro y el Virrey, se mantuvo retirado en Chimbo, donde tenía un repartimiento de indios, y no salió de allí sino después de la batalla de Iñaquito, manifestándose amigo fervoroso de Pizarro, hasta que conoció que la fortuna y prosperidad de este caudillo principiaban á decaer visiblemente: entonces, para labrar méritos ante el Presidente La-Gasca, asesinó á su amigo y camarada Puélles, sorprendiéndolo alevosamente. Sus contemporáneos le conocían con el apellido de «el corcovado», por la giba deforme que afeaba sus espaldas. Ya en su vejez, fué castigado por la Real

Audiencia de Quito, con motivo de las quejas que elevaron los indios, á quienes solía maltratar muy duramente. — Rodrigo de Salazar no tuvo más que un hijo, el cual abrazó el estado eclesiástico, profesando en la orden de San Francisco (1).

Los más notables entre los gobernadores de Quito antes del establecimiento de la Real Audiencia, fueron Gil Ramírez Dávalos y Salazar de Villasante.

Gil Ramírez Dávalos vino primero á Méjico, de donde, el año de 1551, pasó al Perú, con el virrey Don Antonio de Mendoza. Obtuvo el cargo de corregidor del Cuzco, y se hallaba desempeñándolo cuando sucedió la rebelión y alzamiento de Francisco Hernández Girón, quien se apoderó de la persona de Gil Ramírez Dávalos y lo tuvo preso en su propia casa, durante cinco días, al cabo de los cuales lo echó fuera de la ciudad, despachándolo con una escolta, encargada de dejarlo veinte leguas distante de la población en el camino de Lima. Ramírez Dávalos había hecho en compañía del virrey Mendoza la jornada de Jalisco en Méjico, durante la cual perdió los dientes de una pedrada, que le acertaron en la boca los indios rebelados: en el Perú hizo con me-

(1) Expediente del pleito seguido entre la viuda de Rodrigo de Salazar y el Fiscal de la Real Audiencia de Quito.— (Inédito en el Real Archivo de Indias en Sevilla). — Los indios de Otavalo eran de la encomienda de este Rodrigo de Salazar: y se la quitó la Audiencia, en pena del maltratamiento que les hacía, y la puso en la corona real á la muerte del poseedor, el cual, por esto, perdió el derecho de legarla á sus herederos.

jor fortuna toda la campaña contra Girón, hasta que éste fué completamente desbaratado.

El 29 de Junio de 1556 fué nombrado gobernador de Quito por el Marqués de Cañete, tercer virrey del Perú; y en Agosto de aquel mismo año llegó á esta ciudad, para desempeñar el cargo que se le había confiado.

Ramírez Dávalos estaba ya viudo en aquella época, pues su esposa había fallecido en España, algunos años antes. Este gobernador de Quito fué quien fundó la ciudad de Baeza en el valle de Cosanga, en el territorio del Oriente, y la de Cuenca en la provincia de los Cañaris.—Su manejo fué atinado, y para con los indios, tan suave y justo, que logró reducir de paz muchas parcialidades. — En Cuenca le fueron adjudicados los terrenos de Cañar y de Inga-pircca (2).

---

(2) Citaremos aquí un documento, que abona mucho la conducta de Gil Ramírez Dávalos.— Es una carta dirigida al Rey por un religioso y dice así: "Entre otros provehimien-"tos de gobernadores cristianamente provehidos,que ha pro-"vehido el Marqués de Cañete, visorrey de Vuestra Majes-"tad, ha sido las provincias de Quito á un escudero, que se "dice Gil Ramírez Dávalos, el cual después de haber puesto "en concierto aquella provincia, así en la retasa de los enco-"menderos, como tasa de caciques, de lo que sus súbditos les "han de dar, como en reducir los indios en pueblos y poner-"los en toda buena policía, con el favor de Dios principal-"mente y la buena maña que se ha dado, tal cual nunca se ha "visto en estas partes de Indias, sin haber necesidad de es-"pada ni de arcabuz; hase traído de paz una provincia de in-"dios y ha poblado en ella una ciudad, que se dice la nueva "Baeza, y cada día vienen indios á dar la obediencia á V. M. "y así se tiene confianza de los buenos principios con que en "aquella provincia se empieza á predicar el Evangelio de Je-

En 1562, dos años antes de que se fundara la Real Audiencia, vino á Quito por Gobernador el Licenciado Salazar de Villasante, que á la sazón estaba desempeñando en Lima el cargo elevado de Oidor de aquella Audiencia. Durante el breve tiempo que ejerció la autoridad de Gobernador de esta ciudad, procuró Salazar de Villasante captarse la voluntad de los naturales, por el mejoramiento de cuya condición social trabajó celosamente. Reunió á los indios de los contornos de Quito y fundó dos pueblos de ellos, el uno en el sitio donde está ahora la parroquia de la Magdalena, á la orilla derecha del río Machángara, poniéndole el nombre de *Velasco*, en honra del Virrey del Perú; y el otro, en los llanos de Iñaquito, al cual, de su propio apellido, le llamó *Villasante*. Mas no duraron nada estos pueblos, pues así que llegó aquí el Presidente Santillana los deshizo, dispersando á los indios nuevamente por los campos (3).

II

Uno de los encargos hechos por el Emperador Carlos V á Vaca de Castro cuando le mandó al Perú, para que restableciese la paz en las per-

---

"sucristo, que se ha de servir mucho, &." Lima, 15 de Agosto de 1559.—Carta de Fr. Francisco de Morales, escrita al Rey.—(I. en el Archivo de Indias).—*Informaciones de servicios de Gil Ramírez Dávalos practicadas en el Cuzco y en Quito*, también inéditas en el mismo Archivo.

(3) Descripciones geográficas de Indias.—Perú.—(Tomo primero).— Contiene la descripción que el mismo Villasante, hizo en Madrid, de todo el Perú, para presentarla en el Real Consejo de Indias.

turbadas colonias, fué, como dijimos antes, que informara acerca de los puntos donde creyese conveniente erigir nuevos obispados. La fundación de la ciudad de Lima hecha por el Marqués Don Francisco Pizarro, y la vasta extensión de tierras descubiertas y pacificadas en los últimos años, obligaron á erigir nuevos obispados en Lima y en Quito, desmembrándolos del obispado del Cuzco, el primero y el único que existía en todo lo que entonces se llamaba reino del Perú.

Por medio del embajador que tenía en Roma, Carlos V pidió al Papa la erección de las nuevas diócesis; pero el determinar los límites respectivos de los distritos de ellas, por una concesión ó gracia de la Santa Sede, se delegó, á solicitud del mismo Carlos V, al comisionado regio, enviado al Perú para arreglar las diferencias originadas entre los conquistadores. Al mismo tiempo que pidió al Papa la erección de nuevos obispados, hizo el Emperador la presentación, proponiendo, en virtud del derecho de patronato concedido por la misma Santa Sede, para el obispado de Lima á Don Fr. Jerónimo de Loaysa, religioso dominico, y para el de Quito, al Bachiller Don Garcí Díaz Arias.

Ocupaba entonces la Silla de San Pedro el Papa Paulo III, y, accediendo á las súplicas del Emperador, expidió su Bula *Super specula militantis Ecclesiae,* por la cual erigió en obispado la ciudad de Quito, el día 8 de Enero de 1545, el año duodécimo de su pontificado. Según esta Bula de Paulo III, la nueva Catedral debía erigirse bajo la advocación de la Santa Virgen María, y los Prelados del nuevo obispado debían titularse obis-

pos de San Francisco de Quito. En la misma Bula el Papa concedió á Carlos V y á los reyes de España, sus sucesores, el derecho de patronato sobre la Catedral de Quito, en virtud del cual podían presentar sacerdotes idóneos para obispos dentro del término de un año después de la vacante, atendida la inmensa distancia que separaba á estas tierras de la Metrópoli. Por el mismo derecho de patronato tocaba al Rey hacer la presentación para las Dignidades, Canongías y Prebendas de la nueva Catedral ante el obispo, quien debía conceder la institución canónica á los presentados. Erigida en arzobispado la iglesia de Lima, quedó la de Quito por una de las sufragáneas de ella; pues, al principio, no sólo la Iglesia de Quito, sino todas las de la América española eran sufragáneas de la Catedral de Sevilla (4).

III

Muy pocas noticias tenemos acerca de la vida del primer Obispo de Quito. Sabemos solamente que fué natural de Consüegra, pero ignoramos el año de su nacimiento. La primera vez que la historia de América hace mención de él, llamándolo Obispo electo de Quito, es con oca-

(4) La bula de la erección del obispado de Quito, se publicó por la imprenta en esta ciudad, el año de 1863, pero traducida al castellano, sin el texto latino. — Asimismo sin el texto latino, se halla copiada en la colección eclesiástica del P. Hernaez.

Hernaez.— Colección de bulas, breves y otros documentos relativos á la iglesia de América y de Filipinas.— (Tomo segundo, sección quinta).

sión de la muerte de Francisco Pizarro; pues, cuando Rada con los demás conjurados entró en casa del conquistador del Perú, se hallaba éste acompañado de varios amigos, entre los cuales estaba el Bachiller Garcí Díaz Arias. Consta que fué capellán de Francisco Pizarro, que cuidó de que se diese á su cadáver honrada sepultura, y que, junto con el Arzobispo Loaysa y los Obispos del Cuzco y de Bogotá, que en aquella sazón estaban también en Lima, salió al encuentro de Gonzalo Pizarro, cuando este caudillo volvía triunfante á esa capital, después de la muerte del primer Virrey del Perú.

Era el Señor Don Garcí Díaz Arias sacerdote de la diócesis de Toledo, y tenía parentesco, aunque no sabemos en qué grado, con la familia del conquistador Francisco Pizarro: sirvió en Lima el ministerio de cura de la ciudad, y estaba desempeñando ese cargo cuando fué elegido y presentado para el obispado de Quito. — Recibió la consagración episcopal en el Cuzco, de manos de Don Fr. Juan Solano, el día cinco de Junio de 1547, un domingo, fiesta de la Santísima Trinidad. Tomó posesión del obispado por medio del presbítero Loaysa, el cual salió de Lima para Quito en Abril del mismo año de 1547.— En aquel tiempo ya La-Gasca había ganado mucho terreno en el Perú, pues el primer Obispo de Quito se consagraba en el Cuzco á los ocho días precisamente después del asesinato de Pedro de Puélles en esta ciudad (5).

(5) Carta de Antonio Quiñones á Gonzalo Pizarro, fechada en el Cuzco, á 6 de Junio de 1547. — Carta del mismo

Hallándose el Presidente La-Gasca acampado con el ejército real en Jauja, llegó también allí el Obispo de Quito, y sin duda asistió á la batalla de Jaquijaguana. De vuelta del Cuzco para Lima, se encontró en el camino con Juan de Acosta, que iba llevando refuerzo de tropa á Gonzalo Pizarro, procuró el Obispo persuadirle de la obligación de ser fiel al Rey, pero fué en vano, porque Acosta no dió oídos á sus reflexiones. Parece indudable que el primer obispo de Quito, aunque estaba prendado con la familia de Gonzalo Pizarro, por haber sido capellán del Marqués su hermano, guardó conducta noble y digna y acudió temprano á unirse con el Presidente La-Gasca, dando ejemplo de fidelidad á su Rey.

Ignoramos en qué año vino á Quito y cuándo hizo la erección de esta iglesia Catedral; pero no pudo menos de ser antes de 1550, pues el último día de aquel año consta que mandó salir de la iglesia Catedral al gobernador Francisco de Olmos, y á los regidores, declarándolos incur-

obispo de Quito á Gonzalo Pizarro, en la cual le da cuenta de su consagración — Se alojó en el Cuzco, en la casa que en esa ciudad tenía entonces Gonzalo Pizarro, y allí mismo se dió el banquete para festejar la consagración episcopal.—DOCUMENTOS RELATIVOS A LA-GASCA.— (Entre los manuscritos del Archivo de la Real Academia de la Historia en Madrid).—El P. Hernaez dice que el Señor Garcí Díaz Arias se consagró en Lima, lo cual no es exacto, porque el año de 1547 no estaba en Lima el Señor Loaysa sino en la armada real en compañía del Presidente La-Gasca. — El primer obispo de Quito fué consagrado en el Cuzco por el P. Don Fr. Juan Solano segundo obispo de esa ciudad. El P. Hernaez tomó la noticia sin duda ninguna del Diccionario de Don Antonio de Alsedo.

sos en excomunión mayor. Era el caso, que el Ayuntamiento de Quito había impuesto la contribución de un tomín de oro á los mercaderes y á los demás comerciantes por todos los efectos que introdujesen en la ciudad. El Obispo decía que, nadie podía poner pechos ni contribuciones, sin expreso consentimiento del Rey, el cual, con autorización de la Santa Sede, así lo tenía ordenado, bajo pena de excomunión mayor reservada al Papa para los que faltasen á esta disposición. Los miembros del Ayuntamiento, añadía el Prelado, han quebrantado esta orden real y, por lo mismo, han incurrido en la pena, con que el Rey amenaza castigar á los infractores de ella. El Cabildo, por su parte, requirió al Obispo advirtiéndole que no podía juzgar sobre asuntos puramente temporales, que de ninguna manera pertenecían á su autoridad. El Obispo contestó que, no usurpaba la jurisdicción temporal, pues no había hecho otra cosa que cumplir con el deber que, como Pastor, tenía de amonestar á sus ovejas, advirtiendo repetidas veces al gobernador y á los regidores que no podían imponer las contribuciones que habían impuesto: mas, como ellos, á pesar de todas sus amonestaciones, habían impuesto las contribuciones, el Obispo no había podido menos de declararlos incursos en excomunión mayor, por ser esa la pena, con que se castigaba á los que usurpaban el derecho de imponer nuevas contribuciones, reservado exclusivamente á su Majestad.

El gobernador y los regidores oyeron con atención la respuesta del Obispo y, reflexionando sobre ella, resolvieron suspender el cobro de las

nuevas contribuciones, hasta que el Rey, consultado sobre el asunto, resolviese lo conveniente (6).

El primer obispo de Quito, á quien en la historia del Perú se le conoce con el nombre de el Bachiller Garcí Díaz Arias, era alto de cuerpo, blanco y sonrosado; de aspecto grave y modesto: tan medido y circunspecto en palabras, como sencillo y manso en sus modales, de suerte que inspiraba veneración en cuantos le trataban. Su vida en Quito fué ejemplar: todos los días, por la mañana y por la tarde, asistía precisamente al Oficio divino en la Catedral, dando muestras de fervor y de devoción, sobre todo en honrar á la Santísima Virgen, á cuya misa solemne no faltaba nunca los sábados.

Fué tan esmerado y tan solícito por el culto divino, que en su tiempo todas las funciones sagradas se celebraban con solemnidad. — El ver pasar todos los días al Obispo por la mañana y por la tarde á la Catedral, acompañado de los pocos canónigos que entonces había, fué de mucha influencia en el ánimo de los indios, para convertirlos á la religión cristiana y hacerlos dóciles á las instrucciones, que el mismo Obispo les daba en persona, cada semana. Entonces la vasta diócesis de Quito casi no tenía rentas, y el Señor Díaz Arias vivió con mucha pobreza; pero, si careció de bienes temporales, no por eso su alma fué pobre de virtudes cristianas, las cuales son el verdadero tesoro y la riqueza de un obispo (7).

(6) Libro segundo de actas del Cabildo de Quito.—Años de 1544 á 1551.

(7) Un autor contemporáneo, que conoció á nuestro pri-

Por una acta del Cabildo eclesiástico se sabe que el señor Garcí Díaz Arias, primer obispo de Quito, murió en esta ciudad á fines de Abril de 1562, después de haber gobernado esta iglesia por más de doce años. Desde su promoción al obispado hasta su muerte pasaron como diez y siete años; pero de éstos, los cuatro ó cinco primeros, no pudo gobernar su diócesis, por los trastornos y guerras civiles, en que estaba entonces envuelto todo el Perú (8).

mer obispo, hace de él la descripción siguiente:—"El obis-"po primero de aquella ciudad (de Quito), fué el Rmo. Don "García Días Arias, clérigo, de cuya mano recibí siendo mu-"chacho la primera tonsura: varón no muy docto, amicísimo "del coro; todos los días no faltaba de misa mayor y víspe-"ras, á cuya causa venían los pocos prebendados, que á la sa-"zón había en la ciudad é iglesia, y le acompañaban á ella y "le volvían á su casa: los sábados jamás faltaba de la misa "de Nuestra Señora: gran eclesiástico, su iglesia muy bien "servida, con mucha música y muy buena de canto de órga-"no. En esta sazón el obispo era muy pobre; ahora han su-"bido los diezmos y tiene bastante renta. Era alto de cuer-"po, bien proporcionado, buen rostro, blanco y representaba "autoridad, y la guardaba con una llaneza y humildad que "le adornaba mucho, murió en buena vejez."—FR. BALTAZAR DE OVANDO.—Descripción histórico-geográfica del Perú. — (Libro segundo, Capítulo primero). — Obra inédita, de la cual hay una copia en la Biblioteca Nacional de Madrid. El original existía en un convento de dominicos de Zaragoza. El autor fué religioso de Santo Domingo y murió de Obispo de la Imperial en Chile.

(8) Los documentos relativos á los primeros tiempos de la erección del obispado de Quito son muy escasos. En la Curia eclesiástica faltan enteramente documentos pertenecientes al primer siglo de la fundación del obispado: en el archivo del Cabildo eclesiástico hemos hallado sólo un libro antiguo, el primero de las actas capitulares, que principia el

Cuando este primer Obispo vino á Quito, la iglesia parroquial era todavía de tapias, con techumbre de paja, y, aunque estaba en el mismo punto donde está ahora la Catedral, su extensión era mucho menor, pues hacia el lado occidental se hallaban las casas parroquiales, edificadas por el presbítero Juan Rodríguez, primer cura de Quito, en los solares que le dieron los conquistadores. Después de la muerte de aquel sacerdote, dispuso el Cabildo secular que se compraran esas casas, á fin de que se ensanchara el espacio destinado para iglesia parroquial.

El Emperador Carlos V determinó que la nueva iglesia, que había de servir de Catedral, se construyese á expensas de la corona, de los in-

4 de Mayo de 1562; y este libro y el expediente formado por el Señor Solís, cuarto Obispo de Quito, sobre la erección de la Catedral, son los documentos más antiguos que existen de aquel tiempo. Como hemos dicho en la narración, el primer Obispo murió en Quito: es, pues, inexacto, por lo mismo, lo que acerca de este Prelado dice Gil González Dávila en su *Teatro eclesiástico de las catedrales de Indias*, porque el Señor Garcí Díaz Arias ni vino con La-Gasca, ni murió antes de consagrarse: se consagró en el Cuzco, murió en Quito y fué sepultado bajo del altar mayor de la iglesia Catedral antigua. Tuvo en la ciudad una casa propia, cuyas tiendas dejó á la Catedral, para que con el arrendamiento de ellas hiciesen cada año sufragios por su alma. Por los documentos que citamos antes y por una carta del Presidente La-Gasca al Consejo de Indias, fecha el 27 de Diciembre de 1547, consta que se consagró aquel mismo año en el Cuzco: por donde hay equivocación en Alsedo, que dice que fué consagrado en Lima. Menos digna de fe es todavía la inscripción que tiene el retrato, que de este Señor Obispo se conserva en la Sala Capitular de Quito.

dios y de los encomenderos ó vecinos acaudalados, distribuyéndose los gastos en partes proporcionalmente iguales. Para edificarla de una manera sólida y durable, se buscaron piedras y entonces fué cuando se descubrió la cantera, de donde todavía en nuestros días se sacan piedras para los edificios de la ciudad.

El primer Obispo de Quito fué, (como lo dijimos ya), muy esmerado en las cosas pertenecientes al culto divino y procuró celebrar las funciones religiosas con cuanta magnificencia era posible en aquellos tiempos: gustaba mucho de que los divinos oficios se hiciesen con buena música, y tanto empeño puso en tenerla buena que, en su tiempo, la de la Catedral de Quito era una de las mejores que había en las iglesias del Perú.

IV

En aquella época no había en Quito más que una sola parroquia, administrada en lo espiritual por dos curas rectores, como lo disponía el auto de erección de la iglesia Catedral.

Según este auto de erección, el Capítulo de la nueva Catedral debía componerse de veintisiete miembros, á saber, cinco Dignidades, diez Canongías ó Prebendas, seis raciones enteras y otras tantas medias raciones. Las Dignidades son las siguientes, la de Deán, Arcediano, Chantre, Maestrescuela y Tesorero.

El Deán debe presidir siempre en el Capítulo y cuidar de que los divinos oficios se celebren con la debida compostura y reverencia: su digni-

dad es la primera después de la del Obispo.

Al Arcediano se le impone el cargo de examinar á los clérigos que han de ser promovidos á las sagradas órdenes, de asistir al Obispo cuando ejerza sus funciones pontificales y de visitar la diócesis, siempre que el Prelado le mandare visitarla, en caso de no poder hacer la visita por sí mismo. El eclesiástico que haya de ser promovido á esta dignidad, debe ser indispensablemente graduado en uno de los dos derechos, ó siquiera Bachiller en Teología.

Para la dignidad de Chantre se exige conocimiento de la música y del canto gregoriano, á fin de que el Chantre pueda cumplir, por sí mismo y no por otro, con el cargo de cantar al facistol y dirigir en el coro el canto del Oficio divino.

El Maestrescuela está obligado á enseñar gramática latina á los niños empleados en el servicio de la iglesia, y á todos los demás que quieran recibir sus lecciones. Este cargo lo puede desempeñar por sí ó por otra persona. Es también un requisito indispensable para obtener esta dignidad ser graduado en alguna Universidad.

El Tesorero debe cuidar del aseo de la iglesia, del vino, hostias, incienso, lamparas, ornamentos sagrados y de todo lo demás necesario para el culto divino.

A los Canónigos toca celebrar todos los días, menos en las grandes fiestas del año, la misa conventual, aplicada por el pueblo: por esto no podían ser presentados para estas sillas sino solamente sacerdotes: para los raciones se exige el Diaconado y para las medias raciones basta el Subdiaconado, porque los Racioneros y Medio-

Racioneros deben servir de Ministros todos los días en la misa mayor (9).

La Catedral debe tener además dos curas rectores para la administración de Sacramentos; seis capellanes de coro, otros tantos acólitos, un sacristán mayor, un maestro de capilla, un mayordomo, un notario de Capítulo, un pertiguero y un caniculario ó perrero. En el auto de erección se expresan los deberes de todos estos empleados.

A cada uno de los individuos, ocupados en el servicio divino en la Catedral, se les asigna su dotación respectiva, estableciéndose, al mismo tiempo, la distribución cuotidiana, para galardonar á los presentes y castigar á los que faltaren. El auto de erección declara sujetos á la distribución cuotidiana á todos, sin exceptuar uno solo, desde el Deán hasta el caniculario.

El Oficio divino, tanto diurno, como nocturno, debía celebrarse conformándose en todo con los usos, prácticas y costumbres de la Catedral de Sevilla. Por esto la Catedral de Quito tiene ceremonias peculiares, que han sido miradas como abusos por los que ignoran las condiciones con que fué erigida. El capítulo XXXVI del Auto de erección dice: «Queremos, establecemos

(9) En este punto está ahora modificada por un Breve de Pío IX la erección de la iglesia Catedral: Dignidades y Canónigos turnan con Racioneros y Medio-Racioneros en la celebración de la misa conventual; y por el mismo Breve los Racioneros y Medio-Racioneros se llaman Canónigos de segunda institución. De este privilegio gozan todas las catedrales del Ecuador.

«y ordenamos que se reduzcan y trasplanten, pa-«ra hermosear y gobernar nuestra iglesia Cate-«dral, las constituciones, ordenanzas, usos y cos-«tumbres legítimas y aprobadas; y los ritos así «de los oficios, como de las insignias, trajes, ani-«versarios, misas y todas las demás cosas aproba-«das de la iglesia Catedral de Sevilla.«

La iglesia Metropolitana de Lima fué erigida como la de Quito, con las mismas gracias y privilegios que la Catedral de Sevilla.

Obedeciendo á disposiciones terminantes de los reyes de España, la Catedral de Quito se dedicó á la Santísima Virgen, en el misterio de su gloriosa Asunción á los cielos.

Los límites del obispado eran inmensos, pues por el Norte llegaban al río de Patía, llamado entonces río caliente, y por el Sur pasaban de Paita, comprendiendo no sólo todo el territorio de la República actual del Ecuador, sino parte de la del Perú y de la de Colombia.

A la muerte del primer Obispo de Quito, el Ilmo. Señor Don Garcí Díaz Arias, no había en la Catedral más que dos canónigos, que eran Don Pedro Rodríguez Aguayo, Arcediano, y Juan de Ocaña, Canónigo, los cuales, el 4 de Mayo de 1562, se reunieron en Cabildo, para elegir Vicario Capitular, que gobernase la diócesis en su primera Sede-vacante. El elegido fué el mismo Arcediano. Para hacer esta elección, nombraron primero dos Vice-canónigos, con quienes formaron Cabildo, compuesto de cuatro individuos.

Como por el auto de erección de la iglesia Catedral se disponía que las Dignidades y Canongías se fuesen proveyendo una por una sucesiva-

mente, á proporción que fuese creciendo el producto de la renta de los diezmos, el Vicario Capitular en Sede-vacante dió la institución canónica de Tesorero á don Leonardo Valderrama, presentado para aquella dignidad. Antes se había dado una prebenda al presbítero Gómez de Tapia, uno de los dos Vice-canónigos, mediante la presentación del Marqués de Cañete, Virrey del Perú; pero el Rey Felipe II declaró nula dicha presentación advirtiendo al Capítulo que, el derecho de presentación para las Dignidades, Canongías y otros beneficios eclesiásticos, por el patronato real, estaba reservado exclusivamente al Soberano. Sin embargo, instruído el Rey de los méritos del presbítero Gómez de Tapia, lo juzgó digno de la Canongía y lo presentó de nuevo para ella: tan celosos eran los reyes de España de su derecho de patronato.

El 17 de Agosto de 1564, reunidos en Cabildo los Canónigos que entonces había, hicieron donación á Francisco de Escobar, primer pertiguero que tuvo la Catedral de Quito, de un medio solar de tierra, propio de la misma iglesia, para que allí edificara casa en que vivir, por ser casado, muy pobre y haber servido muchos años á la Iglesia con honradez y buena conducta. Escribimos cosas de nuestra patria para nuestros compatriotas, y nos deleitamos, por eso, recordando con cariño hasta la limosna que, en nombre de la Iglesia, daban al pobre nuestros mayores....

V

Ya por entonces Quito había crecido en población. Desde 1541 el Emperador Carlos V le había concedido el título y los privilegios de ciudad: dióle también escudo de armas, á petición de Pedro Valverde, su procurador. Las armas eran «un castillo de plata metido entre dos ce- «rros ó peñas de su color, con una cava en el pie «en cada uno de ellos de color verde; y asimismo «encima del dicho castillo una cruz de oro con su «pie verde, que la tengan en las manos dos águi- «las negras, grietadas de oro, la una á la mano «derecha, y la otra á la izquierda, puestas en vue- «lo, todo en campo de colorado; y por orla un «cordón de San Francisco de oro, en campo azul.» En 1556, después de pacificado el Perú por La-Gasca, el mismo Emperador honró á la ciudad de Quito, condecorándola con los títulos de *muy noble y muy leal:* concedióle además estandarte real, con autorización para que lo sacase en público cualquiera de los miembros del Cabildo, el día que el mismo Cabildo eligiese. El Cabildo eligió el día de la Pascua del Espíritu Santo, en memoria de ser ése el día del aniversario del pronunciamiento que hizo Quito, alzando bandera por el Rey contra Gonzalo Pizarro (10).

(10) En el archivo de la Municipalidad de Quito se conserva original, en pergamino, la cédula de Carlos V, traída por Vaca de Castro, en la cual concede el Emperador á Quito el escudo de armas, que también está pintado con sus colores en el encabezamiento de la expresada cédula.

La población de Ambato era un asiento de españoles, establecido más abajo del punto donde existe ahora la ciudad del mismo nombre: se llamó San Bartolomé de Ambato, en memoria de cierta tradición, que encontraron los conquistadores entre los indios de esa comarca. Decían éstos que, en tiempos muy remotos, un varón desconocido, de extraño y venerable aspecto, había venido á predicarles doctrinas maravillosas sobre la religión, y que, al despedirse había dejado estampadas en una gran piedra ocho huellas de sus pies, para testimonio de su predicación. En efecto, la piedra existía en el lugar señalado por los indios (11).

He aquí cómo se verificó la fundación de Loja. Vencido y muerto en la batalla de Iñaquito el Virrey Blasco Núñez Vela, quedó Gonzalo Pizarro de dueño absoluto de todo el Perú: para dar, pues, ocupación á la gente de tropa, que le había acompañado hasta entonces, resolvió acometer varias empresas, ya de nuevos descubrimientos, ya de fundación de pueblos y ciudades. Con este fin escogió varios capitanes, designándolos para diversas partes: á Alonso de Mercadillo le mandó, con cien hombres, á la provincia que llamaban de la Zarza, dándole cargo de fundar en ella una ciudad, para contener á los indios Paltas, sus moradores, que infestaban los caminos, robando y matando á los pasajeros. Ocupado en poner por obra la fundación de la nueva ciudad

(11) Acerca de esta tradición hablamos ya en el capítulo séptimo de nuestro libro primero de esta Historia general del Ecuador.

se hallaba Mercadillo, cuando recibió la noticia de la llegada del Presidente La-Gasca á las costas del Perú: alzó entonces bandera por su Majestad y partió inmediatamente á unirse con el ejército del Rey. Después de la muerte de Gonzalo Pizarro, volvió por comisión del Presidente, á continuar trabajando en la cuasi abandonada fundación, y entonces fué cuando eligió el valle denominado Cusibamba, para edificar la ciudad: también entonces fué cuando le puso el nombre de Loja, pues á la que antes había principiado á fundar en el valle de Canga-Chamba la había llamado Zarza.

Está la ciudad de Loja edificada cerca del antiguo camino de los Incas, que iba desde Quito al Cuzco: el plano de la ciudad ocupa el delta, que forman los dos ríos Malacatos y Zamora, y á un lado se levanta el Villonaco. El terreno es feraz, abundante en exquisitas y bien sazonadas frutas, y el clima húmedo y caliente.

La fundación definitiva de Loja puede fijarse por los años de 1548: la primera fundación, principiada en 1546, se hizo también á la orilla de dos ríos, que, en la lengua de los aborígenes de aquella comarca, se llamaban Pulacu el uno, y Guacamaná el otro. Hecha la fundación de Loja, el mismo Mercadillo pasó á hacer la de Zaruma, con el nombre de Villa: al principio tuvo el título de ciudad, pero no prosperó; antes decayó grandemente. Está Zaruma edificada sobre el río Amarillo, en terreno desigual; su clima es ardiente y mal sano; y la tierra rica en minas de oro, aunque de baja ley.

El mismo Alonso de Mercadillo fundó, el año

de 1550, la ciudad de Zamora, llamada también de los Alcaides, al otro lado de la cordillera oriental, en tierras habitadas por una tribu de indios, apellidados *Poro-aucas*, que significa hombres de guerra. Mercadillo puso á la tercera ciudad, fundada por él, como á veinte leguas de distancia de la ciudad de Loja, el nombre de Zamora, porque en una palabra, que repetían con frecuencia en su lengua nativa los indíginas moradores de aquellas comarcas, se imaginó oír el nombre de Zamora, propio de la ciudad de España donde había nacido. Los indios, preguntados por los castellanos cómo se llamaba el valle á que habían llegado, respondían, diciendo repetidas veces, en su lengua, *zamo-rá*, con lo cual, sorprendido Mercadillo, creyó oír en la respuesta de los indios el nombre de su patria, que, sin duda, por el capitan español no estaba olvidada.

Zamora prosperó á los principios de su fundación, merced á los ricos veneros de oro que se encontraron en su distrito: la tierra en su natural tiene hermoso aspecto; en partes es llana y en partes doblaba de lomas, sierras y montañas; en lo bajo es de sabanas dilatadas y en la sierra, de mucho boscaje y arboledas. Desde los primeros años de la fundación de la ciudad se introdujeron negros esclavos, para ocuparlos en el laboreo de las minas, cuya riqueza era muy ponderada, porque se encontraban granos de tamaño extraordinario. Uno de éstos, del peso de algunas libras, fué remitido en obsequio á Felipe II. Zamora no alcanzó á vivir mucho tiempo, pues fué destruida por los indios, medio siglo después de su fundación.

La ciudad de Cuenca estaba también fundada ya desde el año de 1557. Se refiere que, cuando el desgraciado Blasco Núñez Vela, huyendo de Gonzalo Pizarro, pasó por la provincia del Azuay, repetía que, tan luego como pacificara el Perú, había de ocuparse en fundar ciudades y pueblos en aquellos extensos y hermosos valles. Transcurrieron más de diez años sin que se pusiera por obra el pensamiento del Virrey; y áun parece que se había olvidado por completo, cuando un levantamiento de los indios Cañaris, á consecuencia de las exacciones de un encomendero, hizo conocer la necesidad de fundar una nueva ciudad, que sirviese como de punto intermedio entre Loja, que estaba ya fundada, y Quito. Pues, aunque en la provincia existían ya dos pueblos formados, su extensión era tan grande, que había cómodo espacio para fundar una ciudad. Los dos pueblos que existían antes, eran el de Cañaribamba al Sud-Oeste, poblado casi completamente por indios, y el de Hatun-Cañar al Norte, el cual fué la primera población de españoles que hubo en toda la provincia.

Comisionado por el Marqués de Cañete, tercer Virrey del Perú, recorrió Don Gil Ramírez Dávalos toda la provincia, buscando lugar á propósito para fundar una ciudad: reconocida y examinada la provincia en toda su extensión, ningún punto le pareció mejor que, el dilatado valle de Páucar-bamba; y allí eligió sitio cómodo para fundar la nueva ciudad. Llamados, pues, todos los caciques de la comarca y preguntados acerca de la nueva fundación, respondieron que no les causaba perjuicio alguno; con lo cual, en 12 de

Abril de 1557, Ramírez Dávalos delineó el plano ó traza de la proyectada ciudad, poniéndole, en obsequio del Virrey, el nombre de Cuenca, por ser Don Andrés Hurtado de Mendoza, guardia mayor de la ciudad de Cuenca en España (12).

Los españoles, al fundar Cuenca, hicieron lo que solían hacer siempre que fundaban una nueva ciudad, á saber, destinar, ante todo, un lugar para que allí se edificase el templo católico: antes de las casas para los hombres, la casa de Dios....Según una tradición antigua, que no parece destituída de fundamento, el primer templo que hubo en Cuenca fué la capilla que hoy se conoce con el nombre de *Todos Santos*, á la margen superior del río. Ese sería, sin duda, templo provisional, mientras construían la iglesia parroquial, en el lado de la plaza mayor que mira hacia el Oriente.

En la instrucción dada por el Marqués de Cañete al gobernador Gil Ramírez Dávalos para la fundación de la nueva ciudad, se le prescribía que á un lado de la plaza principal señalara cuatro cuadras á la redonda para iglesia y cementerio, de tal modo que no haya próxima al templo casa ninguna de seculares, excepto la del párroco. También se le mandaba, que diera dos solares para convento de Santo Domingo. Y todo

(12) El acta de la fundación de Cuenca refiere el nombre, con que en la lengua quichua era llamada la llanura, que escogió Gil Ramírez Dávalos para fundar la ciudad; pero, ya hemos visto, que ese mismo lugar tenía otro nombre distinto y más significativo en la lengua materna de los Cañaris.—(Página 178ª, nota 17 en el Tomo primero de esta Historia general del Ecuador).

lo cumplió puntualmente el fundador, al tiempo de hacer la distribución de solares en la nueva ciudad.

Gil Ramírez Dávalos no podía haber escogido sitio mejor para fundar la ciudad, que entonces solían llamar Nueva Cuenca del Perú. Páucar-bamba, en lengua de los Incas, quiere decir llanura florida, campo de primavera; y llanuras floridas, campos de primavera son, por cierto, aquellos, donde está edificada Cuenca. El sitio, en que se delineó la traza de la ciudad, pertenecía á un cierto español apellidado Gonzalo Gómez de Salazar, vecino de Loja, el cual tenía su estancia en aquel valle. Se prolonga éste de Oriente á Occidente por más de seis leguas; al Norte se levanta, muy cercana á la ciudad, la colina de Culca, de pendiente suave y ligera; al Sur están los ramales de la cordillera, bajos y de aspecto casi uniforme: por el lado oriental asoman, distantes, los empinados cerros, que separan á Cuenca de las regiones trasandinas, habitadas por las belicosas tribus de los jíbaros. Riegan el valle varios ríos: el Bamba ó Matadero, que pasa bañando la ciudad por el Mediodía: el Yanuncay, que serpentea en esa misma dirección por entre bosques pintorescos de árboles frutales; el Tarqui, que se arrastra silencioso al pie de la cordillera, y el Machángara, que baja del lado del Norte, haciendo rodar el grueso caudal de sus aguas por un ancho cauce: reuniéndose todos juntos, á alguna distancia de la ciudad, forman el Challuabamba, que entra en el Paute y dirigiéndose hacia el Oriente va á perderse en el Amazonas. Campos siempre cubiertos de verdor se ex-

tienden á un lado y á otro de la ciudad: el plano en que ésta se halla edificada, bajo del lado de allá del río, y alto del lado de acá, contribuye á la hermosura de la perspectiva; pues, cuando se va de camino hacia el Sur, de repente se presenta á la vista un espectáculo inesperado: al pie, el río formando un corto remanso junto á vegas espaciosas, que se dilatan hasta tocar con la cordillera: al frente, un vistoso y tupido bosque de árboles frutales, cuyo verdor y lozanía no marchita jamás estación ninguna: cuando el sol, próximo al ocaso, esparce sus últimos rayos horizontales sobre la campiña, la hermosura del espectáculo es admirable.... Las aguas del río, al tropezar en las piedras del cauce, brillan, quebrando la luz, como un grupo de amontonados cristales, y las formas indefinibles y variadas de los árboles, resaltan contrapuestas á la vívida lumbre del sol poniente. Empero, el terreno, donde crece ese bosque de árboles frutales, es un conjunto de piedras menudas, entre las cuales la mano laboriosa de los habitantes de esos lugares encuentra modo de hacer prosperar sus huertos: en torno de cada heredad se levantan vallados irregulares, compuestos de piedras rústicas, por entre cuyas grietas introduce sus raices el moral silvestre, que, creciendo arrimado junto á los muros, tiende sobre ellos su agreste ramaje, matizando de enrojecidos racimos. Y en ese hermoso valle vive un pueblo, que cree en Dios con fervor, ama la paz como otro ninguno, gusta del trabajo y se complace en ser hospitalario.

Hemos descrito la situación física de las nuevas ciudades, que fundaron los españoles en el

territorio ecuatoriano; veamos cuál era en aquellos primitivos tiempos la condición social de los primeros pobladores.

VI

El Cabildo miraba por el bien y la utilidad común: cada año se hacían las eleciones de los alcaldes y regidores, que no tenían esos cargos con derecho perpetuo: el Cabildo era quien daba el arcancel, á cuyos precios habían de sujetarse los sastres, los plateros, los herreros, los albéitares y todos los demás artesanos en sus oficios: el mismo Cabildo tasaba el jornal de los trabajadores y fijaba el precio, á que habían de venderse las cosas necesarias para la vida.—Atribución propia del Cabildo era también la de distribuír solares en la ciudad, para edificar casas, y terrenos para formar granjas, estancias y haciendas: al Cabildo le tocaba conceder á los propietarios de ganado la marca, con que podían señalar sus animales, y, en fin, el mismo Cabildo dictaba cuantas ordenanzas eran convenientes para la mejor conservación y aumento de la ciudad.

Pocos meses después de fundada la ciudad de San Francisco de Quito, quedó desierta la ciudad de Santiago de Riobamba, porque sus pobladores la abandonaron, viniendo á vivir á esta ciudad, á donde se trasladó también la casa de la fundición real. Como no eran más que unos doscientos los primeros pobladores de esta nuestra Capital, Quito al principio sólo tuvo unas veinticinco manzanas: en sus calles rectas, anchas, tiradas á cordel, que se cortaban entonces como

se cortan ahora en ángulos rectos, las casas eran muy pocas, pues en cada cuadra no había más que dos ordinariamente: donde ahora campean muros elevados de edificios elegantes, se levantaban tapias humildes, coronadas de pencas, y en las calles los todavía poco numerosos transeuntes no podían marchitar la menuda y tupida grama, que las embaldosaba casi por completo.

Pero los vecinos trabajaban sin desmayar, y tenían grandes partidas de indios ocupados en las nuevas fábricas. Estos indios dormían dentro de la ciudad, en las casas de los encomenderos, en cuyos solares se habían levantado extensos chozones provisionales cubiertos de paja, que la Municipalidad mandó deshacer, á fin de evitar el peligro de incendios en la población.

De la antigua capital de los Scyris y de la corte de Huayna-Cápac y Atahuallpa no quedó en breve edificio alguno, y solamente unos derruídos muros de un viejo palacio eran, á la salida de Quito por el camino del Norte, la única huella del pasado, que pronto, invadida por la creciente población española, desapareció también.

La ciudad de Cuenca, (á la cual el Marqués de Cañete le concedió el título de muy noble y muy leal), en el primer año de su fundación no tuvo más que un sacerdote, el cual para sustentarse necesitaba servir también de capellán en las minas de oro, llamadas de Santa Bárbara, que estaban en el río de Gualaseo. El mismo Marqués de Cañete en las instrucciones que dió á Gil Ramírez Dávalos para la fundación de la nueva ciudad, le previno que todos los primeros

pobladores de ella fuesen casados, personas honradas y amigas del trabajo: dispuso que se plantaran árboles principalmente frutales y que se proveyera á la población de agua perpetua.

La ciudad se fundó el lunes de la Semana Santa, y el domingo de Pascua, 18 de Abril, Gil Ramírez Dávalos, después de hecho el repartimiento de solares para iglesia, cementerio, municipio, casa de rastro, cárceles y ejidos, eligió por sí mismo los primeros alcaldes ordinarios y los regidores, con los cuales declaró que quedaba constituído el ayuntamiento de la nueva ciudad. El primer alcalde ordinario fué Gonzalo de las Peñas.

El Cabildo debía reunirse dos veces por semana, los lunes y los viernes, antes del medio día: al que faltara, sin justa causa, se le impuso en calidad de multa una libra de cera, para la cofradía del Santísimo Sacramento.

A Gil Ramírez Dávalos le sucedió en la gobernación de Cuenca D. Melchor Vázquez de Avila, que tomó posesión de su empleo el 23 de agosto de 1559. El nuevo gobernador traía la comisión de residenciar á su antecesor y á todos los demás empleados subalternos de la provincia.

Con la fundación de la ciudad de Cuenca desapareció completamente el asiento de Tomebamba, pues los pocos españoles que estaban establecidos en él, pasaron á avecindarse en la nueva ciudad (13).

---

(13) Los primeros pobladores de Cuenca fueron Nicolás de Rocha, (el cual tuvo no poca parte en el asesinato de Pedro de Puélles), Gaspar López, Pedro Rojas, Antonio Nivela, Pedro Núñez Cantos, Alonso de Marchena, Gonzalo de las

Hasta aquí hemos referido la marcha lenta pero progresiva, con que los conquistadores castellanos fueron transformando el territorio ecuatoriano en una población española, con los usos y costumbres, tendencias y manera de vida de la patria, que al otro lado de los mares habían abandonado. Los españoles buscaban en las provincias del Nuevo Mundo, que iban descubriendo y conquistando, rasgos de semejanza con las de la Península, y se complacían en encontrarlos donde quiera: terminada la guerra de conquista con las tribus indígenas, enseñoreados de un territorio, le tomaban cariño, establecían allí su hogar, labraban la tierra y, para que la ilusión fuese todavía más completa, ponían á las ciudades que fundaban hasta los mismos nombres de las ciu-

---

Peñas, Alonso Durán, Alonso de Zamora, Alonso García de Orellana, Diego Pérez del Barco, Antonio de San Martín, Andrés Pérez de Luna, Sebastián de los Palacios, Hernando Moreno, Pedro Arias de Mancilla y María López, señora española, viuda.

Delineada la plaza, principiaron á edificar las casas en las tres manzanas, que están á un lado y otro de la Catedral actual, es decir: una manzana de la plaza hacia la colina de Culca, otra hacia Machángara, y otra hacia el Matadero.

A Gil Ramírez Dávalos le dieron dos solares en la plaza: señalóse también un solar á Don Juan de Salinas, conquistador de Bracamoros. Donde está actualmente la iglesia Catedral allí fué el sitio de la primera iglesia parroquial, con el solar para la casa del cura, y el cementerio ó campo santo, con lo cual quedó ocupada toda aquella manzana.— El Virrey de Lima advirtió que no se dieran solares para edificar casas á los particulares, en la manzana señalada á la iglesia. La cárcel está poco más ó menos en su primitivo sitio.

El solar de la casa del rastro ó carnicería estuvo al fren-

dades españolas, donde ellos habían nacido. Los indios, vencidos y subyugados, aprendían las artes de sus vencedores; y, aunque ordinariamente solían abrumarlos de trabajo, con todo, el peso de las faenas que les exigían no podía menos de serles beneficioso, porque les ponía en la feliz necesidad de sacudir la pereza, á que es tan inclinada la raza americana. Cierto es que el indio regaba con el sudor de su frente el suelo, que el conquistador le obligaba á labrar; pero esas fatigas le eran saludables, porque le hacían aprovechar el tiempo, que el indio gusta de pasar en la inacción corruptora ó en la holganza pecaminosa. La conquista no pudo menos de ser sangrienta; pero la colonización fué muy fecunda en bienes para la raza indígena. Males hubo, crímenes se

---

te de donde ahora está, es decir á la margen izquierda del río, en una vega ancha, junto al puente de Todos Santos. Esta fué la causa de que, insensiblemente, el río perdiera su nombre y llegara á ser llamado el *matadero*, tan sólo por haber tenido á sus orillas la carnicería ó casa donde se mataba el ganado.

Todo lo que es ahora cantón de Cuenca y de Gualaseo era encomienda de Don Rodrigo Núñez de Bonilla, Tesorero de las cajas reales y uno de los primeros pobladores de Quito. Este mismo Rodrigo Núñez de Bonilla tenía un molino, que fué el primero que hubo en Cuenca. Por hacer moler una fanega de trigo se pagaba medio peso de oro. Cuatro libras de pan valían un tomín. Para la construcción de la primera iglesia parroquial ayudó el Virrey de Lima con mil pesos de oro, los que equivalían como á cuatro mil pesos de nuestra moneda actual, y se cobraron de tributos vacos. Al año siguiente, es decir en 1558, le concedió el mismo Marqués de Cañete los novenos de los diezmos de toda la provincia, por cuatro años.

cometieron; pero también no faltaron bienes, y se practicaron virtudes: el soldado se convirtió en colono, y los indígenas, aunque muy defraudados en el goce de comodidades puramente temporales, aprendieron que había otras riquezas, cuya posesión no era negada á nadie, con tal que deseara eficazmente alcanzarla; y lo único que bajo este respecto no puede menos de condenar la historia es, que los malos ejemplos y la vida con frecuencia escandalosa de los castellanos hayan contribuído á desvirtuar las saludables enseñanzas cristianas. ¿Seremos injustos al condenar los crímenes de los conquistadores españoles? ¿Habremos sido, acaso, demasiado severos, al juzgarlos según las máximas de la moral cristiana, que ellos profesaban? Horroriza, verdaderamente, esa

---

El primer vecino que murió en Cuenca fué Sebastián Palacios, en Setiembre de 1558, un año después de la fundación de la ciudad; y, como todavía no había podido edificar nada en los dos solares que se le habían adjudicado, dispuso Gil Ramírez Dávalos que dichos solares se hicieran plaza, y así se verificó, siendo ésa hasta ahora la plazuela de San Francisco. Desde entonces se determinó que en esa provincia los pastos en las haciendas de ganado fuesen comunes. Asimismo quedó fijado que la legua se compondría de tres mil varas, y que cada vara de legua tendría cinco tercias de la vara de medir.

Los primeros pobladores de Cuenca guardaban abstinencia de carne los viernes y sábados de todo el año; y, con este motivo, el Cabildo dispuso que los caciques acudieran á cada vecino semanalmente con una cantidad de pescado y de huevos, por un precio que fijó el mismo Cabildo. Los pescados se tomaban en los ríos de Tarqui y de Yanuncay.

Dispuso también el Cabildo que no se criaran puercos en las calles, y autorizó á los particulares que mataran á esos

monstruosa perversión moral, por la que ni aún los más honrados y mejores vacilaban en emplear el asesinato, como medio para alcanzar el fin que se proponían: los hechos que hemos referido bien claro están manifestando cuán pervertido se encontraba en muchos de los españoles de aquella época el criterio moral. ¿Qué jucio formaremos, por tanto, de los hombres de aquella época? ¿Los condenaremos inexorablemente?.... Hemos alabado las buenas acciones, podemos pues deplorar el mal y condenarlo, sin que en nuestra censura se oiga la voz de la pasión, sino el fallo de la justicia.

No puede haber prosperidad duradera, sino allí donde las costumbres están ajustadas á las prescripciones de la sana moral. A los indios se les había predicado la religión cristiana, se les había procurado inspirar odio y detestación al culto idolátrico y supersticioso en que habían nacido y vivido hasta entonces, se les había inculcado la moral evangélica; pero ¿cuál era el ejemplo que les daban los conquistadores? ¿Como podían adquirir verdaderas nociones cristianas acerca de la santidad del matrimonio, viendo al conquistador abrigar al calor de su hogar no solo una sino muchas mujeres, introduciéndolas á todas en lo secreto de su tálamo?.... Así, ¿cómo podían discernir los indios las costumbres de los cristianos de las costumbres paganas de sus antiguos régulos y caciques?.... Ni eran para inspirarles

---

animales, cuando los vieran estar pastando dentro de la ciudad.—(Acta del 27 de Setiembre de 1557).

Noticias tomadas del Libro primero de actas de la Municipalidad de Cuenca.

amor y afición á la civilización cristiana las guerras civiles, tan prolongadas y sangrientas, y el asesinato alevoso con que se quitaba la vida á los mismos jefes y magistrados, que estaban gobernando los pueblos. Tal era la situación moral de la colonia á mediados del siglo décimo sexto, cuando todavía no se había fundado en Quito el Tribunal de la Real Audiencia.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

PAGS.

LIRRO SEGUNDO

El descubrimiento y la conquista.

CAPITULO PRIMERO.

Descubrimiento del Perú.

PAGS.

CAPITULO SEGUNDO.

Preparativos para la conquista.

CAPITULO TERCERO.

Captura y prisión del Inca Atahuallpa.

PAGS.

CAPITULO CUARTO.

Proceso y muerte de Atahuallpa.

CAPITULO QUINTO.

Conquista del Reino de Quito.

CAPITULO SEXTO.

Expedición de Alvarado.

CAPITULO SEPTIMO.

Fundación de la ciudad de Quito.

CAPITULO DECIMO.

Gobierno del Presidente La-Gasca.

CAPITULO UNDECIMO.

Erección del obispado de Quito.

PAGS.







